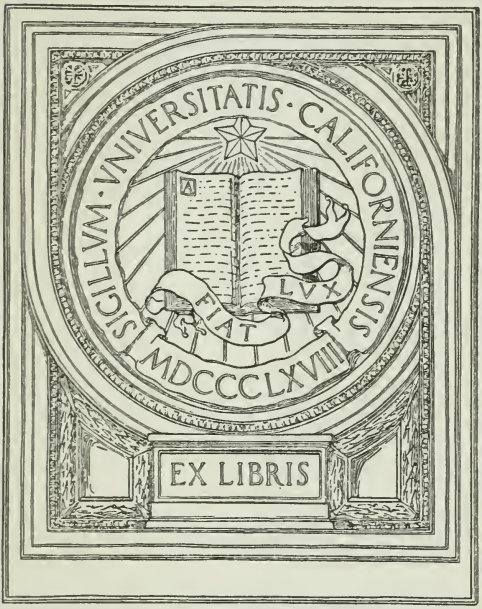
A
000 189 907
9
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES



IN MEMORIAM
S. L. MILLARD ROSENBERG

Geben Hochgeb. Dr. Eduard Zeller
hochgeneigt und freundl.
vom Verfasser.

LA WALHALLA.

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA.

NOTICIAS DE TODOS LOS PERSONAJES
QUE ALCANZARON HONROSA CELEBRIDAD É IMPERECEDERA FAMA,
ASÍ EN LA GUERRA COMO EN LA POLÍTICA,
ASÍ EN LAS CIENCIAS COMO EN LAS ARTES Y EN LAS LETRAS:
EL EMPERADOR GUILLERMO,
LOS PRÍNCIPES FEDERICO CARLOS Y FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA,
BISMARCK, MOLTKE, ROON, LA REINA LUISA DE PRUSIA,
BLÜCHER, SCHARNHORST, GNEISENAU,
STEIN, CORNELIUS, HUMBOLDT, ARNDT, KOERNER,
RÜCKERT, UHLAND, ETC., ETC.,

POR

D. JUAN FASTENRATH,
natural de Colonia, é hijo adoptivo de Sevilla.

TOMO PRIMERO.

MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOTIPÍA Y GALVANOP.ª DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, número 3.

1874.

CT
1054
F26w
v.1

NOTA.

Walhalla significa en la mitología germánica la morada afortunada de los valerosos que hallaron honrosa muerte en la batalla, y la morada feliz de los reyes y poderosos. ¿Qué nombre, pues, podria cuadrar mejor que el de Walhalla para el monumento que el rey de Baviera consagra á todos los genios privilegiados de Alemania, á todas las glorias germánicas? Hay que añadir que la Walhalla mitológica contenia 540 puertas, y que delante de su salon, cubierto de escudos, estaba pendiente, cual símbolo de la guerra, un lobo, sobre el cual estuvo sentada una águila.

5 v.
AUG 2 1 1936
ROSENBERG LIBRARY
252746

PRÓLOGO.

> Es un hecho indudable que casi todas las naciones de Europa nos miran con el más soberbio desden.
>
> JUAN VALERA.

No tratarémos de desmentir la verídica afirmacion del distinguido escritor citado; pero permítasenos que la concretemos á las cosas presentes, por las cuales bien merecemos el poco aprecio que hacen de nosotros los extraños.

Por lo demas, la España de otros tiempos goza exclusivamente del envidiable privilegio de que la mayor parte de los grandes escritores de Europa y de América consagraron y consagran sus talentos al estudio de su literatura y de su historia.

Confesamos con rubor que en algunos casos

van delante de nosotros en ese estudio, saben más que nosotros, y nos enseñan á estimar nuestras bellezas literarias y á desentrañar los secretos de nuestra historia (1). Harto dolorosa es por cierto esa confesion, porque á primera vista da una triste idea de los escritores españoles; pero ¿son ellos los culpables? ¿Es su incuria, su abandono, lo que da ocasion á que vengan los extraños á recoger honra y provecho, allí donde nosotros no hallamos ninguna de las dos cosas? Probarémos á demostrar lo contrario.

Para ello será preciso que comencemos por considerar al escritor español como un verdadero Tántalo. Se nos figura que le sucede lo que al poseedor de un inmenso cercado, en el cual cultivase las más regaladas frutas del mundo, y que, privado de acercarlas á su boca y de lucrarse con su venta, viese al codicioso extraño que, invadiendo su propiedad, le arrebataba sus frutas, cuya excelencia pregonaba despues, re-

(1) Tenemos, sin embargo, que hacer una honrosa excepcion en favor del insigne D. José Amador de los Rios, quien, en su inapreciable *Historia crítica de la literatura española*, corrige, contradice y demuestra con datos irrecusables las falsedades, inexactitudes y errores en que han incurrido Ticknor y otros autores extranjeros.

cogiendo en cambio hermosa cosecha de oro y de laureles.

¿Ignoran por desgracia los hombres de letras de ésta, al presente desventurada tierra, que cada período, por corto que sea, de su historia, ofrece ameno y fácil asunto para escribir un libro? ¿Puede ocultársenos que Pelayo, el Cid, Fernan Gonzalez y otros personajes de esta importancia se prestan á otros tantos poemas épicos, palpitantes de interes y de vida? ¿Duda nadie que la que pudiera llamarse lucha de ocho siglos contra los musulmanes es un raudal inagotable de asuntos á cual más dramático y caballeresco? ¿Que los turbulentos infantes de Aragon, disputando el poder á sangre y fuego al gran magnate de la Edad Media, D. Alvaro de Luna, es un gran drama lleno de peripecias, que bastaria sólo narrarle, siquiera fuese con desaliñada pluma, para cautivar la atencion de los lectores? ¿No sabemos que los infortunios de D.ª Blanca de Navarra y los de su hermano el Príncipe de Viana, que la tenebrosa política de Felipe II y sus desavenencias con Antonio Perez, que las hazañas de los Pizarros y Corteses, los descubrimientos y conquistas de nues-

tros marinos, etc., etc., son asuntos que hierven y convidan al más desalentado de los escritores españoles?

Olvidado tenemos todo eso, pero para acometer cualquiera de esas, al parecer fáciles empresas, hay que andarse con pulso, mayormente cuando el que más y el que ménos ha escarmentado ya en cabeza ajena.

Hoy no puede escribirse la historia sino revistiéndola de datos curiosos, fidedignos é ignorados hasta el presente, porque para decir lo que otros han dicho, no merece la pena de dar á luz un libro; es preciso, pues, la investigacion prévia, el profundo estudio de la época sobre la cual se trate de escribir, el análisis concienzudo á la vista de los manuscritos originales donde han quedado consignados los hechos, la lectura de cuanto se ha escrito y publicado sobre la materia, y todo eso sólo se alcanza con la inversion de mucho tiempo y considerables sumas, y francamente, no puede el literato español desperdiciar ambas cosas, echarlas, como si dijéramos, al arroyo, cuando sabe que, una vez coronada su obra á costa de mil sacrificios, ha de quedar inédito el manuscrito, ó ha de

imprimirse sin ninguna recompensa para su autor desventurado.

Infinitos ejemplos pudiéramos citar en comprobacion de tan triste verdad, y nos limitarémos á presentar dos, por pertenecer á ramos distintos de la literatura y hallarse rodeados ambos de circunstancias favorables, que debieran en otro país que España recomendarles ante el público, si este público pudiera ya pensar en otra cosa que en ese nauseabundo lodazal conocido con el nombre de política.

Veamos el primer ejemplo. Era universalmente reconocida la necesidad de una historia militar de nuestra guerra de la Independencia, de una crónica verídica apoyada en irrecusables documentos, que, publicando la verdad, echase abajo las inexactitudes y falsedades que por ignorancia ó mala fe se escriben allende el Pirineo. Emprende esta honrosa y difícil tarea un oficial tan modesto como laborioso y competente. Consigue, tras de largas y penosas vigilias y no pocos desembolsos, reunir preciosos materiales; los estudia, y formula el primer tomo de su obra. Lo somete al imparcial juicio de la Junta consultiva de Guerra, presidida por el ilus-

tre Marqués del Duero. Alcanza un brillantísimo informe, y alentado por él, da á luz su precioso trabajo, que es aplaudido y celebrado entre los literatos, los militares estudiosos y las academias. Se apresura la de la Historia á llamar á su seno al autor, laureado ya por el público más ilustrado de España con envidiables títulos, y viene á resultar que el que ayer era sólo un oficial distinguido, se coloca hoy á la altura de nuestros primeros historiadores militares y de nuestros primeros hablistas.

La *Guerra de la Independencia, historia militar de España desde* 1808 *á* 1814, escrita por el brigadier D. José Gomez de Arteche, porque á ella nos referimos, entraña, dejando aparte su gran mérito intrínseco, una idea altamente nacional y patriótica, pues que todos estamos interesados en que el honor y el heroismo de nuestros padres en la gran epopeya de 1808 no sean amenguados por la envidia y la mala fe, y pasen á la historia á figurar entre los grandes hechos de la antigua Grecia. Para conocer perfectamente el vacío que viene á llenar este libro, citarémos algunas palabras de su prólogo, debido á uno de nuestros primeros escritores mili-

tares, el general D. Eduardo Fernandez San Roman. Dice así : «Pero si el vacío de la Iliada española no ha sido llenado todavía por nuestros escritores, en cambio las prensas extranjeras han sudado durante treinta años historias militares de la guerra de la Península, escritas por aliados y por enemigos con tal ánsia de posteridad, tan poca caridad para los españoles y tal exceso de propias alabanzas, que sería un crímen no coger la pluma siquiera para responder á los más importantes por su posicion personal, y más autorizados, por consiguiente, por nuestro silencio.»

Tantas circunstancias favorables no fueron suficientes á que el autor recobrase ni la octava parte de la suma empleada en la impresion del primer tomo. De modo que no sólo ha defraudado sus intereses, sino el trabajo de algunos años. Verdad es que no hay suma, por grande que sea, que pueda compararse á la gloria que ha conquistado; pero no todos los hombres de talento pueden aventurarse á empresas de ese género, mayormente cuando á nadie le es dado adivinar el resultado. Lo cierto es que despues de cinco años de publicado el primer tomo, no

hay esperanzas de que vea la luz el segundo.

El ejemplo citado deberia bastar para la defensa de nuestros literatos; pero por si se creyese que sólo las obras de cierta importancia histórica, á cuya altura no pueden llegar las masas, están expuestas á correr ese riesgo, citarémos otro hecho referente á dos libros de pura imaginacion, favorecidos tambien con el voto de una corporacion literaria.

Abrió la Academia Española un certámen público en 1868 para premiar las mejores novelas que se presentasen. Alcanzó el que suscribe que dos de sus obras, *La calle de la Amargura* y *El rostro y la condicion*, fuesen premiadas, ó galardonadas con mencion honorífica. Esta favorable sancion y los antecedentes literarios del autor no evitaron que la primera de estas obras tardase tres años en ver la luz, habiendo sido enajenada su propiedad absoluta por una retribucion insignificante. *El rostro y la condicion*, despues de cinco años de olvido, verá la luz, por fin, con todos los honores que puedan tributarse á un libro; y me complazco en consignar que este milagro se debe al eminente patricio D. José Ferrer de Couto, que al frente de

El Cronista de Nueva-York sostiene hace años una ruda campaña contra los enemigos de nuestros intereses en Cuba. El Sr. Ferrer, que tan buen nombre goza en la república de las letras, ha estereotipado el libro, cediendo sus productos al autor, así como tambien su absoluta propiedad. Rasgo que no sólo le coloca á la altura de los Mecénas de otros tiempos, sino que deja en una situacion bien deplorable á los que, pudiendo tanto, nada hacen por las letras.

Pero esto es una rarísima excepcion ; lo frecuente son las contrariedades y miserias que dejo apuntadas, las cuales acaban por sumir al escritor español en el abandono, limitándole á que deplore en silencio el que venga la Europa literaria, y si se quiere los moros del Riff, á enseñarle la historia y la literatura patrias.

Ofrézcansenos los pingües resultados que en otros países tocan los escritores, y aliviarémos el peso del inmenso agradecimiento, que despues de todo les debemos, pues consagran sus talentos á enaltecernos más que á vituperarnos.

Ellos pueden desahogadamente proporcionarse datos en nuestros archivos, y sólo al de Simáncas desde 1830 hasta hoy han acudido 52

extranjeros, entre los cuales los hay del Norte y Sur de América, los hay belgas, dinamarqueses, prusianos, franceses, italianos, ingleses, suecos, portugueses y austriacos. Algunos de estos señores han permanecido hasta siete años en aquella dependencia, limitándose el trabajo de todos á leer y señalar los documentos que despues se les copian, á razon de 4 reales pliego siendo en castellano, y 8 en otro idioma, de lo cual se deduce que los gastos preventivos ocasionados para la adquisicion de datos para escribir sobre cualquiera materia, suben con frecuencia á miles de duros. Los franceses tienen ademas en el mismo París lo que puede llamarse un archivo español, pues durante el efímero reinado de José Bonaparte nos saquearon del de Simáncas 7.861 legajos, de los cuales todavía conservan por allá 288.

Pero hora es ya de que nos dediquemos al autor del presente libro, escrito en castellano, aunque su asunto es puramente aleman.

D. Juan Fastenrath, nacido en Colonia, al otro lado del Rhin, en 1839, ha consagrado toda su vida al profundo estudio de nuestra patria. Entusiasta por ella, lleva publicados siete

volúmenes en aleman, en los que no queda hecho glorioso que no haya enaltecido en verso ó prosa. Los héroes, los artistas, los escritores, las ciudades, los monumentos, todo tiene en él un sencillo y elegante historiador, un inspirado y brillante poeta. Su constante afan, su única tarea, es pregonar y difundir por el mundo nuestras pasadas glorias. Si á los demas extranjeros, por haber escrito una, dos ó tres obras, les debemos gratitud, ¿qué no deberémos al señor Fastenrath? Pareciéndole poco consagrar su talento exclusivamente á España, prueba sus conocimientos en nuestro idioma, escribiendo ya sus obras en puro, elegante y castizo castellano. Las *Pasionarias*, de un aleman español, como él se titula, es un opúsculo que todos los amantes de las letras conocen y aprecian por sus bellezas de diccion y estilo.

Conociendo, como el primero, los exiguos resultados que alcanzan aquí las publicaciones, acepta gustoso sus consecuencias en la presente, queriendo hasta en eso participar de las contrariedades con que luchan sus hermanos de corazon, los literatos españoles.

Es sin disputa el Sr. Fastenrath, entre todos

los extranjeros que se han ocupado de España, el que mayor y mejor uso ha hecho de nuestro idioma, y sin entrar nosotros en el terreno odioso de las comparaciones, en cuanto al mérito intrínseco de sus obras y de las de los otros, no titubearémos, por esa sola circunstancia, en colocarle á la cabeza de todos.

La Walhalla es un majestuoso monumento de mármol blanco, que el rey Luis I de Baviera mandó construir en las márgenes del Danubio, junto á Ratisbona. En él se van colocando los bustos, tambien de mármol blanco, de todos los personajes insignes de Alemania. Fastenrath describe magistralmente esta obra monumental y cuenta las vidas de los héroes ó heroínas que ya figuran en ella, y los que por sus virtudes y hechos están designados á figurar con el tiempo.

El libro, como se ve, es interesante bajo todos aspectos. El autor juzga los hechos con la imparcialidad del severo historiador, y deja correr su pluma con la facilidad del mejor hablista. Leyendo su libro se nos figura que hojeamos las *Vidas de españoles célebres de Quintana*. Sin faltar á la verdad de la historia, es siempre tan

poético como conciso, expresando en brevísimas palabras los más bellos pensamientos.

Hablando de Moltke, dice : *El invierno de su vida hizo la primavera de su patria.*

Luisa, reina de Prusia : *Derramó los beneficios sin contarlos, como el sol sus rayos.*

Esta misma reina en sus amargas tribulaciones : *Desde las cumbres de la esperanza, pasó á los abismos de la duda*, y próxima á morir *tenía ya la nostalgia del cielo.*

Bellas cosas se han dicho de la esperanza, de ese dulce consuelo del espíritu. Aristóteles dijo que era el sueño de un hombre despierto ; Tácito la considera , cuando es dudosa, la mayor pesadumbre de un varon fuerte. Ninguna definicion más consoladora que la de Fastenrath : *La esperanza es el arroyo que fertiliza el corazon, la luz que nos guia y la nodriza de los desheredados de la dicha.*

Quisiéramos dar á conocer á este escritor hasta en su vida privada, y nada para esto más conducente que publicar alguna de sus cartas, escritas en castellano, y con la velocidad del taquígrafo, de lo cual somos testigos oculares. Sabido es que lo que se escribe sin la pretension

de verlo impreso es el destello más puro del entendimiento de cada cual y el termómetro más infalible para conocer su carácter, y á veces la extension de sus conocimientos. Quien logre que el mundo considere literarios esos documentos escritos al acaso, puede estar seguro de que ha nacido verdaderamente para las letras. Las cartas póstumas de D. Leandro Fernandez Moratin valen y deleitan tanto como sus obras.

Hé aquí una de las infinitas cartas de Fastenrath, que he recibido de algunos años á esta parte :

« Mi querido Manuel : Ya me tienes en Carlsbad, despues de haber asistido en Viena á las justas de la inteligencia y despues de saludar con júbilo la oriflama roja y oro de España, que puede ondear allí con noble orgullo.

» ¡Con qué satisfaccion he leido en la brillante Exposicion en que se dió cita la industria universal, los autógrafos del gran Hartzenbusch, del insigne Fernan Caballero, de la no ménos reputada Carolina Coronado, y los de mis inolvidables amigos Ferrer del Rio y Ruiz Aguilera! ¡Con qué interes, con qué entusiasmo he hojeado *La Ilustracion española y americana*,

que es un timbre de gloria para Madrid, pues continúa rivalizando en primores y perfecciones con las ilustraciones alemanas, francesas é inglesas, miéntras las pasiones brutales están cubriendo el suelo de Hesperia de ruinas, de cenizas, de sangre, y, lo que es peor todavía, de ignominia é infamia.

»Fijáronse mis ojos tambien en las primeras entregas de la apreciable publicacion titulada *Las mujeres españolas*. Por desgracia no alcanzaba lo publicado á tu mujer, es decir, á la mujer que tu vas á escribir, que si mal no recuerdo es la de Huesca, y que no será de las peores.

»Todo lo que he visto en Viena me parece un sueño fantástico de las mil y una noches, una vision hermosa.

» De límpidas perlas con mil surtidores,
Que rompen el dique que osó sostenerlas,
Y suben al cielo, bajando á las flores,
En lluvia brillante de líquidas perlas.
» De grutas sombrías y frescas arcadas,
Cerrados jardines y altivos palacios,
Lugar de placeres, do pisan las hadas
Coral, amatistas, zafir y topacios (1).

»En Viena me entusiasmé con las maravillas

(1) Arolas.

del hombre, pero aquí contemplo con asombro las maravillas de Dios. Dones preciosísimos de la Omnipotencia son aquellas benéficas fuentes calientes de Carlsbad, en que beben la salud los Cresos y los mendigos, los cristianos y los judíos polacos, que se conocen por su fisonomía oriental, sus vestidos largos y un rizo en las sienes; los diplomáticos y los vates, los que se aman y los que se odian, como si dijéramos los alemanes y los franceses, hasta los que hablan el idioma de Cervántes.

» Habrás admirado en Sevilla el lienzo de las aguas; pues bien, aquí verias la realidad de aquella portentosa creacion del arte; aquí verias al malogrado Francisco, rey de Nápoles, poner ansioso la boca en el raudal bullente del *Sprudel*, así se llama la fuente más caliente de Carlsbad, que años pasados dió la salud á Bismarck; aquí verias centenares de hombres precipitando el desmayado paso, sitiando las fuentes ansiadas, hacia las cuales desde el alba hasta las nueve de la mañana corren en dos, tres, cuatro filas, sedientos de salud, los impacientes detenidos por un sargento; todos llevan pendiente de una tira de cuero un cubilete de be-

llísima porcelana de Bohemia. Entre aquella gente, que todas las mañanas apura cinco ó seis cálices de agua, guardando unos silencio y entretenidos otros en pláticas tranquilas, por no perjudicar á los buenos efectos de la fuente, figuro yo desde hace quince dias, y si ántes fuí entusiasta de vuestro Cárlos III, ahora lo soy más aún de nuestro Cárlos IV, pues del primero llevo una cruz, y al segundo, descubridor de las Fuentes de Carlsbad, le deberé, *Deo volente*, el restablecimiento de mi salud.

»La ninfa de Carlsbad es bastante dura, otorgando su favor sólo á quien sabe privarse de lo que ántes era su delicia. ¡ Qué diferencia! Viena me brindó el néctar divino de Jerez, Carlsbad me ofrece sólo una bebida insípida. Pero, imponiendo sacrificios, la ninfa del Tepel que reside en Carlsbad, corrobora la voluntad y fortalece el carácter. Así el extranjero lleva un lucro inmenso del país del santo rey Wenceslao, mejorando no sólo respecto del cuerpo, sino tambien respecto del alma, y asimismo los hijos de Carlsbad me parecen más sencillos, más piadosos, más devotos que los otros, como testigos oculares de una maravilla permanente que se

verifica en los bañistas. La fe de los habitantes la demuestra la luz que el pueblo enciende todas las noches á Cristo en las alturas de la montaña llamada de las Tres Cruces : ante aquel Cristo se descubre, se arrodilla y ora el hijo de Carlsbad, y el que se encuentra restablecido, gracias á aquellas fuentes de Dios. ¡Dichoso el que goza de una buena salud, pero más dichoso aún el que la recobra, y recobrándola reconoce el favor del poder divino! Lo que vale Carlsbad lo pregonan las rocas en que se ven tablas infinitas con versos en varios idiomas. Pero tan medianas son aquellas estrofas, que maliciosamente podria decirse que las mejores son las húngaras, porque nadie las entiende.

»No estoy solo en Carlsbad ; respiro la esencia de tus cartas, que para mí son la esencia de la alegría, y estoy acompañado de un sinnúmero de recuerdos. Me conceptúo feliz cuando pienso en mi madre, en mis amigos españoles y en mi patria ; pero tú, que sabes, amigo mio, que mi amor á España, mi afecto á la perla oriental de Andalucía, la patria del poeta y del artista, me hizo decir : « Soy hijo adoptivo de Sevilla », con el mismo orgullo con que de-

cia el romano *civis romanus sum;* tú, que sabes que consideraba como mis pergaminos de nobleza la fraternidad que me une á los paisanos de los Herreras, Valdeses y Caros, á los compatriotas de un Murillo, un Velazquez, un Cano, un Ribera y un Rioja, podrás comprender cuánto me habré condolido de los males de mi patria adoptiva, cuántos suspiros habrá exhalado mi pecho, cuántas lágrimas habrán escaldado mis mejillas al saber que los mismos hijos del florido suelo de Hispalis prendieron fuego á su bellísima ciudad empleando el petróleo, hecho material de guerra por la Commune, y al saber las barbaridades que se han cometido en Granada, la ciudad celebérrima de Plinio, la de los madrisas arábigas, la córte de los Naseritas, la de la célebre Chancillería, la de los dulcísimos poetas y los grandes escritores y pensadores y filósofos insignes. ¡Ay! ¡Hasta qué abismo de miseria ha descendido nuestra España! ¡La patria de Viriato, la patria de Pelayo, la patria del Cid!

»Pero pasemos como sobre ascuas por tales miserias, y vamos á otra cosa.

»Ya me quejé del largo silencio que guarda

conmigo mi querido Campoamor, él, que es tan dulce en sus versos como en su trato; él, que tan justamente lleva por aquí el título de Heïne español; pero hace algunos dias me ha enviado una carta viva con su amable sobrino don Ecequiel Ordoñez. Mas la fortuna, que tanto me favoreció en España, proporcionándome cariñosos amigos, como los vates sevillanos Fernan Caballero, Antonio Diaz de Lamarque, Juan José Bueno, Francisco Rodriguez Zapata, José Lamarque de Novoa, José Fernandez Espino, Fernando de Gabriel, Demetrio de los Rios, Luis Vidart, Antonio Sanchez Moguel, el aragones Jerónimo Borao, los cordobeses Cárlos Ramirez de Arellano y Agustin Gonzalez Ruano, el salmantino Manuel Villar y Macías; la fortuna, que me dió en Madrid tantos amigos cuantos hay floridos poetas, no me sonrie en Colonia, pues aquí no pude estrechar la mano al sobrino de Campoamor, ni á D. José de Castro y Serrano, hallándome por desgracia ausente cuando á su paso por Colonia honraron mi casa con su presencia. ¡Qué satisfaccion hubiera experimentado al contestar al que en Madrid brindó por mi humilde persona en el banquete

que el editor Guijarro dió á los literatos, brindando en Colonia con néctar del Rhin por mi querida España! La amabilidad de D. José de Castro y Serrano llegó al extremo de escribirme, en mi misma casa, una cariñosa carta, que guardaré siempre con el alto aprecio que merece la persona que me la dirige, y como una prueba más de la sin igual galantería española.

»Me pides noticias teatrales de estas tierras. Lo único que puedo decirte es que en el teatro popular de Munich se va á poner en escena una comedia escrita por el príncipe Maximiliano, padre de la emperatriz de Austria. En esa misma noche, y para fin de fiesta, se pondrá tambien tu *Receta contra las suegras*, traducida por el rey Luis I de Baviera. La funcion, como ves, es régia por arriba y por abajo, quiero decir, que allí no tiene emboque mi traduccion de la misma obra. No importa, pues si la *Receta* se ha hecho popular en Alemania, no ha sido con mi pobre traduccion, sino por su mérito, que en la traduccion del rey se ha conservado en toda su pureza. Bastantes disgustos me ocasionó este asunto al principio, pues los empresarios

tuvieron á bien valerse de mi trabajo y anunciarle en los carteles con el blason real. Figúrate lo que lucharia con los directores de teatros y los empresarios, que no querian privarse del llamativo régio, suponiendo que iban á arrollar mi derecho; pero triunfé en toda la línea; y hoy en los teatros de Alemania, con la excepcion referida, va mi nombre al frente de los carteles que anuncian la *Receta*. Tengo cariño á esta obra, porque con su traduccion dí mi primer paso en la carrera de las letras en 1864. Ella fué ademas para mí un precioso talisman, pues me proporcionó en la hospitalaria Madrid, cinco años despues, la fortuna de tu amistad, el conocimiento de Mercedes Bocalan, tu simpática consorte, y el dar mil besos á tu hechicero Manolito.

»Creo que habrás visto una composicion en que dedico á la memoria de mi amantísimo padre la Walhalla; le he rendido ese homenaje, no teniendo ahora flores del Pindo aleman con que orlar sus sienes. ¡Oh, la memoria de mi padre es el suavísimo bálsamo que me sostiene en las asperezas de la vida, es el faro adonde se diri-

gen mis pensamientos! Ahí tienes el secreto de mi laboriosidad; me he propuesto honrar con mis pobres escritos la memoria del mejor de los padres, y me hago la ilusion de que cada una de mis producciones literarias es una siempreviva que arrojo sobre su tumba.

»La Walhalla, que, como sabes, se está publicando en la *Revista de España*, verá ademas la luz en uno, dos, ó más volúmenes. El prólogo de mi primer libro en castellano, me lo escribió Hartzenbusch, en cuyas venas hierve sangre alemana; escríbeme tú el del segundo, y dirás en él que yo, imitando al esclavo de Darío, que todos los dias decia á su soberano: *Gran rey, acuérdate de los atenienses;* quisiera ser el que todos los dias recordase á los españoles *lo que han sido y lo que pueden ser.*

»Esta carta se va haciendo interminable, la concluyo con mil saludos á Mercedes y otros tantos besos al precioso Manolito, cuyas rayas de lápiz al pié de tus cartas las acepto por su firma, como él te dice.

»Recibe los afectos de mi madre y de mi tio Federico, y se los darás de mi parte á los señores académicos Hartzenbusch, Campoamor

y Valera, sin olvidarte de Mariano Carreras, Ruiz Aguilera y Pedro Barrera.

»Tuyo como siempre,

JUAN.

»Carlsbad (Bohemia) 26 de Agosto de 1873.»

En comprobacion del alto y singular aprecio en que han tenido á España los hombres más ilustres del mundo civilizado, bastará exponer la variada lista de las obras que con gran erudicion, y la mayor parte con acierto, han escrito, sirviéndoles de asunto la historia, las costumbres, la literatura, los monumentos, las artes, las riquezas arqueológicas y los tesoros místicos de los templos de esta nacion, hoy en tan lamentable decadencia.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS ESCRITAS ACERCA DE ESPAÑA POR AUTORES EXTRANJEROS.

Aarsens van Somerdyck, holandes.—Viaje por España en 1655.—Colonia, 1667.

Abrantes (Duquesa de), francesa.—El almirante de Castilla.

Recuerdos de una embajada y de una estancia en España y Portugal entre los años 1808 y 1811.—París, 1837.

Adam, inglés.—Historia de España hasta la muerte de Cárlos III.

Amicis (Edmondo de), italiano.— España.—Florencia, 1873.

Andersen, dinamarques.—En España, 1863.

Anónima.—Historia política y secreta de la córte de Madrid bajo el reinado de Felipe V.—Colonia, 1719.

Anónima —Vida política de María Luisa de Parma, reina de España.—París, 1793.

Anónima.—Traduccion al inglés de Doña Blanca de Navarra, novela de D. Francisco Navarro Villoslada. Lóndres, 1854.

Arend, holandes, tradujo á su idioma la historia de los protestantes españoles de Adolfo de Castro.—Amsterdam, 1854.

Arndt (Ernesto M.), aleman.—Documentos políticos del Ministro de Cárlos IV, vertidos al aleman.—Stokolmo, 1806.

Aschbach, aleman.—Historia de los visigodos.—Francfort, 1827.

Historia de los Omeyas en España.—Francfort, 1829-1830.

Historia de España y Portugal en tiempo de los almoravides y almohades.—Francfort, 1833-1837.

Auffenberg (Baron de), aleman.—Pizarro, tragedia.

Peregrinacion humorística á Granada y Córdoba.—Leipzic y Stuttgart, 1835.

La Alhambra, poesía dramática.—Karlsruhe, 1829-1830.

Aulnoy (condesa de), francesa.—Viaje por España.—París, 1693.

Memorias de la córte de España (en tiempo de Felipe IV).

Novelas españolas.

Baret, frances.—Historia de la literatura española.—París, 1863.

Amadis de Gaula y su influencia en las costumbres y literatura durante los siglos XVI y XVII.—París, 1853.

El poema del Cid.—París, 1853.

Sobre la originalidad del Gil Blas de Santillana, de Lesage—París, 1854.

Traduccion de algunas comedias de Lope de Vega.—París, 1869.

Baretti, italiano.—Publicó en inglés la historia de Fray Gerundio de Campazas, del Padre Isla.—Lóndres, 1772.

Baudier (Michel).—Historia del Cardenal Ximenez de Cisneros.—París, 1851.

Baumgarten (G.), aleman.—Historia de España durante la revolucion francesa.—Berlin, 1861.

Historia de España desde la revolucion francesa hasta nuestros dias.—Leipzic, 1865.

Baumstark (Reinaldo), aleman.—Publicó en 1868 una obra extensa y entusiasta sobre su viaje á España en 1867, tradujo á su idioma *La Dama duende* de Calderon, y escribió en 1873 sobre Colon.

Beauvoir (Roger de), frances.—La Puerta del Sol, (¡cuatro volúmenes!)— París, 1844.

Becattini, italiano.—Historia de Cárlos III de Borbon, rey de España.—Venecia, 1790.

Bedarride, frances.—Los judíos en Francia, Italia y España.—París, 1867.

Bergenroth, aleman.—Estudió el archivo de Simáncas y escribió un artículo sobre Cárlos V y su madre

Doña Juana, en la Revista del Sr. Sybel, tomo XX.

Berton, frances.—Anécdotas españolas y portuguesas, —París, 1773.

Bertuch, aleman.—Ha traducido á su idioma El Quijote.

Biedermann.—El Quijote y sus traductores.—París, 1837.

Boehmer (E.), aleman.—Francisca Hernandez y Fray Francisco Ortiz.—Leipzic, 1865.

Artículos sobre la literatura española insertados en la revista *Damaris.*—Stettin, 1860-1865.

El movimiento evangélico en España.—Halle, 1869.

Contemplaciones divinas del español Juan de Valdés, traducidas del italiano al aleman.—Halle, 1870.

Böhl de Faber, aleman.—Vindicaciones de Calderon y del teatro antiguo español contra los afrancesados en literatura, escogidas y ordenadas.—Cádiz, 1820.

Floresta de rimas antiguas castellanas.—Hamburgo, 1821-1825.

Teatro español anterior á Lope de Vega.—Hamburgo, 1832.

Bonaparte (Príncipe L. L.).—Se ocupó de la lengua vascongada.

Bory de Saint Vincent, frances.—Resúmen de la Península ibérica.—París, 1826.

Borrow (George), inglés.—Los gitanos de España.—Lóndres, 1841.

La Biblia en España.—Lóndres, 1843.

Botello de Moraes, portugues.—Historia de las Cuevas de Salamanca.—Leon de Francia, 1734.

Bourgoing, frances.—Cuadro de la España moderna.—París, 1807.

Bourke, inglés.—Historia de los moros en España.—Lóndres, 1811.

Bouterweck, aleman.—Historia de la literatura española, traducida por los Sres. Gomez de la Cortina y Ugalde Mollinedo.—Madrid, 1828.

Bowle (Juan), inglés.—Publicó una edicion del Quijote, á la cual acompaña un prólogo y comentarios que escribió en castellano.—Lóndres, 1771.

Bowring (Sir John).—Poesía antigua y romances de España.—Lóndres, 1824.

Brantome, frances.—Votos y juramentos españoles.—París, 1822.

Breitinger, aleman.—Tradujo Amalia, cuadro de los dias del terror en Buenos-Aires, de D. José Mármol. —Jena, 1873.

Bremont, frances.—Tradujo el Guzman de Alfarache.

Bristol (Lord), inglés.—Tradujo las comedias de Calderon *Peor está que estaba*, y *Mejor está que estaba.*

Brix, aleman.—Tradujo del castellano la Historia de la organizacion de la infantería y caballería del ejército español desde los tiempos más antiguos hasta 1855.—Berlin, 1861.

Bulhão Pato, portugues.—Ha traducido á su lengua algunos cuentos de Trueba.

Bülow, aleman.—Ha traducido á su idioma la Celestina.

Bulwer (E. G. L.), inglés.—Conquista de Granada.—Madrid, 1860.

Butler, inglés.—Hudibras, imitacion del Quijote.—Lóndres, 1663.

Cadoret, frances.—La vida de Cristóbal Colon.—París, 1869.

Campana (César), italiano.—Vida de Felipe II.—Vicenza, 1605.

Carew, inglés.—Tradujo á su idioma el Exámen de ingenios de D. Juan de Huarte, en 1594.

Castelot.—Un humorista español (D. Mariano José de Larra, conocido por Fígaro).

Challamel, belga.—Un verano en España.—París, 1843.

Chappuis, frances.—Ha traducido el Guzman de Alfarache.—1600.

Chasles (Emilio), frances.—Miguel de Cervántes, su vida, su siglo y sus obras.—París, 1866.

Chasles (Philarète), frances.—Estudios sobre España. París, 1846.

Viaje de un crítico por la vida y los libros.—París, 1868. (Se refiere á los Cigarrales de Toledo y á otras cosas de España.)

Chateaubriand, frances.—Guerra de España, Colonias españolas.—París, 1838.

El último Abencerraje.

Circourt, frances.—Historia de los moros mudéjares y de los moriscos en España.—1845.

Clarus (Pseudónimo de un escritor aleman).—La literatura española en la Edad Media.—Maguncia, 1846.

Ha traducido al aleman, en union con Hosaeus, Lemcke y Wolf, obras escogidas de Fernan Caballero.—Paderborn, 1859-1864.

Collette, belga.—Reconocimiento geológico del Señorío de Vizcaya.—Bilbao, 1848.

Córte Real (G.), portugues.—Victoria de Lepanto, poema épico.

Coxe (William), inglés.—España bajo la dominacion de la casa de Borbon.

Cushing (Caleb.), norte-americano.—Recuerdos de España, 1830.

Custine, frances.—España bajo el reinado de Fernando VII.—París, 1838.

Dahn (Félix), aleman.—Los visigodos.—Würzburgo, 1870.

El reino de los suevos en España.— Würzburgo, 1871; ambos tomos forman parte de la grande obra titulada *Los Reyes de los germanos.*

Davillier, frances.—Viaje por España.— París, 1873; esta obra está ilustrada por el incomparable Gustavo Doré.

Depping, aleman.— Historia general de España.— París, 1811.

Coleccion de los mejores romances españoles.— Leipzic, 1817.

Desbarrolles, frances.—Véase *Giraud.*

Desormeaux, frances.—Compendio cronológico de la historia de España.— París, 1758.

Didier (Charles).— Cartas sobre la España moderna, 1836.

Diepenbrock, aleman.— Ramillete eclesiástico (poesías de los Argensolas y de otros).

Diez, aleman.— Romances españoles.— Berlin, 1821.

Dieze, aleman.— Ha traducido á su idioma, en 1769, los orígenes de la poesía castellana de D. Luis José Velazquez.

Dillon (Talbot), inglés.—Historia de D. Pedro el Cruel. — Lóndres, 1788.

Disraeli, inglés.— El Conde Alarcos.— Lóndres, 1839.

Doering (Jorge), aleman.—Poza, tragedia.—Se refiere al marqués de Poza, personaje del *Don Cárlos de Schiller.*

Dohrn, aleman.— Ha traducido á su idioma várias comedias de Lope de Vega.

D'Orleans, frances.—Historia de las revoluciones de España.— París, 1734.

Dozy, holandes.— Historia de los musulmanes en España hasta la conquista de Andalucía por los almoravides.— Leiden, 1861.

Investigaciones sobre la historia política y literaria de España durante la Edad Media.—Leiden, 1849.

Abd-ul-Wahidal-Marrekoshi; historia de los almohades.—Leiden, 1847.

Ibn-Adhari, historia de África y España.—Leiden, 1848, 1852.

Al-Makkari; historia y literatura de los árabes de España.—Leiden, 1855, 1861.

Dryden, inglés.—Imitó, lo mismo que Corneille, *El Astrólogo fingido*, de Calderon.

Duffield, inglés.—Admirador entusiasta de Cervántes. —Despues de grandes estudios de nuestro idioma, costumbres, etc., está hoy traduciendo el Quijote.

Du-Hamel (el Conde Víctor), frances.—Historia constitucional de la Monarquía española.

La liga de Ávila, ó la España en 1520.—París, 1840.

Dumeril (A.).—Estudios sobre Cárlos V.—Donai, 1856.

Dumesnil, frances.—Vida de Felipe II.—París, 1824.

Dunham, inglés.—Historia de España, traducida y ampliada por D. A. Alcalá Galiano.—Madrid, 1844.

Duponcet, frances.—Historia de Gonzalo de Córdova.—París, 1714.

Duttenhofer, aleman.—Los romances del Cid, traducidos al aleman.—Berlin, 1852.

Eckstein, aleman.—El mudo de Sevilla (epopeya cómica).—Stuttgart, 1872.

Eichendorff, aleman.—Ha traducido á su idioma el Conde Lucanor.—Berlin, 1840.

Ha traducido ademas algunos autos sacramentales de Calderon.—Stuttgart y Tubinga, 1846, 1853.

Engelmann (Dr. W. H.).—Glosario de las palabras españolas y portuguesas derivadas del árabe.—Leiden, 1861.

Ens (Gaspar), aleman.—Tradujo al latin el *Guzman de Alfarache*, 1623.

Erving, norte-americano.—La lengua primitiva de España.—Boston, 1829.

Everett, norte americano.—Ensayos críticos (se refieren en parte á Gil Blas de Santillana).—Boston, 1845.

Fischer, aleman. — Cuadros de Valencia. — Leipzic, 1803.

Flechcer, frances. — Historia del Cardenal Cisneros. — París, 1693.

Florian, frances.—Galatea, imitada de una novela de Cervántes.—París, 1784.

Gonzalo de Córdova.—París, 1791; traducido al aleman por Krug de Nidda.—Leipzic, 1817.

Ha traducido á su idioma el Quijote.

Ford (R.) inglés.—Manual para viajeros en España (obra eruditísima).—Lóndres, 1845.

Foy (El general), frances.—Historia de la guerra de la Península contra Napoleon.—París, 1827.

Frankl (Luis Augusto), aleman.—Cristóbal Colon, poema épico.—Stuttgart, 1836.

Don Juan de Austria, poema épico.—Leipzic, 1846.

Gachard, belga. — Correspondencia de Felipe II sobre los Países-Bajos, con una noticia histórica y descriptiva del archivo de Simáncas.—Brusélas, 1848.

Retiro y muerte de Cárlos V en el monasterio de Yuste.—Brusélas, 1854.

Gauthier (Theophile), frances.—Viaje por España.—París.

Gayton, inglés.—Noticias humorísticas sobre el Quijote.—Lóndres, 1654.

Geibel, aleman.—Cantos, romances y letrillas populares de España, traducidos al aleman en union con Heyse.—Berlin, 1843.

El rey Rodrigo.—Stuttgart, 1844.

Romancero de los españoles y portugueses, traducido al aleman en union con Schack. — Stuttgart, 1860.

Tradujo una composicion titulada *El Niño y el poeta*, que escribió D. Eugenio Sanchez de Fuentes cuando apénas acababa de cumplir tres lustros.

Geiger, aleman. — Divan del castellano Abu 'l Hassan Juda ha Levi.—Breslau, 1851.

Salomon Gabirol y sus poesías.—Leipzic, 1867.

Geppert, aleman.—Impresiones de un viaje á España.—1873.

Giovo, italiano.— Vida de Gonzalo de Córdova.— Florencia, 1550.

Girardin (Mme.)—Historia de María Luisa de Orleans y de la córte de Cárlos II.

Giraud y *Desbarrolles*, franceses. — Dos artistas en España.

Girault de Prangey, frances.— Monumentos árabes de España.—París, 1839.

Giustiniani, italiano. — Historia general de la monarquía española.

Goeben, aleman.—Cartas de viaje y de campamento de España y de su ejército en Marruecos. — Hannover, 1863.

Goury (J.) y *Owen Jones*, ingleses. — Planos, elevaciones y córtes de la Alhambra.—Lóndres, 1840.

Graesse, aleman. — Las leyendas de la Edad Media.— Dresde, 1842. — (Se refiere entre otras á la del Cid.)

Gries, aleman. — Ha vertido á su idioma várias comedias de Calderon.—Berlin, 1862.

Grillparzer, aleman.— La Judía de Toledo, tragedia.

Grimm, aleman.—Silva de romances viejos de España. —Viena, 1815.

Gueroult (A.), frances.—Cartas sobre España.—París, 1838.—Brusélas, 1840.

Guerra, italiano.—Extracto del arte latino bizantino y las coronas de Guarrazar del Sr. Amador de los Rios.

Guimet, frances.—Cartas familiares sobre España.—París, 1864.

Guttenstein, aleman.—Historia del pueblo español.—Mannheim, 1836.

Hahn-Hahn (Condesa de), alemana.—Cartas de viaje, de España.—Berlin, 1841.

Hacklaender, aleman.—Un invierno en España.—Stuttgart, 1855.

Hardy, frances.—Actor y autor. Puso en escena desde 1600 á 1630 más de 500 comedias tomadas del teatro español, inspirando así al gran Corneille á buscar asuntos dramáticos en España.

Havemann, aleman.—Historia interior de España.—Goetthinga, 1850.

Hayley, inglés.—Ha traducido á su idioma una parte de la Araucana.—Lóndres, 1782.

Hefele, aleman.—El Cardenal Cisneros.—Tubinga, 1851.

Heine (G.), aleman.—Publicó las cartas del Cardenal García de Loaisa á Cárlos V, que halló en el Archivo de Simáncas.—Berlin, 1848.

Henrich (Hedwig), alemana.—Tradujo á su idioma el drama *La Campana de la Almudaina*, de Palou, y *Dios*, de Suñer y Capdevila.

Herbert (Lady).—Viaje á España.—Lóndres.

Herder, aleman.—Ha traducido á su idioma el Romancero del Cid.

Herlth, aleman.—Tradujo *La Vida es sueño*, de Calderon.—Berlin, 1868.

Hertz (Enrique), aleman.—Ha traducido á su idioma

la historia de los protestantes españoles y su persecucion por Felipe II, de Adolfo de Castro.—Francfort, 1866.

Hertzberg, aleman. — El movimiento protestante en España.—Halle, 1870.

Heyse (Pablo), aleman.—Ha traducido la historia de la arquitectura en España, de Caveda.—Stuttgart, 1858.

Cantos, romances y letrillas populares de España, traducidos al aleman en union con Geibel.

Hije, belga.—Viajes á España por los belgas y alemanes.

Hinard, frances.—Tradujo en prosa, á su idioma, varios romances españoles.—1844.

Hoefken, aleman.—Escribió su viaje á España.

Hofflander, frances.—Ha traducido á su idioma las comedias de Moratin.

Hofmann, aleman.—Véase *Wolf*.

Hosaeus, aleman.—Véase *Clarus*.

Houfnagel (Jorge).—Ciudades ilustres de España.—Amsterdam, 1855.

Huber, aleman.—Publicó la crónica del Cid, y escribió en castellano la larga introduccion que la precede.—Marburgo, 1844.

La historia del Cid.—Brema, 1829.

Bosquejos de España.—Goettinga, 1828-1835.

Hübner (Emilio), aleman.—Inscripciones de la España latina.—Berlin, 1869.

Inscripciones de la España cristiana.—Berlin, 1871.

El arte antiguo en Madrid.—Berlin, 1862.

Viaje epigráfico por España y Portugal.—Berlin, 1860 y 1861.

Numerosísimos folletos sobre descubrimientos arqueológicos de España, publicados desde 1860 hasta hoy.

Estudios sobre el puente de Alcántara.—Roma, 1863.

Humboldt, aleman.—Investigaciones sobre los primeros habitantes de España.—Berlin, 1866.

Irving. Véase Yrving

Imhoff, aleman.—Escribió en latin una historia genealógica de Italia y España.—Nuremberg, 1701.

James, inglés.—Historia de Gibraltar.—Lóndres, 1771.

Jarvis, inglés.—Tradujo el Quijote en 1742.

Joanne (A.), frances.—Itinerario descriptivo é histórico de los Pirineos.—París, 1858.

Jones, inglés.—Tradujo á su idioma la historia de la conquista de España, de Ibn-Abd-El-Hakem.—Goettinga, 1858.

Jones (Owen), inglés.—Véase *Goury*.

Jovio (Paulo).—Historia de todas las victorias y sucesos del Emperador Cárlos V.

Juste (Thed.).—Historia de la revolucion de los Países-Bajos, durante el reinado de Felipe II.—Brusélas, 1855.

Kayserling, aleman.—Poesías de los judíos de España.—Leipzic, 1859.

Keil (Juan Jorge), aleman.—Publicó la mejor y más elegante coleccion de las comedias de Calderon.—Leipzic, 1827.

Keller (Adalberto de) y Notter, alemanes.—Han traducido á su idioma todas las novelas de Cervántes.—Stuttgart, 1839 y 1842.

Kiepert, aleman.—Estudios etnológicos sobre los celtas é iberos en España.—Berlin, 1864.

Klapp, aleman.—Cuadros de la revolucion española.—Hannover, 1869.

Koerner (Gustavo), aleman.—España.—Francfort, 1867.

Kolbe, aleman.—Tradujo una coleccion de proverbios de la lengua castellana.—Leipzic, 1845.

Kurz (Herman), aleman.—Nueve entremeses de Cervántes, traducidos al aleman. — Hildburghausen, 1865-1870.

Laborde, frances.—Itinerario descriptivo de España.—París, 1808.

Lafond (Ernesto), frances. — Estudio sobre la vida y las obras de Lope de Vega.—París, 1857.

Lancelot, frances.—Nuevas ediciones de autores españoles.—París, 1628.

Langton, inglés.—Tradujo la Relacion de la vida y aventuras del escudero Márcos de Obregon, de Vicente Espinel.—Lóndres, 1816.

La Rigaudiere (E.), frances.—Historia de las persecuciones religiosas en España: judíos, moros, protestantes.—París, 1860.

Latour (Antonio de), frances.—Estudios literarios sobre España.—París, 1864.

España religiosa y literaria.—París, 1863.

Tradiciones, costumbres y literatura de España.—París, 1869.

Toledo y las orillas del Tajo.—París, 1860.

La bahía de Cádiz.—París, 1858.

Estudios sobre la España.—Sevilla y Andalucía.—París, 1855.

España, tradiciones, costumbres y literatura; nuevos estudios.—París, 1873.

Obras dramáticas de Calderon.—París, 1873.

Lauser, aleman. — Bosquejos de la España actual.—Leipzic, 1872.

Lavallèe, frances.—España desde la expulsion de los moros hasta 1847.—París, 1850.

Lavigne (Germond de), frances. — España itineraria descriptiva, histórica y artística.—París, 1859.

Itinerario de España y Portugal.—París, 1867.

Ha traducido y publicado várias obras españolas, entre las cuales figuran *La Celestina*, *El gran Tacaño*, *El Quijote*, de Avellaneda, etc., etc.

Laun (Adolfo), aleman. —Caractéres de poetas (entre ellos Fray Luis de Leon).—Brema, 1869.

Layard, inglés.—Artículos sobre Velazquez, publicados en la Revista inglesa *The Quarterly Review*, traducidas al castellano en la *Revista de España*, 1873.

Leal (J. J.), portugues.—Don Quijote en la cueva de Montesinos.—Lisboa, 1873.

Lecouteulx y Malmontais, franceses.—Ensayo sobre la literatura española.—París, 1810.

Lemcke, aleman.—Manual de la literatura española.—Leipzic, 1855 y 1856.

Tradujo, en union con Hosaeus y Wolf, obras escogidas de Fernan Caballero.—Paderborn, 1858-1864.

Lenox (La señora), inglesa.—El Quijote femenil, imitacion de Cervántes, 1762.

Lesage, frances.—Aventuras de Guzman de Alfarache; Aventuras de Gil Blas de Santillana; Historia de Estebanillo Gonzalez; El bachiller de Salamanca, novelas tomadas todas de obras españolas que recogió durante su mansion en España.

El Diablo cojuelo, imitado del de Velez de Guevara.

Lessing, aleman.—Tradujo el exámen de ingenios, de D. Juan de Huarte. — Wittemberg, 1785.

Lewkenor, inglés. — Tradujo á su idioma el Jardin de flores curiosas, de D. Antonio de Torquemada.—Lóndres, 1600.

Lockhart, inglés.—Ha traducido á su idioma romances españoles.

Londonderry, frances.—Historia de la guerra de la Península.—París, 1828.

Loning, aleman. — El pueblo español en sus costumbres, con episodios de la guerra carlista.—Hannover, 1844.

Lopes de Mendoça, portugues. — Apuntes para la historia de la conquista de Portugal, por Felipe II.

Lorinser, aleman. — Los autos sacramentales de Calderon, traducidos al aleman. — Ratisbona y Breslau, 1856-1866.

Bosquejos de España.—Ratisbona, 1855.

Nuevos bosquejos de España. — Ratisbona, 1858.

Luis I, rey de Baviera.—Conocedor de la literatura española, citado en la carta que forma parte del presente prólogo.

*M****, frances.—Crímenes de Felipe II, rey de España.—París, 1791.

Mabbe, inglés.—Ha traducido *La Celestina* y las *Aventuras de Guzman de Alfarache*.—Lóndres, 1656.

Mahon, inglés. — Historia de la guerra de sucesion en España.—Lóndres, 1832.

Magnabal, frances.— Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España. Traduccion de la obra del Sr. Amador de los Rios.

Ha traducido tambien las *Alteraciones de Aragon*, de D. Pedro José Pidal.

Mailly, frances.—España científica.—Brusélas, 1868.

Malmontais, frances.—Véase *Leconteulx*.

Malsburg, aleman.—Tradujo várias comedias de Calderon.—Leipzic, 1819.

Malvezzi, italiano.—Sucesos memorables de la monarquía de España.

Marineo Siculo, italiano. — Las cosas memorables de España.

Marliani, italiano.—Historia política de la España moderna.

Marteau (A.), frances.—Dos meses en España, artículos publicados en la *Revista contemporánea.*—París, 1868.

Maurenbrecher, aleman.—Cárlos V y los protestantes alemanes, con documentos del archivo de Simáncas.—Düsseldorf, 1865.

Don Cárlos.—1870.

Maximiliano (Emperador de Méjico), aleman.—Escribió su viaje á Andalucía en 1851, tomo II de los *Recuerdos de mi viaje.*—Leipzic, 1867.

Mazade (Cárlos de), frances.—La España moderna.—París, 1855.

Las revoluciones de la España contemporánea.—París, 1869.

M'crie, inglés.—Desarrollo y opresion de la Reforma en España en el siglo XVI, traducido al aleman por Plieninger.—Stuttgart, 1835.

Meli, italiano.—Imitó el Quijote.—Palermo, 1787.

Melo, portugues.—Escribió en castellano la historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña bajo el reinado de Felipe IV.—Lisboa, 1645.

Mendes Leal, portugues.—La Infanta de Granada.

Tradujo á su lengua el *Pirata* de Espronceda.

Mentelle, frances.—España antigua y moderna.—París, 1781.

Mérimée (Próspero), frances.—Noticias sobre la vida y las obras de Miguel de Cervántes.—1828.

Historia de D. Pedro I, rey de Castilla.—1843.

Teatro de Clara Gazul.—1825.

Cármen, y otras novelas de costumbres españolas.

Meyern (Gustavo de), aleman.—La Casa de los Poza (Roxas de Poza), drama histórico.—Leipzic, 1874.

Este drama se refiere á la familia del marqués de Poza, que figura en el *Don Cárlos* de Schiller.

Michael.—Memorias históricas de Fernando VII.

Michaelis (Carolina), alemana.—Escribe artículos sobre la poesía española en la *Revista de la literatura extranjera.*—Berlin, 1874.

Publicó *El Romaneero del Cid* y *Tres flores del teatro antiguo español.*

Michel.—Historia de las razas malditas en España.

Mignet, frances.—Negociaciones relativas á la sucesion de España.—París, 1836.

Antonio Perez y Felipe II.—París, 1845, traducido al aleman por Birch.—Stuttgart, 1845.

Cárlos V, su abdicacion, su morada y su muerte.—París, 1854.

Minutoli (Julio de), aleman.—España y su desarrollo.—Berlin, 1852.

Moncaut, frances.—Viaje arqueológico é histórico por las Provincias Vascongadas.—París, 1857.

Viaje arqueológico é histórico por el antiguo reino de Navarra.—París, 1857.

Historia de los Pirineos y de las relaciones internacionales de Francia con España.—París, 1853.

Monconys, frances.—Viaje por la tierra prometida, Portugal, España, Italia, Inglaterra, los Países-Bajos y Alemania, traducido al aleman por Juncker.—Leipzic, 1697.

Monglave (F.), frances.—Sitio de Cádiz en 1810.—París, 1823.

Mongomeri, norte-americano.—El Bastardo de Castilla.

Tareas de un solitario.

Las dos obras escritas en castellano.

Mortonval, frances.—El Conde de Villamayor.—París, 1826.

Martin Gil.—París, 1830.

Son dos novelas históricas. La primera es un es-

tudio del reinado de Cárlos IV. La segunda del de D. Pedro el Cruel.

Fray Eugenio.—París, 1826.

El Guerrillero.

Motteux, inglés.—Uno de los mejores traductores del Quijote.—1712.

Mouy, frances.—Don Cárlos y Felipe II.—París, 1863.

Münch-Bellinghausen (Baron de), aleman.—Rey y paisano, traducido de una comedia de Lope de Vega.—1841.

María de Molina, imitada de una comedia de Tirso de Molina.—1847.

Sobre las colecciones antiguas de comedias españolas.—Viena, 1852.

Murphi, inglés.—Historia del imperio mahometano en España.—Lóndres, 1816.

Historia de las dinastías árabes en España.—Lóndres, 1840.

Antigüedades arábigas de España.—1816.

Napier, inglés.—Historia de la guerra de la Península y del Mediodía de Francia, desde 1807 á 1814.—París, 1828.

Navagero (Andrés), veneciano.—Fué amigo de Garcilaso y de Boscan; visitó á España en 1524. Su viaje y cartas, sumamente curiosas, se publicaron por primera vez en castellano en 1873.—Véase la *Revista de España*, tomo XXXV, 1873.

Naylies, frances.—Memorias sobre la guerra de España, desde 1808 á 1811.—París, 1817.

Niboyet, frances.—La reina de Andalucía; recuerdos de Sevilla.—París, 1858.

Noorden (Cárlos de), aleman.—La guerra de sucesion en España.—Düsseldorf, 1870.

Notter.—Véase *Keller*.

Oliveira Marreca (A. de), portugues.—El conde soberano de Castilla, Fernan-Gonzalez.

Owen (Jones), inglés.—Véase *Goury*.

Ozanam (A. F.), frances. — Una peregrinacion al país del Cid.—París, 1853.

Passavant, aleman. — El arte cristiano en España. — Leipzic, 1853.

Pereira de Chavy (C.), portugues.—Eleccion y coleccion de documentos históricos, relativos á la guerra de la península y á las anteriores del Rosellon y Cataluña.—Lisboa.

Philips, inglés.—Tradujo el Quijote.—1687.

Pichot (Am.)—Cárlos V, crónica de su vida política y privada; de su abdicacion y retiro en Yuste.—París, 1854.

Pietnitzky (N.), ruso.—Traduccion de várias comedias de Lope de Vega.—Moscou, 1859.

Poitou, frances.—Viaje á España.—Tours, 1869.

Prant, frances.—Memorias históricas sobre las revoluciones de España.—París, 1816.

Prescott, norte-americano.—Historia de los Reyes Católicos; obra traducida á muchos idiomas.—Lóndres y Boston, 1838.

Historia de la conquista de Méjico.—Méjico, 1844.

Historia de Felipe II, traducida al aleman por Juan Scher.—Leipzic, 1856; y al castellano por D. Cayetano Rosell.—Madrid, 1856.

Historia de la conquista del Perú.—Boston, 1847.

Puibusque (Adolfo Luis de), frances.—Historia comparativa entre la literatura francesa y la española.—París, 1843.

Puymaigre (Conde de), frances.—Exámen crítico de varios autores españoles antiguos.—París, 1861.

Corte literaria de D. Juan II. Extracto de la *His-*

toria crítica de la literatura española del Sr. Amador de los Rios.

Quandt (G. de), aleman.— Escribió sus viajes por España.

Quilliet, frances.—Diccionario de pintores españoles.— París, 1816.

Quinet (E.), frances.—Mis vacaciones en España.— París, 1846-1857.

Rahden (G. de), aleman.—Historia de la guerra civil de España desde 1833 á 1840.—Berlin, 1851.

Ranke, prusiano. — España bajo los reinados de Cárlos V, Felipe II y Felipe III; traducida del aleman al frances, por Haiber.—París, 1863.

Rapp, aleman.—Traducciones de comedias de Gil Vicente, Lope de Vega y Tirso de Molina.—Hildburghausen, 1865 y 1870.

Rasch, aleman.—La España de hoy.—Stuttgart, 1871.

Raupach, aleman.—La hija del aire, imitada de una comedia de Calderon.

Rebello da Silva (L. A.), portugues.—Vida política y literaria de D. Francisco Martinez de la Rosa.— Lisboa, 1863.

Rehfues, aleman.—España.—Francfort, 1813.

Renard, frances.—Historia de España.—París, 1855.

Reusch, aleman.—Fray Luis de Leon y la inquisicion española.—1873.

Richar (L. Abbé).—Paralelo de los cardenales Cisneros y Richelieu.—Trevoux, 1705.

Richard (Henry) (Lord Holland).—Noticias sobre las vidas y escritos de Lope de Vega y de Guillen de Castro.—Lóndres, 1817.

Ris (Conde de), frances.—El Museo real de Madrid.— París, 1859.

Robertson, escoces.—Historia de Cárlos V.

Rocha Loureiro, portugues. — El portugues en Cádiz. —Cádiz, 1842.

Rochau (A. L. de), aleman. — Viaje por la Francia meridional y España. — Stuttgart, 1847.

Los moriscos en España.— Leipzic, 1853.

Romey, frances.—Historia de España.

Rousado, portugues.—Tradujo á su lengua el *Canto á Teresa*, de Espronceda.

Rosenkranz, aleman.—Sobre El Mágico prodigioso de Calderon.—Leipzic, 1829.

Rosseeuw (Saint-Hilaire), frances.—Historia de España desde los primeros tiempos hasta la muerte de Fernando VII.—París, 1836.

Estudios sobre el orígen de la lengua y de los romances españoles.—París, 1836.

Rossmaessler, aleman.—Recuerdos de viaje de España. —Leipzic, 1859.

Rousselot, frances.—Los místicos españoles.— París, 1868.

Rowland, inglés.—Ha traducido El Lazarillo de Tórmes.

Royer (Alfonso), frances.—Teatro de Cervántes, teatro de Tirso de Molina.—París, 1863.—Teatro de Alarcon.—París, 1865.

Roziere (Eug.), frances. — Formulas Wisigóthicas, publicadas en vista de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid.—París, 1854.

Ruge, aleman.—Tradujo á su idioma la España actual, de Fernando Garrido.—Leipzic, 1863.

Sachs, aleman.—La poesía religiosa de los judíos en España.—Berlin, 1845.

Saint-Albin (M. de), frances.—La leyenda del Cid.

Saint-Real, frances.— Don Cárlos, novela histórica.— 1692.—A esta novela debe su orígen el drama *Don Cárlos*, del gran Schiller.

Salvandy, frances. — D. Alonso, ó España, Stuttgart, 1827.

Sarrazin, frances.—Historia de la Guerra de España y Portugal desde 1807 á 1814.—París, 1814.

Schack (Baron Adolfo Federico), aleman.—Historia de la literatura y del arte dramático en España.—Berlin, 1845.

El teatro español.—Francfort, 1854.

La poesía y el arte de los árabes en España y en Sicilia, traducida al castellano por D. Juan Valera. —Madrid, 1869 y 1871.

Romancero de los españoles y portugueses, traducido al aleman en union con Geibel.—Stuttgart, 1860.

Schaefer, aleman.—Historia de España.—Hamburgo, 1844.

Schaschek, bohemio.—Describió el viaje que su señor é insigne compatriota Leon de Rosmithal y de Blatna emprendió á España en 1465. El original de esta relacion se perdió, pero se conserva la traduccion latina hecha por el canónigo de Olmütz, Estanislao Paulowiski, é impresa en 1577. Publicóse ésta en el de 1844 en el tomo VII de la coleccion de *Literatura nacional* que dirige la sociedad de Stuttgart. La primera version castellana salió á luz en Madrid en 1873.

Schepeler, prusiano. — Guerra de la Independencia española.

Schiller, aleman.—Don Cárlos.

Schlagintweit (E.), aleman.—La guerra de Africa en 1859 y 1860.—Leipzic, 1863.

Schlegel (Augusto Guillermo de), aleman.—Traducciones de comedias de Calderon.—Berlin, 1809.

Schlegel (Cárlos Guillermo Federico de), aleman. — Alarcos.—Berlin, 1802.

Schlüter, aleman.—Tradujo á su idioma, en union con Storck, todas las poesías de Fray Luis de Leon, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa.—Münster, 1853 y 1854.

Schmidt (F. G. V.), aleman.—Análisis de las comedias de Calderon.—Elberfeld, 1857.

Schneider (Luis), aleman.—Ha traducido, á su idioma, comedias españolas.

Schopenhauer (Arturo), aleman.—Tradujo el Oráculo manual y arte de la filosofía, de Baltasar Gracian.—Leipzic, 1862.

Schott, aleman.—España ilustrada.—Franfort, 1603.

Schreyvogel, aleman.—Véase *West*.

Schulze, aleman.—Sobre el Príncipe constante, de Calderon.—Weimar, 1811.

Schwab, aleman.—Traduccion de los escritos de Santa Teresa de Jesus.—Sulzbach, 1831-1833.

Traduccion de los escritos de San Juan de la Cruz. —Sulzbach, 1838.

Schwetschke, aleman.—Historia del tresillo, juego español.—Halle, 1863.

Scuderi (Mme. de), francesa.—Almahide.

Serra (F.), portugues.—A boceta de Pandora.—Lisboa, 1872.

Es una traduccion de La Caja de Pandora, de Don Fernando Martinez Pedrosa.

Shelton, inglés.—Fué el primero que tradujo el Quijote, 1612 y 1620.

Signorelli, italiano.—Historia crítica del teatro antiguo y moderno español, 1777.

Sismondi, suizo.—Historia de la literatura española y demas del Mediodía de Europa.—París, 1813.

Smollet, inglés.—Tradujo el Quijote en 1755.

Soltau, aleman.—Tradujo el Quijote.

Sousa de Macedo, portugues.—Flores de España, excelencias de Portugal.—Coimbra, 1737.

Southey (R.), inglés.—Cartas de España, 1798.

Amadis de Gaula, 1803.

Historia de la guerra de la Península contra Napoleon, traducida del inglés al frances, por Lardiez. París, 1828.

Sprengel, aleman.—Tradujo la historia del nuevo mundo, de Muñoz.—Weimar, 1795.

Stahl (Arturo).—(Pseudónimo de una escritora alemana.)—España.—Leipzic, 1866.

La hija de la Alhambra, novela histórica.—Berlin, 1869.

Stapleton (Th.).—Apología del rey Felipe II.—1592.

Stein (Pablo), aleman.—De Andalucía, novelas.—Leipzic, 1866.

Stirling, inglés.—Anales de los artistas de España.—Lóndres, 1848.

El retiro de Cárlos V, 1852, traducido al aleman por Lindau.—Dresde, 1853. Otra traduccion alemana por Kaiser.—Leipzic, 1853. Velazquez y sus obras.

Stolz, aleman.—Cosas de España para el mundo culto. Friburgo, 1853.

Storck, aleman.—Véase *Schlüter*.

Suchet (Mariscal de Francia, duque de la Albufera).—Memorias sobre la campaña de Napoleon contra España.—París, 1834.

Sulzbach, aleman.—Poesías de judíos españoles.—Francfort, 1873.

Talbot-Dillon (inglés).—Historia de D. Pedro el Cruel.—Lóndres, 1788.

Tanski, frances.—España en 1843 y 1844.—París, 1844.

Cosas de España; traducidas al aleman.—Stuttgart, 1846.

Targe, frances.—Historia del advenimiento de la casa de Borbon al trono de España.—París, 1772.

Tetzel (G.), aleman. — Acompañó al bohemio Baron Rosmithal en su viaje á España en 1465.

La version castellana de su Relacion se publicó por primera vez en Madrid en 1873.

Thienen-Adlerflycht, aleman.—Cuadros de España : el país lleno de sol.—Berlin , 1861.

Thurm (Franz vom), aleman.—Escenas españolas de guerra y paz.—Leipzic, 1861.

Ticknor, norte-americano. — Historia de la literatura española.—Boston, 1849, traducida al castellano por los Sres. Gayángos y Vedia, y al aleman por Julius. —Leipzic, 1852.

Tieck, aleman.—Ha traducido el Quijote, Persíles y Segismunda y el escudero Márcos de Obregon.

Tuke, inglés.—Imitó los Empeños de seis horas, de Calderon.

Valentinelli (Gius.).—De las bibliotecas de España.—Viena, 1860.

Varillas (Mons.), italiano.—La política de Fernando el Católico, rey de España.—Amsterdam, 1688.

Viardot (Luis), frances.—Ensayo sobre la historia de los árabes y los moros en España.—París, 1832.

Estudios sobre la historia de las instituciones y de la literatura en España.—París, 1835; traducidos al aleman, por Hell.—Leipzic, 1836.

Noticia de los principales pintores de España.—París, 1839.

Ha traducido al frances el Quijote, las novelas de Cervántes y la Historia de la revolucion, guerra y levantamiento de España, del Conde de Toreno.

Los museos de España.

España y bellas artes.—París, 1866.

Ward (E.), inglés.— Imitó el Quijote.—Lóndres, 1711.

Wachenhusen, aleman.—Cuadros de viaje de España. —Berlin, 1859.

Wackernagel, aleman.—Sevilla.—Basilea, 1854.

Warnkoenig, aleman.—Vida y muerte de D. Cárlos.— Stuttgart, 1864.

Tradujo las Memorias de Cárlos V, publicadas por el baron Kervyn de Lettenhove.—Leipzic, 1862.

Wattenbach, aleman.—Viaje por España y Portugal.— Berlin, 1869.

Watson, inglés.—Historia de Felipe II.—Lóndres, 1773.

Wedell (E. de), aleman.—Se está publicando actualmente en la *Gaceta de Colonia* lo más notable de nuestra presente guerra, escrito por él en los mismos campamentos.

Weis.—España bajo el reinado de Felipe II.

West (pseudónimo del escritor aleman Schreyvogel).— Tradujo á su idioma *La Vida es sueño* y *El Médico de su honra*, de Calderon, y *El Desden con el desden*, de Moreto.

Wieland, aleman.—Don Silvio de Rosalva, imitacion del Quijote.—1764.

Wilde, aleman.—Ha traducido el drama *Don Juan Tenorio*, de D. José Zorrilla.

Wilkens, aleman.—Fray Luis de Leon.—Halle, 1866.

Willemaers, belga.—El Cid; su historia, su leyenda y sus poetas.—Brusélas, 1873.

Willkomm (M.), aleman.—Dos años en España y Portugal.—Dresde, 1847.

Excursiones por las provincias del Nordeste y las centrales de España.—Leipzic, 1852.

La Península ibérica.— Descripcion geográfica y estadística.—Leipzic, 1855.

Wilmot, inglés.—Tradujo el Quijote en 1774.

Wolf (Fernando José de), aleman.—Rosa de romances.—Leipzic, 1816.

Floresta de rimas modernas castellanas.—París. 1837.

Poesía y romance de los españoles.—Viena, 1847.

Reimprimió la danza de la muerte de Pedraza, anotándola y precediéndola de una noticia de várias comedias españolas escritas en el siglo XVI.—Viena, 1852.

Apéndice para la bibliografía del cancionero español y para la historia del arte lírico durante el reinado del emperador Cárlos V.—Viena, 1853.

Coleccion de los más viejos y más populares romances castellanos, con introduccion y notas.—Berlin, 1856.—(Esta obra fué en colaboracion de Conrado Hofmann.)

Estudios sobre la literatura española y portuguesa.—Berlin, 1859.

Complementos y notas en la traduccion alemana de la Historia de la literatura española, de Ticknor; forman el suplemento y tomo III de la obra.—Leipzic, 1867.

Las hijas de Fernando José de Wolf han traducido á su idioma várias novelas de Fernan-Caballero.

Wolff (Oscar Luis Bernardo), aleman.—Fué el primero que tradujo el poema del Cid.

Wolff (Pío Alejandro), aleman.—Imitó la Gitanilla de Cervántes en su comedia titulada *Preciosa.*

Wolzogen (Alfredo de), aleman.—Escribió su viaje á España.

Wright, inglés.—Vida y purgatorio de San Patricio.—Lóndres, 1844.—(Se refiere á la comedia de Calderon *El Purgatorio de San Patricio.*)

Y. Y. Q. (Mr.).—Paralelo de Felipe II y Luis XIV.—Colonia, 1709.

Yriarte (Charles), frances, oriundo de España.—Artículos sobre nuestra guerra contra Marruecos en 1860, publicados en el *Mundo ilustrado.*

La sociedad española.—1861.

Goya y sus obras.—París, 1867.

Ha traducido al frances várias obras antiguas y modernas de Ruiz de Alarcon, de Antonio de Trueba, de Manuel Fernandez y Gonzalez, etc., etc.

Yrving (Washington), norte-americano.—Vida y viajes de Colon, traducida del inglés por García Villalta.—Madrid, 1833.

Historia de Granada.—Lóndres, 1829.

Cuentos de la Alhambra.—Lóndres, 1832.

Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon.—Lóndres, 1831.

Ziegler (Alejandro), aleman.—Escribió su viaje á España.

Zedlitz (Baron de), aleman.—La Estrella de Sevilla, imitacion de una comedia de Lope de Vega.

Zobel de Zangroniz, aleman.—Monedas españolas hasta ahora no explicadas.—Leipzic, 1863.

Zoller (Edmondo), aleman.—Ha traducido á su idioma el Quijote.—Hildburghausen, 1865.

Zopfl (El Dr. Henrique), aleman.—Ensayo histórico sobre la sucesion de España, traducido al frances por el Baron de Belling.—París, 1839.

Creemos no haber omitido ningun nombre de nota en el presente catálogo, que no dudamos

en llamar único y especial, pues á nadie le ha ocurrido formarle, como testimonio del alto aprecio que merecemos á todos los pueblos civilizados del mundo.

Dejamos de mencionar en él, por no hacerlo interminable, los muchos autores dramáticos franceses que han buscado sus asuntos en nuestro teatro antiguo y en los héroes de nuestra historia, Guzman el Bueno, los siete infantes de Lara, y otros. La comedia de Molière, *Le Medecin malgré lui*, es imitacion de otra de nuestro teatro antiguo, titulada *El Médico á palos*, título que le conservó Moratin al traducirla de Molière. Lesage imitó en *Point d' honneur* la titulada *No hay amigo para amigo*, de Rojas, y en *D. César Urbino*, la de Calderon *Peor está que estaba*. *El Cid*, de Corneille, es la refundicion del de Guillen de Castro; *El Embustero*, tambien de Corneille, no es más que *La Verdad sospechosa*, de Alarcon; *El Festin de piedra*, de Molière, es *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina; *La Princesa Elidé*, del mismo, es exactamente *El Desden con el desden*, de Moreto, y por último, dos traductores franceses se apropiaron, callando su orígen, mi *Receta con-*

tra las suegras, y perseguidos á mis instancias por el entónces nuestro vicecónsul en París don Cárlos Ochoa, logró que el principal de ellos confesase el fraude, no sólo de palabra, sino por escrito.

Del *Quijote* se han hecho y se están haciendo, ademas de las citadas, infinitas traducciones al aleman, al inglés, al frances, al italiano, etc., etc.

Scarron, Beaumarchais, Pigault-Lebrun y otros célebres autores franceses del pasado y presente siglo emplearon sus indisputables talentos en describir nuestras costumbres.

Todo lo cual prueba, supuesto que somos la única nacion que puede presentar tan larga suma de admiradores, el gran valor de lo que hicimos y escribimos en otros tiempos.

Tampoco incluimos en este catálogo un sinnúmero de libros escritos por viajeros, describiendo las costumbres españolas, sin ridiculizarlas, y pintando sus agradables impresiones á la vista de nuestros monumentos y museos. Nada dirémos de Alejandro Dumas y de otros, que sin duda por dar más variedad á sus libros fantásticos sobre España, nos colocan piadosa-

mente al nivel de los bárbaros, de modo que esos señores calumniándonos en nuestras costumbres y adelantos materiales, y el grave de M. Thiers escribiendo un sinnúmero de falsedades en su *Historia del consulado y del imperio*, tales como la de que nuestra escuadra huyó en el combate de Trafalgar, no nos van á dejar un átomo de gloria. Mal haríamos nosotros en autorizar la repeticion de tan groseras calumnias con nuestro silencio. Y para comenzar devolviéndoles por ellas verdades como templos, les diríamos, siquiera nuestra pobre voz sea la ménos autorizada, que ese desprecio ó desden con que nos miran, singularizándose Francia entre las demas naciones de Europa, pudiera nacer del ódio que insensiblemente y por tradicion se forma en un pueblo que recuerda descalabros como los de Pavía, San Quintin, Bailén, etc., etc., etc. Decir que nuestra escuadra huyó en Trafalgar, equivale á decir que nuestro emperador Cárlos V fué hecho prisionero en la batalla de Pavía.

Sinceramente quisiéramos que nuestros vecinos respetáran siquiera nuestras desgracias presentes, teniendo en cuenta las terribles leccio-

nes de la historia, porque áun en la postracion y miseria en que estamos, no nos cambiamos por Francia, pues ni hemos perdido dos de nuestras principales provincias, ni entregado al enemigo, sin disparar un tiro, las primeras plazas fuertes del mundo, guarnecidas con 100.000 hombres.

¡Tenernos en tan poco, escribir con befa que nuestros soldados se presentan descalzos en formacion, y cuando se ven con el agua al cuello durante la guerra franco-prusiana venir á solicitar 20.000 hombres que les saquen del atasco, es una flagrante contradiccion, que debieran procurar no se repitiese! Por lo demas, bueno es que creamos que si 20.000 españoles hubieran estado en Sedan y Metz, quizá Europa hubiera bautizado á esas dos ciudades con los gloriosos nombres de Zaragoza y Gerona.

En contraposicion de todos los detractores de España, no podemos citar á otro con más oportunidad y justicia que al autor del presente libro. El lector verá en muchas de sus páginas el alto aprecio en que nos tiene y las bellas frases que nos dedica.

Los escritos del Sr. Fastenrath, á quien con-

sideramos una gloria más de la nacion española, difunden la esperanza en nuestro pecho, levantan nuestro espíritu, y nos dejan entrever dias venturosos para la patria. Todavía hay allá en lejanas tierras quien nos ensalza, nos venera, y aguarda que este rincon de Europa, disipando las negras nubes que empañan su diáfano y trasparente cielo, se alce como en otros tiempos á la altura de las primeros pueblos del mundo.

Porque todavía valemos ; no porque todas las naciones de Europa nos miren con desprecio hemos de abatirnos, antes al contrario, cobremos ánimo y procuremos recuperar lo perdido. *Todo el toque está*, como dice muy bien el señor Valera, á quien hemos aludido al principio, *en que nos persuadamos de que valemos tanto ó más que ellos, y llegarémos á valer tanto ó más que ellos.*

Madrid, 20 de Octubre de 1873.

MANUEL JUAN DIANA.

AL QUE LEYERE.

Cuando remití á la redaccion de la acreditada *Revista de España* mis primeros artículos sobre *La Walhalla y las glorias de Alemania*, intenté, en la humilde medida de mis humildísisimas fuerzas, escribir una obrita de cortas dimensiones, dedicando no más que cuatro palabras á las notabilidades y eminencias de mi patria; pero al continuar mis trabajos me enamoré tanto de mi asunto, que cambié por completo de plan, y en la explosion del entusiasmo tomé sobre mí una empresa gigantesca que podria realizar, Dios mediante, sólo en el espacio todo de una vida muy larga, desplegando en ella el ardor, todo el celo de mi ánimo.

Pues quiero presentar al pueblo español las

estrellas del cielo germánico, la inmensa galería de las glorias alemanas, todo un museo de pinturas, un espléndido Olimpo de celebridades, no limitándome á los hombres grandes, cuyos bustos se ven en nuestro templo nacional, *La Walhalla*, sino que trataré de describir á grandes rasgos las obras y la vida de todos los alemanes que ha coronado el aplauso público. Y lo digo con la satisfaccion de un buen aleman, ellos son una legion; ejemplos mil de verdadera grandeza me brinda mi patria, que tiene un inmenso horizonte de gloria.

Siguiendo el órden cronológico debia empezar con nuestro primer héroe nacional, el gran *Arminio*, que está en la entrada de nuestra historia, embellecida por los atractivos de la memoria y de la distancia; el gran Arminio, que apareció al pueblo germánico en el siglo oscuro de la promesa, y á quien hoy miramos llenos de gratitud y de júbilo desde las cumbres serenas del cumplimiento. Pero mis producciones brotaron á impulsos de los hechos del momento, á impulsos de las hazañas frescas y recientes, en vista del grande y luminoso sol de Germania : el glorioso año de 1870 fué el padre de mi

libro, y así empecé á pintar uno por uno los que merecieron de la patria en el siglo presente, los eminentes estadistas, los ilustres hombres de guerra, los inspirados vates; en fin, todos los que iluminaron nuestros anales modernos emprendiendo una perseverante campaña de enseñanza y de trabajo, para llegar desde el desastre de Jena hasta el triunfo de Sedan. Descuella sobre todo la figura de *Bismarck*, cuyo ideal nacional es la libertad dentro del órden, y cuyo ideal internacional es el equilibrio de las naciones para evitar que la suerte de los pueblos dependa del capricho más ó ménos bélico de ciertos gobiernos; y él, que hace un papel tan grande en el mundo; él, que es el más aleman de los alemanes entre el Vístula y el Elba, y que cifra su honor en ser el más odiado por los enemigos de nuestra nacion, no podia ménos de ocupar la parte principal de mi libro.

No se me ocultan las infinitas dificultades de caracterizar á los hombres contemporáneos, pero atraido y fascinado por los genios de nuestro siglo, no queria renunciar á la dulcísima sensacion de ofrecer primero al pueblo español los

retratos que tienen un interes de actualidad; y quizá lograré así que el lector, simpatizando con los ardorosos y populares caudillos que alcanzaron la unidad y la concordia de Alemania, y con los que dedicaban su actividad intelectual á la meditacion y al exámen de las grandes cuestiones de nuestro tiempo, no se niegue á seguirme á la antigüedad remota.

En el segundo tomo tendré que hablar de los músicos, de los artistas, de los poetas y de los hombres de ciencia que brillan en Alemania en el siglo actual, y que son dignos de recibir carta de naturaleza en la ilustrada España. Despues entrarémos en la *Walhalla* de los héroeantiguos, volviendo los ojos sobre todas las glorias alemanas desde el primer siglo de la era cristiana.

Inmenso, pues, ha de ser el curso de mis tareas, y mucho me temo que la crítica, por benévola é indulgente que sea, compare mi obra á un jardin desordenado, por haber puesto de cada personaje lo que me ha ido ocurriendo, sea en el lugar que sea. Pero no queria violentarme á regularizar mi obra artísticamente, y

tampoco me he privado de escribirla tal como la sentia, viéndome obligado á veces por las circunstancias á añadir nuevos rasgos á los retratos ya hechos.

Podria censurarme la crítica tambien por haber sido algo pródigo en cuanto á mis citas de escritores españoles ; pero téngase presente que el que es en Colonia el único aleman español, y que lo poco que sabe del idioma castellano lo debe á sus propios esfuerzos, habiendo pasado sólo dos primaveras felices (las de 1864 y 1869) en el país de sus dorados sueños , experimenta la necesidad de estar como en una tertulia de amigos españoles ; y sólo ese amor á los hijos de España, así á los insignes como á los que no tienen la gloria de pasar por autoridades, me ha seducido á rodearme de todos ellos en mi libro.

La patria de Melanchthon y de Schleiermacher es tambien la mia, pero no seré por eso dos veces extranjero : amo á la España religiosa ; amo á la reina de Andalucía por su gloria más brillante, el recuerdo de su Rey Mártir Hermenegildo, cuya noble sangre germinó el grato suelo de su adorada Sevilla ; amo á las

orillas del risueño Guadalquivir, porque acarician á la más ferviente cristiana de nuestros dias, *Fernan Caballero*. Así en cada página de mi *Walhalla* hablará la voz amiga del hispanófilo y del cristiano, y si á pesar mio he ofendido á álguien en su conciencia religiosa, le pido mil perdones. No dejaré de ser cristiano al hablar cual entusiasta aleman de la lucha ardiente entre la Iglesia y el Imperio; no dejaré de ser cristiano al rendir culto al genio de *Fichte*, que por los *discursos á la nacion alemana* despierta á nuestro pueblo para que busque en su propio seno los elementos de resurreccion y de vida; y los ilustrados españoles, para los cuales escribo *La Walhalla*, apreciarán sin duda alguna, exentos de preocupaciones, la parte que nuestros filósofos han tenido en el progreso y en la civilizacion, cualesquiera que hayan sido sus creencias religiosas.

Continuando en describir las glorias alemanas me resta sólo pedir á Dios me conceda la vida y la fuerza necesarias para dar cima á mi empresa, y concluyo con las palabras de *Guillermo de Humboldt:* «Cumplamos cuanto nos

permita el destino. Y cuando la Providencia nos llame, el hilo está cortado, pero entrarémos en un estado, el cual, aunque no lo conozcamos todavía, no nos hará sentir haber dejado incompleta alguna obra sobre la tierra.»

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 22 de Enero de 1874.

Á LA MEMORIA

DE MI MUY QUERIDO É INOLVIDABLE PADRE.

Raudos pasan los años
Dejando en pos de sí fama ilusoria,
Ó tristes desengaños:
Del humano á la gloria
Unida va de su dolor la historia.

Acaso es él la fuente
Donde más pura brota la poesía:
Por tí lágrima ardiente,
¡Oh, padre! vertí un dia,
Y lenitivo halló la pena mia.

Purificada el alma
Sentí por el dolor: ansié á tu abrigo
Gozar de eterna calma...
Feliz soñé contigo;
Soñé en el cielo, y mi ilusion bendigo.

De místicas plegarias
Al eco, murmuré tu nombre amado:

Mis tiernas *Pasionarias*,
En alma fe inspirado,
Dí al mundo entónces, por tu amor guiado.

Que tal vez desde el cielo,
Do acaso moras por feliz destino,
Con amoroso anhelo
Me enseñas de contino
De la virtud el áspero camino.

Hoy de mi patria amada
Los altos timbres describir anhela
Mi alma enajenada;
Y á tí afanosa vuela
En la noble ambicion que la desvela.

Y ya á tu aliento puro
Elevarse mi espíritu parece:
Libre de ardor impuro,
Todo á su vista crece
Y los teutones héroes engrandece.

En el soberbio templo
Que Luis Primero, de eternal memoria,
Levantó para ejemplo
De inmarcesible gloria,
De la *Walhalla* trazaré la historia.

¡ Walhalla! augusto nombre,
Que desde Arminio al vencedor monarca
Que hoy goza alto renombre,
El mundo entero abarca
Y del pueblo aleman los triunfos marca.

¡ *Walhalla!* de admirarte
Mi mente entusiasmada en ánsia ardia:
Dame para cantarte
Raudales de armonía,
Que broten en tu honor del arpa mia.

Y tú, padre adorado,
Que en la mansion donde el Eterno mora
Feliz gozar te es dado,
Su proteccion me implora,
Y pintaré á mi patria vencedora.

En tí al narrar confío
Nobles hechos y empresas de gigantes;
Y tú me alentarás, ¡oh, padre mio!
Para ensalzar sus lauros rutilantes
En la sonora lengua de Cervántes.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 24 de Junio de 1873.

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA (1).

I.

El primer libro que escribí en la lengua, en la hermosa lengua de Calderon y de Cervántes, fué el libro de la religion, la descripcion detallada del *non plus ultra* de las fiestas religiosas y nacionales, la fiesta de *Oberammergau*. Y si mi primer ensayo ha encontrado favorecedores en España, la causa fué, sin duda, el sagrado asunto de que trataba, siendo héroe de mi obra el que inspira veneracion y acatamiento á todos los buenos españoles, el adorado niño de Belen, cuyo Nacimiento saludamos con inefable regocijo en la Noche-buena, el mártir del Gólgota,

(1) Algunos capítulos de esta obra vieron la luz en la *Revista de España* durante los años 1872 y 1873.

cuya muerte lloramos con la vírgen de los Dolores, el divino Mesías anunciado por los profetas, el dulce Jesus, cuyo nombre redime, cuyo nombre se escapa del alma cuando un gran sentimiento la agita, cuyo santo nombre no ha podido arrancar de nuestros corazones la triste propaganda de la impiedad y del escepticismo, cuyo nombre, en fin, sirve por sí sólo de lazo entre la tierra y el cielo.

Mi segundo libro en castellano ha de ser el libro de la patria, la descripcion del *non plus ultra* de los templos nacionales, que recuerdo con encanto indecible, la biografía de todos los héroes de mi patria, madre comun de tan nobles varones, con cuya gloria esplendorosa se ensancha el corazon. Sí, la heroína de estas páginas ha de ser la patria, la que es, como ha dicho un español, el aire que respiramos, la luz que nos guia, el pan que nos nutre; y la patria mia es aquella Alemania que tiene por florones de su corona la libertad, la civilizacion y el valor de sus hijos, aquella Alemania que ha tenido en el eterno poema de su historia esos gloriosos cantos que se llaman batalla de la selva teutoburguesa, guerra de 1813, de 1814 y de 1815 contra las irresistibles huestes del Coloso del siglo, guerra en que el astro de gloria, traspuesto en Jena, amaneció con esplendor inmortal, y guerra de 1870 y de 1871.

Quisiera que el nombre de mi amada patria, donde el cívico valor es un paterno legado, esparciese su resplandor sobre estas páginas; pero en vez de dar esperanzas, que no sé si podré satisfacer, tengo que pedir la indulgencia de mis apreciables lectores, siendo el que escribe estas desaliñadas líneas, aunque español hasta el delirio, por su amor á la poesía castellana, poco experto en manejar el habla de Cervántes.

¡ Oh patria! laurel eterno
Tu frente augusta corona;
Permite que, por humilde,
Yo á tus piés una flor ponga.

II.

Los héroes alemanes de 1870 y 1871 y los vates.—El monte de Kiffhauser.—Federico Barbarroja.—El monte de Hohenstaufen.—El castillo de Hohenzollern.—La Walhalla.

En los dias gloriosos de los siempre memorables años de 1870 y 1871, cuya historia, trazada con caractéres de fuego, asombrará á las futuras generaciones, como la guerra cantada por Homero, como las victorias de Alejandro, como las hazañas de Carlo-Magno y de los Doce Pares, triunfaron con pasmo del orbe, no sólo los guerreros bizarros de Alemania, que en santa cólera encendidos castiga-

ban la audacia loca del César frances, sino tambien los espíritus de nuestros vates, ya moradores de Walhalla, que me dicen cantaban con inspiracion valiente:

La tierra ofrece el hierro
Que lleva en sus entrañas;
De valles y montañas
Los bosques lanzas dan.
Relinchan los corceles,
Que en su ímpetu sediento
Atras dejan al viento
Oyendo el són marcial.
¡Al arma, patria mia!
Gentil, sublime, entera,
Ya pasa la bandera.....
¡Matronas, no lloreis!
¡Oh! lágrimas de gozo
Verted si vuelve honrada,
Y vuelva acribillada
Cien veces y otras cien.
Sus restos inmortales,
Colgados en los templos,
Serán altos ejemplos
Y prez de la nacion.
Juremos defenderla,
Y sombra dé á la tumba
Del héroe que sucumba,
Su santo pabellon (1).

Triunfaron, sí, cual hueste batalladora, los Arndt, los Koerner, los Schenkendorf, los Rückert, que

(1) Estas estrofas, que dan una idea del espíritu de los cantos alemanes, son debidas á mi queridísimo amigo el inspirado poeta D. Ventura Ruiz Aguilera.

fueron la memoria viva de las glorias alemanas, y se cumplió la profecía del erguido abeto de Strasburgo, patriarca de los abetos, que habla por boca del inspirado Rückert, muerto ántes de ver lucir el nuevo sol de Alemania.

«Yo he visto, exclama el abeto, los tiempos antiguos de los emperadores alemanes; yo he visto aquellos hidalgos señores y caballeros; el murmullo de la brisa rompia los aires, y yo hablaba con los vientos de la Germania. Despues — ¡oh angustioso recuerdo, cómo cambian los tiempos! — oí crujir en són de guerra hierros extranjeros, se eclipsaron los soles de Alemania, apagóse el aliento de sus hijos, una gran sombra se extendia por el horizonte. Despues — ¡oh gloria! — vi á los nuevos alemanes seguir los senderos antiguos, guardando en el fondo de sus entrañas el fuego sagrado de sus abuelos. ¡Alemanes, alemanes han de ser los recintos desde el Wasgau hasta el Palatinado! Pero ¡ay! el gran temporal pasó de prisa, sin dejar huella ninguna. Mi copa secular se rompió, y ya no podrá anidar en ella el águila que fué mi esperanza lisonjera. ¡Adios, oh águila, que pones junto al cielo tu mansion de huracanes combatida! Yo tengo que caer de vergüenza, yo no doy mi madera para una casa alemana, se hará de mí una escalera para la prefactura francesa. Pero vos, mis hermanos menores, ve-

réis un porvenir risueño y feliz; uno de vosotros dará su madera á un palacio en que ha de vivir y velar un príncipe aleman en tierra alemana. Y cuando llegue aquel dia, crujirá todavía mi leño en la prefectura.»

El dia ansiado ha llegado ya, saludado en trovas entusiastas por el concierto de los poetas:

«¡*Germania!* yo te estoy viendo
Bella, jóven, celestial,
Como en sus ensueños pudo
El poeta ambicionar.
¡*Germania!* yo te estoy viendo,
Vestida de majestad,
Presentarte á las naciones
Con aplauso universal.
¡*Germania!* yo te estoy viendo
En el senado brillar
De todos los pueblos libres,
Tan alta como el que más.
¡*Germania!* yo te estoy viendo
Serenamente marchar
Al porvenir que adivina
La musa de nuestra edad» (1).

En el año 1870, en que el reloj de los siglos señaló el fin del sueño triste de *Barbarroja*, las miradas de los alemanes, y sobre todo las de los bardos

---

(1) Estos versos, aplicados aquí á la patria alemana, tambien son debidos á la elegante pluma del cantor de la *Balada de Iberia*, D. Ventura Ruiz Aguilera.

y trovadores, se dirigian hácia el *Kiffhäuser*, aquel monte de Turingia, en el cual, segun la tradicion popular, el gran emperador, ídolo y tesoro de Germania, «*amor bonorum, terror malorum*», estuvo sentado en una silla ebúrnea, apoyando su augusta cabeza con la barba de fuego en una mesa de mármol, durmiendo en el silencio de su soledad hasta que los viejos cuervos cesasen de volar en torno de la montaña.

Cada cien años despertaba y preguntaba *Federico Barbarroja* al fiel enano: «¿Vuelan todavía los cuervos en torno del castillo?» Siempre estaban volando, y ya habia crecido á traves de la mesa la barba del Emperador encantado. Pero, en fin, brilló la aurora, una aurora sin igual; los siniestros cuervos, aquellos roncos anuncios de la desventura y de la discordia, enmudecieron al raudo vuelo del águila potente y majestuosa; bélico sonido pobló los espacios. «¡Arriba, *Barbarroja!*

«Apareja, buen Federico,
Tu corcel, rival del aire.»

Y la fantasía del pueblo que, armándose de rayos, vertió á raudales su honrada sangre en pro de la patria, en pro del rio que ama aún más que á las niñas de sus ojos, veia á su querido héroe despertando para ser caudillo de la guardia del Rhin y pa-

ra hacer del imperio aleman ejemplo y pasmo del mundo.

El leon abre sus ojos
Cansado de dormir.

La torre de *Kiffhäuser* es el trono de la tradicion imperial. Á cada grada se abre más honda la sima, pero tambien se desplega á nuestros ojos más dilatada y amena la perspectiva sobre la «campiña del oro.» La hierba que cubre el suelo, los rayos del sol que penetran por las ventanas de la capilla, forman un cuadro tan encantador, que hasta la destruccion parece inspirada por la poesía. En el espacio, en torno de la torre, que hoy pertenece al príncipe de Schwarzburg, brota la flor azul del romanticismo: aquí danza la bella hija de *Barbarroja;* aquí jugaban á los bolos los caballeros del emperador; aquí estuvo la secreta puerta, invisible para aquellos á quienes no la abrieron las hadas; aquí se entregó el matrimonio de Tilleda al sueño de una sola hora para despertar despues de trascurrido un siglo entero; y desde aquí miraba el enano cada cien años á la torre si todavía volaban los cuervos. ¡Qué bello sería un monumento consagrado á la tradicion cumplida en frente de la antigua torre de *Barbarroja!* El sabio no muere, segun dice el poeta; y tampoco ha de morir el gran emperador, el símbolo vivo de la gloria alemana, y como Carlo-Magno, en el

Untersberg cerca de Salzburgo, así durmió *Barbarroja* en el *Kiffhäuser.*

El *Federico Barbarroja* de la Edad Media, el *Barbarroja* de nuestras leyendas, la ilusion de nuestros cantares, el que fué

El alma de nuestro pueblo,
Libre, varonil, indómita,

se llama hoy *Guillermo Barbablanca*, cuyos altos hechos tienen

La Cruz por corona
Y por cimiento la fe;

pues una sencilla cruz de hierro fué el premio de los bravos, de los héroes de 1870 y de 1871.

I.

De *tres cruces* quiero hablaros,
Dignas las tres de memoria,
Y signos los más sublimes
Que el buen aleman adora.
Tan venerable, tan santo,
No hay nada en la tierra toda,
Ni compararse con ellas
Puede ninguna otra cosa.
Y en lo más hondo del alma,
Donde su imágen se copia,
Siente un placer inefable
Quien ve siquiera una sola.

II.

Es una *la cruz de leño*,
Que la mano del soldado

Formó con dos ramas secas
Arrancándolas de un árbol.
Hízola para el que muere
Por la patria peleando;
Y á quien ésta el mejor llama
De todos sus hijos bravos.
El que ante esta cruz detiénese
Llama bienaventurado,
Y tierna oracion consagra
Al que reposa debajo.

III.

La segunda, *la cruz roja*,
En *blanca* bandera brilla,
Y ondea en el campanario
Anunciando al que la mira,
Que allí está quien, de la muerte
Perseguido por las iras,
En trance sacó terrible
De la batalla una herida.
Piadosa mano le cura
Y cuidados le prodiga,
Miéntras la patria le espera
Con coronas merecidas.

IV.

Una cruz, *la cruz de hierro*
Adorna, en fin, bellamente,
El pecho del leal soldado,
Que expuesto mil y mil veces
A la guadaña sangrienta
De la inexorable muerte,
Libertóse de ella, y bajo
La cruz de leño no duerme.
Con respeto el más profundo
No hay quien la diestra no estreche

De aquel sobre cuyo pecho
La cruz ésta resplandece.

V.

Estas, pues, son las tres cruces,
Dignas de eterna memoria,
Y de la guerra más justa
Emblemas que el pueblo adora.
Tan venerable, tan santo
No hay nada en la tierra toda,
Ni compararse con ellas
Puede ninguna otra cosa.
Y en lo más hondo del alma,
Donde su imágen se copia,
Siente un placer inefable
Quien ve siquiera una sola (1).

En aquellos años, tan llenos de emociones, fijamos tambien nuestra vista en dos montes de Suebia, el *Hohenstaufen* y el *Hohenzollern.*

Despojada su diadema, desvanecido cual humo el castillo de los emperadores, el *Hohenstaufen* levanta su calva sien en medio de un terreno feraz; el alcázar de Conrado III, de *Barbarroja*, de Felipe y de Irene, la hija del emperador griego, cedió su

(1) El romance *Las tres cruces* es un canto mio, vestido á la española por D. Ventura Ruiz Aguilera, que me escribió acerca de su bellísima version: « Nosotros no diriamos »*Cruz de leño*, sino *de madera*; pero como no hay otra palabra equivalente que *leño*, en castellano, para expresar »con propiedad el pensamiento del poeta, he tenido que »usarla. »

puesto á la maleza y á los arbustos, y el monte parecia solamente una lastimosa reliquia de glorias pasadas; de modo que el célebre poeta aleman, Justino Kerner, lamentaba hace unos cincuenta años: «¡Ay, tan yermo, tan huérfano como aquel monte está nuestro país!» y podiamos exclamar con Ruiz Aguilera:

«Pasajero, contempla en la llanura
La pobre patria mia,
Sola con su dolor y su hermosura,
Yerta la faz sombría.
Aquí está, con el manto del imperio
Mal prendido en sus hombros;
Triste está como flor de cementerio,
Como lirio entre escombros.»

Da tregua á tu dolor, ¡oh noble Justino! y alza la frente:

«.....de noche eterna
El dolor no es la sombra,
De claro dia es nuncio;
De lo alto de su cruz se ve la aurora.»

Hoy, ¡oh júbilo! no podria decirse del alcázar de *Barbarroja*, del castillo de los *Hohenstaufen*, lo que decia Rodrigo Caro de Itálica:

«La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada.
Casas, jardines, Césares murieron,
Y áun las piedras que de ellos escribieron.»

Y ahora, embriagado por la resurreccion del im-

perio aleman, mira el poeta una vision peregrina: el año 1870 va á morir; suena la media noche; el cielo está sembrado de estrellas que alumbran la sombra sosegada de la noche, y del coro altivo de los emperadores de la casa de *Hohenstaufen* sale despacio un fantasma gigante, el gran *Barbarroja*, con la corona, el manto y la espada imperial, concluyendo el cortejo el pálido Conradino, el príncipe y trovador, que jóven como flor de un dia, tuvo que entregar en Nápoles su cabeza al sangriento verdugo.

Estos emperadores, envueltos en mantos de nieblas, caminan sobre nubes por las cimas de las montañas de Suebia, hasta que llegan á aquel rincon, cuya atalaya y guarda es el soberbio castillo de *Hohenzollern*. Allí, ante el risueño monte que se irgue altivo, coronado del alcázar gótico, todos depositan sus coronas y parece que vuelan en torno del castillo para bendecirlo. Ya rompe la blanca aurora la niebla, y el dulce rayo del alba corona la cumbre del *Zollern* con su púrpura imperial, y todas las montañas hasta el *Staufen* brillan sonrosadas en purísima lumbre. ¡Qué bello es el dia! ¡qué hermosa la luz!

Por cima de todos los montes de la Alp de Suebia descuella el castillo de *Hohenzollern*, flanqueado por muchas torres, difundiendo en torno el

esplendor de su poderoso dueño el rey Federico Guillermo IV, que levantó de nuevo aquel palacio, cuyas torres hace medio siglo cayeron desmoronadas. La puerta del águila lleva la orgullosa y triunfante divisa de la ilustre casa de *Hohenzollern* : «Desde el peñon hasta el mar», y léese la inscripcion :

«Zollern, Nuremberg y Brandemburgo
Echaron el cimiento del castillo en 1454.
La vigorosa mano de Prusia me
Edificó, me llamo puerta del águila. 1854.»

Así este castillo es digno del primer emperador de la estirpe de los *Hohenzollern*, que cuenta en su glorioso abolengo el esplendor de Federico I, el arrojo y empresa del gran elector, el genio universal de Federico el Grande, y la ilustracion y el amor á las artes de Federico Guillermo IV, amigo de Alejandro de Humboldt. Como prueba de la unidad alemana, vi en 1872 el castillo eminentemente prusiano custodiado por una guarnicion de badenses.

Los *Zollern* son los herederos de *Staufen*, y quien pregunte á la historia, oirá con asombro que el primero de los *Zollern*, que fué investido con el condado de Nuremberg, aparece en la escena en 1192, dos años despues de la muerte de *Barbarroja*; como si el dedo de la Providencia hubiese querido seña-

lar á Alemania que los herederos de los *Staufen* tenian que ser los *Zollern.*

Cuéntase que desciende tambien de los *Hohenzollern* el célebre San Meinrad, muerto en 861, que tuvo su humilde celda en una selva sombría en Suiza, donde en el dia está el magnífico monasterio de Einsiedeln. Y como Einsiedeln fué un arroyuelo y hoy es un torrente, fué un grano y hoy es una encina, fué una celda y hoy es un *duomo*, así tambien la augusta familia de los *Zollern* ha crecido de oscuros principios á una altura prodigiosa, hasta dar á Alemania el emperador más poderoso, que hacia huir los cuervos del *Kiffhäuser.* En la historia de San Meinrad tampoco faltan los cuervos: aquel venerable eremita dió hospitalario asilo á dos vagabundos, que en recompensa le mataron. Pero dos cuervos que el santo habia alimentado diariamente, perseguian á los facinerosos, denunciándolos al juez, como las grullas á los asesinos de Ibico en el romance de Schiller. Y ya hace mil años que las dos velas encendidas cerca del cadáver de San Meinrad iluminan millones de piadosos corazones.

Pero lo que despues del alcazar de *Hohenzollern*, del monte de *Hohenstaufen*, y despues de la torre del Kiffhäuser, atrae más en el dia las miradas del pueblo entusiasmado y á la par tan modesto en su triunfo, es la *Walhalla*, aquel archivo de piedra de

todas las glorias alemanas, capitolio sin segundo, templo de la patria, tabernáculo de los corazones, alcazar en que vive todo un mundo legendario, Senado en que hablan los bustos de mármol, y

«Con la vida que vivieron
Las sombras comparecieron
De las edades pasadas.»

Lo que para los moros de Granada fué la Alhambra, eso y mucho más es para los germanos la *Walhalla.*

España se precia de poseer el Escorial, Francia su Panteon, Inglaterra su abadía de Westminster y la catedral de San Pablo; pero aquellos monumentos, cuyos tesoros son lechos sepulcrales y osario de grandes hombres, traen á nuestra imaginacion la muerte. ¡Sólo en la *Walhalla* se respira el ambiente del Olimpo, el aroma de la vida, las auras de la inmortalidad!

La augusta asamblea de nuestros inmortales, los moradores de *Walhalla*, se habrán estremecido al oir las maravillas de 1870 y de 1871; pues desde hoy la *Walhalla* no es un monumento perteneciente á la corona de Baviera: la condicion del testamento del real fundador se ha cumplido, y la *Walhalla*, el templo más sublime que infunde amor á la patria, pertenece ahora á la grande y heróica Alemania, á la nacion unida y entera.

¡Tener patria, qué felicidad! Un español amante de la patria, ha dicho: «Estremecerse de cariño al riente recuerdo de la niñez, tener historia en su historia, gloria en sus glorias, llanto en sus desgracias, emblema en su bandera, sangre de su sol, carne de su tierra, alma de su aire, eso es tener patria. Es tener sombra en el mundo, no ser hijo del acaso, parto desdichado del olvido. Quien no tiene amor á la patria, tiene el alma incompleta.» Quien quiera saber qué es la patria, oiga las palabras del esclarecido poeta, D. Ventura Ruiz Aguilera:

. . . . . .
«La patria se siente:
No tienen palabras
Que claro la expliquen
Las lenguas humanas.
Allí, donde todas
Las cosas nos hablan
Con voz que hasta el fondo
Penetra del alma;
Allí, donde empieza
La breve jornada
Que al hombre en el mundo
Los cielos señalan;
Allí, donde el canto
Materno arrullaba
La cuna que el ángel
Veló de la Guarda;
Allí, donde en tierra
Bendita y sagrada,
De abuelos y padres
Los restos descansan;

Allí, donde eleva
Su techo la casa
De nuestros mayores.....
Allí está la patria.

. . . . . .

Y tanto á su vida
La tuya se enlaza,
Cual se une en un árbol
Al tronco la rama.»

En los dos años que á los alemanes han ofrecido una patria comun, mis sabios compatriotas han cantado en todos los idiomas, hasta en la lengua régia del sanscrito, la gloria de Alemania, nuestra madre.

¡Victoria, Germania! Somos todos un solo brazo, un solo espíritu, un solo cuerpo, somos todos una sola voluntad.

Enfrente del extranjero, no hay entre nosotros ni tirios, ni troyanos, sino sólo alemanes.

Los cantos bélicos se han convertido en epitalamios.

¡Alegría, alegría! Se han hecho las bodas del Norte y Sur de Alemania;

Si mucho vale la novia,
No vale poco el galan.

Yo quiero celebrar las glorias alemanas en la lengua que me es simpática como la de una madre, en el habla de Cervántes y de Mariana. Y quien habla de Alemania, habla de la *Walhalla.*

III.

La inauguracion de la Walhalla.

Es sabido que reunidos el dia 8 de Julio de 1401 el dean y el cabildo sevillano en el corral de Olmos, cuando la catedral de Sevilla, el antiguo edificio almohade, construido por los arquitectos de Jusuf y Yakub, amenazaba ruina, exclamó un celoso prebendado: «Hagamos una iglesia tan grande, que los que la vieren acabada nos tengan por locos.» Aquella fórmula hiperbólica de la magnanimidad religiosa, de la arrebatada piedad hispalense, podria emplearse tambien refiriéndose á la soberbia é imponente mole, á la patriótica y gigantesca obra que proyectó el fundador de la *Walhalla.*

A principio del año 1807, cuando Alemania gemia rota y vencida, doblando el cuello al capitan del siglo, al coloso de la fortuna, al émulo de los titanes, que entró en Berlin triunfante y altanero, un jóven, ajeno de vil abatimiento, el príncipe real de Baviera, en cuyas venas hervia sangre de alta virtud engendradora, resolvió, para consuelo de la patria, en tan grave afan, en tan amarga pena, reunir en el cielo de un templo, en una *Walhalla*, los astros de esfuerzo y de fortuna.

Sí, locura parecia en tal momento de angustia, desolacion y desdicha fiera, en tan mal hora, en que torpes huellas empañaban la noble frente de Germania, dedicar un templo á las glorias alemanas, firme columna, dulce esperanza del patrio suelo. Pero la memoria de la grandeza es un fuego vital, es un faro que el alma encuentra en su naufragio, es un íris risueño, es el escudo

Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota;

y entónces más que nunca necesitaba Germania, para aprestarse magnánima á nuevas lides, no olvidarse de sí misma, de su nombre, de su dignidad, de su honra, de su genio, de las sombras sublimes de sus héroes, de su libertador, de su númen tutelar, de su Arminio, que fué á la par el D. Pelayo y el Cid aleman peleando por la libertad y la independencia de su pueblo.

Para erigir una *Walhalla*, escribió el jóven príncipe real de Baviera en 1808 á su amigo, el insigne historiador suizo Juan de Müller: «no basta ser príncipe real, es menester ser rey.»

En 1810, al hacer una visita al príncipe de Túrn y Táxis, Luis de Baviera, vió una mágica perla del Danubio caudaloso, el Túsculo de Alberto-Magno, obispo de Ratisbona, que se dice haber trazado el plan de la catedral de Colonia, las ruinas del

castillo Donaustauf, que tiene su asiento en un monte de granito, de donde se mira un panorama encantador : el Danubio, aquel rio divino que, como dice Garcilaso, el célebre proscrito, por fieras naciones va con sus claras ondas discurriendo, una campiña feraz, una llanura inmensa, la verdura sembrada de flores, los montes de la selva bávara, los Alpes cubiertos de nieve, una guirnalda de pueblecitos, la ciudad de Straubing, que dió patria al ilustre viajero Ulrico Schmidl, quien, viajando por el Brasil, participó de la construccion de Buenos-Aires, y distante sólo una legua de Donaustauf, la famosa ciudad de Ratisbona, donde Carlo-Magno coronaba su obra de constituir el imperio, y terminó su victoria sobre los bávaros y los slavos; aquella villa que tiene la gloria de haber dado cuna en una soberbia fonda de emperadores y caballeros, llamada «La Cruz de Oro», al héroe de Lepanto, D. Juan de Austria, á quien Lope de Vega escribió este epitafio :

«Hízome eterno Lepanto :
Mozo he muerto, viejo fuí,
Que al mundo en un tiempo dí
Lástima, envidia y espanto.»

Embebecido en la memoria de tantos recuerdos históricos y embelesado por la hermosura del lugar, que trae á la fantasía las líneas maravillosas del

paisaje de Italia y de Grecia, exclamó el príncipe entusiasta de las glorias alemanas: «¡Aquí, sólo aquí, en la cima del monte gemelo de Donaustauf, ha de alzarse mi *Walhalla!*»

Y verdaderamente, que aquí está el corazon de Alemania; aquí, en la hermosa naturaleza de Ratisbona que, segun las palabras de Gœthe, debia ser aliciente y reclamo para fundar una ciudad; aquí, en las inmediaciones de aquella Ratisbona, cuya magnífica catedral, preciosa herencia del arte gótico de la Edad Media, merced tambien á la munificencia del rey Luis I, se acabó por una coincidencia extraña en el mismo año de 1870, en que se inauguró otra catedral, la de la unidad alemana.

El altivo castillo de Donaustauf, hecho escombros por los suecos en la horrible guerra de treinta años, es un monumento lúgubre de la discordia germánica; de aquellas ruinas brota el escarmiento; pero en frente de Donaustauf ha de ostentar su galana y augusta majestad la *Walhalla*, cual Helicon divino, cual templo nacional de la paz y de la concordia, en testimonio de fuerza inquebrantable, de entusiasmo indescriptible y de victorioso patriotismo.

En 1821 encargó Luis al afamado arquitecto Leo de Klenze ejecutar la obra, y colocóse la primera piedra el dia 18 de Octubre de 1830, aniver-

sario de la gran batalla de Leipzic, que del foco y centro de la inteligencia alemana hacia la gloriosa ciudad libertadora del yugo frances, del númen del mal, pues desde Leipzic, que el padre Arndt, el padre de nuestro canto bélico, llama la linda ciudad de los Tilos, donde se hacia nuestra famosa danza con los franceses, volaban por toda la Alemania los ecos libertadores.

No, si cien veces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo, á numerar bastára
Las ínclitas hazañas de aquel dia.

Bellísima tambien fué la aurora del 18 de Octubre de 1830.

Una alegre caravana cruzaba por las olas del Danubio, una armada pacífica que ambicionaba sólo conquistas en el campo de la lealtad, dirigia su rumbo al sitio donde tiene que alzarse el mayor monumento plástico de la gloria alemana. Pasando por el pueblecito de Donaustauf, adornado con arcos de triunfo en aquel dia de fiesta nacional y patriótica, los reyes Luis I y Teresa de Babiera subieron la cumbre del monte de *Walhalla*, y ante sus majestades pronunció uno de los pocos ministros alemanes que fueron poetas, el Sr. de Schenk, las memorables palabras: «Figurémonos con los ojos del espíritu acabado ya el templo de *Walhalla*. ¡Qué vista sorprenderá aquí dentro de pocos años al pa-

sajero del Danubio! Mirará un templo gigante de mármol blanco, digna mansion de ilustres finados, descansando sobre columnas dóricas y rodeado abajo de muros ciclópicos y de magníficas escaleras de piedra. El pasajero subirá las gradas. Desde los frontispicios brillarán con inaudita esplendidez en esculturas bellísimas los heróicos personajes de los Jerúscos y las figuras sublimes de nuestros libertadores en la guerra de 1813 hasta 1815.

» Entrará en el templo, y á su pasmada vista se ofrecerá el friso de las paredes representando la religion, las costumbres, los hábitos de los aborígenes de Germania, y guerra y comercio hasta el bautismo de Wittekind y de sus sajones. Bajo aquel friso encontrará los nombres venerables y los bustos de grandes varones, de héroes en todos los ramos del saber y de la inteligencia, que vió nacer nuestra querida patria, el corazon de Europa.

» Los espíritus de todos los grandes alemanes, cuyo nombre vivirá perpetuado por los siglos, parece que cruzando por los aires descienden en esta hora solemne para bendecir agradecidos al generoso rey que en este sitio dedica una magnífica mansion á su eternal memoria. ¡No dejará de dar buenos frutos aquella bendicion, unida á la del cielo!»

Despues habló el soberano:

« ¡Quiera Dios que en estos borrascosos dias es-

tén los alemanes todos tan unidos, como unidas estarán las piedras de este edificio!»

Un clásico poeta, el conde Augusto de Platen, que en 1825 hacia resonar en las cuerdas de su lira el claro nombre del príncipe Luis de Baviera, en cuyo pecho hervia tambien el ardor de melodiosa poesía, entonaba entónces un himno en honor de *Walhalla*, templo del Zeus pangermánico:

De altos patricios viene á ser morada
Que han de vivir del mundo en la memoria.

Escuchad la oda del poeta, cuyo labio alentó la trompa de la fama: «Ver hombres de gloria, áun sólo en la imágen, ensancha el corazon, presta alas á la pulsacion. No ansía cada cual el bajo mirto ni el caro laurel. A mí me place romper ramas de la sagrada encina germánica para una noble cabeza, que no menospreciando lo bello que Grecia, lo grande que Roma engendró, tambien honra á las costumbres alemanas. ¿Debe llamar el labio mio á aquel nieto de Arminio, que evoca en mármol las figuras de los héroes alemanes, reuniéndolos cual otro Odin (1) á la cena de los dioses en Walhalla? — Ahora no. — ¡Fuera, flor de alabanza, tantas veces

(1) Odin es el mayor de los dioses de la mitología alemana.

vilmente profanada y prodigada al débil y al tirano! Sólo rota por un pueblo bendiciente, y en las coronas de la posteridad exhalas deliciosos aromas, pero no en la mano del vil esclavo, codicioso de oro y de honores. ¡Con mayor gloria ha de llamarlo la hazaña!—Pero ¿qué es de mí? ¿Dónde me arrastra el entusiasmo en su magnética corriente? ¡Oh, mirad! de sus verdes olas eleva su severa frente el padre Rhin. Habla el que, si en fatal letargo durmió á los Césares, no durmió á Varo. Oid las palabras del anciano: « ¡Salud, hijos mios! La »venganza ha herido al extranjero áun ántes del »juicio supremo: no más hundidas en el polvo vue»lan las águilas de Teut; bramando el leon bate los »lomos. Ya resbala de mi pié la cadena, pero oid: »El extranjero no es el mayor de los enemigos. Él »será el látigo para lo merecido desde mucho tiem»po, para lo expiado tan duramente. Por eso, des»pues de terminada la lucha de hierro, entrad en »vosotros, y extirpad el veneno que áun estais en »vuestros pechos escondiendo, el veneno de la vil »codicia, de la rastrera adulacion, de la hipocresía »y del ateismo.—¡Ay del que imagina que sobre la »tumba de la probidad está firme la columna de la »gloria!—¿Dónde se anidarian aún el honor, la »justicia, la verdad, si no estuviesen en el pecho »de los príncipes? Pues brillantes mendigos se vol-

» vieron mis caballeros, charlatanes envanecidos por » el humo de los libros los sabios, niños los hom- » bres, resonantes cascabeles los sacerdotes. ¡Pero » bajo ténue ceniza duerme áun la centella divina, » que no muere nunca en el pueblo! Basta una sola » palabra, y por do quier os circundan ¡oh prínci- » pes! las poderosas falanges de los nobles, cual ro- » cas firmes. Aquella palabra se llama ¡Honra al » leal! ¡Pan al diligente! ¡Respeto al mérito! ¡Des- » precio á la mentida apariencia! — Cual formable » arcilla son los ánimos de los hombres; en la mano » del maestro está la forma. ¡Adelante, pues, en el » camino, á la luz, á través de las tinieblas, mi he- » róico pueblo, á nueva vida y porvenir renacido en » bautismo de sangre, grande si se unen tus fuer- » zas, débil si le divide la bastarda envidia, indig- » na de los descendientes de Arminio!» (1).

Pero tendamos la vista á la *Walhalla*, competidora de las maravillas de Grecia, templo de encantos peregrinos y paladion seguro de Alemania.

Correspondió de lleno el efecto á la intencion del noble fundador. Klenze llevó adelante la obra por espacio de doce años, con una actividad que excede á toda ponderacion; y aquel templo, único en el

(1) El manuscrito del canto aleman se encuentra en la biblioteca del rey Luis I, pero éste no se halla en ninguna edicion de las poesías del Conde de Platen.

mundo, erigido á semejanza del Partenon, logró feliz remate en 1842, celebrándose su conclusion el dia 18 de Octubre con una solemnidad que presenció, ademas del rey de Baviera, el príncipe Guillermo de Prusia. ¿Quién no llamaria á aquella fiesta, presidida por el más puro entusiasmo, la aurora de una era de gloria y de felicidad?

El dia amaneció claro; el pueblecito de Donaustauf era una serie de cintas y flores en honor de la apertura del templo, que es universalmente proclamado la joya de Alemania; al pié del monte de Walhalla veíase un ramillete, digámoslo así, de vírgenes bellísimas, simbólicas, representantes de los Estados de la Confederacion germánica, levantando cada cual enhiesta la bandera y llevando los colores del país que representaba.

Como soberana del cortejo de las damas, la matrona que simbolizaba la Germania vestia un lujoso traje de raso blanco, un manto de terciopelo rojo bordado de oro, ceñia una espada y ostentaba una corona mural sobre su cabeza. La Germania saludó al ilustre rey, las banderas se inclinaron, y un genio le ofreció el lauro merecido. El rey, los príncipes, la esencia de la aristocracia, de la magistratura, de la armada, de la diplomacia y del foro, subieron las gradas que conducen al templo, luciendo sus vistosos uniformes junto á las togas severas y á

los fantásticos y pintorescos trajes del lindo cortejo de las vírgenes, al lado de apuestas y perfumadas damas, cuajadas de encajes, gasas y flores. Entre tanto, en la cima del monte una banda de música tocaba la *Cancion de Walhalla*, y el himno de doscientos cantores hendia los aires. El gobernador de Ratisbona felicitó al rey en nombre de la patria por haber cumplido su patriótico voto hecho treinta y cinco años ántes á las airadas Walkirias alemanas, aquellas heroínas que, segun los mitos germánicos, llevaban los héroes muertos en el combate á Walhalla, mansion afortunada donde tienen hermosa vida los que perecieron en la lid. Con tan fausto motivo, el expresado gobernador felicitó igualmente á la patria, y el rey contestó:

«¡Ojalá que la *Walhalla* sea un lazo potente, un vínculo fuerte de los germanos, para que todos al mirar este templo sientan que tienen una patria comun, una patria grande y heróica, á cuya gloria y esplendor contribuirá cada uno cuanto pueda!»

Despues asió el rey la llave de oro, tocó á una de las dos puertas de metal, y el santuario, brillante, de mármol, bronce y colores, descubrió de repente sus bellezas sin par á la vista alborozada de la numerosa concurrencia, miéntras á los sones de bélicos instrumentos los cantores entonaban un fervoroso himno.

El rey, acompañado del arquitecto, llamó á sus augustos huéspedes los nombres de los insignes alemanes de todos los tiempos y de todos los lugares, cuyos bustos están reunidos en la *Walhalla*, y parecia que aquellos héroes sublimes de las edades pasadas, cuyo excelso nombre colma el abismo de la tumba y lleva el raudo giro de los siglos, se agrupaban llenos de ilusion dulcísima á los acentos del canto halagüeño, á la llamada del generoso rey, al aplauso, á la alabanza y á la alegría de la muchedumbre, como tocados de los rayos de un sol de adoracion, y contestaban en coro invisible á los homenajes de aquella augusta asamblea de príncipes. Por la noche iluminó la *Walhalla* una luz eléctrica de bastante intensidad, y una lujosa iluminacion embellecia tambien el castillo de Donaustauf y la ciudad de Ratisbona.

¡Honor al rey que fundó aquel grandioso monumento de la unidad alemana! ¡Honor al arquitecto que lo ideó y tuvo la dicha de terminarlo!

En la rica corona de creaciones de Luis I, que acredita su grande amor á las artes, la *Walhalla* es sin disputa uno de los florones más brillantes, y sin contradiccion obra de las más exquisitas del señor Klenze.

Aquel artista, que rivaliza con Schinkel, Heideloff y Gaertner, por ser el Herrera aleman, debe

su cuna al principado de Hildesheim en 1789. Recibió educacion y estudios en Braunschweig, Berlin y París. Fué arquitecto de Jerónimo, rey de Westfalia, y despues de los reyes Maximiliano I y Luis I de Baviera. Sus obras principales, exceptuando la Walhalla, son el esplendor de Munich; por ejemplo: la *Gliptoteca iónica*, el *Odeon*, las *Arcadas*, la *Pinacoteca vieja*, construida en el noble estilo romano, el *Palacio nuevo*, erigido á semejanza del *Palazzo Pitti* en Florencia, la *Capilla real de todos los santos*, el *Obelisco*, dedicado á los bávaros muertos en las campañas napoleónicas, los *Propileos dóricos* y el *Museo nacional.*

El artista tuvo un verdadero Mecénas en el rey.

IV.

El templo de la Independencia en Kelheim.

Un dia despues de ver realizado el dorado sueño de su juveniud por la apertura de la Walhalla, el 19 de Octubre de 1842, cumplió el rey Luis I otro voto patriótico, poniendo la primera piedra de la casa redonda de la Independencia en Kelheim, ciudad solitaria que el Danubio lame y que está á algunas leguas de Ratisbona.

Atronaba el espacio un incesante victoreo, sonaban todas las campanas, y todos los corazones alemanes bogaban en un Océano de felicidad, pues el rey iba á rendir un tributo á los héroes de 1813, de 1814 y de 1815, que vencieron al coloso de Córcega, y á quienes acompañan los triunfos del pasado, la veneracion del presente y la gloria del porvenir.

En contestacion á las palabras del gobernador de la Baja Baviera, exclamó el rey: «¡Jamas podrá ser vencida la Alemania unida!» Y en el espléndido banquete que se celebraba en la fonda de Kelheim, «la casa alemana», brindó el soberano patriota, por la Alemania unida, la que no cede á ningun otro pueblo, la que comienza á conocer su valor, la que desde hoy no se dejará oprimir más por los extranjeros.»

El arquitecto Federico de Gaertner fué puesto al frente de la obra. Este hábil artista, cuyo padre se distinguia tambien en el arte de Herrera, el Miguel Angel español, nació en Coblenza en 1872.

Miéntras Klenze brilla en la imitacion de la arquitectura clásica de los antiguos, Gaertner es más aficionado á la del renacimento. Construyó bajo los auspicios del rey Luis I, la «Casa Pompeyana» en Aschaffenburgo, y una serie de notables edificios en Munich. Citarémos algunos: La iglesia de Luis, la biblioteca, la universidad y las dos fontanas, que

superan aún á las del célebre Bernini que adornan la plaza de San Pedro en Roma, el «pórtico de los capitanes», á semejanza de la *Loggia dei Lanci* en Florencia, el palacio de Wittelsbach, y, en fin, las arcadas del cementerio, feliz imitacion del camposanto de Bolonia. Apénas hubo puesto cima á las arcacadas, cuando dió su alma al Creador (el 21 de Abril de 1847); fué el primero cuyos restos descansan en aquel poético camposanto, obra de su ingenio sublime. Muerto el primer autor de la «Lonja de la Independencia», la acabó el mismo á quien inmortaliza la construccion de la Walhalla, Leo de Klenze, cambiando con acertadas variaciones la planta concebida por su predecesor y rival.

¡Cuán encantador aparece al viajero del Danubio el templo de la Independencia, visible ya de léjos, coronando el monte de Miguel! El dia 18 de Octubre tuvo lugar la batalla de Leipzic, y sea en honor de aquella gloriosa fecha, ó sea por mero capricho, la cifra 18 figura en todos los adornos del templo, pues hay afuera 18 candelabros de mármol de Carrara, adornados con trofeos y lindísimos genios de la victoria; afuera vense tambien 18 pilastras que llevan 18 vírgenes germánicas, adornada la frente con coronas de encina, representando los principales Estados de Alemania; y en el interior del *duomo* léense los nombres de 18 grandes capita-

nes y de 18 fortalezas conquistadas, miéntras el edificio tiene una altura de 10 veces 18 piés.

Dichoso el rey Luis, que el 18 de Octubre de 1863 pudo asistir tambien á la inauguracion del suntuoso templo, cuyas inscripciones recopilan en pocas palabras, en los breves nombres de las batallas, una larga historia de grandes hechos y la memoria de los héroes que quebrantaron las cadenas forjadas por el opresor.

Ya en la víspera rasgaban el aire miles de cohetes. De todos los Estados de Alemania acudieron, en nombre de sus soberanos, los generales, á quienes el rey llamó sus queridos camaradas de guerra: de Austria vino el baron de Hefs, de Prusia el feld-mariscal Wrangel.

Miéntras los convidados subian las gradas, un coro de cantores entonaba un himno de alabanza y de triunfo, y despues prorumpió el rey en las palabras: «¡Sean VV. bienvenidos, esforzados varones, guerreros valientes de la guerra de la Independencia!» Aquello fué el período más bello de nuestra patria, guardémoslo siempre en nuestros corazones. No podria decir otra cosa que lo que escribí en el suelo del templo: «¡Ojalá que los ale»manes nunca olvidasen lo que hacia necesaria la »guerra de la Independencia, y por qué medios fue»ron vencedores!»

Todos entraron en el *duomo* portentoso de la gloria alemana, conmovidos en el alma, bendiciendo á la patria, que tiene mármoles para sus grandes hijos, y bendiciendo al rey, por cuyo noble afan la virtud de los héroes de 1813, de 1814 y de 1815 recibe el merecido laurel, regio monumento de la patria agradecida.

Todos los concurrentes leian, con un entusiasmo que podria llamarse religioso, en el piso de mármol las palabras citadas por el rey, y miraban con devocion los gloriosos nombres de los 18 libertadores que fueron más afortunados que Daoiz y Velarde, los héroes del 2 de Mayo, en Madrid, pues sobrevivieron á sus hazañas. Aquellos héroes se llaman: príncipe de Schwarzenberg, feld-mariscal austriaco.—Príncipe Blücher de Wahlstadt, feld-mariscal prusiano, la personalidad más popular de Alemania, celebrada en los inmortales cantos de Arndt cual «mariscal adelante.»—Príncipe Wrede, feld-mariscal bávaro.—Conde de Radetzky, tan popular como el que más, celebrado como el «príncipe Eugenio, el noble caballero.»—De Scharnhorst y conde de Gneisenau, los organizadores de la victoria.—Guillermo, príncipe de Wurtemberg.—Guillermo, duque de Brunswik.—Federico, príncipe hereditario de Hesse-Homburgo.—Conde York de Wartenburg.—Conde Klenau.—Conde Bülow de Denne-

witz.—Conde Gyulai.—Conde Kleist de Nollendorf. —Conde Colloredo.—Conde Tauenzien de Wittenberg.—De Ziethen.—Conde Bubna.

Seguramente os sorprenderán, dejándoos inmóviles en el umbral del templo, la gallardía y majestad con que, cual símbolos de los Estados germánicos, se levantan sobre un zócalo que tiene de alto 6 piés, 34 estatuas de mármol de Carrara que simbolizan otras tantas victorias.

Las figuras de las victorias ó Walkirias están cinceladas segun los modelos de un célebre hijo de Munich, Luis de Schwanthaler, que nació el 26 de Agosto de 1802 y murió el 16 de Noviembre de 1848, ántes de acabadas estas maravillas que adornan el templo de la Independencia.

Aumenta el mágico efecto de las estatuas la redonda lumbrera superior, cuya luz cae sobre ellas. Cada pareja lleva un dorado escudo de bronce, descansando sobre mármol y hecho de gloriosos trofeos. ¡Victoria por victoria brilla en aquellos escudos! Léense, entre otros, Grossbeeren, Katzbach, donde Blücher, segun dice en són de mofa Arndt, enseñó á nadar á los franceses, Kulm, Leipzic, París, Waterlóo, Strasburgo.

¿Quién hubiera dicho en 1863, que Strasburgo, la «hermosísima ciudad» de que habla la cancion popular; Strasburgo, que se precia de poseer la ca-

dral de Erwin de Steinbach; Strasburgo, patria de nuestros mejores poetas en la Edad Media y cuna del real fundador del templo de la Independencia y de la Walhalla; Strasburgo, villa bautizada en el nombre aleman, robada al cetro germánico por alevosía y traicion, ansiada siempre, siempre, y comprada con nuestras lágrimas, volveria en 1870 á ser hija de Germania, conquistada por nuestros guerreros á costa de raudales de sangre?

Séame permitido insertar aquí la poesía que escribí el dia de la capitulacion de la heróica ciudad, en 1870, y que mi queridísimo amigo el distinguido poeta D. Pedro María Barrera vertió al castellano:

¡Gracias á Dios!..... los cuervos de las Gálias,
Que un dia cautelosos te robaron,
Están á nuestros piés, y tú de nuevo
Estás en nuestros brazos.
Descansa en ellos; tu martirio cesa
Y empieza tu descanso,
Flor del huerto aleman, flor delicada
Del imperio germánico.

Por tí, sólo por tí fué la victoria
Siguiendo nuestros pasos,
Y por tí ha sucumbido el enemigo
Que te aherrojó villano.
Dios tu salud decreta: mira alegre
Á traves de tu llanto,
Y déjanos verter en tus heridas
Óleo samaritano.

252746

La altiva catedral, sol de tu gloria,
Que en sus furores respetó el estrago,
Hoy se eleva entre escombros, centinela
De muertos rodeado.
El genio de Alemania le dió vida
Con esfuerzo titánico:
¡Salve, hermosa ciudad!..... ¡salve!..... tu templo
Áun se conserva intacto.

Lirio de la alemana poesía,
Ya nunca has de dejarnos;
Cuna de Godofredo, la victoria
Te arroja á nuestro campo.
Ya la separacion con su amargura
Pasó cual humo vano,
Y es doble la alegría de la madre
Que encontró á su hija al cabo.

Si del Sena en la impura Babilonia,
Cual Paladion tu efigie han coronado,
¡Cuánto más brillarás en Alemania,
Que, llena de entusiasmo,
Hoy se trasforma en florecido huerto
Para ofrecerte ramos,
Y que, á tu augusta frente, en coro alegre
Ciñe glorioso lauro!.....

Esa fidelidad con que despiertas
La admiracion del galo;
Ese espíritu antiguo y siempre nuevo
De fe, ¿quién te lo ha dado?.....
Vuelve á Germania, vuelve, hija querida,
Al maternal regazo;
La que lloró tu ausencia, hoy te saluda
Con su acero preclaro.

Suene el reloj del templo incomparable,
Pues la hora de Alemania ya hasonado;
Suene y celebre nuestra union, hiriendo

Sus ecos el espacio;
Suene y de nuevo alrededor de Cristo,
Gire el apostolado,
Miéntras tu patria al verte redimida
Al cielo alza su canto.

En vista de los héroes de 1813, 1814 y 1815, dirémos:

«No ha sido en el gran dia
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte»,

pues habeis trasmitido vuestra generosa sangre á los nietos, á la raza de héroes de nuestros dias, diciéndoles en 1870 desde Walhalla:

«El momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.»

Á su regreso á Munich, escribió el rey Luis al arquitecto Leo de Klenze: «La corona de todos los edificios construidos por V. es el *duomo* de la Independencia.» Y el dia en que el real fundador, acompañado sólo del arquitecto, vió por vez primera aquel templo, dió un abrazo estrechísimo al Sr. Klenze, exclamando con trasporte: «¡Oh, qué bella cúpula! ¡Oh joya nada comparable con todos los cimborios!» Ya en 1816 escribió el rey á su artífice favorito: «Aunque ningun monumento de la antigüedad pu-

blica el nombre del arquitecto, quiero que cada cual que vea el templo de la Independencia lea el privilegiado nombre de Vd.»

Y así lo mandó el rey, rindiendo un tributo al afamado artista, cuya gloria pregonan las piedras, y cuyo *duomo* de la Independencia sostiene sin mengua la competencia con la Walhalla.

Pero es tiempo ya de que describamos el monumento, cuyo nombre está á la cabeza de nuestros artículos, la *Walhalla.*

V.

Descripcion de la Walhalla.

En el alcázar de Toledo, en que todo habla de la cesárea majestad de Cárlos V, de la unidad política simbolizada en la regularidad arquitectónica, distínguese, como sabe el mundo, la grandiosa escalera que trazó el insigne Francisco Villalpando, con tal perfeccion, que no puede el arte esforzarse á fabricar cosa más perfecta. Nunca ciertamente, sobre más soberbia gradería crujió la seda ni arrastró el terciopelo.

Ufana con los bustos de los héroes alemanes, tambien la Walhalla se envanece con su majestuosa escalera, dividida en cuatro ramales. El que suba las

250 gradas de mármol, ve su fatiga compensada en cada tramo con una belleza y combinacion diferentes, en cada meseta con otra perspectiva que le presenta el pueblecito de Donaustaf, agrupado en derredor á sus plantas, y el vastísimo horizonte surcado por el Danubio, bordado de cenefas é interrumpido por los nevados Alpes. Aumenta el encanto del espectador la vista de la Walhalla, que rivaliza en hermosura con el Partenon, la obra de Phidias, Iktinos y Kallikrates, coronando el llano del monte Breuberg y la basa. La gradería superior sirve de zócalo comun á las columnas y muros del templo. Al pié de la segunda gradería ábrese un ingreso conduciendo al interior de la basa. La Walhalla, comprendiendo en ella el templo, tiene 197 piés de altura. La altura de la gradería es de 128 piés. El templo tiene 230 piés de largo y 108 de ancho, y su altura hasta el remate de la acrotería principal es de 64 piés.

Hay quien supone que el arte gótico fué llamado á labrar el monumento consagrado á las glorias alemanas. Pero aquí no cincela sus primores la arquitectura gótica con todo su adusto refinamiento, en la elegancia de sus molduras y arabescos, sino el arte de los griegos; éste es el que se encarga de hacer los honores á los héroes de Germania, pues el estilo de nuestras góticas catedrales no parecia

corresponder á bustos esculpidos á ejemplo de los griegos y romanos, y ademas el Sr. Klenze, arquitecto de la Walhalla, exclusivo admirador de griegos y romanos, desdeñaba las construcciones de la Edad Media; lo mismo que Juan de Herrera, que decia, segun el padre Sigüenza, «que los romanos, y más atras los griegos, habian hecho sus fábricas tan famosas y grandes labrando las piedras en las canteras, y que la *grosería y poco primor* de España la habia olvidado, ó no lo habia aprobado jamas.»

El templo de la Walhalla es de órden dórico. Vense dos hileras de columnas: detras de las ocho columnas de la fachada principal, se levantan seis iguales. Todos los adornos, ejecutados en mármol, son de exquisito trabajo y gran delicadeza, como prueba evidente de que el genio puede vivificar todas las formas.

El célebre estatuario Schwantahler estampó su huella en la Walhalla por la parte de afuera, decorando los témpanos de ambos frontispicios con bellísimos grupos ejecutados en mármol, joyas inestimables por su vigorosa concepcion y por la perfeccion de su trabajo, de que con razon en medio de tantos primores se envanece la Walhalla. ¿Quién no se detiene ante el frontispicio del Norte, en la prolijidad de las labores, en la pureza de los deta-

lles, en el ingenio del artífice, en aquellas 15 estatuas que Schwanthaler modeló en ocho años? Despues de la edad de oro del arte, desde la época de los griegos y de los romanos nada hemos visto igual á la expresion de las figuras, á la quietud clásica é ideal unida á la representacion animada. Aquel sublime grupo de estatuas, que excede á todos en belleza, tiene á lo largo 72 piés, representando el triunfo de Arminio sobre Varo, el triunfo de la inculta, brava y patriótica Germania sobre la reina del mundo, la culta Roma, que orgullosa en pos del mando y la ambicion corria. Ocupa el centro de la composicion el héroe de los germanos, el gran Arminio, la poesía de la victoria, infundiendo una quietud clásica al cuadro bélico. Miramos el libertador de Alemania, alto de 10 piés, medio vuelto á los romanos, empuñando su centelleante espada y hollando con su pié indómito las águilas y los manojos de varitas de los romanos derrotados. Vese el grupo de éstos á la derecha; dos guerreros en actitud de poner en salvo á Varo, que desesperado se da la muerte, pues que un astro pérfido é inclemente se complacia en eclipsar su nombre. Detras de éstos miramos un porta-águila moribundo, á cuyo lado está de rodillas un caballero recogiendo el águila, entre cuyas garras se vió tantas veces tremolar el lauro de la victoria. Concluyen la esce-

na otro caballero sumergido en la laguna y un manípulo.

El grupo de los germanos se compone de tres valientes campeones, Melo el sicambro, Katumer y Segimer, de un inspirado bardo, de la ardiente profetisa Veleda, y de la heroína alemana, la esposa de Arminio, la noble é ilustre Thusnelda, levantando el moribundo Sigmar.

Dediquemos cuatro palabras al autor del monumento, al padre de la grandiosa idea. Luis de Schwanthaler vió la luz del mundo en Munich, la moderna Aténas, en 1802, y en esta misma ciudad falleció en 1848. Hijo de un escultor, demostró desde luégo su aficion á las artes y nos dejó señaladas pruebas de su talento.

En Roma, la cuna del arte, se ocupó desde 1832 hasta 1834 en los planos del frontispicio del Sur de la Walhalla. Enumerar todas las obras que ejecutó con admirable maestría y con un celo digno del mayor elogio, sería prolijo. Baste decir, que modeló para Munich los relieves de la Gliptoteca, el friso en la sala de Barbarroja en el palacio real, la colosal figura de la « Baviera» y las estatuas de Tilly de Wrede en el pórtico de los capitanes, y que ejecutó las estatuas del padre Juan Pablo Richter en Baireutk, la del emperador Rodolfo de Habsburg en el *duomo* de Speier, la del tiernísimo y de-

licado vate llamado Frauenlob en la catedral de Maguncia, y la del inmortal Mozart, el genio de la música; en Salzburgo.

Con el grupo del témpano del Norte de la *Walhalla* compiten con ventaja las 15 figuras que adornan el frontispicio del Sur hácia el Danubio, simbolizando la resurreccion de Germania despues de la guerra de 1813, 1814 y 1815. Aquella composicion puede llamarse tambien obra original de Schwanthaler, por haber variado completamente los dibujos del esclarecido escultor Rauch. En el centro del grupo está sentada la Germania llevando una corona de encina sobre la cabeza, y en la mano una espada inclinada, como emblema de la guerra concluida; la rodean á ambos lados jóvenes guerreros con cascos fieros y fulgentes, y bellísimas mujeres ofreciéndole su homenaje. Á la derecha de la Germania se halla Austria, llevando de la mano á Maguncia; sigue Baviera con la fortaleza Sandavia, y Wurtemberg volviéndose á un jóven sentado, que representa los Estados menores de la Confederacion germánica. Á la izquierda, vese Prusia con Colonia, Hannover con Luxemburgo, y detras de ellas se levantan Silesia y Sajonia. En los ángulos, descansan sobre urnas el Rhin y el Mosela.

Habla vivamente al corazon aleman el recuerdo de las hazañas de nuestros abuelos, y nos prepara

á lo que tenemos que ver en el interior del templo.

El techo es todo de metal. Una colosal y magnífica puerta labrada caprichosamente y de dos hojas, cada una de las cuales pesa 168 arrobas, conduce al interior del templo, al salon que tiene de longitud 168 piés por 48 de ancho y 33 de altura.

Al pasar los umbrales y dar vista al magnífico templo, en que el estilo jónico ostenta su variedad y su gala, despiértase el asombro, quedan los ojos deslumbrados por un momento, sin deslindar todos los objetos. Ya el pavimento tersamente enlosado de menudísimas piedras de mármol, embarga nuestra atencion. En el mosáico campea esta breve inscripcion: *Proyectado en* 1807, *principiado el* 18 *de Octubre de* 1830, *concluido el* 18 *de Octubre de* 1842.

Admirable tambien es el artesonado del salon; diríase que acaba de salir de manos del artífice. Los casetones ó lacunas, lo mismo que los rosetones y las piñas están cuajados de estrellas, y las molduras de los casetones están tachonadas con un pintado floron. Abrense tres ventanas, que iluminan el templo, vertiendo suave luz. Hay en los arquitrabes del techo ricos é ingeniosos ornamentos de metal, representando las ideas principales de la mitología germánica, á saber: la creacion, la conservacion de las cosas, y la lucha contra la perdicion y la ruina del mundo.

Vense Askur y Embla, los primeros mortales, saliendo de los hombros del gigante Imer, miéntras á la derecha de Imer está Surtur, el dios de la luz, y á la izquierda Hela, la señora de la noche. En la segunda decoracion miramos á Odin y Frigga, sentados en un trono; á la izquierda están el bélico Thor, llevando el martillo destrozador, y Balder, el dios de la elocuencia; á la derecha vense Braga, el dios de la poesía, y su esposa Iduna. El tercer adorno lo forman las almas y benéficas «nornas», que derraman agua sagrada de la fuente de Mimer sobre las raíces del árbol del mundo (1), que sin ellas iria

---

(1) El árbol de la mitología germánica, lggdrasil «el árbol del mundo», trae á nuestra fantasía el gran árbol de los germanos, el árbol de los bajovares, nuestro árbol nacional, que eleva su copa en el *campo de Walls*, que se extiende cerca de Salzburgo ante el Unterberg, el monte embellecido por el poético recuerdo de Carlo-Magno. Como los que hablan el melodioso idioma de éuskara, los vascongados, adoran cual símbolo santo de sus seculares libertades el gran árbol de Guernica, á cuya sombra los reyes juraban los populares fueros de aquella tierra franca y noble, así tambien los alemanes tuvieron su santo árbol, cuyo nombre abarca una historia y encierra un mundo. Á la sombra del *peral de Walls* se sentaron los guerreros de Odoacro, oyendo el coro de diez ángeles, que cantaban la grandeza y la unidad del futuro imperio aleman. El año en que este santo árbol florezca por segunda vez, decia la tradicion, habria lugar una gran batalla á las orillas del Rhin, y volverá á constituirse el imperio aleman, grande como el que más. El *campo de Walls*, el campo de la indepen-

secándose : miéntras el lobo Fenris y la serpiente Migard amenazan terrible estrago á la obra de las «nornas.»

Aquellos primorosos ornamentos son debidos al pintor Lindenschmid y al profesor Stiglmair.

---

dencia, el campo de la redencion, sería entónces un segundo valle de Josaphat, y Nuestro Señor Jesucristo se sentaria á la sombra del árbol.

Se cumplió la gloriosa tradicion imperial en 1870, y el santo árbol infundió reverencia más que ántes. Todavía floreció en 1872, cuando en la noche del 1.º de Mayo—da vergüenza decirlo—atrevidas manos le destrozaron, y una señora regaló al emperador Guillermo un estuche simbólico fabricado del leño del santo árbol de Walls. ¡ Ay, no hirió tu copa el rayo, no te despojó de tu enramada el huracan, sino que te despedazaron unos impíos! ¡ Oh santo árbol, nuncio de la grandeza alemana! Hasta 1872 podia exclamar con el poeta entusiasta ;

« Todo es grande en torno tuyo
Y henchido de poesía :
Á ser yo gentil, creeria
Que algun dios moraba aquí » :

y hoy estás hundido en el polvo : ¡ oh antiguo monumento de grandes acciones ! ¡ Oh árbol en que están cifrados los blasones del aleman ! Hoy, como diria nuestro Uhland, el cantor de las tradiciones alemanas, estás á mis piés como si fueses un pedazo de mí.

En todo lo que hay poético y nacional en nuestra patria tropezamos con el rey Luis I de Baviera : así un dia ántes de 1848 ofreció éste, pero en vano, al dueño del *árbol de Walls* una suma considerable para comprarle y cercarle de un seto. Es tarde ya : ántes que nosotros, mortales fugaces como la flor del heno, murió aquel árbol secular.

En las paredes del salon, que se componen de baldosas de mármol, se levantan cuatro pilares de magnífico mármol rojo, dividiendo cada una de las paredes en tres campos. Hay, pues, en el muro seis campos, en que los bustos de los héroes alemanes están colocados sobre pedestales contínuos ó sobre piedras. Cada grupo de bustos tiene su centro en una figura, en un genio de la victoria, en una Walkiria. Aquellos seis genios, que respiran grandeza y parecen competir en primor y gallardía, son tipos de pureza y hermosura: uno por uno deben admirarse los seis, y prolijamente examinados aumentar si cabe el encanto; ante lo exquisito de la idea y lo perfecto del trabajo suscítase involuntariamente el recuerdo de Phidias y de Praxitéles. Pero ¿quién labró aquellas seis estutuas de finísimo mármol de Carrara? Pronunciamos su nombre con la mayor admiracion. El escultor, un hijo de Berlin, se llama Rauch, y aunque ese nombre significa en aleman *humo*, recordando lo pasajero y lo fugaz, tiene en sí mismo la garantía de la inmortalidad, haciéndose sinónimo de vigor y de delicadeza.

Sin las pilastras menudamente esculpidas, que ya hemos mencionado, reinaria en el salon cierta monotonía; pero ellas impiden que la vista abarque á la vez los cien bustos.

Opuesto al ingreso está el *opistódomos*, un pórti-

co que sostienen seis columnas jónicas, coronadas por capiteles de mármol blanco, y cuyos fustes forman monolitos de mármol rojo.

Divídese el salon en dos pisos por los ánditos y por un friso de tres piés y medio de altura y 292 de longitud. Lo que acabamos de describir ligeramente es el piso bajo. Réstanos fijar la vista en el friso y en el piso alto.

Revisten las paredes paisajes en relieve de la antigüedad de los germanos: contemplamos la peregrinacion de la raza autóctona del Káukaso á los países del ocaso; despues miramos la religion y el arte de los germanos, representadas por un druido botánico, un añoso druido astrónomo, un bardo que, teniendo el númen en el pecho y el aliento fatídico en la boca, entona un canto heróico delante de hombres y mujeres agrupados á la sombra de los árboles; y vense sacerdotes que van á inmolar un caballo á los dioses, una profetisa que vaticina por la sangre de la víctima, artífices que están fabricando escudos, adornándolos con colores, y vírgenes que ejecutan una danza. Sigue la pintura de la vida política de los germanos: en los comicios se procede á la eleccion de un duque, y guerreros llevan sobre un escudo al duque, en cuyo semblante se reconoce al rey Luis I, el fundador de Walhalla. Vense los germanos pasando los Alpes, los cimbrios

y los teutones venciendo á los romanos en la batalla de Noreja en 113 ántes de nuestra era. Despues está representada la batalla á las orillas del Rhin por el año 69 despues de Cristo, la batalla de Hadrianópolis en 378, y la conquista de Roma por Alarico en 410. En último pasaje figura la conversion de los alemanes por el santo Bonifacio, el apóstol de Germania.

Aquellos hermosísimos relieves en mármol blanco de Carrara, que bordan los muros como friso, los trabajó en 10 años el profesor Martin Wagner, ayudado por los artistas Schoepf y Pettrich.

Fijando la vista en el piso alto, nos encontramos nuevamente con modelos de Schwanthaler, que dejó sellado su nombre en tantas obras inmortales. Engalánase el piso alto con 14 cariátides del mayor mérito, que representan Walkirias. Cada una tiene una altura de 10 piés y nueve pulgadas. Aumentan el agradable efecto de las garbosas Walkirias los varios colores: cada una está pintada de oro, blanco, violado y rubio, llevando cabellos rubios y túnica de oro. Entre las Walkirias, colocadas en pares, se forman en las paredes seis campos, en que alternan baldosas de mármol blanco. Aquellas baldosas llevan en letras de oro los nombres de 63 héroes germánicos, cuyo retrato no se conoce.

En todas las partes de la decoracion arquitectó-

nica del templo aleman miramos con gusto hojarascas alemanas, vástagos alemanes, la piña, el follaje de la encina, el árbol privilegiado y característico de nuestro país. Completan los adornos seis sillas y ocho candelabros, unas y otros de mármol blanco. Ved, en fin, por todas partes la belleza, el primor y la magnificencia: la Walhalla, que convida al peregrino á contemplar las glorias de Alemania, guarda por do quier perfecta armonía.

¡Oh Rhin aleman! ¡Oh, el más querido de nuestros rios: tus orillas encantadas están llenas de castillos mágicos, de seres fantásticos; en tus ondas verdes se refleja el peñon de Lorelei, la maga poética rodeada de la auréola que le dió el genio de Heine; en tus claras aguas se miran el arco de Roldan, el más esforzado de los doce pares, el castillo de Stolzenfels y la catedral de Colonia; pero un tesoro, una gloria tienes que envidiar á tu hermano el Danubio; el altar de la patria, la morada de los dioses germánicos, la mansion de nuestros héroes y de nuestros patronos, el templo de la *Walhalla.*

Al nombre de Walhalla se enlaza en nuestra imaginacion la idea de todo lo grande en nuestra historia, inclínase de pronto la frente ante ese templo nacional que exhala el perfume de la poesía; los héroes de lo pasado desfilan ante la fantasía, y cada cual se forma aquí una epopeya magnífica; que este

es el sitio para inspirar grandes contemplaciones.

¡Cuánta historia en este sitio! ¡Entrad, que esta es la morada de los dioses! Aquí se ve la augusta frente de Federico Barbarroja, digna de la diadema imperial; aquí está el hermosísimo Durero, el príncipe de los pintores; aquí se mira el varonil Scharnhorst, y el pensativo Kant, que nos atrae, á pesar de su semblante tan feo; aquí se ve el enérgico Stein, la joya de los alemanes, y los rayos del sol poniente hieren al severo Lutero. El Danubio nos habla de la grandeza de Alemania, la soledad nos convida á dorados sueños, y en las verdes hojas de las encinas sombrías que nos rodean, la Walhalla blanca de mármol murmura el viento, produciendo un suave acento.

Un dulcísimo rumor;
Un eco que el pecho enciende
Y que el corazon inflama,
Como el clarin de la fama
Al héroe batallador.

No queremos pasar en silencio que en 1844, cuando el rey no habia admitido todavía á Lutero cual socio de la Walhalla, un clérigo inglés escribió en el álbum de los extranjeros:

«¡Qué injusticia tan extraña! ¡Se admite á Genserico, el vándalo de Barrabás, y se excluye á Lutero!» Y otro viajero exclamó: «¿Dónde está Beethoven?» Pero otro escribia: «¡Oh Walhalla, aho-

ra eres la gloria de Luis; dia vendrá en que él tambien tendrá aquí su morada, y entónces él será tu mayor gloria! »

Sí, ¡bellísima es la *Walhalla*, que debe su fundacion al amor, á la patria, á un pío voto, así como tambien á una gratitud espontánea, á una piedad ardiente y profundísima! La natural tendencia de todo lo grande, ilustre y fuerte á manifestarse y eternizarse en gigantescos caractéres, inspiró á Felipe II su inmensa concepcion, el Escorial. Y podria decirse con un distinguido escritor español: « De los lauros de la victoria, fecundados por la piedad, brotaron los opímos frutos de las artes. »

VI.

Ojeada á la Alsacia. — Apuntes biográficos de Luis I de Baviera.

La ocasion se nos brinda propicia para dar apuntes biográficos de *Luis I de Baviera*, cuyo sublime deseo, la construccion de una Walhalla, trasformó en tan brillante realidad el genio de Klenze.

Nació el Perícles de Alemania en la Alsacia; le dió cuna Strasburgo, la antigua Argentina, de la cual dice Rodolfo de Ems en su crónica en 1250: « ¡Qué ciudad tan hermosa! Es la corona del país. »

Como los españoles llaman á la isla de Cuba per-

la caida de la corona de los ángeles, así llamábamos nosotros á la *Alsacia* la perla más rica caida de la diadema imperial de Alemania. Permítanos el lector una digresion para darle una pintura de lo que fué y de lo que es la *Alsacia* para la Germania.

Queremos á la Alsacia, la joya de nuestra honra nacional, el depósito de nuestras almas, bajo los pliegues de la bandera germánica, y será siempre de Alemania, porque tenemos las mismas gloriosas tradiciones, la misma lengua, los mismos cantos, la misma sangre. ¡Qué país tan bendito! Tiene tres divisas, como dice el refran:

Tres castillos sobre un monte,
Tres iglesias en un cementerio,
Tres ciudades en un valle:
Esa es la Alsacia por doquiera.

Y otro refran aleman dice, atestiguando la riqueza de este suelo; «Tiene cinco W: weizen, wein, wasser, weide, wälder.» (Trigo, vino, agua, dehesas y selvas.) La Alsacia es un paraíso para los amigos de Baco, y un vate amante de la taberna como Baltasar del Alcázar, decia en los tiempos de los Hohenstaufen:

Simon in Alsatiam
Visitare patriam
Venit ad confratres,
Visitare patres,
Ubi vinum

Et albinum
Et resfinum
Potant nostri fratres.

La Alsacia es la patria de nuestras más populares tradiciones y leyendas. Hagen de Fronje, uno de los héroes de la epopeya *Los Nibelungen*, es un hijo de la Alsacia.

En la Alsacia fué proverbial la sabiduría de Pipin, padre de nuestro Carlo-Magno; en la Alsacia, en la selva llamada Wasgenwald, solian los reyes Carlovingios entregarse al divertimiento de la caza, arte que la fatiga del reinar repara; y la estatua ecuestre de un emperador de Alemania, Rodolfo de Habsburgo, adorna con las de Clóvis y de Dagoberto la suntuosa catedral de Strasburgo, de modo que el pueblo decia : « La construccion de nuestra catedral ha hecho pobres á tres reyes. »

En la Alsacia vive aún la memoria del más querido de nuestros emperadores, Federico Barbarroja, que fué Duque de Alsacia ántes de ocupar el trono imperial : el castillo de Hagenau, situado en la Alsacia; el Bibelstein, cerca de Thann, tambien en la Alsacia; las ruinas del castillo de Trifels (1), en el

(1) El monte Trifels se levanta cerca de la ciudad de Annweiler: ola por ola se acerca un mar de montes con formas pintorescas y fantásticas, miéntras hácia el Oriente se extienden los campos del Palatinado, país privilegiado

Palatinado, y el Kiffhäuser se disputan la gloria de guardar el sueño del emperador encantado.

---

de sol y de alegría. En el castillo de Trifels estuvo en cautiverio la flor de Inglaterra, el rey Ricardo, llamado Corazon de leon, que aquí daba quejas al sol, gimiendo por su perdida libertad:

«Yo, pobrecito de mí,
Metido estoy en prisiones.
¡Ay ondas, más venturosas
Que las tristes ánsias mias,
Pues podeis tocar la tierra
Que los piés de mi alma pisan!»

De aquel afamado castillo han quedado sólo escombros, pero vive, vive aún jóven el espíritu de la nacion alemana. El pueblo dice que todas las noches se debe hacer una cama de hierro á Federico Barbarroja en el castillo de Trifels, para que aquí descanse de su viaje del palacio de Kaiserslautern. Verdaderamente que Barbarroja, el insigne Hohenstaufen, vive en el corazon de sus pueblos como Alfonso el Batallador, el vencedor en veinte y nueve combates, á quien los españoles, no pudiéndose persuadir de su muerte, creyeron arrebatado milagrosamente á la Tierra Santa para regenerarse al pié del sepulcro de Cristo. La grandeza de nuestro Federico Barbarroja es tan encomiada por la posteridad, que puede ser comparada con D. Jaime el Conquistador, de quien decia el monje Gauberto Fabricio: «Él solo era el cumplimiento acabado, el arreo y la vida de toda la caballería, de toda la gentileza, de todos los estados, no digo de la España, más de la Europa toda y de toda la cristiandad», y en cuyo honor, los zaragozanos, para solemnizar la fiesta de Nuestra Señora del Pilar, hicieron en el año presente una cabalgata representando la entrada del rey D. Jaime en Valencia, que produjo tal efecto, que se oia algun «¡viva D. Jaime el Conquistador!»

En la Alsacia, en la capilla del palacio de Hagenau, se conservaban, ántes de ser guardadas en Trifels, nuestras preciosísimas reliquias, las insignias imperiales de Alemania (que hoy dia se encuentran en parte en Aquisgran), á saber: la corona, la espada y la manzana de Carlo-Magno, una cruz de madera, las espinas, los clavos y la lanza, con la cual abrieron los costados de Nuestro Señor Jesucristo.

En la bellísima capital de la Alsacia se conserva aún el grato recuerdo de un emperador aleman que fué galan como un español: el emperador Segismundo, segun dice la crónica alsaciana de Bernardo Hertzog, asistiendo á un banquete celebrado en Strasburgo el 7 de Julio de 1414, fué invitado por las nobles damas á honrar el dia siguiente con su presencia á una fiesta en la casa llamada Hohensteg, pues sin él ensordecia la música, amortiguábase el tiempo. « Vendré con mucho gusto, replicó Segismundo, pero ustedes han de ser mis guias, pues ignoro el camino. » Ya á las seis de la madrugada estuvieron las damas á la puerta del tálamo imperial, y el emperador, para no hacer esperar á tan bellas señoras, cubriéndose sólo de un manto, siguió en piernas al festivo cortejo de las señoras. Así llegaron á la catedral para oir la misa, y despues las damas, que tan buen humor tenian, conducian en triunfo al

galante señor á una tienda de zapatero, donde le compraron un par de zapatos por 7 kreuzer (1).

Danzando por la calle en medio de un júbilo y algazara sin igual, el emperador y su alegre comitiva llegaron al Hohensteg, donde se vistió el señor de Alemania. Este se despidió ocho dias despues de las damas regalándolas 150 anillos de oro. «¡Así como »estos anillos adornan tan delicadas manos, vues»tros hijos han de ser unidos por los lazos de la fide»lidad y del amor á la patria alemana!» Jamas vieron las damas más gentil caballero que Segismundo.

Alemanes, aunque sometidos al cetro frances; alemanes en sus simpatías y en su lengua, quedaron los hijos de la Alsacia ántes de haber bebido en el cáliz sangriento de la gloria napoleónica. Un hijo de Strasburgo, el eminente poeta Sebastian Brand, fué quien exclamó: «¡Oh, gallo frances, cuántos ardides buscas para llegar al estiércol aleman!» Fué un hijo de la Alsacia, Specklim, quien proclamaba la gloria alemana diciendo: «¿Quién inventó la artillería? Los alemanes. La artillería de Strasburgo va por el mundo entero. ¿Quién inventó la imprenta? Los alemanes. Esta gloria nos concede hasta el moro.» Alemanes quedaron los alsacianos hasta los tiempos de Goethe, que estudió en Stras-

(1) Siete kreuzer equivalen á un real.

burgo, y hoy dice todavía el pueblo de Strasburgo, idólatra de las cigueñas : «Estas aves, sagradas centínelas de nuestros techos, cesan de anidar donde se habla frances.»

Tan alemana es la Alsacia, que tiene una parte leonina en nuestra literatura desde Otfrido, que en su poética *Historia del Redentor*, escrita en el claustro de Wisemburgo hácia el año de 865, fué el primero en emplear la rima en la lengua alemana, hasta Godofredo de Strasburgo, el cantor inmortal del amor, y desde los tres eminentes poetas satíricos, Juan Fischart, Tomás Murner y Sebastian Brand, hasta los hermanos Adolfo y Augusto Stoeber, que en nuestros dias cantaron la tradiciones alsacianas y la gloria germánica.

Ya en los tiempos de Lutero habló Felipe Melanchthon, el célebre amigo del gran reformador, de una antigua creencia, segun la cual cerca de Strasburgo habia de ser vencido el rey de Francia, y hasta nuestros dias imaginaban los labradores que cerca de Strasburgo se decidirian los destinos de Europa. ¡ Qué tradicion tan extraña ! Y, por Dios, tuvo razon en 1870, cuando la Alsacia volvia á ser lo que ya en el siglo XII decia el historiador Othon de Freysing, uno de los socios de la Walhalla : « La Alsacia es la columna firme del imperio. » Y Strasburgo, que fué nuestro Gibraltar, de vergüenza pa-

dron, hasta que en 1870 los alemanes á porfía dieron ejemplo de inmortal memoria, vuelve á ser lo que ya decia el emperador Maximiliano II: «Un baluarte de Alemania.»

Perdónenme si he dejado deslizar la pluma en esa larga digresion, y emprendamos la tarea, para mí agradable, de hablar de *Luis*, el hijo de Strasburgo, el padre de los artistas.

Este, primogénito de Maximiliano, duque de Palatinado-Dos Puentes, vió la luz el 25 de Agosto de 1786. Un carácter sumamente impresionable y original, un temperamento vivísimo, extremado amor á las artes, que no deben ser sólo la ambrosía de la mesa del rico y poderoso, sino un benéfico manjar para el pueblo que no ha de vivir sólo de pan, extremada aficion á la poesía, á la belleza y á la mitad más hermosa del género humano, amor entusiasta al cielo azul de Italia, á la Ciudad Eterna, á la literatura española y á la Grecia, verdadero patriotismo aleman, claro entendimiento, gallarda presencia, franqueza, amabilidad y gentileza sin olvidarse de la autoridad régia, llaneza en el trato con los artistas. Hé aquí las cualidades que adornaban á nuestro Luis, que tuvo un ánimo encendido para las cosas grandes y magníficas. Cuando fué llamado al trono, ¡qué animacion tan alegre empezó á reinar en los talleres! ¡Con qué entusiasmo, con qué brío,

con qué ardor construian, pintaban y esculpian los artistas!

El genio aleman que ya habia desplegado sus alas en la poesía, en la música y en las ciencias, manifestóse al fin con esplendor portentoso tambien en las artes á la sombra del trono de Luis.

Padrino de Luis fué el malogrado rey de Francia Luis XVI. Cuéntase una anécdota ocurrida entre el padre de Luis y sus granaderos. Este, dejando desfilar á sus soldados, vió con asombro que todos habian perdido su ornamento marcial, los bigotes. Preguntó la razon, y por toda respuesta los granaderos le presentaron una almohada hecha con sus bigotes para que sobre ella descansase el niño en su cuna. Sacrificio extraño que atestigua cuánto el duque Maximiliano, que merecia el sobrenombre de Enrique IV de Baviera, se hizo amado de sus soldados. Sin embargo, el jóven príncipe, en cuya cuna los hijos de Marte depositaron tal regalo, era más bien para brillar por su proteccion á las Musas, que para conquistar lauros en la carrera de las armas.

Cuando Cárlos Teodoro, elector de Baviera, murió sin prole, el príncipe hereditario Luis hizo su entrada en Munich al lado de su padre el 6 de Marzo de 1799. ¡Qué diferencia entre el Munich de entónces y el de hoy, merced á la munificencia del héroe de nuestra biografía! El antiguo Munich, que

el rey de Suecia Gustavo Adolfo llamó : «una silla de oro en un caballo flaco», fué una villa de labradores, el moderno es una preciosísima joya, una ciudad modelo, la Aténas alemana, el Meca de las artes.

El príncipe estudió en 1803 en Landshut y Goettinga; sus poetas favoritos fueron, ademas de Homero, Schiller y Goethe: llamó al primero su Sirio, el segundo su Hespero, pues al despertar la aurora leia los versos de Schiller para la elevacion de su espíritu, y en la tranquilidad de la tarde soñaba con las creaciones de Goethe. En los grandes viajes que hizo adquirió conocimientos nada vulgares : Italia encendió su fantasía, Roma le inspiró sus elegías; ya el año de 1804 visitó aquel país en donde parece que quiso Dios derramar á manos llenas toda la copia de sus gracias, encarnando la poesía en el Dante, la inspiracion y la fe en Colon, la escultura en Miguel Angel, la pintura en Rafael, la filosofía en Vico, el órden arquitectónico en Vignola, la astronomía en Galileo, la melodía en Rossini, el dulce canto en Rubini y la Babel de las lenguas en el profundo Mezzofanti.

Pero el poeta nace, y Luis fué más aficionado y rimador que verdadero poeta; sus versos pecan con harta frecuencia de falta de correccion y de construcciones que nadie usa, sino el poeta que se encuen-

tra en las gradas del trono. Los primeros tomos salieron á luz en 1829. Si no siempre podemos tributar homenaje al vate, apreciarémos y amarémos al ménos al patriota; al ver en 1805 la casa de campo de Varo en Tívoli, Luis sintió subir sus colores al rostro, como lo expresa en una sentida elegía recordando al gran Arminio, al vencedor en la selva teutoburguesa: «Arminio, estoy oyendo el eco »sordo de tu augusto nombre en la soledad de este »valle. ¡Ay! ¡Alemania vencida por la discordia, »destrozándose á sí misma, se inclina ante el Corso!»

En Roma conoció Luis en 1805 al jóven artista José Martin Wagner, un hijo de la ciudad de Würzburgo, que fué despues su fiel compañero y servidor en proporcionarle estatuas clásicas de Grecia y de Roma. «Los otros, dice Luis en una de sus coplas, se conceptuarian felices si pudiesen cambiar piedras en oro; pero yo, hombre extraño, busco antiguas piedras á cambio de oro sólido.» Entre tanto se inauguró un período triste para Germania: el elector de Baviera, el padre de Luis, en vez de hacer mote de su escudo el adagio de sus abuelos: «Vale mejor limpiar las botas del compatriota que besar los piés del extranjero», se hizo aliado de Napoleon; y en Munich, en una ciudad alemana, se celebraron con júbilo inmenso las victorias de Austerlitz y de Jena, ¡el triunfo del frances alcanzado so-

bre los alemanes! En Munich saludó el emperador Napoleon á su aliado Maximiliano como rey de Baviera, y á Luis como príncipe real. Miéntras los otros agotaron las expresiones del entusiasmo al hablar de Napoleon, el nuevo Carlo-Magno, experimentó el nuevo príncipe real, agraciado con la victoriosa espada de Austerlitz, el pesar más profundo. Cuando en 1807 por primera vez llegó á Berlin, encargó al estatuario Schadow labrar el busto de Federico el Grande. Pero cual príncipe real de Baviera debia tomar parte en la guerra, y en 1807 ganó una batalla en Rusia. Poco tiempo despues resolvió dedicar una *Walhalla* á las glorias alemanas. Augusta idea en cualquiera época; más augusta aún en aquellos tiempos: esto hace el mismo efecto, segun dice el célebre Doellinger en su discurso necrológico, como los senadores romanos que despues del desastre de Cannas daban las gracias al cónsul Varro por no haber desesperado de la patria. Ya el 3 de Agosto de 1807 consultó Luis al historiador Juan Müller respecto de la eleccion de los héroes de la Walhalla, y luégo encargó en Berlin á los escultores Schadow, Rauch, Tieck y Wichmann los bustos de insignes alemanes. Tambien quiso ver en aquel templo germánico los héroes suizos, y sus bustos los labró el Sr. Christ en Basel.

El príncipe ganó en 1809 la batalla de Eggmühl

contra los austriacos, y al fulgor de la pólvora, al sonido de las balas, al estampido del cañon, decia á un amigo suyo, el Sr. Heydeck, capitan y artista: «Amigo mio, desde aquí se ve á las mil maravillas el campo de batalla; desde este sitio pínteme usted el combate.» Rasgo extraño en que se retrata la extremada aficion del jóven guerrero á las artes.

Un triste episodio en la vida del príncipe fué la guerra contra los valientes moradores del Tirol, los bizarros labradores que odian á los tiranos: el héroe de la revolucion, Andrés Hofer de Passeyer, fué condenado á muerte por el tribunal de guerra frances; pero vive y vivirá siempre en los corazones y en los cantos alemanes. Luis, conmovido en el alma, rindió homenaje á la memoria del infortunado Hofer, haciendo una visita á la viuda del gran mártir aleman, el Juan de Padilla de los aldeanos.

En 1810 se casó Luis con Teresa, princesa de Hildburghausen, y durante la lactancia de su primogénito, fruto de aquel matrimonio feliz, cantó: «Hijo mio, si tu padre muere en la guerra por la patria, conságrale una lágrima y sé heredero de su amor á Germania.» Muchos bávaros tuvieron que inmolarse todavía á Napoleon en la guerra con Rusia, y cuando rey honró Luis á aquellas víctimas con un obelisco de bronce en Munich, que tiene la

inscripcion extraña: «¡Ellos tambien murieron por la independencia de la patria!»

Cuando el español mira el funeral obelisco del Dos de Mayo que se eleva grave en el mismo suelo que las sublimes víctimas de aquella inmortal jornada regaron con su honrada sangre, palpita su corazon en memoria de la última hazaña española; y nosotros, fijando la vista en el obelisco de Munich, lloramos de ira contra el tirano, de vergüenza á causa de la humillacion alemana, de compasion para las mortales víctimas. Pero llegó la venganza en 1813 á 15, y tambien los bávaros purificados en el bautismo sangriento de Hanau participaron de la santa guerra de la independencia. Sólo Luis, tan lleno de patriotismo aleman, se vió privado de la fortuna de ir donde el honor le llamaba, pero, en fin, en 1815 el entusiasta príncipe conducia sus bravos sobre el Rhin para volar al triunfo. Oyendo la nueva de la victoria de Waterloo, encargó aún en la marcha al Sr. Rauch esculpir para la Walhalla el busto del victorioso Blücher.

Cuando enmudecia el gran sonido de la bélica trompa, Luis se consagraba con nuevo aliento á las artes de la paz, y entrando en Roma en el círculo de los genios alemanes, en la colonia de aquellos pintores á quienes el arte era una religion y cuya fraternidad fué un sagrado paladion para todos, vi-

via con ellos, no cual príncipe real, ni áun como Mecénas, sino como afectuoso amigo con sus contertulios, una vida de dulces emociones artísticas. Aquellos artistas, que despues, cual radiantes soles, eran la admiracion y delicia de cuantos aman las bellezas, fueron el ardiente Cornelius, émulo de Miguel Angel, el tierno y cándido Overbeck, que tuvo un alma de San Juan, Schnorr, Veit, Gaertner y un hijo de Dinamarca, el gran Thorwaldsen. La tertulia de los artistas tenía lugar en el conocido café Greco.

Siempre brillará en los fastos del arte aleman la fiesta celebrada en 1821 en honor de Luis, con motivo de su despedida de Roma. La villa Schultheiss situada fuera de la « Porta del pópolo » (puerta del pueblo) parecia, merced al mágico pincel de Cornelius, un mundo de brillantes colores, un mar de esplendor, un paraíso pintado, una creacion de la primavera, una Hesperia de la magia. Se veia pintada una gigantesca encina, bajo la cual estuvo una noble figura, la poesía, cubriendo con sus alas las alegóricas figuras de la música, de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. Habia ademas trasparentes con alusiones satíricas; por ejemplo: Sanson hiriendo á los filisteos con la famosa quijada de asno; Hércules limpiando el establo de Augias; los antiguos muros de Jericó derribándose por el sonido de los clarines del arte. Como un cielo de

estrellas brillaban las damas, las bellas esposas de los artistas alemanes, todas hijas de Italia, á la que yo llamaria la patria de la belleza, si no lo fuese España. Todas aquellas señoras ostentaban en honor de Germania el lindo traje aleman de la Edad Media. Tambien el príncipe usaba aquella vestidura desterrada entónces de la misma Alemania, por ser un traje de demagogos y revolucionarios. Alternaba la danza italiana con cantos alemanes, y se pronunciaron fervorosos brindis por la unidad alemana, por el arte y su generoso protector. Un inspirado vate, Federico Rückert, recitó sublimes versos haciendo hablar las artes que consiguen salvar los pobres límites de esta mansion mortal. Ponia en la boca del arte sagrado y místico de Murillo las bellas palabras: « La luz que Dios me dió está desprendida del cielo. Cuando el Sumo Hacedor abrió á la luz los ojos del primer hombre, el dichoso Adan miró:

»El süave matiz de gayas flores,
El rosicler que en los celajes pinta
El alba con serenos resplandores
Y con etérea tinta.

»Los absortos ojos del primer hombre bebieron entónces la hermosura de una lumbre celestial, y aquel inmenso esplendor le arrullaba miéntras Dios crió la mujer; una vision divina acarició el sueño de

Adan, y al despertarse vió embellecido á sí mismo en otra imágen orlada de brillantes resplandores; su amor enardecido se contempló en aquella criatura de belleza peregrina vestida de inocencia; y cuando las rosas del pudor con inefable púrpura esmaltaban la mejilla de la mujer, se pusieron pálidos todos los colores de la naturaleza, pues ninguno se atrevia á competir con color tan refulgente. Viéndolo el Señor bendijo la pintura para los tiempos venideros. La Biblia está en mi diestra, pues lo que el mundo me ofrece sirve sólo de gala que adorna la márgen, y sólo en la sagrada escritura se encuentra el cuadro principal.»

Ante los portentosos mármoles de Roma, ante el fulgor magnífico que arroja el Vaticano, resolvió Luis consagrar en Munich un templo al arte griego, á las estatuas helénicas. Klenze construyó aquel santuario de la escultura, llamado por el fundador «la gliptoteca»; pero por el público beótico de aquel tiempo «la casa fantástica del príncipe real.» Llaman poderosamente la atencion las aventuras semejantes á las de Ulíses que tuvieron que experimentar algunas de las estatuas helénicas ántes de llegar á su asilo, la gliptoteca. Por ejemplo, las célebres estatuas que pertenecian al templo de Minerva en la isla de Egina, despues de adquiridas por Wagner con astucia sin igual en ardiente lucha contra el

griego y el britano, á quienes excitó el vivo afan de poseerlas, habian de luchar todavía mucho tiempo contra la persecucion de pertinaces enemigos, contra el furor de los elementos y la ira del mar embravecido, pero parecia que la misma Minerva habia calmado las turbulentas olas.

Es sabido que el rey de España Felipe IV, viendo un lienzo del gran Velazquez en que figura tambien el retrato del pintor, cogió el pincel y le pintó en el pecho la cruz de Santiago. Así tambien Luis de Baviera colmó de distinciones á Cornelius al ver los sublimes frescos en la gliptoteca, entre los cuales figura la destruccion de Troya. Ante aquel lienzo inmortal exclamó Luis : « Los caballeros se hacen en el campo de batalla: sea V. tambien caballero en el campo de su honor.» Diciendo esto, adornó el pecho de Cornelius con la condecoracion de «caballero de la Corona bávara.»

La gliptoteca se abrió al público en 1830.

El rey Maximiliano de Baviera murió el 12 de Octubre de 1825. Le sucedió en el trono su hijo, nuestro héroe Luis I. El rey cumplió lo que prometió el príncipe. «Tú, oh jóven rey, exclamó el inspirado Platen, prendes el cetro, no como el emperador José de Austria, con el puño de la innovacion. Á tí te infunde respeto lo que hicieron los padres, acatas lo grande, lo excelso de los tiempos

pasados, y en el blason de la antigua costumbre entretejes las rosas de la nueva libertad.»

Una de las hazañas más felices del rey fué la traslacion de la Universidad de Landshut á Munich en 1826. Como hijo del romanticismo aleman rindió Luis al culto divino la pompa de los tiempos anteriores, y permitió las representaciones de la Pasion en Oberammergau, prohibidas durante el reinado de Maximiliano. Ya llenan de su fama el mundo aquellos estrenos que son medio oficio divino, medio funcion teatral. Se hizo su abogado el mismo Gœthe, diciendo: «El Sur de Alemania es más fértil que el Norte para funciones semejantes; se necesita para eso una suerte de cándida inocencia.»

Munich se convirtió, merced á la munificencia del rey, en una córte de artistas, en una villa monumental: Cornelius pintó los lienzos de la iglesia de Luis, entre los cuales brilla el fresco más acabado del arte moderno, el juicio supremo; Schnorr pintó las salas consagradas á los héroes de la gran epopeya alemana, los Nibelungen; Stieler pintó la galería de bellezas femeninas para el palacio real; Enrique Hess ejecutó de mano maestra los frescos en la bellísima iglesia de Todos los Santos, construida en el estilo normando de Palermo, y tambien los frescos en aquella maravilla del arte hecha por Ziebland, la basílica de Bonifacio, el apóstol de los

germanos; y el clásico pintor de paisajes helénicos y romanos, el genial Rottmann, brilló en sus cuadros al fresco en las arcadas del jardin real. Pero es lástima que las bellas pinturas de Rottman vayan parejas con trozos inoportunamente tomados de las elegías de Luis, que en vez de aumentar el efecto artístico, provocan la risa.

Bajo los auspicios del rey entusiasta, se descubrió de nuevo un arte ya olvidado, la pintura en vidrio, y la fundicion de Munich, erigida en 1826, se hizo la primera de Europa.

« Quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla», dice el hispalense con legítimo orgullo: y así tambien se propuso el rey hacer de la capital de Baviera una ciudad tan bella que quien no la conociese, no conoceria á Alemania. En 1826 se colocó la primera piedra de un Museo de pinturas, llamado «Pinacoteca», y en 1846 se puso la de la nueva Pinacoteca en honor del arte aleman, resucitado cual el fénix de sus propias cenizas. En efecto, lo que crearon los Cornelius, los Schnorr, Hess y otros en Munich, son monumentos del genio germánico, sólo comparables á los que en Weimar ofrecieron á la nacion alemana los Wieland y Herder, los Gœthe y Schiller.

Lo mismo que la pintura florecia bajo Luis, llegó á su apogeo tambien la escultura. El rey adivinó

el eminente genio de Schwanthaler y aconsejó á Wagner que de la pintura pasase á la escultura. Á la verdad el nombre de Wagner debe su inmortalidad á obras plásticas, al friso de la Walhalla. El mejor monumento del hombre es el hombre, dice Gœthe, y de esta idea se inspiró Luis consagrando 162 bustos á la Walhalla.

Gracias á Luis cada ciudad de Baviera tiene su monumento, su estatua. Pero el gigante de las estatuas, la «Baviera», la posee Munich. Aquella colosal figura de bronce, obra de Schwanthaler, sobresale sobre el «pórtico de la gloria» como en Aténas la estatua de Atene Promachos mira sobre el Acrópolis. Cuando el rey encargó la fundicion de la Baviera al maestro Miller, le dijo: «Recuerde usded el coloso de Rodas, recuerde V. á Lisipo, á quien encargó Alejandro el Grande labrar á la vez 25 figuras ecuestres y 9 estatuas gigantescas.» Y la octava maravilla, la fundicion de la Baviera, tuvo feliz término.

Citarémos tambien que el rey restauró el venerable panteon de los emperadores, la iglesia de Speier que el pintor Schraudolph adornó con admirables frescos.

El protector de las artes, el príncipe entusiasta de la gloria germánica, fué tambien el primero de los monarcas, como Lord Byron el primero de los

poetas, en patrocinar á los helenos en su guerra de la Independencia en 1821 á 29, trabajando por la libertad de la hermosa cautiva, de la Musa encadenada de toda la historia. El gran ejemplo del rey de Baviera equivalia para los griegos al glorioso combate de Navarino. Es sabido que los estados protectores de la Grecia imponian, en 1832, á los helenos un rey en la persona de Othon, segundo hijo del helenófilo Luis de Baviera, y es sabido tambien que el nuevo rey tuvo que encargarse en su patria adoptiva de trabajos más difíciles que los doce de Hércules. Klenze, el insigne arquitecto que erigió templos griegos en Alemania, restauró el Partenon durante el reinado de Othon; pero ¿ quién pudo restaurar la Grecia, aquella Grecia, que parecia á los helenófilos la madre dolorida de todas las artes, la mártir de la belleza, la mártir del ideal?

El mismo Luis visitó aquel clásico país en 1836; pero al pisar el suelo de los Temístocles y Arístides no podia sustraerse á cierta inquietud, presagio de acontecimientos por todo extremo graves, y se caian yertas á sus piés tantas ilusiones que habian volado cual nubes de mariposas en torno de sus sienes. Ya en 1829 se celebró en Munich por vez primera el culto griego, y ante aquellos lienzos antiguos y por el mágico efecto producido por las ceremonias y el canto, se creia trasportado al siglo VI.

Pero Luis no se contentó con proteger á las artes en Baviera, sino que por doquiera dió á manos llenas: el majestuoso Torso de la Edad Media, la catedral de Colonia, que ya Petrarca llamó la más grandiosa de las basílicas, y cuyo feliz remate, segun la tradicion alemana, ha de coincidir con la unidad germánica, debe al generoso Mecénas bávaro sus magníficas pinturas en vidrio.

Como patriota, Luis tomó parte tambien en el proyecto del escultor Bandel de Ansbach de levantar un monumento en honor de Arminio en la selva teutoburguesa.

El mismo sol tiene sus lunares. ¿Qué es de extrañar, pues, que tambien la vida de Luis tenga un lunar en aquel triste episodio, cuya heroína fué una bailarina española, Lola Montes, que despues de una carrera de aventuras dirigia su rumbo á Munich? Aquella señora, que recuerda la Sempronia de que habla Salustio, brilló no sólo por su belleza, sino por su incontestable talento y la vivacidad de su espíritu, y tanto fascinó al rey, entusiasta de la patria de Cervántes, que á pesar del descontento de sus súbitos le dispensó mil favores agraciándola con el título de condesa de Landsfeld. Entre tanto los ministros del rey, movidos de un sentimiento de pundonor y sabiendo que el honor es tan delicado y frágil

Que con una accion se quiebra,
Y se mancha con el aire,

presentaron su dimision para no tener que ponerse á las órdenes de una persona contra la cual abrigaban prevenciones que no extrañará ningun corazon hidalgo. Pero Luis podia decir con Enrique IV de Francia: «Si he perdido la noche en los brazos del amor, la madrugada me encuentra en el trabajo.»

En 1848, cuando el descontento hervia en los pueblos y la revolucion reinó en la atmósfera, la favorita tuvo que huir de Munich.

El 19 de Marzo del mismo año abdicó el rey en la plenitud de su autoridad y de su fuerza, no arrastrado por violencias que comprometen. Abdicó diciendo á su pueblo: «Bávaros: se ha inaugurado un período nuevo. Como si fuese presidente de una república, administré los fondos públicos. Puedo levantar la cabeza. Mi corazon late y latirá siempre por la gloria de Baviera, por la grandeza de Alemania.»

El mismo dia en que el rey abdicó resolvió regalar á Munich un nuevo ornamento, una puerta griega, los propileos que el insigne Klenze ejecutó á semejanza de los propileos de Mnesicles en Aténas. Pero ¡ay! el año de 1862, cuando aquella puerta dedicada á las glorias griegas logró feliz remate, se

derribó el trono de Othon, hijo del real fundador de los propileos.

¡Qué diferencia entre la abdicacion de Luis y la de otros monarcas! Miéntras aquéllos, despues de haberse despojado voluntariamente de su púrpura se retiraron á la soledad de un monasterio, el rey Luis, dejando su corona y depositando su benigno cetro en las manos de su hijo Maximiliano, vivió amado y respetado en medio de los que ayer habian sido sus súbditos. Otra córte, pero una córte de artistas, tuvo desde entónces en Roma, en la villa Malta, situada en el monte Pincio, y como habia engalanado la capital de su reino con monumentos del arte, así tambien dejó sus huellas en la Ciudad Eterna colocando en «la villa Albani» el busto de Winkelmann, aquel preclaro hijo de Alemania, que desde Roma instruyó al mundo en las cuestiones del arte. ¡Cuántas veces estuvo en Roma el aficionadísimo á las artes, y cada vez que se despidió de su ciudad predilecta bebió en la fontana Trevi, que tiene fama de inspirar la nostalgia á los mármoles de Roma!

Falleció en Nizza el 1.° de Marzo de 1867. Sus restos mortales fueron depositados en la basílica de Bonifacio en Munich. El cortejo fúnebre pasó, segun el deseo del difunto, por la puerta que evocaba tan tristes recuerdos, la puerta helénica, los propi-

leos. La hija de Schiller (1) adornó el féretro con una corona. El modesto mausoleo de Luis se asemeja á aquel de los reyes normandos en Palermo. El arte vestia de luto, los artistas lloraban á su padre, la nacion entera recordaba con enternecimiento, con ternura y admiracion al ilustre finado, cuyo nombre vivirá no sólo en sus edificios inmortales, sino en los corazones de todos los alemanes unido á los grandes Othones, los Federicos y los Maximilianos, que dieron gloria á Alemania, como los Alfonsos, Alfonso el Católico, Alfonso el Casto, Alfonso el Magno, Alfonso el Noble, Alfonso el Bueno y Alfonso el Sabio á España.

Ya en 1862 los ciudadanos de Munich se honraron á sí mismos, dedicando una estatua á Luis que legó á la historia patria páginas tan gloriosas. Aquel monumento fué erigido segun el proyecto de Schwanthaler para una estatua del rey Estéban de Hungría: se ve al rey sentado sobre un caballo, con el cetro en la mano, y á su lado están dos pajes, llevando cada uno una tabla con las palabras *Justo* y *Constante*. Adornan el pedestal segun el plan de Klenze cuatro figuras representando la Religion, la

(1) En el momento en que escribimos estas desaliñadas líneas recibimos la noticia de que la digna dija del rey de nuestros poetas, Enriqueta Emilia Luisa de Gleichen-Russwurm, ha dejado de existir el 25 de Noviembre de 1872.

Poesía, el Arte, la Industria. Ante aquel monumento dirémos con M. Ossorio y Bernard:

Mas, ni estatuas ni inscripciones
Tu nombre ¡ oh Luis ! necesita,
Tu memoria estando escrita
En todos los corazones.
Cruzando generaciones
De un ayer hácia un mañana,
Mi patria mostrará ufana
Tu honrosa memoria altiva,
Y hará que tu nombre viva
Lo que el habla alemana.

Luis I no debia ver los gloriosos dias de 1870, los triunfos sin par de las armas alemanas, la unidad de Germania. A otro Luis, al nieto de Luis I, fué reservada la envidiable gloria de ser el pontífice aleman edificando el puente sobre el Meno que separaba aún el Sur del Norte de Alemania, como lo expresa mi queridísimo amigo el distinguido poeta latino-aleman, Gustavo Schwetschke, en la estrofa siguiente:

DE GERMANORUM PONTÍFICE MÁXIMO.

«Quis summus noster Pontifex?
Est summus Ludovicus Rex
Nam fecit laude plenum
Nunc Pontem supra Moenum!»

A Luis II, que imitando á su generoso abuelo se entusiasmó con los generosos recuerdos de nuestra

historia patria y poderosamente contribuia á la realizacion de la unidad alemana, he dedicado, en 1870, una cancion en memoria del milésimo aniversario del *canto de Luis*, celebrado en Alemania despues de la batalla de Wisemburgo. Séame lícito citar la cancion vertida al castellano por mi muy querido amigo el distinguido literato D. Mariano Carreras y Gonzalez.

LA CANCION DE LUIS EN 1870.

I.

El primer himno, la cancion primera,
Que ornar quiso con rima cadenciosa
Del majestuoso Rhin la musa austera,
Brotó, como la miel, dulce y sabrosa,
Como la pasionaria lastimera,
De la lira de Otfrido sonorosa,
Que escribió de Jesus la gran jornada
De *Wisemburgo* en la claustral morada.

II.

Al par sonaba el eco regalado
De la *Cancion de Luis*, y henchia el mundo
El nombre de aquel príncipe esforzado,
Rey de los francos, héroe sin segundo,
Que al rayo de su acero no domado,
De los normandos fué terror profundo,
Ganándoles el lauro de la gloria
De Raucourt con la espléndida victoria.

III.

Diez siglos hace que uno y otro canto
De labio en labio el aura dilataba,
De fe llenando y de entusiasmo santo
El corazon de la Alemania brava;

Diez siglos hace ya, y áun el encanto
Dura que en nuestras almas inspiraba,
Y en el campo, en la villa y en el burgo,
Hoy cantamos un *Luis* y un *Wisemburgo.*

IV.

Sí, que tambien Lüis tiene por nombre
De Baviera el monarca generoso,
Que, al reto del frances, como un solo hombre
Alzó en armas su estado poderoso.
Y en *Wisemburgo* fué, por más renombre,
Do el ejército bávaro animoso,
Causando á Francia la primer herida,
Irguió su frente de laurel ceñida.

V.

Por eso el nuevo cántico que alzamos,
Himno de gratitud ferviente y pura,
A tan ilustre rey le consagramos,
Porque él fué como estrella en noche oscura,
Luz de la gloria que por fin gozamos,
Y que, guiando á la celeste altura
A los príncipes todos de alma fuerte,
Al César de las Galias dió la muerte.

VI.

¡ Hurra, pues, hurra por Lüis el Justo !
El primero que lleno de ardimiento
Corrió al rütli (1) aleman, con labio augusto
Prestando de concordia el juramento :
Allí acudieron, sin temor ni susto,
Del Rhin los hijos con el mismo intento,
Y ya son, al amor que los concilia,
Un Estado, una patria, una familia.

---

(1) Es sabido que el *rütli*, una pradera situada á las orillas del lago de los cuatro cantones, fué la cuna de la independencia suiza.

¡Gloria, pues, al rey Luis II! ¡Pero gloria tambien á Luis I! Él sabía ser hombre entre los hombres; él no estaba solitario como otros reyes en la cumbre esclarecida de su majestad, separado de la sociedad humana, como lo pinta en versos llenos de melancolía en la poesía titulada *Bardos alemanes* un amable poeta, Adalberto de Chamisso, que siendo compatriota de los Pedro Bayle, Montesquieu, Voltaire y Rousseau, preferia cantar en la lengua de Schiller y Goethe, en el idioma de los Lessing, Kant y Fichte.

Debemos añadir que Luis I describió, aunque sólo en breves frases, la vida de los socios de la Walhalla.

Yo quiero imitar á Luis dedicando apuntes biográficos á todos los ilustres alemanes, á las glorias de Germania, á los socios de Walhalla.

Colonia, 26 *de Noviembre de* 1872.

VII.

Cornelius, rey de los pintores alemanes.

Deciamos ayer que el rey Luis I de Baviera habitaba en Roma la villa Malta, una modesta casa de campo, sí, pero de grande importancia para el arte, pues en ella se encontraron los talleres de donde salió el gran friso de la *Walhalla*, la obra peregrina de Wagner, Pettrich y Schoepf; y hoy sabemos

con sorpresa y dolor que aquella casa, á que solian peregrinar los alemanes, inspirándose en la gloria del arte patrio, que nació al calor de la desgracia, de la sin par humillacion por los franceses y de la ardiente exaltacion, ha sido vendida á un extranjero (el conde Lobrinski), y en breve ha de ceder el puesto á un palacio moderno, á un palacio vulgar, que nada nos dirá. Así todo se va, todo se olvida al fin. ¡Aprended flores de mí!

Despues de haber hablado de Luis I, el padre de los artistas, cumple colocar á renglon seguido á Pedro Cornelius, el rey de los artistas modernos, el padre del arte aleman de nuestros dias, el hijo favorito de las musas de Helicona y de la musa cristiana, el intérprete divino de la verdad y de la más sublime sabiduría, el émulo de los titanes, el segundo Durero, el Goethe de los pintores, á cuyo recuerdo late el corazon de todo artista aleman, y cuyo nombre se eleva á la inmortalidad en las páginas de la historia. Ambos, el rey que se mecia en dorada cuna, y el artista, el hijo del pueblo, el que fué querido y honrado de reyes y príncipes, ocupan las cumbres de la humanidad.

Hay en el arte, segun dice Castelar, dos clases de almas: las almas sublimes y las almas bellas. Las almas sublimes son como el sol; las almas bellas son como la luna. Las almas sublimes son como

el Océano, inmensidad, oleaje, tempestades: las almas bellas son como el Mediterráneo, gracia, armonía, luz, contornos suaves, en una palabra, si el definido puede entrar en la definicion, hermosura.

Cornelius era alma sublime como Phídias, el escultor ateniense; como Miguel Angel, el inmortal hijo de Arezzo; como Dante, el poeta florentino; como Goethe, el poeta francfortés.

Cornelius aparece en el templo de la gloria cual genio, cual cristiano y cual filósofo, penetrando arrebatado en la region ideal y admirando la indómita osadía y la grandeza de Miguel Angel; y reuniendo el genio filosófico al sencillo candor, á la fe ardiente é infantil. Su pensamiento le elevó místico é irresistible en las alas del éxtasis.

Al nacer Murillo, como dice bien el Marqués de Cabriñana,

> El coro angelical vertió á raudales
> Cándidos lirios y purpúreas flores
> Del divino verjel sobre su frente,
> Exclamando amoroso en dulce anhelo:
> «¡Colores para tí, pintor del cielo!»

Pero á la cuna de Cornelius, el pintor monumental que concilia la antigüedad con la Edad Media, apareció la radiante y heróica Germania ornada de encina, poniendo la mano de la cándida reina de los ángeles en la de la virginal Minerva, pues en Cornelius se une la belleza helénica al genio aleman; en

las pinturas cornelianas se celebran las bodas de Fausto (la naturaleza alemana) y de Helena (la naturaleza griega), y tanta es su armonía, tan íntima y estrecha es aquella union, que no se sabe qué dió el uno, qué dió la otra.

Al que pregunte qué es el arte helénico le dirémos: es la cumplida belleza, es una perfeccion olímpica, hasta en los menores detalles. Así un artista griego, cuando le preguntaron por qué prodigaba su arte hasta en objetos que jamas alcanzaria la vista, contestó: «¡Pero los dioses están viéndolos!»

Cornelius regeneró aquel sublime estilo del arte griego, vivificándole con un espíritu nuevo.

El digno sucesor de los grandes pintores de todos los tiempos tiene el espíritu aleman, el carácter nacional de Alberto Durero, el noble estilo de Leonardo de Vinci, el vigoroso vuelo y el númen portentoso de Miguel Angel y de Velazquez, la majestad severa de Zurbarán, y fiel diseño y la grata correccion de Alonso Cano, la inspiracion de Valdés y de los dos Herreras, la idealidad del Ticiano, la fantasía creadora de Rubens, pero le falta la excelsa gallardía y el dorado tono de las tintas de Murillo, la inimitable gracia del de Urbino, aquella gracia *rafaélica*, le falta la variedad del poder artístico que se unió en Leonardo y en Miguel Angel, que animaron los mármoles con cincel maestro, le

falta el brillo de los colores que ostenta Ticiano, la magia del claro-oscuro que encontramos en Corregio y Rembrandt, y la abundante vida que se admira en Rubens.

La ciudad de Düsseldorf, la hermana de Colonia la del Rhin, hará siempre alarde de haber mecido la cuna de dos eminentes genios, Cornelius y Heine.

La majestad austera de Cornelius nos aparta al primer momento, hasta que la mirada ensanchada reconoce el genio y descubre su inagotable riqueza. Así tambien el genio de Heine reconoció el genio de su paisano, y es muy curioso lo que el poeta humorístico, protestante y escéptico, decia ya en 1828 en el capítulo XXXIII de su *Viaje por Italia* acerca del pintor católico. «La aparicion de Cornelius (dice Heine) me llena de asombro como la de un fantasma; se me figuna que veo la sombra de un pintor de los tiempos rafaélicos levantándose de la tumba para pintar los últimos de sus cuadros, pero cuadros sin sangre, sin color. Aquel pintor austero me parece un creador muerto, evocado por una fórmula mágica. ¡Ay! Él es no sólo el único gran pintor que áun vive, sino quizá el último que ha de pintar en la tierra; su mano es la solitaria mano de un finado. Siempre que miré á aquel hombre de estatura tan pequeña, pero con ojos tan ardientes, me ha

infundido secreto horror la mano del último pintor; pero alguna vez la miraba tambien con piedad y cariño, acordándome que se ponia amorosa sobre mis deditos, enseñándome á dibujar algunos contornos, cuando siendo niño visité la academia de Düsseldorf.»

Como las aves para el vuelo, así Cornelius nació para pintar, para pintar *cuadros al fresco.*

El arte fué su vida, la vida del artista son sus obras. Tenemos que limitarnos á bosquejarlas á la ligera, pues es evidente que si hubiese de consagrarlas la atencion que merecen, correria riesgo de eternizarme sobre este asunto.

Düsseldorf, la risueña ciudad de los jardines, el Eden del Rhin, saludó, como he dicho arriba, la llama creadora del genio corneliano: tres siglos despues de Rafael, el 23 de Setiembre de 1783, nació Pedro Cornelius, hijo de un pintor. Ya una anécdota de sus primeros albores demuestra la disposicion natural que le inclinaba á seguir la carrera de su padre. Cuando su madre le hizo elegir entre una brillante moneda que acababa de salir del troquel y un pedazo de greda negra, el chiquillo tendió anhelante la mano á la mezquina greda y empezó á cubrir la pared con rayas y figuras. Podria decirse que el mismo genio del arte aleman puso la greda en sus manos.

En 1809 vino el jóven Cornelius á Fracfort, y en la patria de Goethe nos presenta en su primera gran obra, en sus dibujos del Fausto, su credo, su bandera artística, inspirándose en el estilo aleman de la Edad Media, y escribiendo en su estandarte el glorioso nombre de Alberto Durero. Aquellos grabados del Fausto, sorprendentes por su novedad, por su grandioso estilo y por el vigoroso dibujo, opuesto á la pedantería de las academias, salieron en 1816, produciendo en el mundo del arte un efecto semejante á *Los Bandidos* de Schiller.

Entre tanto, un pintor aleman, cuyo nombre era Karstens (muerto en 1798), habia ya inaugurado una nueva era del arte, abriendo las puertas del helénico y bebiendo en la fuente del alto Helicon; pero el malogrado Karstens bajó al sepulcro cuando vió la belleza helénica, y tuvo el triste privilegio de los hombres grandes; sólo despues de su muerte se apreciaron sus obras. Karstens fué la aurora, Cornelius es el astro del dia, el espléndido sol. Karstens es para Cornelius lo que Klopstock fué para los héroes de nuestra literatura, Schiller y Goethe. Más afortunadc que Karstens, luchaba Cornelius cual caballero sin miedo y sin mancha, y gracias á la energía de su pasion, alcanzó la anhelada mano de la heroína griega. En 1811 vino á Roma, conociendo á los sucesores de Karstens, los pintores ale-

manes Koch, Waechter y Schick, el escultor danes Thorwaldsen, para quien el dia en que llegó á la ciudad del arte era el dia de su verdadero nacimiento, y los románticos alemanes Overbeck y Schadow. Al cristiano y tierno Overbeck, cuyo pensamiento era cielo sin nubes, cuyo corazon fué mar sin tormentas, y cuyo genio, siempre católico, estaba enamorado del santo altar donde la Vírgen brilla, profesó desde luégo el más profundo cariño, y de él hizo su hermano en el estudio de los maestros que vivian ántes del divino Rafael, los Giotto y Masaccio hasta el de Urbino. «Entusiastas por todo lo santo, lo grande y lo bello en nuestra patria y en Italia, constantes en la guerra santa contra la tiranía y frivolidad francesa, dice Cornelius recordando aquella temporada tan feliz, hemos pasado entónces por las sendas de siglos, en condicion modesta, sin sed de oro, no conociendo ni la torpe envidia ni la ambicion que con su fiebre mata.»

El primer fruto de sus estudios romanos fueron los dibujos de nuestra gran epopeya nacional, los *Nibelungen*, en los cuales manifiesta ya su singular talento para la pintura monumental, para los cuadros al fresco. En aquellos dibujos evoca las gloriosas tradiciones de la nacion germánica, excitando la fantasía, animando los corazones y encendiendo las voluntades de los hombres patriotas, de modo

que los grandiosos *Nibelungen* pudieran llamarse la campaña de 1813 á 15 que nuestro Cornelius emprendió contra los franceses. « ¡Renació el arte!» exclamó Goethe del fondo de su alma en la explosion de su entusiasmo, y lo mismo que el Marqués de Auñon canta de Murillo, diciendo :

¡Oh Patria! cuando el sol de tu grandeza
Lívido ya se hundia,
El genio se nublaba en tu cabeza,
Y tu fúlgido cetro se rompia :
De tu amargo infortunio en los enojos,
Murillo se levanta;
Da nueva luz á tus cansados ojos,
Y su pincel tu corazon encanta!

pudiera emplearse tambien á Cornelius y al arte aleman, que es la conciliacion del arte cristiano con el arte clásico. La humillacion sin segundo, la memoria del decaimiento de la importancia nacional y la heróica exaltacion fecundaron la semilla del arte aleman, que es en el dia un árbol frondoso que nos da sombra : los dias que vieran el espectáculo sublime que todos, haciendo dejacion de sus contiendas de partido, recordando sólo que eran hijos de Arminio, ofrecian su existencia como holocausto en aras de la patria, aquellos dias deberian ver tambien la gloriosa resurreccion del arte germánico. Karstens resucitó en Cornelius, alcanzando una grandeza titánica. En la cuna del arte aleman no hubo ningun

Mecénas, ningun Médicis: ¡Honor á los hijos del pueblo, cuyo pecho no inundó otro júbilo igual que cuando desnudos de ambicion enriquecian su patria con los tesoros de su genio!

Pero en Roma, donde los hombres bajo los rayos de un sol abrasador tienen corazones tan frios, se devoró nuestro pintor por la nostalgia á su patria, que le inspiró las palabras: «Amigos mios, cuando regreseis á la patria, saludad á todos los buenos que áun se acuerden de mí. Pensad en mí en las cumbres libres, en la selva umbría y santa, al murmullo de los rios alemanes. Pero cuando llegueis al altivo Rhin, saludad al anciano, aclamad mi nombre con voz alta en las ondas profundas, habladle de mi anhelo de volver á la patria. ¡Pero cuando entreis en la catedral de Colonia acordaos de mí ante el Señor, para que vuelva al país de mis padres!»

Cornelius ejecutó de mano maestra sus primeros frescos en casa del cónsul Bartholdy en Roma. Aquella casa es un verdadero santuario del arte, y dió cuna á la moderna pintura alemana. Cornelius, Overbeck, Schadow y Veit, unidos entónces como nunca habian estado ántes y nunca estuvieron despues, trabajaron allí con su entusiasmo de artistas. Todos convienen en que el mejor de los frescos es el de Cornelius, en que pinta á Josef reconocido por sus hermanos. Aquel cuadro fué tan aplaudido, que

el marqués Massimi encargó al artista varios frescos sobre los poemas del Dante, y en efecto, ningun pintor desde Miguel Angel ha comprendido á aquel místico poeta tanto como Cornelius. El ilustrado Niebuhr, embajador del rey de Prusia en Roma, el maestro de Federico Gillermo IV y eruditísimo historiador, fué el amigo de los artistas alemanes en la Ciudad Eterna, y sobre todo admiró á Cornelius, cuya inteligencia, segun el testimonio de Niebuhr, era tan extraordinaria como su talento y su genio. Gracias á la eficaz recomendacion de Niebuhr, nuestro pintor fué en 1821 director de la academia de Düsseldorf, inaugurando allí el período más feliz de la pintura alemana. Pero ¡ay! tan breve fué aquella temporada, que me ocurre recordar los versos que la vista de una hermosa rosa inspiró al divino Rioja.

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

El maestro, guiado por su buena estrella, trasladó en 1826 su domicilio á Munich, y dió remate allí á los cuadros homéricos de la «gliptoteca» cumpliendo así el encargo de Luis de Baviera, que éste le dió en 1818 cuando estuvo en Roma. Quien quiera estudiar á Cornelius debe venir á Munich: los frescos de la «gliptoteca», los cuadros de la sala de

dioses y los de la sala troyana valen por sí solos una expedicion á la capital de Baviera, así como el Museo nacional de España vale un viaje á Madrid. Cornelius nos presenta allí á los antiguos, nos enseña á Homero, nos presenta una segunda Iliada de inestimable valor. Pintando aquellas figuras sintió la sangre de los antiguos dioses por sus inflamadas venas.

¡Qué levantados pensamientos! ¡Qué riqueza de símbolos! ¡Qué augusta composicion! ¡Qué simetría arquitectónica, unida á la riqueza en los detalles! ¡Qué imaginacion creadora! ¡Qué genio histórico! ¡Qué perfeccion en las figuras y en los gupos! ¡Qué pasion tan verdadera y tan exenta de efectos teatrales!

El cuadro modelo que nos ofrece la pintura de la historia profana es, sin contradiccion alguna, la perdicion de Troya, esta encarnacion artística de una tragedia de los antiguos. ¡Qué pasion trágica revela la profetisa Casandra, ornada de una corona de Apolo!

El 25 de Agosto de 1829 se colocó la primera piedra de la iglesia de Luis en Munich, y el eminente pintor del Fausto, de los Nibelungen, de Josef, del poema del Dante y de Homero, el pintor poeta que se sumergió en el mundo de los dioses olímpicos, en la grandeza austera de Esquilo y en el casto candor

de Sóphocles, pintó los frescos de aquella iglesia, entre los cuales ocupa el primer puesto la representacion del supremo juicio, que puede ser comparada sólo con el lienzo de Miguel Angel en la capilla Sixtina, ademas de ser la pintura más colosal del mundo, pues tiene 63 piés de altura y 39 de ancho. Aquel cuadro habla al alma y nos infunde el más profundo respeto: el perverso ve su imágen, el traidor mira el precio de su traicion, el hipócrita contempla su vergüenza, el tirano su maldicion, pero el bueno siente los goces inefables de la bienaventuranza. Cornelius dió término al carton en 1835 en Roma, y en 1840 se celebró una gran fiesta en Munich con motivo de la conclusion de los frescos. Cornelius fué en Munich el primero despues del rey.

Pero ¿quién lo hubiera imaginado? El rey Luis manifestó al artista su disgusto respecto de los frescos de la iglesia de Luis, y éste, aceptando la invitacion del rey Federico Guillermo IV de Prusia, partió para Berlin en 1841.

Memorable en la vida artística de nuestro héroe fué un viaje por Inglaterra: viendo allí trozos de Phídias, fragmentos del escultor que representa la armonía absoluta entre la forma y la idea, y los cartones de Rafael en Hamptoncourt, abrió nuevos horizontes al arte, y comenzó — ¡cosa extraña! ¡cosa

admirable! — ¡á aprender el arte verdadero á la edad de sesenta años!

El rey de Prusia le encargó labrar para el príncipe de Gáles un talisman del arte, un «escudo de la fe» en plata, oro y piedras preciosas. Jamas podrá admirarse bastante la riqueza de aquella composicion.

Concluyó tambien en Berlin una pintura al óleo, representando á Cristo en el limbo. ¡Cosa increible! Aquella creacion portentosa tuvo que luchar contra la crítica berlinesa; pero en la lucha con la liga poderosa de enconados enemigos llegó el genio á su apogeo, rejuveneciéndose.

Lo más sublime del arte, la más galana flor del arte clásico, la encontramos en los cartones cornelianos para el campo santo, el panteon real en Berlin, que, segun el proyecto del rey Federico Guillermo, debia unirse á una gran catedral protestante. El anciano, en quien los años no entibiaron ni el vigor de la fantasía ni el entusiasmo ardiente, nos representa allí las más sublimes ideas de la humanidad en la forma más cumplida. La idea que representa es la del apóstol Pablo: «La muerte es la pena de los pecados, pero la gracia de Dios es la vida eterna en Jesucristo.» Miramos la causa de la muerte, y la victoria sobre la muerte. Miramos y sentimos lo que tantas veces decia el gran escritor

y amante extático de la religion, D. Antonio Aparici y Guijarro, y lo que nos recordaba en bellísimas palabras el ardiente Castelar: «No es la muerte hielo del invierno, ni la nada oscura y vacía; es el aliento primaveral que desata las nieves en parleros arroyos, que hincha de sávia la yema del árbol, que rompe la tosca larva del insecto y le da pintadas alas, que trae en sus flores la promesa de más sabrosos frutos, y en su amor la esperanza de más perfecta vida. Los sepulcros que desde la tierra nos parecen tan oscuros, mirados desde los cielos parecerán puntos luminosos, como los astros en la oscura noche.» Miramos en la primera pared del campo santo la redencion, en la segunda la resurreccion; pues sólo bajo esta forma puede ser representada la creencia en la inmortalidad. En la tercera pared miramos los apóstoles enseñando á todos los pueblos; pues Dios quiso que todos participasen de la inmortalidad. En la cuarta pared se ve el cuadro de las diez vírgenes, entre las cuales cinco esperan con anhelo su dulce esposo, conservando siempre el fuego sacro del amor, miéntras las otras cinco van por el óleo; aquel cuadro nos amonesta que en cada momento tenemos que estar preparados para entrar en la eternidad, donde abrazarémos todas las cosas creadas en la vision eterna de Dios, miéntras los átomos desprendidos de nuestro cuerpo inerte per-

tenecen al laboratorio de la vida cósmica. En los cartones cornelianos se admiran tambien figuras sublimes del Apocalípsis de San Juan, y sobre todo brillan cual maravilla del siglo los cuatro caballeros apocalípticos, aquellos demonios de la miseria humana, que se llaman la guerra, el hambre, la peste y la muerte. ¡Qué bien corresponden los caballos á los gestos de los terribles caballeros! Aquella obra hecha en el espíritu de los Phídias pone el sello á la gloria de Cornelius.

Todas aquellas composiciones y cartones son una fuente inagotable de profunda poesía, de sublime filosofía y de sacrosanta religion para todos los mortales sin diferencia de cultos.

¿Cuándo, por fin, ha de realizarse la idea de que el panteon de los reyes, el patio ante la catedral ornado de tales frescos, únicos en la historia del arte, se presente á la nacion entera como un santuario del ideal á que millares de peregrinos dirijan sus pasos, como un monumento áun más glorioso que el camposanto que la república de Pisa dedicó agradecida á sus más ilustres ciudadanos? Pero ¡triste suerte la de los titanes! Al genio gigantesco, que saliendo del camino trillado de las academias buscaba siempre lo grandioso y lo colosal, lo mismo en el estilo que en el espacio, al pintor monumental que empezó por cubrir con sus frescos la casa Bartholdy, y que

despues pintó las salas de un templo del arte, la *gliptoteca*, y el coro y la nave transversal de una gran iglesia, faltó por fin el espacio; pues cuando habia llegado á la cumbre de la perfeccion, debia pararse ante las ruinas del camposanto real, y los grandiosos frescos quedaron en proyecto, esperando en balde la ejecucion.

La academia de Münster tributó al gran artista la mayor distincion, aclamándole Doctor honorario el 15 de Octubre de 1844, y en efecto, ningun doctor escribió tan gloriosa disertacion como *Cornelius*, pues la suya son los incomparables cartones del panteon real.

En 1856 dió cima en Roma al último carton, que representa la espera del supremo juicio. ¡ Carton sin igual ! El supremo juicio se ha convertido en la redencion del mundo; aquí no se mira ni el infierno, ni el diablo; aquí no se mira la triste perspectiva de una miseria eterna, que nos debia inspirar el deseo de no haber nacido jamas. Pues, ¿cómo pudiera un hombre verdaderamente bueno disfrutar de la bienaventuranza, si supiese que uno de sus hermanos sería condenado á la eternidad de las penas? Aquel carton de *Cornelius* es un progreso inmenso, la inspiracion más sublime del genio de la humanidad.

Despidiéndonos de los lienzos inmortales de nuestro *Cornelius*, admiramos en ellos la composicion ar-

quitectónica y simétrica, las líneas audaces y firmes, la verdad anatómica y plástica, la mayor verdad en la expresion y en el movimiento; y si hay algunas durezas son hijas de la varonil personalidad, del carácter enérgico y verdaderamente aleman del artista, que quiere, á todo trance, expresar su pensamiento áun á costa de la belleza. Prefiere la severa beldad á la risueña gracia. Así nos representa á San Miguel en la majestad austera, miéntras Rafael lo pinta con un rostro sonriente.

Para *Cornelius* el color, dejando de ser un elemento sensual, se acomoda al enérgico y severo estilo de sus dibujos y composiciones. Nuestro pintor no tiene rival en el manejo del carbon, alcanzando efectos que parecen reservados sólo al color.

El genio del *Cornelius* quedó aislado en su cumbre como el de Durero, como el de Miguel Angel; no se agruparon en su derredor huestes de discípulos. Pero no será del todo perdida la semilla arrojada, porque más ó ménos pronto, nunca tarde, dará sus sazonados frutos, si nuestros artistas permanecen á pié firme con la magnífica bandera corneliana siempre desplegada al viento.

El olvido nunca podrá borrar sus claras huellas. ¡Mueren los siglos, mas su nombre dura!

Cornelius, que desde Düsseldorf llevó el fuego divino del arte por Alemania, murió en Berlin el 6 de

Marzo de 1867. No falleció como Murillo, el místico pintor de la hermosura del alma, que en medio de célicas visiones el espíritu arrobado en la boda ideal de Catalina y del Niño Jesús, empezó á morir ante el ara.

Pero el tránsito de *Cornelius* fué tambien un sueño apacible.

Eterna es su memoria; el gran pintor aleman entró precedido de Schinkel y de Thorwaldsen en el sagrado recinto, donde Rafael está sentado en el trono al lado del inmortal Phídias.

La pintura, sobre todo la pintura religiosa, ejerce un influjo mágico sobre los ánimos. Así el pueblo de la culta y artística y católica Granada, enterado de que la imágen de *Nuestra Señora de la Soledad*, hermosísimo cuadro de Alonso Cano, despues de robada en estos dias aciagos para España fué recobrada por la autoridad, y de que el cabildo catedral iba procesionalmente á recogerla, llenaba, dominado por el entusiasmo, la carrera de la procesion y las bóvedas de la catedral, alumbrando el triunfo de la Vírgen; las bellas damas adornaban los balcones de sus casas con ostentosas colgaduras; la procesion presidida por el brigadier de artillería, el gobernador civil y el alcalde presidente, á los cuales seguian los oficiales de la guarnicion y una multitud de personas distinguidas, llevando cirios en-

cendidos, y el cabildo catedral presidido por el excelentísimo señor Arzobispo, atravesaron las calles entre los incesantes vivas á *Nuestra Señora.* ¡Qué momento aquel en que entró en la catedral el famoso cuadro del racionero Cano! Segun escribió un testigo ocular de aquella bella solemnidad, de aquel hermoso espectáculo, de aquella manifestacion espontánea de los sentimientos religiosos, los múltiples ecos de la elegante y majestuosa basílica, repetian los grandiosos y dulces acordes de los soberbios órganos, que se confundian con la música de la letanía que entonaban los seises con sus voces argentinas y esos inexplicables ruidos que brotan siempre de entre las muchedumbres exaltadas y conmovidas.

¿Quién debia despertar el entusiasmo religioso, sino *Alonso Cano*, que tenía de artista el alma hasta en el último momento de su vida, cuando el sacerdote que le ponia ante los ojos un Cristo sumamente tosco, decia estas sentidas palabras: «Padre, quitad esa escultura malísima, me turba ver que hay artistas que la faz de Dios profanan; dadme esa cruz sencilla.»

Á *Alonso Cano* se parece tambien nuestro *Cornelius*, verdadero artista, en quien vivia un tesoro de fantasía, de hermosura y de ingeniosas ideas. Tengo que dedicarle otro capítulo para hablar de un

florido jardin del arte, de un poema peregrino ejecutado en hermosísimas pinturas entre los años 1828 á 1838. Aquel maravilloso poema, presentándonos á grandes rasgos la historia del arte italiano y del arte aleman, se lee en las 25 loggias, en las cúpulas y lunetas de la pinacoteca de Munich. Sin haberse consagrado á profundos estudios artísticos, *Cornelius* conoció las obras de los eminentes artistas por la vista, y nadie podria caracterizarlas mejor que él. ¡Ojalá que hubiera pintado tambien la historia de la pintura *española* que es tan digna de ocupar un puesto privilegiado en el templo del arte, mostrándonos los soles de la hispana esfera Velazquez y Murillo!

Trataré de dar al lector una ligera idea de aquellas creaciones cornelianas en que se mira toda perfeccion cifrada.

Es la más alta mision del arte servir á la religion. Mírase, pues, á Salomon representando la sagrada arquitectura; á David, la sagrada poesía; á Santa Cecilia, la sagrada música, y á San Lúcas, la sagrada pintura. El rey *Luis de Baviera*, el fundador de la Walhalla, entra, guiado por su genio, en el reino de la hermosura, morada de los artistas y poetas de la antigüedad y del tiempo nuevo.

Despues de las tinieblas de una larga noche oscura, brilla de nuevo la estrella matutinal: San

Bernardo predica la cruz, Barbarroja lidia en la batalla de Iconio, y sus guerreros, regresando á sus hogares, llevan consigo los tesoros del arte oriental. La gloriosa república de Pisa erige un Camposanto á sus perínclitos patricios, adornando las paredes con pinturas de la muerte y de la vida eterna, y de pías leyendas de la Sagrada Escritura. El jóven arte de la pintura hace sus primeros pasos. Artistas bizantinos pintan en Florencia la Vírgen, aunque toscamente, segun los modelos tradicionales; pero el niño *Cimabue* se goza en observarlos en sus trabajos, haciéndose su discípulo. En breve supera éste á sus maestros pintando Nuestra Señora con el Niño Dios, rodeada de ángeles; toda Florencia celebra asombrada la perfeccion de aquel cuadro gigantesco como la más esplendorosa victoria, y la Vírgen es conducida en andas como en triunfo á la iglesia de «Santa María Novella», lo mismo que en nuestros dias la Vírgen de Alonso Cano en Granada.

Desde aquel momento se alejó la noche, una sin par primavera tiende su manto de gayas flores. Italia entera se hace un jardin encantado del arte. *Cimabue* encuentra al niño *Giotto* dibujando ovejas en la arena con su cayado de pastor, y le instruye en la pintura. El discípulo supera al maestro; el Pontífice le encarga pintar en Roma, y le manda que le acompañe á Aviñon. El místico pintor, el pío mon-

je de *Fiesole*, viviendo entre santos y querubes y pintando sobre la tierra la bienaventuranza de los moradores del paraíso, adorna las celdas del convento de San Márcos en Florencia con pinturas de seráfica belleza, y en premio de sus creaciones angélicas que ostenta el Vaticano recibió, no sólo la bendicion del Papa, sino, segun dice la tradicion, el ofrecimiento de la dignidad arzobispal en Florencia, á la cual humilde renunció. Pero por llenas de dulces bellezas, por mágicas que sean las producciones del *Fray Beato Angélico de Fiesole*, el arte no podia así alcanzar su cumbre más alta, pues la vida no puede carecer de los cuerpos.

Estos que salen á la vista por el contraste de luz y de sombra, se nos presentan en las figuras de *Masaccio*, maestro de los corifeos del arte, *Leonardo*, *Miguel Angel* y *Rafael*. La capilla de la iglesia de los carmelitas en Florencia se hizo la academia de aquellos tres genios prodigiosos. Los montes de Umbría fueron el asilo feliz del casto, pío y delicado arte cristiano, y amor y dulce calma respiran sobre todo las obras de *Pedro de Perugia*, que cifra su gloria en ser maestro del divino *Rafael*. En las otras comarcas de Italia alcanzaron una nueva vida los dioses griegos, animándose como la estatua de Pigmalion. Así nacieron las creaciones de *Manteg-*

na, *Botticelli*, *Ghirlandajo*, *Andrea del Sarto* y *Lúcas Signorelli.*

Más grandioso todavía en el espíritu de *Leonardo de Vinci* que tenía ante sus ojos desplegado y radiante de luz, así el mundo exterior como el mundo interior, y ¡prodigio sin segundo! su vida desde la cuna hasta la tumba era una constante felicidad: las gracias le circundaron desde su primer paso; Minerva derramó sobre él la copia de sus dones, y cuando anciano, recibió moribundo los entusiastas homenajes del rey Francisco de Francia.

Anch'is son pittore, exclamó *Correggio* en vista de un cuadro de *Rafael.* Y con sobrada razon, pues gracias á la magia de sus colores todos los contrastes se deshacen en armonías.

Bajo el amparo del leon de San Márcos y de la república, que cual la diosa de la hermosura nació de las olas, y que conquistó todos los tesoros materiales y espirituales del Oriente, desplegaba las escuela veneciana un esplendor de colores, una riqueza y una serenidad sin límites, atrayendo las miradas entusiastas de los extranjeros. Nuestro gran Alberto Durero enalteció las obras de *Juan Bellini*, y hasta el Sultan de Constantinopla, dejando aparte las preocupaciones agarenas, mandó al insigne *Gentile Bellini* hacer su retrato. De la escuela vene-

ciana salió el inimitable *Tiziano*, que hizo el arte gemelo de la naturaleza, y que conquistó tanta fama, que hasta el más poderoso príncipe de Europa, Cárlos V, no se desdeñaba de recoger el pincel caido de las manos del gran artista.

La historia ha registrado en sus fastos el nombre de más de un artista que era á la vez pintor y escultor, y tambien arquitecto; pero nadie se distinguió tanto en esas tres artes hermanas como *Miguel Angel*, que dió á la capilla Sixtina el gran fresco representando el juicio supremo, y que esculpió en mármol el Moisés colosal para la piedra sepulcral de Julio II, y que añadió el augusto cimborio á la Basílica de San Pedro.

En dos siglos se desarrolló el arte italiano, hasta que en el tercer siglo alcanzaba su cumbre más alta en que se levanta el hijo predilecto de los dioses, *Rafael:* el ángel de la paz guardó á su infancia, pero cuando niño perdió ya á su madre, y no conocia otra satisfaccion más que pintar el más sublime cariño maternal, el amor de la Vírgen. Habia visto sólo treinta y ocho primaveras, cuando ya ante su lecho mortuorio le lloraban los suyos, entre ellos el Papa, admirando su Torso, la *Transfiguracion de Nuestro Señor.*

¡Qué serie tan brillante de cuadros ejecutó con notable acierto el entendido *Cornelius*, pintando la

historia del arte italiano desde sus principios hasta su apogeo! De la misma manera admirable bosquejó el desarrollo del arte germánico.

La musa de la historia registra las victorias de Cárlos Martel sobre los sarracenos y la conversion de los pueblos germánicos al cristianismo. Circunda de guirnaldas el nombre de Carlo-Magno que llama á su córte poetas, cantores, artistas y hombres de ciencia, inaugurando así la vida intelectual de los germanos. Aumenta la cultura el rey Enrique por la fundacion de ciudades, y aspiraciones áun más levantadas tiene el Arzobispo de Colonia Conrado, colocando la primera piedra á la gran catedral. Á ésta conducen el relicario de los Reyes Magos, el cual junto con las leyendas de San Gereon y de Santa Ursula y de las once mil vírgenes que padecieron martirio por órden de Guila, capitan de Atila, manchando, como dice Garcilaso, «el suelo de sangre, que en el cielo está esmaltada», se hizo la base de la escuela de pintores colonienses. Su primer pintor de nota es el *maestro Guillermo*, el pintor de la Vírgen y del niño Jesus, que vivió y murió pobre, miéntras su arte, gracias á sus discípulos, se extendia por Alemania llenando iglesias y altares. Pero el arte seráfico de Guillermo debia ceder al arte nacido en Flándes, que consiste en imitar á la naturaleza y pintar hombres verdaderos.

Alcanzóse en eso la mayor perfeccion por la pintura al óleo inventada por *Huberto van Eyk*, que llamó la atencion hasta de la lejana ciudad de Mesina. Mecénas de los dos hermanos *van Eyk* era el duque de Borgoña, Felipe el Bueno, y su obra maestra es la *Adoracion del Cordero*. Siguió á los *van Eyk*, *Hans Memling*, que cual soldado herido, segun dice la tradicion, llegó al convento de las Ursulinas en Brujas, y en agradecimiento de su caridad les pintó hermosísimos cuadros religiosos. El pintor *Schoreelo* y sus contemporáneos siguen al astro brillante de la escuela romana, miéntras *Lúcas de Leiden*, que convertia su cama de enfermo en taller, guardó consecuente el estilo germánico. *Hans Holbein, el menor*, recomendado por Erasmo de Rotterdam al inglés Tomás Moro, conquistó el favor del rey Enrique VIII de Inglaterra; pero no se olvidó por eso de su país natal, á que legó una joya preciosísima, la *Danza de la muerte*. Dresde se precia de poseer su famoso cuadro *La Vírgen*. No era posible alcanzar mayor pureza, verdad y hermosura de la forma. Sin embargo, la palma se debe á *Alberto Durero* por su originalidad y su grandiosidad pasmosas. Cristo es el Alfa y Omega de su arte, sea que pintára ó edificára, ó sea que popularizára la riqueza de sus inspiraciones grabándolas con su mano enérgica en planchas de cobre ó en tablas de madera.

Su maestro era el honrado *Wohlgemuth;* su esposa la mal opinada Agnés Frey que le mortificó miéntras dulcificaba su vida el ilustrado *Wilibaldo Pirkheimer.* Su nombre fué apreciado lo mismo en Roma que en Colonia, los artistas de Ambéres le obsequiaron con una gran fiesta, y hasta el emperador Maximiliano no se desdeñó de tenerle la escalera al pintar una pared.

Miéntras los otros se dedicaron á pintar los hechos y los dolores de los hombres, *Claudio de Lorena* se sumergia, cual apóstol de la belleza de la naturaleza, en los encantos de la creacion. ¡ Qué bella, qué serena, qué brillante es la puesta del sol pintada por él, que siempre vivia en la luz, en la dulce y apacible luz del dia! El contraste de la luz y de las sombras de la noche, lo pinta *Rembrandt van Rhyn*, alcanzando así los más sorprendentes efectos de luz. A Claudio de Lorena se parece en el amor á la naturaleza *Nicolas Poussin*, pero no se limitó á eso, sino que representaba, lo mismo la historia del cristianismo y de la humanidad, que los dioses olímpicos Apolo y Minerva. Las mismas elevadas aspiraciones se encuentran en su compatriota *Lesueur*, cuyas creaciones ostentan las cartujas parisienses. El más brillante genio de la escuela de los Países-Bajos, *Pedro Pablo Rubens*, tiene así el raudo vuelo como la sana fuerza sensual de Miguel Angel. Él

es el más fecundo artista de todos los tiempos: roba desde el cielo, cual otro Prometeo, el santo fuego, y desde las fiestas bacanales la alegría sensual. Hace más todavía: llega cual embajador de los Paises-Bajos á la córte de Inglaterra, y adorna en París el palacio de Luxemburgo con lienzos representando la historia de María de Médicis y de Enrique IV.

Todo eso pone ante nuestros absortos ojos el mágico pincel de *Cornelius*, y si hay uno que sea digno de figurar al lado del fundador de la *Walhalla*, es, ciertamente, el gran pintor que nos ocupa.

¡Gloria á Germania que se prepara ya á levantar un magnífico monumento á *Cornelius* en su país natal! Ya se ven en Düsseldorf los proyectos de los más distinguidos artistas de Alemania para la estatua del rey de nuestros pintores modernos, miéntras en la capital de España no vemos ninguna estatua en honor de Velazquez, ni un monumento consagrado á la memoria del más célebre navegante, y de una de las mayores glorias con que España se envanece, Cristóbal Colon (1).

---

(1) Es sabido que por el año 1861 inició D. Miguel Lobo una suscricion para levantar una estatua á Cristóbal Colon, y que el mismo señor logró que el Gobierno de la república oriental del Uruguay, á una simple invitacion suya, se prestase á facilitar el mármol de aquel hermoso país, que necesario fuese, para el pedestal de la estatua, consiguiéndose así que ésta repose sobre suelo americano. Pero el Ministe-

Pero, ¿qué país podria vanagloriarse de un panteon semejante á la *Walhalla*, en que se encuentran todas las glorias de mi patria, desde el inmortal *Arminio* hasta el héroe de nuestros tiempos, el renombrado feld-mariscal austriaco *Radetzki?*

Aquellos bustos, que en nombre de la patria colocó la gratitud de un generoso rey, tienen ademas un raudal fecundo de instruccion y placer, un inmenso valor para estudiar el carácter de los héroes. ¿Quién no sabe que uno de los talentos más ingeniosos y más profundos de estos tiempos, Mr. Ampère, en su bello libro titulado *La historia romana en Roma*, y despues de él Mr. Beulés en sus vivos y originales estudios sobre la antigüedad, han hecho de las estatuas y bustos romanos un apéndice á los Anales de Tácito, tratando de sacar los secretos de la vida de los Césares de los retratos de éstos, y que el mármol les ha revelado lo que el genio no les hubiera dado á conocer? Pues «al rostro humano, como dice bien Mr. Legouvé, lo consideramos como un último testigo; testigo que no lo dice todo, pero que expresa lo que otro no puede decir; testigo de cargo y descargo, que agrava, atenúa, completa, rectifica los otros testimonios; testigo, en fin, for-

---

rio de la Guerra español, ¿cuándo, por fin, facilitará el bronce necesario para aquella estatua?

mado por Dios mismo, y que, si se le consulta con circunspeccion, miente poco y engaña raramente; en general, no se tiene más que el rostro que se merece.»

¡Qué hermosa claridad arrojaria la historia si cada siglo apareciese ante nosotros con el viviente cortejo de los que le han impreso su sello!

Sentimos, por lo tanto, que la *Walhalla* no contenga los bustos de Arminio y de Carlo-Magno, ni los de los grandes poetas alemanes de la Edad Media, contentándose con la inscripcion de su nombre, de modo que se leen 66 nombres de héroes reemplazando sus bustos. Hay sólo 100 bustos, comenzando por el del rey Enrique I, fundador de várias ciudades alemanas.

Al escribir las *glorias de Alemania*, ¿con qué personaje debo empezar? ¿Con *Arminio* y los otros héroes de los tiempos antiguos, ó debo pagar una deuda de gratitud á los héroes modernos, hablando primero de aquellos cuyo busto no se encuentra todavía en la *Walhalla?* Miéntras vacilaba aún, me escribió mi estimadísimo amigo el redactor de la *Revista de España* D. Benito Perez Galdós: «Creo que nada cautivará á los lectores tanto como la biografía del gran *Bismarck*. Todo lo que tenga carácter de actualidad debe ser preferido.»

Sea, pues, el hombre de accion que hacia suyo el

ideal del pueblo germánico y le daba ser y forma, el buen canciller, el primero en la serie de las glorias alemanas, como lo es hoy realmente en llenar el mundo con su nombre.

Y para que no falte el órden necesario á mi obra, me dedicaré primero á describir la vida de *todos los que merecieron de la patria en el siglo presente.* El primero en aquella brillante galería ha de ser, sin contradiccion, el *Príncipe de Bismarck*, que cual hombre de accion es verdaderamente una personalidad poética, pues, como dice bien mi distinguido amigo *D. Juan Valera*, «la inspiracion del hombre de accion que acomete y realiza una empresa atrevida, se parece á la inspiracion poética, en cuanto el éxito y la gloria, así de los grandes poetas como de los héroes, se asegura que consisten en apoderarse de un pensamiento vago y como difuso en todo el pueblo, y en formularle y darle consistencia en una obra inmortal, en quien el pueblo reconoce luégo su propio pensamiento y su propia obra.»

Este tomo, pues, ha de ser dedicado al gran estadista, á los hombres de accion, á los grandes capitanes del siglo, rivales de César y de Napoleon, y á los eminentes poetas de la guerra de la independencia alemana, que iniciaron y sostuvieron el salvador movimiento en Alemania, cuya noble y legítima aspiracion fué una patria unida y cuyos cantos inmor-

tales fueron la *Marsellesa*, el *himno de Riego* de los alemanes.

VIII.

El Príncipe de Bismarck.

En su discurso acerca de la abolicion de la esclavitud decia el elocuente Castelar: «¡Qué atraso tan grande para el mundo si hubiéramos de renunciar á la esperanza de que Alsacia volviese á ser de la nacion francesa! Los alsacianos nacian alemanes y franceses á un tiempo; alemanes por su raza, franceses por su nacionalidad; sabian las dos lenguas como no se puede aprender las lenguas sino cuando se aprenden desde la cuna; traducian las obras del espíritu latino al aleman y las comunicaban al Norte, y traducian las obras del genio aleman al frances y las comunicaban al Occidente. ¡Qué pérdida tan grande en la química de las ideas si hubiera de ser la Alsacia perpétuamente germánica!»

Aunque me inclino ante «el primer orador del mundo», no puedo ménos de protestar como aleman contra aserto tan falso. Las letras y la historia ignoran del todo que los alsacianos lleváran á Alemania el genio de Francia; y si prescindimos de algunos periodistas alsacianos en la prensa francesa, los alsacianos tampoco hicieron que el alma de la

nacion francesa se desposára con el alma de Alemamania. Deje, pues, el orador vigoroso de la tribuna española la Alsacia á los alemanes, sin temer por la química de las ideas. Pero sigamos nosotros haciendo lo que, segun Castelar, hicieron los alsacianos entre la raza latina y la germánica; sigamos llevando á España el genio teutónico, el genio prusiano, el genio de Alemania.

Hablemos de un maestro en estrategia política, de un genio gigante, de un coloso de la diplomacia, del hombre más extraordinario, más hábil y más afortunado que ha dirigido la nave del Estado prusiano. Hablemos de un paladin de la consecuencia, que empezó por llenar cumplidamente las más espinosas funciones, disputando el terreno palmo á palmo á la misma nacion alemana y á sus representantes, hasta que los patriotas abrieron los ojos, y que coronado de victoria, la siguió paso á paso, etapa por etapa.

Si Alemania es ahora la nacion de moda, si Germania es ahora un gran imperio y el pasmo del mundo, si el emperador Guillermo es el moderno Carlo-Magno, y si en Berlin está hoy el centro de donde parten, como radios de una misma esfera, los principales movimientos de la vida política, ¿á quién se lo debe? Todos contestarán por unanimidad: *al príncipe de Bismarck* que fué el verdadero

sostenedor del movimiento nacional, al canciller del imperio aleman, aquel hombre providencial, en cuya gran personalidad estaba la ventura de Alemania, y que fué parte principal en el desarrollo de la historia germánica.

¡Y pocos años han trascurrido desde que los diputados, no comprendiendo aún la política bismarckiana, decian que llevó como mote de su empresa el lema de: *no conozco más derecho que la fuerza*, ó aquellas palabras de un personaje de Eurípedes, palabras que César tenía siempre en los labios; *bueno es ser justo, más para reinar es permitido la violencia de la justicia!* Desconocido de todos, á excepcion de su rey, *Bismarck* aguardó su estrella para realizar la idea de la unidad alemana, para hundir aquella antigua Confederacion germánica, hija de una funesta época en que los pueblos manejados por los reyes de derecho divino eran sólo nociones geográficas. ¡Qué bien tenía razon oponiendo á los idilios y á las utopias de los radicales la tan célebre frase: «Las grandes cuestiones del tiempo que tanto y tanto preocupan y han de seguir preocupando el país, no se deciden por discursos ó votaciones de mayorías, como se opinaba en 1848 y 1849, sino por *hierro y sangre.*»

Honra es de España haber tenido hombres de la talla política de Cisneros, el regente de Castilla,

que llevando á los magnates á un balcon desde donde se divisaba el ejército que tenía formado en el campo, les dijo: «Ved allí los poderes con que gobierno Castilla.» España se gloría del grande hombre político aragones, el conde de Aranda, que despues de estudiada la táctica militar del gran Federico, no sólo introdujo los adelantos en el arte de la guerra en el ejército español, sino que hizo por sus reformas que España entrára en el genio del espíritu moderno; España tuvo ministros de la valía del asturiano D. Pedro Rodriguez Campomanes, que, como todos los hombres grandes, tenía que luchar contra la ignorancia y las preocupaciones de su época, enemiga de toda innovacion; España tuvo tambien un Floridablanca que contribuyó á las mejoras de su patria, y un Jovellános que reconoció que «la instruccion es la medida comun de la prosperidad de las naciones, y que así son ellas poderosas ó débiles, felices ó desgraciadas, segun son ilustradas ó ignrantes»; España, al fin, tiene la gloria de llamar suyo al hijo de la noble tierra de Astúrias, el divino D. Agustin Argüelles, el patriarca de la libertad, y al ardiente Mendizábal, acaso el único revolucionario que ha tenido España. Italia se precia del conde de Cavour, que realizó los ensueños de los poetas, la aspiracion eterna de Petrarca en sus canciones, del Dante en su monarquía y en su

poema eterno, y de Machiavelli en todas sus obras políticas.

A todos ellos juntos no es inferior el hijo de la Marcha, el noble patricio de Alemania, *el príncipe de Bismarck*, cuyo nombre es una de las glorias más positivas de mi país. Me felicito de esta ocasion que ha venido á hablar detenidamente del genio emprendedor, del genio florentino, del antiguo genio prusiano y á la par verdaderamente aleman, de *Bismarck*, que, grande por sí solo, se levantó á la cumbre más alta, merced al favor de los cielos.

Causa jubet melior superos sperare secundos.

Todo es admirable en el primer hombre político del mundo: el amor patrio, el valor, el entusiasmo, el varonil teson, la energía del carácter, la audacia, un incomparable instinto político, la maravillosa prudencia, la franqueza, la palabra, cuyos reflejos lo iluminan todo, y la vastísima inteligencia, en la cual penetran todas las ideas modernas. Digamos en cuatro palabras lo que hizo *Bismarck* llevado del más acendrado amor patrio. En la gravedad de las circunstancias en que entró la Prusia, cuando en 1862 la lucha ardia entre la corona y la Cámara de diputados, á causa de la organizacion militar, y cuando la opinion pública, el dios que adoran los revolucionarios, amenazó ya á hundir el trono del

rey Guillermo, la última áncora de salvacion para el rey fué *Bismarck*, llamado desde Biarritz para ser ministro de Estado el 23 de Setiembre de 1862. Desde el 8 de Octubre de dicho año hasta hoy, *Bismarck* fué presidente del Consejo de ministros. ¡Cuántos acontecimientos encierra este decenio, el más importante de la historia prusiana, el más glorioso de la historia germánica! Desde su advenimiento al poder ha empleado la audacia y ha caminado decididamente hácia la unidad de Alemania. El conflicto en la cuestion de la reorganizacion militar fué para *Bismarck* sólo un incidente que queria vencer pronto para abrirse el camino á sus altas aspiraciones políticas, y cuando la cuestion militar se hizo un nudo inextricable, no vaciló en cortarlo. Mostró la misma audacia paralizando la Asamblea de los príncipes alemanes en Francfort y amenazando á Austria con una alianza con potencias extranjeras y enemigas. ¿Quién ignora que decia al embajador austriaco en Berlin, al conde deKarolyi, que Austria habia de renunciar á su influjo en Alemania?

¡Lenguaje altivo y franco en que nadie entónces miraba el lenguaje de la diplomacia! Entre tanto enfrenó la opinion pública y la prensa á semejanza del «gran cardenal», y entabló la persecucion contra los oradores de los partidos opuestos. Con sum

prudencia ocultó sus aspiraciones en la cuestion de Sshleswig-Holstein, envolvió en sus redes al partido nacional, al Austria, á la Europa entera, y conquistó los ducados del Elba para Prusia. A él no le importaban las votaciones de la Cámara prusiana, pues como representante de la política de gabinete, decia á los diputados con desprecio ultrajante: «No entendeis nada de eso.» Despues cautivó el Austria en Gastein para derribarla en 1866 y ganó para Prusia Hesse, Nassau, Hannover y Francfrort. Al fin envolvió en sus redes tambien al conde de Benedetti y á Napoleon, humilló á la Francia y dió la direccion de las cosas alemanas á las manos de Prusia, fundando la federacion imperial. En 1867 dió al mundo un espectáculo nunca esperado, pidiendo, cual vencedor, indemnizacion al Reichstag de la Confederacion del Norte, y despues luchó contra aristócratas, neos y jesuitas, y se hizo la esperanza del liberalismo.

Habia una cosa en *Bismarck* mucho más poderosa que el amor á la gloria, y es el amor á la patria; había una cosa en él mucho más poderosa que el estímulo del aplauso, y es el estímulo del deber. *Bismarck* sabía por las luces de su inteligencia y por la historia, que un Parlamento podria ser el coronamiento de la unidad alemana, pero que la base habia de ser una fuerte monarquía, la firme voluntad del rey.

La varonil palabra de *Bismarck* hirió, no sólo abajo, sino tambien arriba. Si hay mudanzas en las opiniones de *Bismarck* (y sin duda las hay en las suyas como en las del que es hoy emperador de Alemania), el mismo *Bismarck* las explica con las tan modestas palabras: «He aprendido algo.» Sus mudanzas son las del árbol que está creciendo. *Bismarck*, que fué un hidalgo prusiano, un hidalgo de la Marcha, el adalid más esforzado de la aristocracia prusiana, ha aprendido á ser un verdadero aleman. Viendo un álbum en que se leian las palabras de Guizot: «En mi larga vida he aprendido dos cosas, perdonar mucho y no olvidar nunca», escribió *Bismarck* aquella frase tan característica: *Y yo he aprendido dos cosas: olvidar mucho y hacerme perdonar mucho.*

Sí, *Bismarck* ha olvidado que los alemanes no le comprendieron, y los alemanes han olvidado los alardes de desprecio que hizo, para acordarse sólo que *Bismarck* es el creador de la unidad germánica, y que la Constitucion del nuevo Estado á que rige, lleva trazas de fundirse en el molde democrático.

El *Bismarck* de ántes de 1866 era sarcástico, ofensivo, áspero, provocador; el de hoy es más severo y conciliatorio. Ántes de 1866 el pueblo le odiaba. Despues de 1866 el pueblo le admira; despues de 1870 el pueblo le ama, le adora. Muchas de las frases de que se valió se han convertido en adagios;

así, por ejemplo, se popularizó la denominacion de *existencias catilinarias* que empleó con los diputados prusianos, diciendo, en la sesion del 30 de Setiembre de 1862: «Hay algunos entre nosotros que tienen talento para criticar las medidas del Gobierno; en fin, hay muchísimos que tienen aptitud para *existencias catilinarias.*»

Bismarck lo puede todo, dice el pueblo; *Bismarch* ha hecho la revolucion española, dicen los unos; *Bismarck* puede hacer hasta el tiempo, dicen los otros. Y hasta los neos, que lo pintan negro como el diablo, contribuyen á su gloria.

Despues de la guerra de 1866, en que hizo maravillas el fusil de aguja inventado por el Sr. Dreyse, natural de Soemmerda, aquella arma democrática que se descarga por sí misma apénas la toca el prusiano, formóse entre los sencillos aldeanos bávaros hasta un mito *bismarckiano*, segun el cual el mismo Luzbel inventó aquella arma terrible y se la vendió á *Bismarck.*

Y en el dia emplean los neos alemanes con éste el arma tambien dañina de la caricatura. Describiré una que recuerdo: Un artista dibuja en una pared una iglesia, atada con gruesas maromas que la rodean, y al Sr. de *Bismarck* agarrado á ellas y haciendo todos los esfuerzos imaginables para derribar, ó más bien para arrancar de cuajo el sólido edi-

ficio. El diablo le está mirando atentamente y le dice:

—Pero, ¿qué estais haciendo?

—Estoy probando á derribar la Iglesia.

—¿Y cuánto tiempo creeis que habeis de emplear para conseguirlo?

—Tres ó cuatro años.

—¡Hola! Mil ochocientos hace que estoy yo ocupado en la misma faena y no lo he podido lograr, pero si lo conseguis vos en tres ó cuatro, haré dimision en vuestro favor, y punto concluido.

¿Saben mis buenos amigos, los españoles, que nuestro grande hombre público halló en España, en su hermoso clima y en los baños de San Sebastian, la fuerza para la tarea gigantesca de que se encargó en 1866? En San Sebastian escribió *Bismarck* á su esposa el 4 de Agosto de 1862: «Soy todo sal »y sol. Tengo un profundo pesar, porque sin tí veo »cosas tan magníficas. Si pudiese conducirte por los »aires, quisiera venir otra vez contigo á San Sebas»tian. Figúrate los siete montes y el peñon del dra»gon sobre el Rhin, puestos á la misma orilla del »mar; á su lado el Ehrenbreitstein, y entre ambos »el mar, formando detras de los montes una bahía »redonda. En aquella bahía se bañan las gentes en »agua transparente y clara y tan salada que se nada »por sí solo. Las mujeres de las clases bajas y me-

»dias son extremadamente bonitas, y algunas muy »bellas. Ayer viajé en la diligencia empaquetado »entre lindas españolas, con las cuales no podia ha»blar palabra alguna. Sin embargo, comprendieron »tanto el italiano, que pude expresarlas mi agrado »por su belleza.»

Haré en este artículo y en los siguientes que el gran *Bismarck* hable español á las lindas españolas y á los severos españoles en aquel país, en que publican la inmarcesible gloria bismarckiana hasta las *cajas de fósforos*.

¿Dónde no se anida la gloria de nuestro héroe sin segundo? Es sabido que los negros de América no sólo son los inventores de la «aristocracia haitiana», sino tambien aficionados á llevar nombres célebres. Así se llama el uno César, el otro Escipion, el tercero Aníbal, el cuarto Washington, el quinto Lincoln. Hace algunos años un negro beodo corria por las calles gritando como un loco; le prendieron, y al dia siguiente, libre ya de los vapores del vino, le condujeron ante el alcalde: «¿Cómo se llama usted? le preguntó éste.—Conde Bismarck», contestó el negro con gran dignidad. Una carcajada homérica soltaron todos los concurrentes. Pero el alcalde dice: «Vaya V. con Dios; á un nombre tan grande algo se debe perdonar, pero desde hoy haga usted más honra á su gran tocayo en Berlin.»

Miéntras eso sucedió en América, en Berlin ocurrió lo siguiente:

En 1868 el alcalde y una diputacion de consejos de Bütow (poblacion pequeña en Hinterpommern ó Pomerelia) entregaron al canciller de Alemania el diploma que le declaraba hijo adoptivo de la ciudad de Bütow. El nuevo hijo de Bütow obsequió á la diputacion con un almuerzo, pero los convidados tuvieron que despedirse temprano, pues sus esposas los esperaban ántes de media noche. Y la condesa de *Bismarck* dijo sonriendo á su digno esposo: «Pues que desde hoy eres tambien hijo de Bütow, »quiero que imites tambien ese buen ejemplo de tus »paisanos.»

En los hombres grandes todo es interesante. Hablemos, pues, del pueblecito que le vió nacer, de sus antepasados y del niño *Bismarck*, cuya voz infantil escuchó el pueblecito de Schoenhausen; cuya voz varonil escuchó el mundo.

IX.

Los antepasados del príncipe de Bismarck.—Su patria, sus padres y su infancia.

El marqués de Molins, literato distinguidísimo y hombre de Estado respetable, dice de la nobleza española, la cual, en último resultado, está completa é indisolublemente unida al pueblo entero: «El

»amor á la independencia de la patria, á la santidad »de la fe, á la inviolabilidad del territorio, produ- »ciendo en España esa larga campaña de más de »ocho siglos, ha hecho nobles á los que descendian »de los caudillos, y simples ciudadanos á los hijos »de soldados igualmente beneméritos, iguales en la »raza, en la constancia y en el fin.»

Honra, pues, á la nobleza española; pero honra tambien á los hidalgos y ricos hombres de la Marcha, en cuyo seno se encontraba un sastre. Hans Sanchs de Nuremberg era zapatero y poeta, y el abuelo de la estirpe de los *Bismarckes*, Rulo (Rodolfo) de *Bismarck*, que vivia en Stendal á fines del siglo XIII, era sastre é hidalgo, y gozó de tal fama, que fué miembro del consejo de Stendal. Nadie debe desdeñar á los sastres: en la historia del arte italiano inscribió su nombre con letras de oro el «sastre de Bolonia», y en Alemania hay un ilustre general, de nombre Doerfinger, que ántes de distinguirse en la carrera de las armas fué sastre; y hasta el glorioso vencedor de Waterloo no se desdeñó de ser miembro honorario de la corporacion de sastres en Lóndres.

La familia noble y solariega de los *Bismarckes* debe su nombre á una poblacion situada en la Marcha Vieja, cerca de Stendal. Aquel pueblecito de Bismarck, arrullado por el sonoro Biese, fué pro-

piedad de los obispos de Havelberg, y por eso se llamó en 1203 Biscopesmarck ó Bismarck, es decir, frontera del obispo.

Los *Bismarckes* eran los descendientes de los caballeros alemanes, que con su sangre y sus hazañas ganaron al cristianismo la tierra eslava á los dos lados del Elba, y así se precian de una nobleza antigua, la cual, como el vino, tanto más se estima cuanto es más añeja. El primer *Bismarck* que conocemos, el antedicho Rulo, aquel hidalgo y sastre, fué excomulgado por ser uno de los fundadores de escuelas populares en Stendal, que los clérigos pretendian cual privilegio exclusivamente suyo. Pero el consejo de Stendal honró la memoria de Rulo de Bismarck en su hijo *Claus*, nombrándole miembro del consejo.

Claus de Bismarck era aristócrata y eminente hombre político, y en sus rasgos reconocemos ya la gran personalidad del canciller del imperio aleman. Pero los demócratas vencieron á la aristocrática corporacion de sastres, y el buen Claus salió desterrado. Hoy dia los hijos de Stendal han corregido aquel porte de sus padres con un Bismarck, nombrando al descendiente del proscripto, el príncipe de *Bismarck*, hijo adoptivo de Stendal.

El esforzado Claus recibió el 15 de Junio de 1345 en recompensa de sus buenos servicios, de las ma-

nos del margrave de Brandemburgo, Luis, como feudo, el castíllo de Burgstall, que prestaba á la Marcha Vieja amparo y defensa, y ocupó así un puesto privilegiado en la nobleza de la Marcha. Despues entró al servicio de su pariente Dietrich, obispo de Magdeburgo, que fué canciller de Bohemia bajo el reinado del emperador Cárlos IV. Tambien aquel Dietrich pertenece probablemente á la familia de los Bismarckes. Sus envidiosos y enemigos le acusaron de fraude, mostrando al emperador un cofre de hierro en la cámara secreta del canciller. Pero el cofre de Dietrich no contenia mayores tesoros que los dos famosos cofres del Cid llenos de arena, pues abriéndolo hallaron, en vez de las esperadas joyas, sólo una casulla blanca del fray Dietrich, que por eso tomó el sobrenombre de Kogelwiet (casulla blanca). Como vasallo del margrave lidió Claus de Bismark con la mayor constancia y con el mayor patriotismo por la independencia de Brandemburgo; pero en la lid contra el emperador Cárlos IV tuvo que sucumbir como bueno, y la Marcha cayó en 1373 en manos de Bohemia.

Un hijo de nuestro Claus, llamado tambien Claus, fué agraciado con el título de caballero. Los hijos de este caballero, Claus III y Henning, fueron los primeros que siguieron la bandera del burgrave

Federico de Nuremberg, como libertador de la Marcha.

Sabemos que los electores de Brandemburgo, Juan Cicero y Joaquin Nestor, fueron algunas veces huéspedes de los honrados Bismarckes en el castillo de Burgstall, y tanto gustó aquella mansion con su derecho de caza al margrave y gran cazador Hans Jorge, que se empeñó en adquirirlo. Por último, los leales Bismarckes, aunque no ménos Nimrodes que el margrave, tuvieron que renunciar con gran dolor suyo al castillo de Burgstall, en la convencion de Letzlingen, el 15 de Diciembre de 1562. Á cambio del magnífico castillo de sus abuelos recibieron las poblaciones Crevese y Schoenhausen; pero ambas no compensaron la gran pérdida. Bañados los ojos en lágrimas, los señores de *Bismarck* salieron de su querido castillo la Pascua de 1563.

Entre los *Bismarckes de Schoenhausen* hay muchos coroneles y generales, y merecen particular mencion el Sr. Ludolfo Augusto de Bismarck, que nació en 1683; se distinguió como diplomático en Lóndres y concluyó su vida llena de aventuras, siendo general ruso en Pultawa en 1750. General de Wurtemberg y distinguidísimo escritor militar fué el conde Federico Guillermo de Bismarck, que falleció en 1860. Esforzado guerrero era tambien Au-

gusto Federico de Bismarck que murió la muerte de los héroes en la batalla de Chotusitz en 1742. A este bizarro soldado, que tenía en sus venas esa noble sangre bismarckiana, se asemeja nuestro príncipe y canciller.

Un hijo de Augusto Federico fué el ilustrado Cárlos Alejandro, que revela sus brillantes dotes poéticas en un sentido artículo necrológico, escrito en frances, en memoria de su dulce esposa, á quien pone en las nubes. Tambien de nuestro *Bismarck* puede decirse que si no hubiese querido hacerse famoso cual *Bismarck* de la política, hubiera podido hacerse el *Bismarck* de la poesía, el primero de nuestros poetas cómicos.

El cuarto hijo del poeta y tierno Cárlos Alejandro, el pundonoroso militar y cumplido caballero Cárlos Guillermo Fernando de *Bismarck Schoenhausen*, fué el padre de nuestro héroe.

Figura en el escudo de armas de los *Bismarckes* una hoja dorada de trébol en un campo azul, ornada en los tres ángulos de hojas de plata de encina. Hay quien explica el nombre de *Bismarck* por la palabra : *Bij Smarku*, que significa : *guárdate de la ortiga.* En efecto, del blason de los *Bismarckes* brotó aquel lema : « Deja estar en el suelo el llanten ; guárdate, chico, pues hay en él ortigas.» Olvidóse de aquellas famosas *ortigas bismarckianas*,

por su daño, un príncipe de los wendos, segun cuenta la tradicion. Un príncipe vino del Norte con cien caballos pidiendo la mano de la bella Gertrúdis de Bismarck, y repudiado por la señorita, alzó su baston de oro clamando furioso y con desprecio: «Romperé la hoja de trébol con mi propia mano. ¡Ah, si fuese una ortiga podria sentir un poco de mal; pero una hoja de trébol no me hará daño ninguno!»

El mismo dia el príncipe de los wendos tomó por asalto el castillo, y entrando en la cámara de Gertrúdis, dijo: «¡Vengo á romperte, oh trébol de mi alma, oh trébol de oro!» Despues abrazó á la señorita en señal de ardiente amor; pero ésta asió la misma daga del príncipe, y le atravesó el corazon, diciendo: «Hé aquí las ortigas. ¿Quién quiere todavía romper el *trébol bismarckiano?*» Y tambien hoy dia puede decirse con la Gertrúdis de la tradicion: «¿Quién se atreve á romper el *trébol dorado de los Bismarckes*, que siempre guardaban su joya con la fuerza del hierro?»

El príncipe de Bismarck estampó en nuestros dias en su insigne escudo la bellísima divisa: *In trinitate robur.*

Plus ultra era la gloriosa divisa de Cárlos V, cuya invencion se atribuye á Luis Marliano, médico del emperador. Aquel lema de las columnas de Hércules impregnado de la más ardiente ambicion,

se asemeja á otra divisa de los Bismarckes : «*¡ No basta todavía!*» decian ellos, segun cuentan los refranes populares.

¡No basta todavía! es la rueda que arrastra á nuestro gran Bismarck en su gloriosa carrera. Se sienta en el Congreso de los Diputados, lidiando con fruto por su rey como el más leal vasallo, y exclama : «¡ No basta todavía!» Con sus ojos de águila, con su corazon franco, con su exquisita prudencia vence los más graves peligros, y repite : «¡ No basta todavía!» Mortifican á la Prusia con ódio y envidia, pero él manda á los ejércitos prusianos volar hácia Schleswig-Holstein, y viéndolos proseguir su carrera victoriosa, irresistibles como las legiones de César, dice : «¡ No basta todavía !» Arroja de Alemania á Austria; que envidiaba á Prusia su puesto en la Confederacion germánica, y continúa repitiendo : «¡ No basta todavía !» Alemania entera prorumpe en el grito de : «¡ Muera el agresor! ¡ Muera Napoleon!» Para vencer basta el recuerdo de que somos descendientes de Arminio y el orgullo de que es nuestra sangre la sangre de los bravos de 1813, de 1814 y de 1815. Húndese, pues, el frágil trono del Corso, y todavía repite nuestro Bismarck : «¡ No basta todavía»!

Tenemos una patria unida, una patria grande, una patria libre. ¿ Cuándo dirá, por fin, ¡ ya basta!

siendo así que hemos creido años enteros que sus grandes afanes tenian sólo por norte el bello ideal de la unidad de nuestra querida patria?

Ya es hora de hablar de la patria de nuestro príncipe, el pueblo de *Schoenhausen*, vecino de la pequeña ciudad de Jerichow. La poblacion feudataria de Schoenhausen es muy antigua; el emperador Othon I la regaló en 946 á los obispos de Havelberg. Aunque el pueblo sufrió muchos saqueos en la guerra de los treinta años, ha conservado todavía su fisonomía de ciudad, y presenta animacion. Conservando sus costumbres, las mujeres llevan todavía sayas rojas, ricas en pliegues y estrechos ajustadores. Hasta el niño os contará balbuceando la historia del ínclito príncipe de *Bismarck-Schoenhausen.*

La iglesia de Schoenhausen, puesta bajo la advocacion de la Vírgen Santísima y del mártir Villebrod, ostentando el bello tipo de una basílica de tres naves, es una de las más magníficas que puedan encontrarse en poblaciones pequeñas. Junto á la parroquia culminante, corona el cerro la casa señorial de los *Bismarckes*, erigida á fines del siglo XVII. Si respeto causa la gloria, causa asombro la casa por la solidez magnífica de su conjunto. Bajo el aspecto artístico y á traves del prisma del anticuario, no cobra la casa gran interes, pero ¡qué recuerdos

de grandeza despierta aquel edificio tan sencillo, á cuya vista se enlaza en nuestra imaginacion la idea de otro más grande, del imperio aleman! Ningun genio descolló tanto entre los hombres de su siglo como el que vió la luz del mundo en aquella habitacion, que retrata la índole y el carácter de los *Bismarckes*. Nos rodea la sombra de árboles frondosos, sobre todo de verdes tilos, que son verdaderos patriarcas. La casa tiene dos pisos y un tejado alto. A la derecha de la puerta hay una ala aneja, á la izquierda se extiende el parque. La puerta, desnuda de adornos y sin escalera, ostenta las armas bismarckianas, el trébol y las de los Katten, un gato jugando con un raton. Léese á la derecha la inscripcion: Augusto de Bismarck, y á la izquierda: Dorotea Sophia Katten, en 1700. ¡Ay! aquellas armas de los Katten nos inspiran siempre una gran emocion, recordándonos á aquel malogrado jóven, el amigo del gran Federico, que el rey de Prusia, Federico Guillermo primero, mandó decapitar en Küstrin. Entrando en la casa miramos una cocina espaciosa, gigantesca, en señal de que esta mansion así ofreció asilo al pobre y al peregrino, como solaz y hospitalidad magnífica al caballero. Reconcentrando toda nuestra atencion sobre las salas, encuentra pábulo en el retrato de la madre de nuestro *Bismarck*, la señora Luisa Guillermina Menken de

Bismarck, cuya frente tan clara y cuya mirada tan altiva revelan su ingenio y su orgullo austero, pero cuya boca es tan risueña y dulce.

Miramos, por fin, la alcoba tan tranquila y tan humilde en que nació el gran *Bismarck*; miramos la biblioteca que fué para nuestro héroe la fuente de su saber histórico, miramos los libros á los cuales, segun la opinion de los cándidos naturales de Schoenhausen, debe su poder envidiable, su altura inmensa. Aquellos tomos gigantescos que estudiaba con predileccion el gran hombre de Estado, son el *Teatro europeo* Aquí hay las obras de Voltaire, el sabio de Ferney, y las de Lutero, el sabio de Wittenbergo; y segun dicen los naturales, hay más todavía: hay duendes en la casa de los *Bismarckes*. Tambien esta habitacion fué hollada por planta conquistadora; los franceses de 1806 dejaron sus huellas en la biblioteca; áun se ven tres roturas en la puerta. Pero ¿qué son éstas en comparacion con el gran golpe que *Bismarck* dió á la Francia en 1870?

Entre tanto el bosque y el jardin brindan descanso al cuerpo y meditacion al alma. En medio de aquella frondosidad hay una tumba solitaria, y otra en la extremidad del bosque de un miembro de la familia de los Bismarckes. Inundan el alma de una poesía singular aquellas tumbas en tan agreste si-

tio. El jardin en que tan vigorosa brota la vegetacion yace abandonado, pero piadosas manos han ornado los sepulcros de siemprevivas.

Hablemos al fin de los padres de *Bismarck*. Su padre fué el capitan Cárlos Guillermo Fernando de Bismarck, que nació en 1771, y se casó en 1806 con Luisa Guillermina Minken, hija de Anastasio Luis Menken, el ilustre consejero áulico de tres reyes y uno de los jefes del liberalismo en Prusia.

La familia materna, pues, del príncipe de *Bismarck* era liberal, profundamente liberal. El padre era un centauro, un soldado, un Nemrod; la madre era ilustrada y ambiciosa. Él era aficionado á la caza, ella al trato de hombres sabios y eruditos. Él era el corazon, ella el genio de la casa. Merece que fijemos la atencion en lo que escribió nuestro *Bismarck* á su hermana en 1844 repecto á su padre (que murió en 1845). Hé aquí un trozo de aquella carta, que despierta en el alma misteriosa simpatía por el amor del hijo á su buen padre: « Hago á veces con el padre la comedia que él llama « caza á la zorra. » Vamos con la lluvia ó con un frio atroz con Jhle, Bellin y Cárlos, cercamos con toda la circunspeccion de buenos cazadores un bosque de pinos silvestres, del cual tenemos todos, quizá tambien el padre, la más firme conviccion de que en él no hay ningun bicho vivo, á excepcion de una mujer

que coge leña. Despues Jhle, Cárlos y dos perros, produciendo los más discordes sonidos, entran en el bosque, miéntras el padre queda inmóvil con su fusil, como si en efecto esperase una zorra, hasta que Jhle, muy cerca del padre, exclama: ¡Hola! ¡hola! ¡hola! Entónces, con el mayor candor, me pregunta el padre si yo he visto algo, y yo, con el más natural asombro posible respondo: Ni siquiera lo más mínimo.

»Despues, maldiciendo al mal tiempo, vamos á otro bosque, para repetir allí la misma comedia. Ademas consultamos cada hora los termómetros, y desde que el tiempo se hizo claro hemos arreglado los relojes con el sol, de suerte que sólo el reloj de la biblioteca retarda de un golpe. ¡Cárlos V era un majadero! (1)

»El viento es Este-Sur-Este; el barómetro marca 28,8 grados. Te doy estas noticias para darte un ejemplo cómo tienes que escribir al padre. Le comunicarás, hermana mia, las pequeñas escenas de tu vida doméstica; muchísimo le gustará saber lo que habeis comido, cómo van los caballos, qué hacen los lacayos; en fin, hechos.»

Así ya conocemos al padre de *Bismarck*, pintado

---

(1) Alude á la manía de Cárlos V en su retiro de Yuste de llevar todos sus relojes al minuto.

por el hijo. En la historia de las madres de hombres grandes ha de ocupar uno de los primeros puestos la madre de nuestro héroe. Ella reconoció con sus ojos de madre, con sus ojos de Argos, en su menor hijo, en nuestro Bismarck, el gran talento para la diplomacia, para la política; pero ántes de que nuestro nuevo Talleyrand se dedicase á aquel arte difícil, que es la aplicacion de la filosofía á un momento determinado de la historia, murió en 1839 aquella madre que era tan buena profetisa.

Othon Eduardo Leopoldo de Bismarck-Schoenhausen—así se llama nuestro héroe—nació el 1.° de Abril de 1815, y verdaderamente que aquel mes del verdor que rompe las cadenas del invierno hizo buen horóscopo á su primer hijo, el jóven Bismarck. Para nuestro Othon fué el campo de sus juegos de niño una posesion de sus padres en Pomerania, el Kniephof, situado en medio de huertos, cerca de la ciudad de Naugard, brindándole al descanso la sombra de sus frutales. Muchísimo debe Othon á su madre, y como dice bien Castelar: «La obra más delicada, más difícil, la obra de la educacion moral es y debe ser eternamente de las madres. Su altísimo ministerio en la humanidad les revela milagrosamente todas las ciencias que han menester, desde la higiene que preserva de enfermedades el cuerpo de sus hijos, hasta la filosofía y la moral que pre-

serva del pecado su alma. Pero la mujer, delicada, débil, nerviosa; la mujer, cuya salud al menor cambio atmosférico se conmueve, cuyo corazon al presentimiento de lejana desgracia se estremece, no vive miéntras cria y educa á sus hijos; no vive, á la manera de la pobre avecilla que, nacida para volar, para juguetear de flor en flor, se inmoviliza, se petrifica sobre su nido, y le quiere dar todo su calor, toda su existencia.....

»El hombre que por su mal no ha tenido la educacion de una madre es duro, frio, impasible, porque la madre pone las cuerdas de la melodía en el sentimiento, la compasion, la ternura, la delicadeza en el pecho, todo lo divino. Pero el hombre que ha sido educado sólo por la madre, tiene corazon tan agitado, sensibilidad tan viva, fantasía tan exaltada, compasion por sus semejantes tan grande, que llega á ser tormento de sí mismo, como si le faltára algo que es complemento de la vida.»

Hé aquí un ejemplo de los buenos frutos que dió la educacion moral de la madre en nuestro *Bismarck*. Un dia, cuando el niño se acercó á su madre para darle las buenas noches, ésta le preguntó: «Chico, ¿has comido ya tu sopa?» y el niño salió sin decir nada, pero un momento despues volvió contestando contentísimo: «Sí.» Pero ¿por qué no habia contestado ántes? Era que se le habia olvidado que

hubiese comido la sopa y fué á preguntárselo á la criada, pues en ningun caso queria faltar á la verdad.

Otra anécdota demuestra cómo el padre, que era la misma bondad, crió á su hijo de otra manera que la madre tan sábia y prudente. Un dia habia muchos convidados en casa del Sr. Bismarck. Todos habian ya ocupado sus asientos y tambien el chico, aunque volviendo la espalda á la mesa. Como la sopa tardase más de lo regular, y mucho más de lo que permitia la paciencia del muchacho, comenzó éste á dar grandes patadas en el suelo, y el padre, en vez de reprender aquel campaneo infernal y descortés, delante de gentes extrañas á la familia, se contentó con decir á su mujer: «¡Mira, Guillermina, qué mono! ¡como patalea con sus piececitos!» Claro es que, alentado el chico con aquella indebida tolerancia, continuó atronando los oidos de los pobres convidados.

Era una lástima para nuestro *Bismarck*, segun el mismo dice, que siendo todavía niño ya habia de despedirse de la casa paterna. Parece que su madre temia que el padre criase mal á su favorito. Le mandó en 1821 á Berlin, donde recibió, junto con su hermano mayor Bernardo, la primera enseñanza en el establecimiento científico del Sr. Plasmann. Pero las costumbres democráticas de aquel instituto, los ejercicios gimnásticos á semejanza del P. Jahn, y

la francesofobia de los maestros no agradaban del todo al jóven hidalgo. ¡ Cosa extraña ! Miéntras la señora de Bismarck tuvo que sufrir por la nobleza de la Marcha y de la Pomerania por no ser noble, nuestro Bismarck fué provocado á veces por sus maestros berlineses por su título de nobleza, y quizá así iba aumentándose en él el orgullo aristocrático heredado de su padre.

En 1827 entró en el liceo berlines de Federico Guillermo, y un dia tuvo la desgracia de que su ayo, buen preceptor, pero hombre disoluto, arrebatándole la caja de sus fondos, le dejase solo con su hermano y una criada. Con el mayor celo cultivó en 1829 el frances y el inglés, y es sabido qué sacó gran provecho de sus conocimientos en frances en 1870 y 1871.

Desde 1830 visitó el liceo berlines llamado el *claustro viejo*, y habitó un cuarto estudiantil en casa del director Bonnel, de quien y de cuya familia se hizo amar por su gentileza y buen carácter. Ya cual escolar se distinguió por su saber histórico, por el cual despues salia airoso tantas veces en los debates parlamentarios. En el exámen de 1832 alcanzó el testimonio de la lengua latina: *Oratio est lucida ac latina, sed non satis castigata.*

Un oásis en la vida escolar del jóven *Bismarck* eran las vacaciones que pasaba en el Kniephof, donde sus distracciones favoritas eran la caza, y sus

amigos los caballos y los perros. En 1831, cuando el cólera asiático se acercó á Berlin, el jóven *Bismarck* fué amonestado por su padre de volar á casa tan luégo como el cólera hubiese aparecido en la córte. ¿Qué hizo el buen escolar? Tuvo una idea verdaderamente quijotesca, montó un caballo para esperar fuera de la ciudad aquel terrible huésped ansiado por él, pues habia de complacerle en su deseo de volver al campo y al hogar de sus padres. Pero el pobre *Bismarck* cayó del caballo, y tuvo que permanecer por su desgracia en Berlin miéntras el cólera hacia allí sus estragos. No obstante el jóven no perdió su buen humor, y en su patria, igualmente que su hermano mayor, dió muestras de caridad, cuidando de un colérico, y ninguno de los dos abandonó la casa del enfermo hasta que los aldeanos, aliviados de su miedo, los relevaron. Y aquí hago punto á mis noticias acerca de la infancia de *Bismarck*.

X.

¡Qué diferencia entre el colegial Bismarck y el estudiante! El colegial era diligente y cándido, é ignoraba del todo los misterios de la vida estudiantina; empero, el estudiante se lanzaba en las ondas más profundas del mar estudiantil, y la ciudad de Gœttinga, que rivaliza con Heidelberg en la va-

lentía de sus escolares, cuenta mil famosos hechos del Sr. Bismarck, el Aquíles de los estudiantes alemanes, el héroe invulnerable, cuya espada no dió nunca paz á la mano.

Sus adversarios le temian cual vencedor en 27 combates, que en el idioma estudiantil se llaman *Paukereien*, y sus comilitones le profesaban una especie de adoracion. Hasta el juez de la Universidad literaria de Gœttinga no pudo ménos de asombrarse y de asustarse al ver el perro danés del jóven Bismarck.

Quizá se ignore en España lo que significa mulo en la jerigonza estudiantil; mulo, es decir ni caballo ni asno, se llama al que despues de terminados sus estudios en el colegio está sólo con un pié en la Universidad. Ya cual *mulo* á los 17 años cumplidos, tuvo Bismarck aquel espíritu imbuido en las ideas más exageradas en punto al honor; ya cual *mulo* miró con desden y por encima del hombro á los estudiantes, orgullosos con sus seis semestres y una serie interminable de duelos, cuando, semejantes al enano de la venta, le amenazaban desde sus altas posiciones. Su vida estudiantil era todo sangre y hierro, y saboreó una satisfaccion completa en sus contínuas victorias. El honor del nombre de estudiante aleman, ese cosquilleo delicioso que embriaga á un veterano al ruido lejano de los comba-

tes, llenaba su alma, y áun en sus discursos parlamentarios se oye á menudo al antiguo y apasionado estudiante.

El futuro diplomático era discípulo del insigne jurisconsulto Hugo en Gœttinga, y del célebre profesor de jurisprudencia Savigny en Berlin; pero Bismarck era un discípulo extraño, pues en toda su vida visitó sólo dos veces los colegios de tan eminentes catedráticos. Sin embargo, gracias á su ingenio, de suyo perspicaz, y á su despierto y activo espíritu, salió igualmente airoso del exámen que de sus duelos.

En 1835 ya le encontramos revestido con la dignidad de *auscultator*. En el foro, en la carrera jurídica, el grado inferior es el de *auscultator*, sigue despues el de referendario. El grado de *auscultator* fué ennoblecido por el insigne poeta Simrock, que ya cual auscultator empezó á traducir la magnífica epopeya de los Nibelungen, que tiene la misma importancia para la literatura alemana que los romances para la española. Se refiere la siguiente graciosa anécdota sobre Bismarck, siendo auscultator. Ante el juez y el nuevo auscultator se presentó un berlines con aquella aficion á los chistes y aquella arrogancia que constituye el carácter de los hijos de la capital de Prusia. Cuando aquel sujeto soltaba las riendas á sus impertinencias, faltando al res-

peto que se debe á hombres de justicia, Bismarck, ardiendo en ira, prorumpió en las palabras: «Modérese V., señor; si no, le arrojaré á V. de la sala.» Pero el juez, con su calma de siempre, dijo: «Dispense V., señor *auscultator*, el arrojar es cosa mia.» Continúa el interrogatorio, y poco tiempo despues, cuando el berlines, en vez de plegarse á la primera amenaza, iba más léjos en su arrogancia, Bismarck, manifestando una lógica irreprensible y cierta vena satírica del sarcástico Heine, gritó: «Modérese V., señor; si no, mandaré al señor juez que le arroje á V.» Así, ya en el simple auscultator, que demostraba tanta autoridad en presencia de su jefe, puede adivinarse al ilustre Conde, que mandó que se arrojase de Alemania á los austriacos, y al Príncipe más insigne, que mandó que se arrojase á los franceses.

Tambien llama la atencion la leccion merecida que el jóven auscultator dió á un zapatero, tardío en cumplir su palabra. Bismarck esperaba sus botas á las ocho de la mañana, pero ni zapatero ni botas se dejaban ver. ¡Qué escándalo! murmuró nuestro hidalgo, y mandó á su criado á la casa del zapatero. De diez en diez minutos sonaba la campanilla en la casa del pobre artesano, repitiendo el infatigable criado en tono cada vez más imperioso: «¿Están listas las botas para el Sr. de Bismarck?»

palabras que produjeron efecto tan maravilloso, que el zapatero, sin dejar su trabajo ni áun para comer, y á fin de librarse de aquella granizada de campanillazos, concluyó las botas á las cinco de la tarde. Por fortuna en 1870 estuvieron listas las botas para el señor de Bismarck, así como para el ejército aleman, miéntras las botas de muchos franceses tenian suelas de carton, y las botas napoleónicas habian perdido su esplendor; de suerte que tantas esperanzas ¡oh doloroso desengaño! se convertian en:

Sombra de sauce inquieta y leve,
Aroma de jazmin, que dura un dia,
Humo de mirra, que borró el ambiente,
Nube formada del vapor del alba,
Que á los rayos del sol desaparece.

En el invierno de 1835 fué presentado el auscultator Bismarck, con motivo de un baile en palacio, al príncipe Guillermo, hoy emperador de Alemania. El Príncipe, idólatra de los soldados, dijo, admirando la alta estatura de Bismarck: «Parece que tambien la justicia elige sus soldados con sujecion á la talla de los granaderos.» En efecto, Bismarck es el granadero de los hombres políticos.

Tenemos que limitarnos á decir que nuestro héroe, abandonando el servicio de Témis en 1836, pasó á la administracion, ocupándose cual «referendario»

en Aquisgran, y allí, como en Potsdam, en Greifswald y en el Kniephof, continuó el dulce hábito de su alegre vida de estudiante, que hacia más risueña el ardiente y generoso mosto. En aquel período mereció por sus excentricidades el sobrenombre del «extravagante Bismarck»; su Dios era el champagne, y el Kniephof, el teatro de sus nocturnos festines, se convirtió, en la boca de los naturales, en Kneiphof, es decir, casa de banquetes. ¿Quién hubiera imaginado que el extravagante referendario, que el excéntrico Bismarck, fuese un dia el gran Bismarck, el patrono del más famoso champagne? Sin embargo, ya en aquel tiempo manifestó entre sus iguales una gran autoridad en sus discursos políticos.

Y ya que hemos citado el champagne de Bismarck, permítasenos una pequeña digresion, aunque sin abandonar el asunto. Para ello nos trasladarémos al glorioso año de 1870, en que nuestro héroe salió á campaña, y bebió en ella el precioso néctar de su nombre, al que ya los alemanes llamamos tambien el vino de la victoria.

Á este asunto compuse una cancion semi-jocosa, que mi distinguido amigo D. Mariano Carreras y Gonzalez se sirvió poner en verso castellano. Héla aquí:

EL CHAMPAGNE DE BISMARCK.

I.

Para robarnos nuestro Rhin divino
Salieron los franceses á campaña,
Y quitaron su nombre á cierto vino
Que producen sus vides de Champaña.
¡ Llamábase *Bismarck !*..... ¡ Rasgo supino !
¡ Sublime, grande y memorable hazaña !
« ¡ Fuera Bismarck !..... Al diablo esa etiqueta,
Y nuestra gloria así será completa ! »

II.

Mas, del Rhin por los hijos escoltado,
Sale Bismarck al campo de la guerra,
Y llega — ¿ quién lo hubiera imaginado ? —
De la Champaña á la famosa tierra.
¡ Ya le teneis á ese Bismarck odiado !
Probad que su presencia no os aterra ;
No se diga jamas que osais al nombre,
Tal vez por no atreveros con el hombre.

III.

¡ Terrible chasco !..... Aquellos fanfarrones
Contemplan á Bismarck, al verdadero,
Al temido Bismarck, con sus legiones
Penetrar en Chalons grave y austero ;
Y al mirar de su rostro las facciones,
Exclaman con acento lastimero :
« Le arrojamos de Francia, mas fué en vano :
¡ Héle otra vez en Francia vivo y sano ! »

IV.

Y es así : realizando sabios planes,
Respira al fin Bismarck de Francia el aura,
Y en medio de sus bravos alemanes,
Con vino de su nombre se restaura ;

Ellos le aman, premiando sus afanes,
Más que el Petrarca á su divina Laura,
Y con *Champañ* brindando á la victoria,
Este es, dicen, el vino de la gloria.

V.

¡Gloria, gloria á Bismarck! Tambien yo quiero
El triunfo honrar de su brillante tropa;
Brindemos por Bismarck, y yo el primero,
Del *Champañ de Bismarck* dadme una copa;
Que es para un aleman muy lisonjero
Beberle en Francia misma, ante la Europa,
Y no le hay de Champaña en la comarca
Como el que lleva de Bismarck la marca.

Pero continuemos la biografía de nuestro famoso canciller.

Quien conozca los escritos de Enrique Heine podrá formarse una idea del estilo humorístico de Bismarck, que nos deleita por sus primorosos detalles y nos seduce por su originalidad.

Administrando sus bienes, Dios sabe cómo, Bismarck no cesaba de ser estudiante, pasando de vanos goces al aburrimiento, á una negra melancolía, hasta que en 1847 fué diputado en la primera dieta prusiana. En 1842 fué agraciado con su primera condecoracion, la humilde medalla prusiana de salvacion, por haber sacado del agua á su palafrenero. « ¿Qué significa eso? » le preguntó un dia un diplomático con cierto aire de mofa. « Yo tengo la cos-

tumbre, contestó Bismarck bastante serio, de salvar á veces la vida de un hombre.»

Y efectivamente, en 1847 cumplió su dicho, y se salvó asimismo de su vida turbulenta, casándose con Juana de Putkammer, la hija de un distinguido hidalgo prusiano; mas no alcanzó sin trabajo esta victoria, porque el padre de Juana mostró una tenaz resistencia á semejante enlace. Resistia con tanto teson como más tarde resistió Alemania el empeño de Bismarck en hacerla unida.—¡Bismarck mi yerno! exclamaba el padre de Juana; ¡primero consentiré que un hacha me divida la cabeza! Pero ¡vanos propósitos! las lágrimas de la tierna y apasionada Juana ablandaron su corazon, y el jóven enamorado tuvo la dicha de anunciar á su hermana su desposorio con la lacónica palabra inglesa: ¡*All right!*

Pasando la bella Juana por Venecia en su viaje de boda, se presentó en traje prestado, por falta de vestiduras de etiqueta, á su rey Federico Guillermo IV, y conquistó las simpatías de su soberano.

Pero ya es hora de hablar del hombre político, del tribuno Bismarck. Siempre ha tenido el valor de sus opiniones y de sus actos. Encontró en la Dieta ancho palenque donde podian esgrimirse las armas del saber y del talento. Empezó su carrera política en las filas del partido feudal, haciendo frente á los

demócratas, que querian la menor cantidad de rey posible. Citemos su notable *maiden-speech*, que provocó una verdadera explosion de ódio en la sesion del 17 de Mayo de 1847. Habló con su voz áspera, deteniéndose á menudo en su discurso: «Ha »dicho el Sr. Sauken que el heróico alzamiento del »pueblo aleman en 1813 tuvo su orígen en el ar»diente deseo de alcanzar una constitucion, como »si los alemanes, para hacer lo que hicieron en las »ocasiones más graves y solemnes de su historia, »hubiesen necesitado otro motivo sino la vergüenza »que les causaba el que el extranjero reinase en »nuestro país.» Aquí interrumpieron los diputados al orador por las señales de su indignacion, y cuando al fin se restableció la calma, continuó éste, apoyándose en la tribuna con apostura cómoda y negligente: «Á mi modo de ver, es prestar un servicio »muy malo al honor nacional, el suponer que la »humillacion que los prusianos tenian que sufrir »por el tirano extranjero no fuese bastante para »inflamar su sangre.» ¡Qué tumulto tan grande excitaron aquellas varoniles palabras, pronunciadas con una calma victoriosa enmedio de la tormenta! Los liberales se alzaron, sobre todo los que habian peleado en aquellos años memorables, en que el Rey hizo llamamiento al espíritu patriótico de su pueblo, y en que todo el mundo era soldado. Difícil-

mente puede imaginarse nada más imponente que el pueblo prusiano en 1813: en las calles, y en las casas, y en los campos, y en los valles, y en los montes, sólo se trataba de una cosa: de prepararse á la batalla. Los hombres del campo mezclados con los de las villas, los jóvenes con los viejos, los labradores con los estudiantes, bajaban, bajaban como un torrente que ningun dique puede contener. Cada prusiano se asemejaba á un «somaten» en Cataluña, contestando á la voz de la campana, que seguia en su incesante glang, glang, con el único grito de: «estoy pronto, estoy pronto» (*Som-atens*).

Con una sin igual candidez contestaron al señor Bismarck algunos lidiadores de 1813, afiliados al gran partido liberal: «¿Qué habla V. del año 1813, en que V. no habia nacido todavía?» Y el esforzado hidalgo de la Marcha, superado el natural embarazo que habia de sentir al dirigirse por primera vez á la Asamblea, los venció con las armas de su ironía, diciendo:

«Yo no negaré que no he vivido en aquel tiempo, y siempre hasta hoy he sentido en el alma que no haya podido participar de aquel alzamiento; pero mi dolor ha disminuido por la explicacion que acabo de oir sobre el carácter del movimiento de 1813. Yo habia creido que la esclavitud contra la cual se peleaba en 1813 hubiese sido la del extranjero; pero

ustedes me dicen que era la que reinaba en nuestro país, y verdaderamente no agradezco á ustedes aquella explicacion.» Desde aquellas palabras, que la mayoría escuchó con ánimo hostil y marcada prevencion, la prensa liberal se complacia en hacer del Sr. de Bismarck, ora una figura ridícula, ora una figura terrible. Y esa misma prensa, variando segun los vientos, llamó á Napoleon III, que sin duda alguna era un instrumento de la Providencia, como Bismarck, le llamó, decia, ayer hombre sagaz, hombre de Estado eminente, y hoy aventurero. Pero Bismarck, para ser el que era, pagaba con creces en la tribuna la mofa de la prensa y las murmuraciones de los diputados. Hablando de la Inglaterra de 1688, decia el 1.° de Junio de 1847: «Tengo que pedir la indulgencia del Sr. Sauken por hablar otra vez de un período en que yo no pertenecia aún al número de los vivientes. Los ingleses en 1688 habian de dar una corona, y la dieron bajo condiciones. Pero los monarcas prusianos son reyes por la gracia de Dios, no por la del pueblo, y ¡ejemplo extraño en la historia! voluntariamente han renunciado á una parte de sus derechos en favor del pueblo.» Y el 15 de Junio se levantó, á semejanza de Sr. Cánovas del Castillo, ó del Sr. Aparici y Guijarro, á impugnar la doctrina de aquellos que habian perdido la fe, si es que alguna vez la habian tenido, y

que llamaron al Estado cristiano una mera ficcion.

«Yo digo, decia el hidalgo prusiano, que el Estado cristiano es tan antiguo como nuestro antiguo imperio, y es la base en que residen todos los estados europeos. Yo creo que el pensamiento del Estado es la realizacion de la doctrina cristiana. Si quitamos al Estado su base religiosa, en el Estado queda sólo cierta agregacion de derechos, una suerte de baluarte contra la guerra de todos contra todos, y su legislacion no se regirá por el manantial de la verdad eterna, sino tomará cuerpo segun las vagas y variables nociones de humanidad, y así podrá el Estado caer fácilmente en el abismo del comunismo.» Contra su adversario, que decia que habia bebido en la leche materna las ideas de la Edad Media, usó Bismarck de una frase tan gráfica como humorística: «El diputado Krause da la batalla contra mi persona montando un caballo fabuloso, pero cansado ya: por delante Edad Media, por detras leche de madre.»

El discurso en que el Sr. Bismarck se hizo el apóstol de la Iglesia cristiana y del Estado cristiano, nos recuerda que cuando en los delirios de la revolucion francesa el fundador de la atea-filantropía, *La Reveillere Lepaust*, leia en el Instituto su nueva religion y la forma de su culto, le decia Talleyrand que él no sabía más que una manera de fundar una

religion, que era la de Jesucristo, que habia empezado por morir y despues habia resucitado, y le aconsejaba que siguiese el mismo ejemplo.

Llegó el año de 1848, y Bismarck, que ántes habia defendido los diques del Elba contra las ondas turbulentas, fué en aquel azaroso período uno de los primeros en defender contra la revolucion la monarquía prusiana, que ya peligraba. ¡Con qué dolor inefable vió á su rey insultado por la plebe en los tristes dias de Marzo de 1848! Desconociendo lo bueno que resultaba de la revolucion de aquel año, dijo Bismarck en la segunda Dieta:

«Lo pasado está enterrado. Yo lo siento mucho más que la mayoría de ustedes, pero ningun poder humano podrá resucitarlo desde que la misma corona ha echado tierra sobre su féretro. Aunque obligado por las circunstancias, debo aceptar el nuevo órden de cosas establecido; no puedo despedirme de la Dieta diciendo que lo agradezco y lo celebro, porque mentiria, pues lo considero un error, un camino fatal. Lo bendeciré sólo cuando, á pesar de él, alcancemos un dia una patria unida, una patria feliz, ó siquiera una situacion legal, un sólido régimen político; pero hoy de ningun modo.»

Bismarck, el apasionado y leal amigo del rey Federico Guillermo IV, continuó en 1848 con la mayor energía la agitacion por su rey y la monar-

quía, cooperando á la fundacion de la *Gaceta de la Cruz*, que es *La Época* de Berlin, y acometió en época tan difícil la patriótica empresa de encauzar la política por sus naturales corrientes, subordinando á los verdaderos poderes del Estado los elementos perturbadores, que venian ejerciendo una bastarda influencia en la marcha de los negocios públicos. Nos complacemos en hacer pública una gran verdad, y es, que Bismarck, revelando con toda su fuerza la poderosa iniciativa y la energía de carácter que le distinguieron, ha prestado eminentes servicios á la monarquía prusiana en los años de la revolucion y de las turbulencias.

En 1849 encontramos á nuestro Bismarck en la Cámara de diputados representando la ciudad de Brandenburgo. Aunque enemigo franco y declarado de la vida constitucional, debia aceptarla, y viendo planteado el sistema parlamentario, defendió la monarquía, tambien en este terreno, con valor sin igual. Tan grande é irrecusable era la autoridad de Bismarck, que desde 1849 á 1851 puede llamarse el jefe del partido conservador, del partido eminentemente prusiano. «Nuestra salvacion, decia Bismarck en 1849 con mucho acierto, ha sido el prusianismo que sobrevivió á la revolucion, el ejército prusiano, el tesoro prusiano, los frutos de la inteligente administracion prusiana, las antiguas virtudes prusia-

nas, y la armonía entre el rey y su pueblo. El ejército canta con legítimo orgullo la cancion: «Soy »prusiano, ¿conoceis mis colores?»; pero jamas he oido cantar á un soldado prusiano: «¿Cuál es la »patria alemana?» Un pueblo de que salió tal ejército no quiere ver extinguida su monarquía prusiana en el desórden del Sur de Alemania. Prusianos somos y prusianos queremos quedar.....» En este punto Bismarck estuvo de acuerdo con el gran Federico, que decia: «El cielo no puede descansar con más seguridad sobre las espaldas del Atlas, que el Estado prusiano sobre los regimientos de su ejército.»

Los discursos de Bismarck no brotaron (al ménos al principio) con facilidad, pero siempre se distinguieron por la energía del lenguaje, lo patriótico de sus conceptos y la brillantez de sus conclusiones. Nos resta hacer notar que Bismarck todavía en 1850 creia necesario que la monarquía prusiana se subordinase al Austria para luchar contra la democracia; y sostenia aquella opinion extraña áun despues que Prusia, humillada de una manera inaudita por Austria, se llevó el amargo cáliz de Olmütz á los labios. Parece increible que Bismarck defendiese hasta el tristísimo, el lamentable convenio de Olmütz, que á los ojos de todo el mundo fué una vergüenza, un gran acontecimiento doloroso, que á los

prusianos desgarraba el corazon, y el comienzo de un Calvario horrible. Comprendemos, pues, que Bismarck, el abogado de Olmütz, se viese perseguido por el partido liberal hasta 1866; pero verémos en breve cómo Bismarck aprendió á abandonar completamente el credo político de que Austria, á pesar de sus súbditos extranjeros, sea un estado aleman, el heredero y representante de un glorioso imperio aleman. Y añadimos que Bismarck, que en 1848 ponia en duda la virtud política y la utilidad de la Constitucion y del Parlamento, aprendió á apreciar las ideas modernas.

Todavía en 1850 decia: « Llamarme hidalgo prusiano es mi título de gloria. Procurarémos dar esplendor al nombre de hidalgo.» Cómo lo logró, sábelo el mundo.

Nos toca hablar ya de los inapreciables servicios que Bismarck ha prestado en la esfera de la *diplomacia.*

XI.

«¿Quiere usted ir á Francfort como primer secretario de la embajada cerca de la Confederacion?» preguntó en la primavera del año de 1851 el rey Federico Guillermo IV á Bismarck, y éste, que nunca se habia ocupado en negocios diplomáticos, contestó

sin titubear un momento: « Si V. M. quiere ensayarlo conmigo, lo acepto con mucho gusto. Si el ensayo termina mal, V. M. puede relevarme á los seis meses ó ántes.» Y el rey, absorto por el ánimo y la audacia del jóven, pero considerando que éste sería una persona grata para Austria, lo ensayó con Bismark, que ya en Mayo salió para Francfort.

La vida de Bismarck, como la de todos los grandes hombres, está llena de anécdotas. Cuéntase la siguiente acerca de su primera entrevista con el embajador de Austria, el conde Thun. El representante de Austria recibió al jóven secretario de la embajada prusiana con una familiaridad que no se usa entre diplomáticos, continuó fumando su puro y sin invitarle siquiera á que se sentase. ¿ Qué hizo Bismarck al verse tratar sin ninguna etiqueta? Sacó un cigarro de su bolsillo, y dijo con su franqueza prusiana al conde austriaco: « Pido á vuestra excelencia un poco de fuego.» El excelentísimo señor, asombrado de tal sangre fria, dió fuego á Bismarck, el cual empezó á fumar ante el embajador, como si fuese el gran fumador Napoleon, y despues de sentado habló de política como si nada hubiese ocurrido. No ménos graciosa es otra version de la misma anécdota. El conde de Thun recibió á Bismarck sin levantarse siquiera de su silla y hasta en mangas de camisa.—« ¡ Hace hoy un calor infernal ! » dijo

el conde.—«Tiene razon vuestra excelencia», repuso Bismarck, y apénas lo habia dicho, cuando se quitó el frac, colgándolo en la puerta de la estancia. Aquella conducta, tan digna de un hidalgo prusiano y de un cumplido caballero y travieso estudiante, impuso tanto al embajador que, pidiendo mil perdones al jóven debutante en la diplomacia, se puso el frac, lo cual hizo tambien enseguida nuestro héroe. Desde aquella escena tan brillante para un *homo novus in diplomaticis*, el Sr. Thun tuvo en la mayor consideracion al primer secretario de la embajada prusiana, quien ya el 18 de Agosto del mismo año ascendió á la alta dignidad de embajador. «Es lástima que nuestro embajador sea aún tan jóven», decia el príncipe Guillermo, hoy emperador de Alemania, con cierta desconfianza, á causa de los pocos años de Bismarck. Pero éste se habia quitado ya, como suele decirse, los zapatos de la infancia. «¡Qué ridículos me parecen esos di»plomáticos, escribia á su esposa, esos charlatanes »que se atormentan con cosas mezquinas y consi»deran como objeto de infinita importancia sus ba»gatelas! Anteayer visité los baños de Wiesbaden, »y no sin un sentimiento de tristeza y de juiciosa »meditacion, he visto otra vez el teatro de mis lo»curas en los tiempos pasados; sí, pasaron aquellos »tiempos bulliciosos, el fuego de la juventud con sus

»locuras. Mi vida de 21 años era comparable á un »vaso de champagne que hierve á borbotones. ¡Ojalá »que ahora lo llenen la madurez y la inteligencia!

»¡Ay! ¡Cuántos descansan ya en la tumba fria, »con los cuales amé, brindé y jugué á los dados! »¡Cuántas mudanzas en mis ideas en el espacio de »catorce años! Y siempre consideraba la idea del »momento actual como lo más perfecto. Pero ¡qué »de cosas me parecen hoy mezquinas, que entónces »me parecian grandes! ¡Qué de cosas me infunden »respeto hoy, que entónces provocaban mi risa! Y »áun á pesar de este cambio, ¡qué de ideas risueñas »han de brotar lozanas todavía, desarrollándose con »pasmosa prontitud, llenando, al parecer, por com- »pleto nuestras ambiciones y deseos, para marchi- »tarse cual cosa vil y desaparecer como la sombra »de la noche á los albores de la mañana ántes que »hayan trascurrido otros catorce años, ántes de to- »car en 1865, si vivimos en aquel año.»

Vió aquel año á nuestro Bismarck más rico en experiencias y abriéndose nuevos horizontes, despues de modificadas muchas de sus ideas. El mismo confesó quince años despues: «Yo, el amigo de »Austria y educado en la admiracion de aquella po- »tencia, me hice su declarado adversario, dejando »las ilusiones de mi juventud. La humillacion de »mi patria, la Alemania sacrificada á intereses ex-

»tranjeros, una política pérfida, todo eso no podia »ser de mi agrado. No sabía que tendria que des- »empeñar todavía un papel más importante, pe- »ro ya entónces concebí la idea que estoy realizan- »do hoy, de sustraer á Alemania á la presion austria- »ca, ó al ménos aquella parte que por su espíritu, »su religion, sus costumbres y sus intereses se ha- »lla unida á la suerte de Prusia, *la Alemania del »Norte.*»

Permítasenos traer á la memoria otra anécdota, pues caracteriza bien á Bismarck. Un archiduque austriaco, pasando revista á las tropas en Francfort, vió al embajador Bismarck que vestia el simple uniforme de teniente de landwehr, pero luciendo en su pecho brillantes y bien ganadas condecoraciones. «Dispense vuestra excelencia, le preguntó el archi- »duque con aire bastante irónico: ¿Ha ganado esas »condecoraciones todas ante el enemigo?» — «Para »servir á su alteza imperial, contestó Bismarck con »la velocidad del rayo, *todas ante el enemigo, todas »aquí en Francfort.*»

Esto es, ante nuestros enemigos, que sois vosotros los austriacos.

Sabido es que el presidente del Consejo austriaco, el príncipe de Schwarzemberg, decia en palacio: *Il faut avilir la Prusse d'abord pour ensuite la demolir.* (Es menester humillar á Prusia para des-

truirla despues.) Así, merced á la política antiprusiana de Austria, que desechaba todo consejo de prudencia y obraba sin medida, Bismarck, atento á los intereses de su patria, se hizo el franco adversario del imperio austriaco, y el lema de su política, que sostenia á menudo hasta contra el deseo de su rey, fué desde aquel momento: «Prusia ha de »ejercer su legítima influencia en Alemania con »Austria, sino *sin Austria* y hasta *contra Austria.* » ¡De qué afecciones tuvo que desprenderse el rey de Prusia para aceptar la política nacional de Bismarck, que tuvo la profunda conviccion de que Prusia habia de librarse de la Confederacion, esa túnica de Neso que se pegó á nuestras carnes para llevársela, al arrancarla, pedazo á pedazo. Ya el poeta Heine decia: *O Bund, du Hund, du bist nicht gesund.* (¡Oh Confederacion Alemana, perro maldito, no estás sano!) Es muy notable tambien lo que Bismarck escribió en Francfort el 2 de Abril de 1858: «Qui»siera que la Confederacion—ese cólera morbo pa»ra Prusia, que ha de curarse más tarde por hierro »y sangre—fuese discutida por la Dieta: el rey y »sus ministros, si entendiesen su oficio, podrian »sacar gran provecho de eso. Nuestra Dieta llama»ria de nuevo la atencion de Alemania y podria ha»cerse un verdadero poder.» Lástima fué que no se conociesen aquellas palabras de Bismarck cuando

diez años despues se propuso introducir el sufragio universal, que se consideraba entónces una mistificacion de parte de Bismarck.

«Para reformar un imperio, dice atinadamente un distinguido historiador contemporáneo, para constituir un Estado, no basta una conviccion profunda, un talento privilegiado, en quien trate de llevar á cabo tan arriesgada empresa; se necesita, más que todo, un valor cívico á toda prueba, una osadía que tenga algo de temeridad.» Aquella osadía la tenía Bismarck. Antes se decian los italianos los padres de la política, que, como todos saben, no tiene entrañas. Pero desde 1866, en que se abrieron los ojos de los más obcecados, y desde 1870, todos reconocen su maestro en Bismarck, el hombre más caracterizado del partido nacional en Alemania. Ya el 22 de Agosto de 1860 escribió desde San Petersburgo: «A propósito de bonapartistas se va á co»menzar contra mi persona una campaña de la ca»lumnia. Dicen que he secundado yo las pretensio»nes ruso-francesas, respecto á una cesion de la »provincia rhiniana, á cambio del establecimiento de »nuestro Estado. Pago mil onzas á quien demues»tre de una manera evidente que tales pretensiones »hayan jamas llegado á mis oidos. Nunca he acon»sejado otra cosa que fiarlo todo de la fuerza nacio»nal de Alemania. Esa simple prensa alemana no

»advierte siquiera que, atacándome de tal manera, »trabaja contra la mejor parte de sus propias ten- »dencias.»

Se ha dicho que no hay ningun grande hombre para su ayuda de cámara. Al contrario, Bismarck, para quien le conozca en sus relaciones más familiares, en vez de descender de su altura, hace acrecentar la admiracion y conquista las simpatías. En sus cartas, escritas desde Francfort, Viena, Pesth, Copenhague, Berlin, Amsterdam, San Petersburgo y Koenigsberg, hace sonar ese cascabel argentino que los franceses llaman ingenio. Por ejemplo, en 1852 escribió á su esposa desde Berlin: «Hay »algo de desmoralizador en la atmósfera de la Cá- »mara: los mejores hombres se hacen vanidosos sin »advertirlo y —mil perdones por esa comparacion »poética—se acostumbran á la tribuna como á una »vestidura con la cual se presentan al público.» En 1854 escribió á su hermana: «Padezco la nostal- »gia, esa triste enfermedad que sólo se cura con el »aire de la patria. ¡Oh! ¡Las selvas de mi patria! »¡Una breve pausa en mis fatigosas tareas, una »tregua en esas frondosas arboledas, rodeado de »mi tierna esposa y de mis inocentes hijos, hé aquí »mis ambiciones! Cuando desde la calle escucho »gritar á una de esas queridas criaturas, se llena »mi corazon de sentimientos paternos y axiomas de

»educacion.» Y en 1858 escribió á la misma: «Si »Dios conserva á mi esposa y á mis niños, digo: »*¡Vògue la galère!* La perspectiva de una lucha »franca, sin ser embarazada por grillos oficiales, »me seduce más que la perspectiva de un régimen »contínuo y monótono, como que se reduce á trufas »de Perigord, despachos y grandes cruces; pero á »las doce todo ha pasado ya, dice el actor.» Terminamos esos trozos de cartas bismarckianas con el siguiente, tomado de una epístola dirigida en 1856, tambien á su hermana: « El rey me ha llamado á »Berlin, pero no sé todavía si como figura decora»tiva ó como actor. En el primer caso no tendria »mucha gana de dejar cual huérfana á mi chimenea »para aumentar el efecto en la «sala blanca» del »palacio con otro matiz de uniforme.»

Entre tanto en Prusia principió la «nueva era», y Bismarck, segun él mismo decia, fué tratado como el Champagne, pues el rey le «puso frio» para uso futuro, nombrándole en 1859 ambajador en San Petersburgo.

Con el mayor dolor salió Bismarck de Francfort, por ser ese el terreno que conocia á fondo y el en que esperaba prestar servicios á su patria, pues ¿qué ciudad ofrece grandes provechos á un hombre de Estado cual Bismarck, sino Francfort, que durante el verano parece una fonda en que se hospeda la

sociedad europea? Bismarck salió con indignacion patriótica, porque vió á Austria continuando impune sus impertinencias, hasta que ocho años despues él mismo hizo sonar la hora de la venganza, y salió con dolor profundo, pues el rey no habia seguido sus buenos consejos, cuando al estallar la guerra en Italia le brindaba la ocasion propicia de librar de Austria á sí mismo y á Alemania.

Antes de acompañar á Bismarck á San Petersburgo, dirémos que en 1855 conoció en París á Napoleon III, y que en la primavera de 1857 celebraba los primeros diálogos políticos con el emperador de los franceses, que se continuaron en Biarritz en 1862. Napoleon y Cavour en Plombières en 1858, y Napoleon y Bismarck celebrando diálogos diplomáticos, ¡qué cuadros tan interesantes! cuadros á los cuales más tarde seguia la triste entrevista de Napoleon con Bismarck en Douchery despues de la capitulacion de Sedan. Thiers dice de Napoleon III que producia dos diplomáticos: Cavour y Bismarck. Sabemos que Bismarck simpatizaba en el fondo de su alma con el patriótico conde Camilo de Cavour, que le parecia la realizacion de su ideal; pero ignoramos la impresion que Napoleon hizo sobre Bismarck.

Quizá *Bismarck* y *Rouher*, que sobreviven al emperador, son hoy los únicos que podrian juzgar ver-

daderamente á *Napoleon III.* La historia le juzgará con su fallo imparcial. No puedo resistir á la tentacion de hablar del emperador en la hora sagrada de su muerte.

Calderon dice, por boca de D. Alfonso VI, en la comedia titulada: *La Vírgen del Sagrario:*

Yo, que ayer fuí desterrado
De mi patria, y perseguido,
Hoy á mirarme he venido
En la ajena coronado.....
Ayer esta ciudad fuerte
Fué mi retiro y prision,
Y hoy á mi coronacion
Teatro, con mejor suerte;
Ves en una historia, en una
Vida, y en sólo una accion,
Lo que han sido, y lo que son
Las cosas de la fortuna.

Pero nadie ha experimentado tanto las cosas de la fortuna como los dos emperadores que inmortalizaron el nombre de Napoleon. Se nos figura que Napoleon III decia en Sedan al rey Guillermo lo que el moro Selim á D. Alfonso VI:

Ayer, en fin, tuvo aquí
El galo las condiciones
En su mano, y hoy te pide
Las mismas, porque así mide
El cielo nuestras acciones;
Porque en mi suerte importuna
Adviertas, y tu blason,
Lo que han sido y lo que son
Las cosas de la fortuna.

Si ya fué triste el morir como Cárlos V, el relojero imperial, en el monasterio de Yuste, ¡cuánto más triste es el fallecer como Napoleon III, otro Cárlos V, en el destierro, en una oscura y humilde aldea inglesa despues de la caida más profunda!

Hay dos dias en el siglo presente que nos conmueven, que hablan al alma: el 5 de Mayo de 1821 en que murió Napoleon I:

Murió. Cual yerto quédase (1),
Dado el postrer latido,
Del alma excelsa huérfano,
El cuerpo sin sentido,
Tal con la nueva atónito
El universo está.
La hora contemplan última
Del hombre del destino,
Y dudan que en el cárdeno
Polvo de su camino
Pié de mortal imprímase,
Que le semeje ya.....
Todo lo tuvo: obstáculos
Grandes y grande gloria,
Y proscripcion y alcázares,
La fuga y la victoria:
Se vió dos veces ídolo,
Dos pereció su altar.

Y el otro dia es el 9 de Enero de 1873 en que falleció el malogrado nieto del gran corso, Napoleon III. Mil veces en Chislehurst le asaltó en imá-

(1) Alejandro Manzoni.

genes el espléndido ayer, y ruinas vió por doquier, arruinado aún el altivo palacio (1) en que nació y en que reinaba tantos años como un semi-dios, como el árbitro de Europa. ¡Qué dias tan gloriosos habia visto en su vida tan vária! ¿Hay un dia más hermoso en la vida de un grande hombre que aquel envidiable dia en que Milan festejaba al libertador de Italia, aquel dia en que de millares de hermosos ojos brotaban las dulces lágrimas del enternecimiento y de la gratitud? Y ¡gran consuelo para los que ven la ingratitud de Francia, que no tiene una sola lágrima para su Emperador! Desde Milan y de tantas otras ciudades de Italia se eleva el grito unánime: «¡Un monumento para Napoleon!» Aun no abierta su tumba, tributábanle periódicos italianos de muy opuestas ideas un homenaje de aprecio; despues de muerto, todos, sin distincion, han reconocido las altas y relevantes dotes que le adornaban y lo que hizo por Italia. Allí, en Chislehurst, al enterrar al que fué emperador, al que llevó un nombre tan histórico, tan grande, gritaron: «*L'empereur est mort*», sin que hoy se oyese en el mundo aquel final del refran: «*¡Vive l'empereur!*»

---

(1) El inglés Cobbam Brewer asegura en el periódico semanal *Notes and Queries*, que no las Tullerías dieron cuna á Napoleon III, sino una casa en la calle Lafitte.

¿Qué se hicieron los versos consagrados á Napoleon IV, al hijo del que fué Napoleon III?

C'est un Jésus á tête blonde.
Qui porte en sa petite main
Pour globe bleu la paix du monde
Et le bonheur du genre humain.

¿Qué se hicieron los versos que un poeta español (1) dedicó á su ilustre compatriota doña Eugegenia de Guzman?

Hoy es, hoy el glorioso aniversario
De aquel dia, de amor claro trofeo,
En que lució esplendente
La más preciada antorcha de himeneo.

Por fin, ¿qué se hicieron los versos de otro vate español? (2)

Mirad al hombre
Que al pueblo de los héroes se presenta,
Con la espada del Corso y con su nombre.
La Francia, que á la voz de su Tirteo
Soltado habia la tenaz cadena,
Saluda en Luis al sol de su esperanza,
Al genio encarcelado en Santa Elena.
El voto universal baja á la tumba
Del imperio, le manda se levante,
Y truécase el sudario del imperio
Por la olvidada púrpura triunfante;
Y á sí propia la Francia se corona,
Cuando envuelve en su mágica grandeza
Al tercer Napoleon, que es su cabeza.

---

(1) D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca.
(2) D. Jerónimo Borao.

El 16 de Enero sonaban las campanas fúnebres en memoria de Napoleon III, el 16 de Enero enterraron al vencido en Sedan, al cautivo de Wilhelmshöhe, vistiendo el uniforme que llevaba en el triste dia de Sedan, miéntras el 18 de aquel memorable Enero los alemanes celebramos el segundo aniversario de la resurreccion del imperio germánico, el imperio de derecho y de la luz, el imperio de la espada y del canto, el imperio resucitado en la misma Francia en la magnífica *Galerie des glaces* del palacio de Versalles.

¿Qué dolor puede ser comparado con el del Emperador en Chislehurst? ¿Cuántas veces habrá pensado que la posteridad dirá que debió su alzamiento al trono imperial más á la fortuna que al genio? Pero celebramos que no sólo en Inglaterra y en España, sino tambien en Alemania, donde en 1870 el coro de los poetas encendidos en ira patriótica se armó contra Napoleon con rayos y maldiciones, se oigan hoy voces llenas de alabanza, de consideracion, de compasion y hasta de simpatía, respecto á aquel hombre extraordinario. Sí, un hombre extraordinario ha de ser quien hallando en su cuna la leyenda napoleónica comenzó su carrera cual entusiasta en Strasburgo y Boulogne, y viendo que la fortuna no sigue al entusiasmo, sino que el entusiasmo sigue á la fortuna, como la sombra al cuerpo,

estableció el imperio de la astucia, aquel imperio ante el cual se inclinaban los monarcas de Europa, celebrándole cual vencedor de la revolucion, hasta que fracasó en el tercer período de su vida, en que procuraba *coronar el edificio*, y limpiar á su corona de la mancha de su orígen, pues gotas de sangre empañaban el brillo de su diadema, como la de Enrique de Trastamara; no pudiendo dar la libertad á sus pueblos tuvo que buscar la gloria á todo trance, y así la perdió. Pero no ha de perder una gloria, y es la de haber llenado el mundo con ideas grandes y fecundas. ¡Qué idea tan sublime, y á la par tan nueva es la unidad de la patria del Dante! Pues ya catorce siglos habian trascurrido hasta que Napoleon realizó aquella idea, que parecia un sueño, un fantasma halagüeño, y la realizó contra la voluntad de su pueblo, que no comprendia la gran verdad descubierta por la política moderna, de que el poder y la riqueza de nuestro vecino y amigo ha de redundar en nuestro propio provecho. Sí, Napoleon era el amante de Italia; por Italia se sacrificó su hermano; su amor ardiente á aquel país no cesó ni áun despues de los ataques de los Pianori, Tibaldi y Orsini, é Italia no se olvidó de su bienhechor, cuando éste á veces se vió obligado por las circunstancias á openerse á los planes italianos. ¿Y la unidad alemana? ¿Es otra cosa que la consecuencia de la

unidad italiana? En 1859 brotó en Alemania aquella idea irresistible, avanzando tenaz

Cual rumor de trueno,
Como ruido de aguas
Cuando en la marea
De su cauce saltan.....

El mismo Napoleon que pasó su juventud en Alemania, despertó en nuestros ánimos la idea de la unidad germánica, y ¿quién sabe si ya en 1866 se hubiera constituido la Alemania, si la nacion francesa, comprendiendo el genio de su emperador, le hubiese concedido el triunfo de hacerse amar tambien por los alemanes? Lástima fué que los franceses, envidiando á la grandeza alemana, luchasen con despecho y cólera contra el destino inevitable, y así arrastrasen en su caida al emperador, que durante 21 años habia hecho á la Francia grande y rica.

Napoleon I, el dios de la guerra, parece como la figura de bronce de un emperador romano; pero Napoleon III era el hijo de nuestro tiempo, un moderno estadista. Parece que á veces se asustaba de su propia obra: así lo vemos en Italia retrocediendo y procurando parar lo que ninguna fuerza humana podia parar en su curso. A Napoleon se debe la destruccion del poder temporal del Papa. Y sabemos que tambien la alianza entre Inglaterra y

Francia, separadas por odios seculares, es debida á la iniciativa de Napoleon, que conocia á fondo á los ingleses. Pero parece que declarando la guerra á la Prusia en 1870 recibia el impulso que debiera dar. Al ménos ningun grande hombre político como Richelieu, Talleyrand y Metternich hubiera provocado á Alemania en medio de su movimiento nacional.

No nos es dado rasgar ya el velo que encubre aún tantos momentos en la vida de Napoleon III. La historia habrá de decir lo que él hizo y lo que hizo su nacion, qué era la obra de Napoleon y qué la de su hermano uterino Morny, el hijo de Hortensia y del conde Flahault; la historia habrá de decirnos cuál era la obra de Mocquard que corrigió el estilo del emperador y cuál la de la emperatriz Eugenia; la historia, en fin, habrá de decir quién ha sido el verdadero autor de la guerra de 1870.

De pequeñas causas, grandes efectos. Los periódicos dicen que si la consulta médica que el 3 de Julio de 1870 formaban Nélaton, Ricord y Towell, y en que afirmaban ya la existencia de la piedra y la conveniencia de una operacion, no se hubiese ocultado al emperador y á la emperatriz, sin duda una semana despues no se hubiera declarado aquella guerra que tan cara costó á Napoleon y á la Francia. Tambien pudiera decirse que si el emperador

no hubiese olvidado su divisa «el acierto en las cosas del mundo se alcanza con calma é inteligencia», reinaria todavía en las Tullerías.

Lo que para su tio fué la campaña de Rusia, fué para él la fantástica campaña mejicana, emprendida para conquistar la dominacion en América de la raza latina, y su Santa Elena fué el pueblecillo de Chislehurst. Allí en Camden-house falleció en una estancia estrecha el poseedor de un relicario de Carlomagno, el César á quien ántes la vasta y extensa Europa parecia estrecha; pero merced á un leal servidor que sacó tierra del jardin de las Tullerías, descansan sus restos mortales en tierra francesa.

Napoleon III, el emperador extraordinario, pero infeliz, cuya personalidad desaparecia ya en 1870 ante la magnitud de la catástrofe; Napoleon III, el hombre dotado de la más distinguida amabilidad, el que grande en la desgracia, tuvo para sus malos consejeros y sus enemigos la generosidad del silencio y del perdon, deja una memoria indeleble, y estamos seguros de que la historia, echando en su balanza el peso de Italia libre por Napoleon, no hará recaer sobre él la vergonzosa nota de haber empequeñecido y deshonrado á su patria.

Terminamos estos ligeros apuntes sobre Napoleon con la célebre cancion española:

Le pueden quitar á un rey
Su corona y sus estados;
Mas no le pueden quitar
La gloria de haber reinado.

XII.

Ántes de continuar la biografía de *Bismarck*, séame permitido añadir todavía una palabra acerca de *Napoleon III*. No hay nada más interesante que comparar los varios juicios sobre el finado de Chislehurst. Si hasta ahora ha valido el refran: *Quidquid delirant reges, plectuntur Achivi*, vale ahora el contrario; pues á los ojos de sus paisanos, Napoleon ha de ser la víctima de todos los errores cometidos por la nacion, contra él se vuelven todas las quejas, y hay muchos que dan «á moro muerto gran lanzada». Sería, pues, mejor que los franceses renunciáran á la historia, sobre todo cuando la someten á tratamiento tan rudo, que no la conociera su mismo padre Herodoto si resucitára.

Pero con verdadera satisfaccion hemos visto la impresion que la muerte del emperador ha hecho sobre el que pudiéramos llamar el más ilustre anciano de Italia, Alejandro Manzoni, el autor de la célebre oda *El cinco de Mayo*, que Hartzenbusch, de mano maestra, ha vertido al castellano, y de la cual hemos dado un trozo en el articulo anterior.

Hace ya medio siglo que Manzoni escribió aquellos versos sublimes en honor de Napoleon I, y aquella oda en memoria del hombre del destino tuvo tambien una suerte extraña: el poeta mandó dos copias al censor austriaco, pues Milan, la patria del gran vate italiano, estaba entónces todavía bajo el yugo de los extranjeros, y despues de haber esperado en vano uno, dos, cuatro, seis meses la contestacion del censor, recibió de repente una carta de Alemania, una epístola de Goëthe llena de alabanzas acerca de dicha oda, y un ejemplar de la version alemana impresa en Alemania. Así los alemanes la conocian ántes que los mismos italianos. «Yo no la he publicado nunca, decia el poeta sonriendo con aire sarcástico, pues á mí no me dejaron tiempo para eso.»

«No piensa V. dedicar otra oda semejante á *Napoleon III?* preguntó en estos dias un amigo de Manzoni á éste. — ¡Ay, si no tuviese tantos años! repuso el anciano conmovido por la nueva de que falleció el libertador de Italia, pero ya se extinguió en mis venas el fuego sagrado de la poesía. — Pero recuerde V. á su gran tocayo Alejandro de Humboldt, que á pesar de sus años trabajaba cual jóven, continuó el tenaz amigo. — V. olvida, contestó el vate, que Humboldt y yo somos dos personas muy distintas. — Bueno, pero no ne-

gará V. que Calderon, que era gran poeta, escribió poesías llenas de fuego á la edad de 82 años.— Llenas de fuego, sí; pero aquel fuego ya no podia calentar al mundo», dijo el preclaro poeta italiano, y su amigo calló viendo que eran inútiles sus esfuerzos.

En cambio un poeta frances, ó por mejor decir, el genio de Francia, Víctor Hugo, que odiaba á *Napoleon III* en la vida, le dedicó despues de muerto, segun dicen los periódicos alemanes, los versos siguientes, que serian nobles por cierto, por ser de un enemigo acérrimo:

¡Peuple! ¡soyons cléments! ¡soyons forts! ¡oublions!
Jamais l'odeur des morts n'attire les lions:
La haine d'un grand peuple est une haine grande
Qui veut que le pardon au sépulcre descende,
Et n'a pour ennemi que ceux qui sont debout.
¡Hélas! ¡quel poids encore pourrions nous après tout
Jeter sur ce vieillard cassé par la misère,
Qui dort sous le fardeau de la terre étrangère!
Roi, puissant, vous l'avez brisé, c'est un grand pas.
Il faut l'épargner mort. *Et moi je ne crois pas*
Qu'il soit digne du peuple en qui Dieu se reflète,
De joindre au bras qui tue une main qui soufléte.

Ya queríamos felicitar cumplidamente al inspirado Víctor Hugo por aquel rasgo de generosidad, cuando hemos visto que consagró aquellas nobles estrofas que tienen por título *Sunt lacrymæ rerum*, no á Napoleon III, sino á Cárlos X.

Pero ¿cómo olvidamos á nuestro *Bismarck?* El primero de Abril de 1856 le encontramos de embajador en San Petersburgo, y á él se debe la eminente conquista de haber granjeado la simpatía del emperador ruso á Prusia y á Alemania, aquella simpatía que se manifestó de una manera tan aparente en 1864, en 1866 y en 1870. Causó Bismarck una gran satisfaccion al czar contestándole en ruso, idioma que, si es muy difícil para un aleman, para una boca española, acostumbrada á pronunciar palabras melodiosas, ha de ser un trabajo de Hércules, un hecho de Bernardo del Carpio, ó una hazaña del Campeador. Es tanta la aficion que el emperador de *Rusia*, Alejandro, profesa á los *prusianos*, que—sea dicho de paso—viendo por casualidad en 1871 al autor de estos pobres articulos en el gran ducado de Baden, aquel país delicioso, fresco, verde, poético como un idilio de nuestro Gessner, empezó por dirigirme la pregunta, no: ¿es V. badense? ó ¿es V. aleman? sino: «¿es V. *prusiano?*»

Pero si ántes *Bismarck* nos presentaba el cuadro olímpico de un hombre valiente en la plenitud de la salud y de prepotente virilidad, desde ahora tiene que luchar con indisposiciones físicas de todo género. Su médico y su providencia era su esposa; su medicina y el encanto de su vida era la selva. Ya se desvaneció su rica cabellera, reemplazada por

aquellos famosos y sutiles *tres cabellos*, que ostenta su retrato en los dibujos humorísticos del *Kladderadatsch* y de otros periódicos festivos. Sin embargo, cuando iba de caza con un frio glacial persiguiendo á los osos, á los lobos y á toda clase de fieras, parecia todavía el tipo del cazador robusto y arrogante. La casa de Bismarck nos habla de despojos de la silvestre fiera, y hasta el jardin zoológico de Colonia se precia de jóvenes osos criados por Bismarck. ¡Qué idilio tan risueño: Mischka, el jóven oso, hijo de Rusia, dando un paseito en la casa de Bismarck, sobre los manteles, entre vasos y platos, ó pellizcando á un lacayo en la pantorrilla!

Pero no sólo indisposiciones físicas atormentaban á menudo á Bismarck, sino tambien angustias del alma, y su descontento con la política prusiana, entónces satélite de Austria, le hacia prorumpir en quejas dignas del más cumplido pesimista. Así escribe á su esposa el 2 de Julio de 1859: «Pueblos y hombres, locura y sabiduría, guerra y paz, vienen y van como las olas, y sólo el mar queda. En este mundo todo es hipocresía y farsa, y sea que la fiebre, ó sea que el cartucho destruya esa máscara de carne, en cada caso ha de caer más tarde ó más temprano, y entónces un prusiano y un austriaco de la misma estatura se asemejarán tanto que será difícil distinguirlos.»

El profeta se revela en la carta que escribió á su esposa el 21 de Junio de 1859, diciendo: «Los soldados austriacos me inspiran una profunda compasion; ¡qué mal han de estar dirigidos para experimentar tales golpes! Yo no temiera tanto á la Francia como al Austria desde el momento en que hiciésemos la guerra.»

Ya várias veces habia rehusado las carteras que le fueron ofrecidas despues de muerto el rey de Prusia Federico Guillermo IV el 2 de Enero de 1861, y todavía el 13 de Enero de 1862 escribió á su hermana: «Temo tanto al ministerio como á un baño frio.» Pero al fin, cuando vió á los diputados prusianos resueltos á reñir recias batallas y á arrostrarlo todo en pro de la causa que defendian, se persuadió de que habia llegado el momento de levantar el pabellon dinástico, de salvar la monarquía amenazada, y á la par el porvenir de Alemania, y de que no sería buen patricio el que no se pusiese al lado de tan gloriosos objetos.

Ántes de ser presidente del Consejo de ministros Bismarck fué algunas semanas embajador en París, pues deseaba derretirse en la ardiente atmósfera de Lutecia despues de haberse helado en San Petersburgo. El 23 de Mayo de 1862 vino á París. Desde aquella fecha hasta 1872 corre la brillante campaña de Othon de Bismarck-Schoenhausen como estadis-

ta, y se inauguró el siglo de oro de la diplomacia prusiana, la página más gloriosa de la vida de nuestro príncipe de hierro. ¡Con qué denodado empeño se esforzaba y trabajaba para crear la unidad alemana, en que pensaba cimentar el edificio de su reputacion y de su gloria! Estando de acuerdo con el Czar ruso y el César frances, gracias á sus coloquios diplomáticos celebrados en San Petersburgo, París y Biarritz, trató de proceder á la cuestion alemana; y para eso necesitaba la Prusia una organizacion militar. Pero la actitud de los radicales entrañaba grandes peligros, y pudiera ser que aquella organizacion se hiciese el pedestal de la república, pues los diputados radicales (hablamos de Prusia) no titubeaban en comprometer los grandes intereses de la patria en aras de la pasion política.

No hay en la historia una lucha tan gigantesca como la que emprendió Bismarck, pues solo, enteramente solo, estaba aquel Aquíles prusiano, aquel Ulíses aleman, que sumamente delgado, pero sano, las mejillas tostadas por los rayos abrasadores del sol, se asemejaba á un hombre que hubiera pasado sobre un camello por las enrojecidas arenas del desierto. La nacion prusiana no conocia aún á su bienhechor, considerándole enemigo del régimen constitucional, pues no ántes de 1866 se publicaron las cartas que demuestran los inmensos progresos en

las miras y opiniones de Bismarck, el cual desplegó las más extraordinarias dotes de valor y prudencia, y cuya firmeza é inteligencia para constituir la Alemania han hecho maravillas. ¿A quién no parece hoy un sueño aquel período maravilloso de 1862 á 1872, aquellas victorias diplomáticas y militares, cuyos resultados permanecerán grabados para siempre en las tablas de la historia? Como el nombre de Alfonso es en toda la Península ibérica, lo mismo en Castilla que en Leon, en Aragon como en Portugal, la bandera de la nacionalidad española, hasta concluir la Edad Media, así en los tiempos modernos el nombre de Bismarck es para los alemanes la bandera de la unidad; ¿qué mucho que suscite tan gratos recuerdos en los que lo pronuncian?

Pero no era así cuando Bismarck, sin aconsejarse más que de su valor, entró en el Ministerio, despues de conocida en Francfort la refinada astucia de los pequeños estados de Alemania y despues de estudiada la diplomacia del príncipe Gortschakoff en San Petersburgo, y la de Napoleon III en París. Entónces el nuevo ministro era objeto de anatema en Prusia, y á él se dirigian todos los tiros. Llegando á Berlin en Setiembre de 1862, puso en práctica todos los medios imaginables para que cesase la disidencia entre el Gobierno y la Dieta, y no pudo llegar á un comun acuerdo. En vano trató de ini-

ciar en su secreto, sin comprometerse, á algunos prohombres del radicalismo, haciéndoles medias confidencias: los progresistas y los liberales no abrieron los ojos de la inteligencia; ninguno de ellos estuvo á la altura de las miras bismarckianas, y errando en todo lo que hicieron, continuaban haciéndole una guerra implacable, y provocando cada dia nuevos escándalos. Así disponia sólo de los conservadores y dinásticos que constituyeron una parte muy pequeña de la Cámara y se asemejaban, no á un partido compacto, sino á una tropa vencida. Pero el Ministro no perdió por eso brío y aliento. Abrigaba la persuasion de que la monarquía prusiana no habia cumplido todavía su mision, y que no habia llegado para ella el tiempo de formar sólo un ornamento del edificio de la Constitucion y de ser inserto cual máquina muerta en el mecanismo del régimen parlamentario. Y ademas, comprendia Bismarck que el prusiano que pierde un brazo sobre las barricadas, vuelve á su casa triste y abatido, miéntras el mismo lidiaria cual leon en las filas del ejército por el honor de la patria. En aquellos dias dijo: «Hay circunstancias en que la muerte en el cadalso es tan honrosa como la que se alcanza en el campo de batalla.» Y otro dia dijo al príncipe hereditario con la sangre fria que le distingue: «¿Qué importa que se me ahorque, si la cuerda con

la cual eso se verifique sirve de consolidacion del trono?» Palabras que hoy dia nos parecen un mito cuando Bismarck es saludado con aplauso universal despues de alcanzada la victoria por la gracia de Dios, el valor del emperador Guillermo y la energía de su canciller, que excede á toda ponderacion posible.

Como Juana de Putkammer fué el médico de su esposo el señor de Bismarck, así éste era el médico de su rey, quien con su bondad proverbial dijo un dia á una princesa rusa que le dió la enhorabuena por su salud: «Hé aquí á mi médico, el señor de Bismarck.» Pero el partido liberal empañaba su reputacion ante la historia, ó caia, cuando ménos, en la merecida censura que llevan siempre en pos de sí la impremeditacion y la irreflexiva obstinacion. Bismarck los comparó á Arquimedes, que haciendo su círculo, no advierte que la ciudad está ya conquistada.

A su esposa escribió el 4 de Octubre de 1862: «A la mesa de la Cámara con un orador que me in»sulta, en la tribuna entre una explicacion hecha y »otra que tengo que hacer, te doy noticias acerca de »mi salud. Mucho trabajo y poco sueño, el principio »es difícil. Pero no importa: sólo la vida llana como »un plato es incómoda.»

Tres dias despues escribió á su hermana con su

humor de siempre: «Jamas he comido tan excelen»te morcilla. ¡Bendita sea tu matanza! Aquella »morcilla es mi almuerzo desde hace tres dias. Des»de las ocho hasta las once, diplomacia; desde las »once hasta las dos y media, conferencias ministe»riales, llenas de contiendas y riñas; despues, hasta »las cinco, conferencia con el rey; media hora de »galope con la lluvia hasta el hipódromo; á las cin»co la comida, desde las siete hasta las diez traba»jos de todo género, pero buen sueño y mucha »sed—hé aquí mi vida.»

La impresion mágica que hacia la personalidad de Bismarck, áun en aquellos tiempos graves, la demuestra el hecho siguiente:

De vuelta á su pueblo el jefe de una diputacion que habia ido á hacerle presente su fidelidad, dijo ante sus amigos: *parece imposible decir un desatino delante de aquel hombre;* y uno de los presentes le interrumpió con el siguiente intencionado chiste: ¡Bien se conoce que no ha asistido V. nunca á una sesion de la Cámara de los diputados!

Un dia en una sesion de comision, Bismarck sacó de su bolsillo un ramo de olivo diciendo: «He cogi»do este ramo en Aviñon para ofrecerlo á los pro»gresistas, pero siento que todavía no haya llegado »el momento.» Otro dia dijo en la Cámara: «Pre»gunto á Vds.: ¿dónde nos ha de llevar ese tono?

»¿Quieren Vds. terminar nuestra contienda política »á la manera de los Horacios y Curiacios? Pudiéra»mos hablar de eso, si Vds. son gustosos de ha»cerlo.»

Con la más profunda compasion y á la par con creciente admiracion miramos á Bismarck en hora tan triste y menguada, en esa lucha desquiciada en que ardian los partidos, y comprendemos que la vida de Bismarck en Berlin era, segun él mismo decia, la existencia de un forzado de galera, y que en frente de los ataques más injustos se enardecia y sublevaba su conciencia.

El 29 de Setiembre de 1862 exclamó: «No se debe tomar el conflicto tan á lo trágico. Quizás somos *demasiado cultos* para soportar una constitucion: somos demasiado críticos.»

El 8 de Octubre de 1862 fué nombrado presidente de ministros, y el 13 del mismo mes concluyeron las sesiones de la Dieta sin que ésta hubiera aprobado los gastos necesarios para el bien del Estado. Así se dió principio á un régimen anormal, al régimen sin «presupuesto.» El 1.° de Noviembre de 1862 Bismarck se despidió de Napoleon en Saint-Cloud, y salió animado de la más completa satisfaccion y arrastrado por la conviccion más inmutable de que no tendria en Prusia la suerte que el príncipe de Polignac tuvo en Francia en 1830, y que la

soberanía de los reyes prusianos, aquella base de la gloriosa historia prusiana, sería una roca de bronce.

El nudo gordiano llamado el conflicto, podia desanudarse sólo por la accion de la historia. Obsérvese la tranquilidad y la inaudita franqueza propia de su carácter con que Bismarck proseguia elaborando sus planes de la reorganizacion de Alemania. Segun dice en su célebre despacho circular del 24 de Enero de 1863, habló con el embajador austriaco en Berlin, el conde de Karolyi, de la manera más categórica, diciéndole que Austria habia de elegir entre la continuacion de su política anti-prusiana, teniendo su único sostenedor en una coalicion de los estados medios, y una union leal é invariable. Pero el Gobierno austriaco, abrigando la esperanza de que pudiese arrastrar á Prusia, invitó á los príncipes alemanes al Congreso de Francfort.

¡Qué elegantes carruajes, qué coches habia entónces en la ciudad de los emperadores! Pero uno hacia falta, el coche de la córte prusiana. Mi amigo el doctor Schwetschke compuso unos versos humorísticos en latin con motivo de aquella asamblea de príncipes. La idea de esta graciosa composicion, que es una parodia de la conocida cancion estudiantil *Gaudeamus igitur*, viene á ser: «Nuestro »banquete es breve, y pronto hemos de concluir-

»lo ¡vaciemos, pues, pronto las botellas y coma-
»mos el buey histórico! (1). ¡Vivan los presen-
»tes; eso sí! pero ¡mueran los ausentes! ¡muera
»Bismarck!»

Lo mismo que aquella alegre chanzoneta, tiene mucha gracia una frase del mismo emperador Francisco José de Austria respecto de Bismarck cuando un dia le censuraban en su presencia, y dijo: «¡Ojalá que yo le tuviese!»

Como previó Bismarck, la actitud de Austria no dejó duda de que estallaria una guerra entre ésta y Prusia; pero ántes se verificó una cosa increible, una maravilla de la política, una alianza de Austria y Prusia contra Dinamarca á causa de Schleswig-Holstein. Al saber aquella nueva exclamaron los buenos habitantes de Viena, involuntariamente, como por instinto: «¡Bismarck nos engaña!» cuando la bandera negra y amarilla de Austria y la negra y blanca de Prusia flotaban en 1864 victoriosas en Schleswig, en Holstein y en Jütland. Prusia mandó á sus águilas volar á Missunde y alzar el espléndido trofeo en Oeversee, en Düppel y en Alsen. Ardia la lucha, retumbaba el bronce, el trueno de Missunde despertaba al patriotismo prusiano, el

(1) Buey histórico llamamos á la carne que figuró en la lista de los platos en aquella comida de príncipes.

danes huyó confundido, el fusil de aguja hizo maravillas, y el mismo Bismarck acompañó á su rey para obsequiar en el Norte á los héroes prusianos, al vencedor de Düppel, el príncipe Federico Cárlos. ¡Qué triunfo para Bismarck! el primero despues de tantos dias nebulosos, despues de un torrente contínuo de tinta, despues de un diluvio de documentos diplomáticos, despues de una existencia llena de penosas ocupaciones y fatigas. Por primera vez se tornó en íris de bonanza la tempestad sombría. Mira, Bismarck,

Mira á tu gloria despertar la fama,
Que sus doradas alas desplegando,
Y sonando la trompa diligente,
Los grandes ecos de tu nombre envia
Del Norte al Mediodía,
Del templo de la aurora al Occidente.

El rey de Prusia agració á nuestro Bismarck con la mayor distincion, la órden de la Aguila Negra, y el emperador de Austria le condecoró con motivo de su estancia en Viena con la distinguida órden de San Estéban. Por cierto que aquellas condecoraciones, adornando el pecho de Bismarck, tienen consigo gloria, y no se asemejan á las distinciones de que habla D. Juan Bravo Murillo, diciendo: «Los »honores que no recaen sobre méritos que se re»cuerden por beneficios que se hayan hecho á los

»semejantes, acaban con la vida del individuo, y »quedan en el olvido.»

En la guerra danesa admiramos el genio de nuestro Bismarck: un momento de vacilacion, un segundo de perplejidad, y las potencias extranjeras hubieran intervenido con motivo de los «protocolos de Lóndres», y el progreso de Alemania hubiese visto entorpecida su marcha regeneradora. Pero una guerra tan breve y victoriosa era una ventaja inmensa para Prusia y una piedra más llevada al edificio de la unidad alemana. Los albores de la futura grandeza de Germania se destacaban ya en el horizonte de su hermoso cielo, pero Austria cogió, segun lo previó el discreto Bismarck, en el campo de batalla sólo lauros funestos. Las mismas victorias en la guerra danesa fueron el preludio de su gran derrota en Sadowa, pues ya aquella guerra manifestó cuán gran diferencia habia entre los intereses de Alemania y los de Austria, que queria constituir en Schleswig-Holstein un pequeño estado más.

Antes de sostener de nuevo la encarnizada lucha con el «*Düppel interior*» — así se llamaba despues de la guerra danesa y despues de la victoria de Düppel alcanzada por los prusianos en el extranjero, la cuestion pendiente en la Dieta prusiana, — *Bismarck* iba otra vez á los baños de Biarritz, el otoño de 1864, y vivia en la tierra *vascongada*, segun él

mismo escribia á su esposa desde el pueblo de Izazu, una vida demasiado agradable y bucólica para que durase mucho tiempo. ¡Con qué envidia habrá oido *Bismarck* la gloria que cantan las doncellas de Vasconia.

Una heredad en un bosque,
Y en la heredad una choza,
Y en la choza pan y amor,
¡Esa, Dios mio, es la gloria!

¡Ave María Purísima! La Vasconia, aquella suma y copia del Eden que besa la brisa marina, aquellas colinas verdes, aquella blanda alfombra de césped y camamilas, aquellos vallecitos benditos por ser pacíficos, leales, laboriosos y cristianos, aquellos arroyuelos en que beben abejas y mariposas, aquella tierra en que los pajarillos cantan junto al cielo con voz más dulce:

¡Paz á los hombres,
Y gloria al que en la altura
Rige los orbes!

aquellos caseríos que parecen pellas de nieve que el sol no pudo borrar; en fin, aquel terrenal paraíso es hoy el teatro de una guerra fratricida, una fuente de lágrimas: se traba la lid, reñida y sangrienta como pocas, porque en valor compiten hombres duros como rocas en uno y otro bando, y sabe Dios cuando estos renglones dedicados á nuestro gran

estadista, que vió la honrada Vasconia en los hermosos dias de la paz, penetrarán por la tierra euskara á la capital de España.

En Biarritz tuvo Bismarck un sueño extraño que se complacia en contar á su querido maestro el doctor Bonnel. Se me figuraba, decia Bismarck, que subia á un sendero elevado que á cada paso se hacia más estrecho; por fin me encontré ante una pared alta, y á ambos lados veia un abismo inmenso. Vacilé un momento si debia regresar, pero despues avancé resuelto hácia la pared para abrirme el camino; bastó un empuje, y de repente se desvaneció el obstáculo.

Ahora sabe todo el mundo qué pared cedió al empuje de Bismarck.

XIII.

Nos aproximamos al gran año en que surgia como por encanto una nueva Confederacion germánica bajo los auspicios de Prusia; nos aproximamos al año de 1866 en que Bismarck obtenia el triunfo de su idea por un benéfico golpe de fuerza, y en que la bandera de nuestro gran ministro se imponia por la fuerza irresistible de los sucesos á todos los elementos verdaderamente liberales de nuestra patria, haciendo triunfar la causa de la unidad, símbo-

lo y compendio de todos los intereses que tienen raíces profundas en la nacion alemana.

En 1865 continuaba el conflicto entre el Gobierno prusiano y la Dieta; los varios grupos políticos continuaban bullendo y agitándose en la capital de Prusia, é iba aumentándose la rivalidad entre Prusia y el Austria, para las cuales los ducados Schleswig y Holstein, libertados á trueque de preciosa sangre alemana, se hicieron la manzana de la discordia. No teniendo la costumbre de guardar sus sentimientos cuidadosamente en un rincon de su pecho, Bismarck habló de confianza al Gobierno austriaco, de la intencion de anejar los ducados á la Prusia. Pues ¿qué estado podia amparar á las costas alemanas y crear una marina germánica, sino la Prusia? ¿Qué Estado tuvo que impedir que Schleswig-Holstein, impulsado por sentimientos mezquinos, se sustrajese á la gran patria alemana, sino la Prusia?

Todo el mundo esperaba que ya entónces estallaria la guerra entre las dos grandes potencias alemanas, y grande fué la sorpresa, cuando éstas, el 14 de Agosto de 1865, en vez de tomar las armas, concluyeron el convenio de Gastein, segun el cual Austria y Prusia deslindaron la ejecucion de sus derechos respecto de Schleswig-Holstein, así que la administracion y el gobierno de Schleswig pasó

al rey de Prusia, y la de Holstein al emperador de Austria. Lo que entónces sucedió en pequeña proporcion, respecto de los ducados, debia verificarse más tarde en grande escala respecto de Alemania.

Un mes despues del convenio de Gastein, que no era otra cosa que un armisticio, el 15 de Setiembre de 1865 recompensó el rey de Prusia los relevantes méritos del señor de Bismarck nombrándole *conde.* A la verdad, ¡cuánto debia ya en aquel tiempo la monarquía á Bismarck! Pues él le habia dado nuevo brillo en la guerra danesa, é inspirándose en su cordura y en su patriotismo, aprovechó todas las ocasiones que se le presentaron para conquistar los corazones del pueblo aleman á la monarquía prusiana. Así decia en la Dieta el 11 de Febrero de 1865: «Los reyes de Prusia no fueron jamas por excelencia reyes de los ricos, y ya el gran Federico exclamó: *Quand je serai roi, je serai un vrai roi des gueux.*»

Pero tenemos que añadir todavía una palabra sobre Gastein. En aquel pintoresco pueblo estuvieron al mismo tiempo el rey, su ministro y la *diva* del teatro real prusiano, Paulina Lucca, baronesa de Rahden, la más excelente Zerlina de que se precia el D. Juan de Mozart. Hay una suerte de afinidad entre el estadista y la prima donna, pues aquella señora es tan grande en la sublime esfera del arte,

como el ministro prusiano en el difícil arte de la diplomacia. Ignoramos el móvil, pero la verdad es que en Gastein salió una fotografía en que figura la aplaudida Zerlina, y en su compañía, en vez del Juan Tenorio de Sevilla, el hidalgo de la Marcha, el Sr. de Bismarck. ¡Qué escándalo! exclamaron hasta los amigos del ministro, y éste se vió obligado á escribir á uno de ellos el 26 de Diciembre de 1865: «Supongo que juzgaria V. con ménos rigor acerca de la fotografía en cuestion, sabiendo á qué casualidad debe su orígen. Ademas, la señora de Rahden, aunque cantatriz, es una dama á la cual, lo mismo que á mí, jamas se ha reprochado por relaciones ilícitas. Sin embargo, si hubiera pensado en la mala impresion que aquel chiste causaria á muchos y leales amigos, no me hubiese puesto al alcance de la máquina del fotógrafo. Figurando yo entre la infinidad de pecadores á quienes falta la gloria que necesitan ante Dios, espero que la misericordia divina me concederá en los peligros y en las dudas de mi empleo el baston de la humilde fe cristiana que ha de sostenerme en mi camino, pero esta confianza ni cerrará mis oidos á los reproches de buenos amigos, ni me llenará de cólera respecto de un juicio duro. ¿Dónde está el hombre que, estando en una posicion como yo, no dé pábulo al escándalo, justo ó injusto?»

En la misma carta, que es una confesion, dice Bismarck de sí mismo: «Como hombre político no soy siquiera bastante atrevido, ántes pudiera llamarme á veces cobarde, y eso, porque no es fácil alcanzar siempre en las cuestiones que han de preocuparme la claridad que necesitamos para que nos crezca la confianza en Dios.»

En la fotografía de Gastein, Bismarck parecia desempeñar el papel de D. Juan Tenorio; pero á la verdad, en casi toda su vida, en su larga carrera de ministro, tuvo que desempeñar el de Leporello, el infatigable servidor que ni conoce paz ni tregua, ni dia, ni noche. Pero Bismarck es un Leporello contra su voluntad, contra su deseo. Pudo llevarle sólo la noble ambicion del deber, el pundonor y el amor á su rey y al pueblo. Tiene eso de comun con Cincinato y Garibaldi, que ama el campo en que pueda sembrar y coger, esperando con afan la felicidad horaciana: «*Beatus ille qui procul negotiis*», que ama la naturaleza léjos del ruido del mundo, que ama las ocupaciones que no producen despecho, sino que fortalecen á la par al cuerpo y al ánimo; y para usar una famosa frase bismarckiana, pudiera decirse que él mismo pertenece *á la categoría de los que han faltado á su vocacion*, pues el destino, no complaciéndole en sus deseos, le condenó á tareas gigantescas y á fatigas inmensas. Ya en 1863 escri-

bia : « Veo un bienhechor en cada persona que trata de derribarme del ministerio.» Y el 12 de Julio de 1865 escribió á su hermana desde Carlsbad: «La rueda continúa haciendo su camino dia por dia, y se me figura que soy yo el caballo cansado que está arrastrado por ella, sin que avance de su sitio.»

De Gastein salió Bismarck para Baden-Baden, que Edmon About llama una ciudad de carton, que Mr. Benazet encargó hace algunos años á los adornistas de la Opera, y que hace repintar todas las primaveras para que se mantenga la ilusion. Ignoramos si Bismarck creia ver, como aquel escritor frances-alsaciano, que en los verdes montecillos practicables alrededor de la Conversacion iba á aparecer Mr. Petipa llevando á Mad. Farraris en la punta del dedo. Pero sabemos que el célebre estadista buscaba en cada pueblo, en cada villa, en vano la felicidad del «incógnito».

En el invierno de 1865 se encontró enfermo en Berlin y veia en su derredor sólo amagos de tempestad y cataclismo, pero *fortes fortuna adjuvat* y *post nubila Phoebus*. Antes de 1866 previó Bismarck que la batalla habia de venir entre la Prusia y el Austria. No se necesita ya hoy vista de lince para percibir muy claro que la guerra de 1866 es una de las mayores hazañas de Bismarck. La situacion se

habia hecho insostenible y empezaba á ser para Prusia insoportable.

Conocida es la altiva respuesta que el Talleyrand prusiano dió al embajador de Sajonia cuando éste en 1864 le participó que Sajonia movilizaria su ejército contra la Prusia. « Doy á Vd. las gracias por » semejante nueva, contestó Bismarck, pero no ha- » blemos más de eso, pues ahora tengo que hacer co- » sas de mayor importancia. » El baron de Beust, ministro de Sajonia, conocido por su indisputable habilidad é influencia, continuaba su política fatal, que consistia en sostener el equilibrio entre el Austria y la Prusia, envidiar á entrambas y perder así á Alemania. ¡Qué halagüeña perspectiva se presentó á los ministros de los estados medios de ocuparse en cuestiones de la política europea! Aquellos estados medios, alentados por el Austria que les prometió la paridad con la Prusia y el imperio de la mayoría en la Dieta de la Confederacion, trataban de forzar á Prusia á aceptar un pequeño estado en Schleswig-Holstein, y recordando la frase de Proudhon, «la fruta está madura, ella caerá», creian que Prusia habia de ser la víctima de la política bismarkiana.

Austria, tan fecunda en promesas como parca en obras, me recuerda el cuento de no sé qué poeta español. Refiere el autor, que habia en Flándes un

soldado llamado César Fernandez, aficionado al juego; el cual, habiendo un dia ganado gran cantidad de oro y plata, y pidiéndole el barato uno de los circunstantes, metió con gran bizarría la mano en el monton para dárselo, pero no sacó más que dos reales: viendo lo cual el demandante, dolido de tanta mezquindad, junta con tal ostentacion, sin dejar de tomar los dos reales, le dijo:

« Por cierto que en este lance
Vuestro empuñar fué de César,
Pero el dar fué de Fernandez.»

Otro tanto le sucedia á Austria en su conducta con los estados medios de Alemania. Entre tanto Prusia preparó la guerra, pues tratar de cambiar el sistema de Austria y de los estados medios hubiera sido una tarea tan inútil como la de buscar delfines en las selvas, ó panteras en el Océano; y la guerra era por eso para Prusia la estrella de la esperanza, la cuestion magna, la que ante todas reclamaba los cuidados del gobierno. Lo exigia la salud de la patria.

Si las tradiciones de hermandad en las armas, los lazos de parentesco que unian á los príncipes, las intrigas de los diplomáticos, la agitacion que habia en la opinion pública, la desercion de antiguos amigos, una obcecacion, ó una pusilanimidad por parte de unos, la deslealtad por parte de otros, hasta

las peticiones de paz de adversarios políticos, que querian abrir un abismo ante el gobierno, eran para Bismarck, aunque dotado de un alma leal á toda prueba y un corazon de leon, bastantes motivos de desaliento, todavía se acumularon otros para hacer más desesperada su situacion. Pero, merced á un acontecimiento verdaderamente providencial, Bismarck recobró pronto la conciencia de su mision histórica y la serenidad del ánimo, y creíase harto recompensado con la gloria que adquiriera, con la estimacion de su soberano, el respeto de los alemanes y la admiracion del mundo. El 7 de Mayo de 1866, á las cinco de la tarde, cuando restablecido de una grave enfermedad pasaba por la alemeda llamada «Bajo los tilos,» oyó de repente á su espalda dos tiros de rewólver: Bismarck no tiene los nervios muy delicados, y volviéndose, ve al criminal, un jóven disparando el tercer tiro; avanza hácia él y le coge por la garganta. Este cambia el rewólver en la diestra y dispara otros dos tiros, de los cuales uno hiere en el espinazo á Bismarck. Sin embargo, dominando su ira, tiene sujeto al criminal con su puño de hierro y lo entrega á algunos soldados del segundo regimiento de la guardia, que en este momento pasaban por la calle. Despues, siguiendo adelante como si nada hubiese ocurrido, va á su casa en la calle de Guillermo, saluda á los convidados, y

dice á su tierna esposa, con su gracia de siempre, cuando llega tarde á la comida: «Pero, Juana mia, ¿por qué tardamos hoy en comer?» Y sólo despues de haber conducido á una de las señoras al comedor con su acostumbrada galantería, dice á Juana besándola en la frente: «¡Niña de mi alma! Han disparado un tiro contra mí, pero no fué nada.»

El benévolo lector recordará la anécdota de Bismarck, que siendo niño no pudo esperar la sopa. Tambien el caldo de aquel memorable dia tiene su historia particular. Tanta era la emocion de todos, que nadie se atrevia á comer, á excepcion de Bismarck, que despues de una breve oracion empezó á saborear la sopa, cuando el rey, dejando la suya y conmovido en el alma, apareció en casa de Bismarck para estrecharle la mano y darle la enhorabuena, pues le veia libre del grave peligro que acababa de correr.

Despues del rey, que levantó al cielo sus ojos llenos de lágrimas, llegaron los príncipes de la casa real, y sentados á la mesa comun, sin atender á la etiqueta, brindaron por Bismarck. Seguidamente aparecieron los ministros, y entre los primeros el anciano feld mariscal Wrangel, cuyo espíritu se exhaló en bendiciones. Jamas vió la casa de Bismarck tantos huéspedes como aquel dia; hasta sus adversarios le rodearon. Estaba escrito que nuestro héroe, tantas

veces interrumpido en su comida, no debia comer aquel dia ni su sopa, pues dejándose oir en la calle el rumor de la gente que llegaba afanosa por mostrarle su simpatía, tuvo por primera vez que hablar al pueblo de Berlin desde un balcon, siendo saludado por la multitud con acaloradas muestras de cariño.

Desde aquel dia que el Omnipotente prestó á la Prusia su santo amparo, Bismarck se creia el centinela que solo Dios podia relevar de su puesto. Pero los periódicos de Viena explicaron la maravillosa salvacion del gran ministro prusiano de una manera ridícula, convirtiendo su camisa en una coraza y asegurando que compraba su ropa blanca en casa del..... hajalatero.

¡Qué pronto se desvaneció aquella mofa de los austriacos en la guerra de 1866! ¡Saludemos á los frondosos y viejos árboles del jardin de la casa de Bismarck, en la calle de Guillermo, en Berlin! Aquellos árboles, en los cuales están cifrados los blasones de los buenos prusianos, fueron los testigos de las entrevistas de Bismarck con los ilustres generales de Moltke y de Roon en 1866; bajo la sombra de aquellos árboles, que erguidos y robustos mecen su frente altanera, concibieron el plan de la gloriosa campaña de 1866; bajo la sombra de aquellos árboles tomó Bismarck, en la noche del 14 de Junio,

la resolucion importantísima de hacer marchar las columnas prusianas un dia ántes que se habia convenido.

Pero ántes de hablar de la campaña de 1866, hagamos una visita al héroe de la campaña diplomática, á nuestro Bismarck, que tiene frio el entendimiento y caliente el corazon. Hagámosle una visita, como le hizo un distinguido periodista frances, el Sr. Vilbort, el 10 de Junio de 1866. Éste escribió al presidente de ministros prusiano una carta concebida en estos ó semejantes términos: «V. E. es un »enigma que quisiera resolver para la nacion fran»cesa. El periódico *El Siècle*, que cuenta un millon »de lectores, me ha encargado explicar á mis com»patriotas aquel problema que se llama *conde de* » *Bismarck.*»

El Conde prusiano recibió al escritor frances, y con sumo gusto reproducimos aquí las gráficas palabras con que el culto frances pinta al ilustre aleman. Dice así: «Al entrar en aquel gabinete en que »pendia de un hilo la paz de Europa, vi á un hom» bre de gallarda estatura, su frente era alta, ancha, »llana; en la extraordinaria animacion de su sem» blante encontré, no sin sorpresa, una gran bene» volencia y no poca pertinacia.

» Bismarck tiene los ojos grandes, de mirada pro» funda y blanda á la vez, pero que puede volverse

»terrible cuando arde en él el fuego de la cólera. »Tiene un bigote militar que encubre la ironía de »su sonrisa; en sus discursos, ricos de metáforas, se »une la llaneza del soldado con la discrecion del di»plomático. Como cumplido caballero y cortesano, »está armado de todos los encantos de la más ex»quisita cortesía.» Mr. Vilbort dirigió despues la palabra á Bismarck diciendo:

«Como frances tengo una satisfaccion en recono»cer que la política de V. consiste en libertar á Ita»lia de Austria, en constituir á Alemania sobre la »base del sufragio universal. Pero ¿no hay una in»conmensurable divergencia entre su política pru»siana y su política alemana? V. proclama el Par»lamento nacional como única fuente de la cual »Germania podria salir regenerada; y al mismo »tiempo trata V. á la Cámara de diputados prusiana »de la manera que Luis XIV, que con la varilla en »la mano entró en el Parlamento parisiense. Nos»otros creemos que hay incompatibilidad completa »entre el absolutismo y la democracia; y para decir »la verdad, en París se cree que su proyecto de us»ted de abrir un Parlamento nacional, es sólo una »máquina de guerra concebida con gran arte, un »instrumento que V. romperia despues de haberlo »usado como quiera.»

«Sé bien, contestó *Bismarck*, que en Francia go-

»zo de la misma impopularidad que en Prusia. Por »do quier me hacen responsable de una situacion que »no he creado yo, pero que se ha impuesto á mí co- »mo á todos. Soy la víctima de la opinion pública, »pero eso me importa poco. En cuanto á la política »interior, se debe tener en cuenta que en Alemania »domina el individualismo: cada uno vive aquí apar- »te en su modesto rincon, con su opinion particular, »entre su mujer y sus hijos, siempre lleno de des- » confianza contra el gobierno, como contra su veci- »no, contemplándolo todo bajo un punto de vista »meramente personal. El sentimiento del individua- »lismo y de la contradiccion está desarrollado en »Alemania, hasta un grado incomprensible. Mues- »tre V. por ejemplo, á un aleman una puerta abier- »ta: primero que salga por ella, se obstinará en ta- »ladrar al lado un hueco en el muro. Así cada go- »bierno será impopular en Prusia. Esta fué la suer- »te de todos nuestros gobiernos desde los principios »de la dinastía. Los prusianos saludaron con frene- »sí las victorias del gran Federico, pero á la nueva »de su muerte se frotaron las manos por el gusto »de verse libres del tirano. Sin embargo, unido á »aquel antagonismo hay en Prusia un profundo di- »nastismo. No ha habido gobierno alguno que pu- »diera conquistarse el favor del individualismo pru- »siano; pero todos gritan del fondo de su corazon:

»¡ Viva el rey! y cuando el rey manda, obedecen.»

—«No obstante hay quien opina, replicó el lite»rato frances, que el descontento pudiera llegar »hasta la rebelion.»

—«El gobierno no la teme, contestó *Bismarck.* »Nuestros revolucionarios no son tan terribles. Su »hostilidad se manifiesta en apodos respecto de los »ministros, pero todos respetan al rey. *Yo solo soy* »*el culpable* á sus ojos, y á mí solo me acometen. »Con un poco más de imparcialidad conocerian qui»zás que he obrado así porque no podia obrar de »otra manera. La situacion actual de Prusia en Ale»mania y Austria requiere que tengamos un ejér»cito, y ése es en Prusia un poder *disciplinable.....* »No sé si esa palabra es castiza.»

—«Seguro, señor ministro, se puede aplicar con »propiedad.»

—«Pues bien, aquella necesidad de un gran po»der que nos imponian las circunstancias, no podia »tolerar una política de oposicion. En cuanto á mí, »soy por mi familia, por mi educacion, y mis antece»dentes sobre todo, *el hombre del rey*, y el rey sos»tenia la reorganizacion del ejército tan denoda»damente como su corona, porque él tambien la con»sideró indispensable en el fondo de su alma. Yo »vivia cual pobre hidalgo en el rincon de una oscu»ra aldea, cuando hace diez y seis años la voluntad

»del rey me llamó á Francfort, cual embajador cer-
»ca de la Confederacion. Aunque educado en la ad-
»miracion de la política austriaca, no necesitaba
»mucho tiempo para desprenderme de las ilusiones
»de mi juventud acerca de Austria y de volverme
»su declarado adversario.»

—«Pero permítame V. preguntarle, dijo el cola-
»borador de *El Siècle*, ¿cómo logró V. que el rey,
»el representante del derecho divino, aceptase el
»sufragio universal, aquel principio eminentemente
»democrático?»

—«¡Hé aquí, contestó *Bismarck* con bastante
»vivacidad, una gran victoria alcanzada por mí des-
»pues de cuatro años de lucha! Cuando el rey me
»llamó, la situacion era sumamente difícil y grave.
»S. M. me propuso una gran lista de concesiones
»liberales, miéntras en la cuestion militar no se po-
»dia esperar ninguna. Yo decia al rey: acepto, y
»cuanto más liberal podrá demostrarse el gobierno,
»tanto mejor. Por una parte la Cámara, por otra
»parte la corona manifestó su obstinacion. En aquel
»conflicto he seguido al rey obedeciendo al respeto
»que me infunde mi soberano y á las tradiciones de
»mi familia. Pero que por naturaleza ó por sistema
»sea yo un adversario del parlamentarismo es una
»suposicion muy errónea. Nadie tiene el derecho de
»ofenderme con la suposicion que yo pensase mis-

»tificar á Alemania con mi proyecto de un parla-
»mento nacional. El dia en que despues de cumpli-
»da mi mision no estuviesen de acuerdo mis debe-
»res, respecto de mi soberano, con mis deberes
»cual estadista, podria tomar la resolucion de re-
»signar mi cartera, sin que tuviese que renegar de
»mi obra.»

Con esas pláticas pasaron el tiempo el gran aleman y el distinguido frances hasta la media noche. «Hasta mañana, amigo mio, decia el *conde de Bis-*
»*marck* al despedirse del frances, sírvase V. comer
»mañana conmigo en el círculo de mi familia. Esa
»es la única hora que me queda; y ahora tengo que
»trabajar hasta que el sol apague mi lámpara.»

Mr. Vilbort concluye sus interesantísimos apuntes sobre Bismarck con las palabras: «No traspa-
»saré el muro que rodea á la vida privada del hom-
»bre de estado. No introduciré al público en el re-
»cinto de aquella familia en que un aroma de ele-
»gancia francesa se derrama sobre la sencillez de
»Pomerania. Sin embargo, séame lícito añadir que
»Mr. Bismarck sazonó la comida con la sal ática
»de su inagotable ingenio. Ninguna preocupacion
»oscurecia su frente, cosa tanto más extraña,
»cuanto que la crísis habia alcanzado ya su momen-
»to más terrible, pues el dia siguiente debia decla-
»rarse la guerra. Bismarck habló de Francia, de

»París, no olvidándose de nada, ni siquiera del *bal* »*Mabille*. Un diluvio de chistes brotaba de sus la- »bios bajo mil formas pintorescas; y él mismo co- »menzó á reirse el primero y de todo su corazon; »pero miéntras se entregó á sus caprichos alterna- »tivamente jocosos y sarcásticos, no perdió palabra »ninguna de las que se hablaron en su derredor.»

¡Qué acertado estuvo *Bismarck*, el político consecuente y enérgico, el hombre de gran corazon, al decir: *Yo solo soy el culpable á los ojos de todos.* Pues en el momento en que el rey D. Amadeo I de España «entre el fragor del combate, entre el confuso atronador y contradictorio clamor de los partidos, viendo cada dia más lejana la era de paz y de ventura» en el bellísimo suelo ibérico ¡ay! tan hondamente perturbado, abdicó el poder, el *Journal de París* dice que *su cetro le venía de Mr. de Bismarck.*

Para caracterizar más á nuestro Bismarck tenemos que decir que en 1866, como ántes, era *el hombre del rey*, prestando fervoroso culto á la dinastía prusiana, porque el sentimiento dinástico está encarnado en las fibras de todo su ser, y será inseparable compañero de su existencia; y que las ideas modernas no las tiene por complacer á nadie, ni por servir los antojos de las muchedumbres.

El ilustre rey D. Alonso el Sabio dice en una de

las leyes de Partida que escribió con incomparable perspicacia: «assi como el cántaro se conoce por su sueno, otrosi el seso del ome es conocido por la palabra» (1). Pero quien suponga que Bismarck, el cumplido caballero, el eminente estadista, que pudiera llamarse el primer diplomático del mundo, sea tambien el hombre de la palabra, un brillante improvisador, un Castelar de la elocuencia, fulminando los rayos invencibles de su palabra contra sus adversarios, incurrirá en un gran error: no es Bismarck orador parlamentario en el verdadero concepto con que esta entidad se conoce; pero á pesar de los acentos monótonos de su voz, á pesar de la tardanza de su lengua, que á veces le niega la obediencia, á pesar de sus movimientos inquietos, á pesar de su falta completa de accidentes oratorios, cautiva la atencion dominando á cuantos le oyen por la energía de sus pensamientos, la profundidad de sus conceptos, la lógica en las deducciones y por su vastísima instruccion; sus discursos se oyen hasta con religioso silencio. Un distinguido hombre político, mi compatriota el Sr. Bamberger, dice de Bismarck: «Tenemos que conceder que su estilo no está privado de colorido. Su espíritu penetrante y

(1) Ley 5.ª, lib. IV, part. II.

claro no desdeña el colorido, como tambien su constitucion tan robusta no puede sustraerse siempre á cierta irritabilidad nerviosa.»

Si Alemania tiene, pues, que envidiar la palma de la elocuencia á España, el país de los oradores, en cambio puede vanagloriarse de llamar suyo al genio de la diplomacia. El genio de Bismarck fué quien, rompiendo con las ideas legitimistas de su partido y peleando tambien por la causa nacional de los italianos, convirtió la guerra de 1866, que parecia una guerra odiosa, una guerra de gabinete, una guerra fratricida, en una guerra nacional, en una guerra santa, en una guerra emprendida en pro de los bienes más queridos de la patria, á fin de que Alemania, cuya Confederacion tan débil no bastaba para una política activa, no sucumbiese á su mision, teniendo la negra suerte de la infeliz Polonia, patria de mártires, no ménos grande en proezas que en desgracias.

Desde que ocurrió el atentado contra Bismarck, empezó la opinion pública á hacerse favorable á este jefe de los hombres políticos, hasta que se cumplió el vaticinio bismarckiano: «Dia vendrá en que seré »el hombre más popular de Alemania.» Y así como Bismarck asió con su mano de hierro á aquel criminal, así tambien el pueblo prusiano asió á su adversario, pues como á tal consideró al Estado aus-

triaco, y no le dejó hasta que le hubo hundido en el polvo.

La guerra de 1866, *la guerra de los siete dias*, se asemeja á una maravilla, á un cuento, á un mito, por la rapidez de las victorias alcanzadas por el valiente ejército prusiano; cuya inaudita velocidad los austriacos se complacian en llamar «velocidad de monos.» El 29 de Junio llegaron á la córte las primeras nuevas de los triunfos prusianos, y en efecto, aquel dia, grande cuanto el mejor, era un dia verdaderamente prusiano, en que todo Berlin debia adornar con colgaduras sus balcones é iluminarlos á la veneciana. Con júbilo inmenso se precipitaba el pueblo al palacio solemnizando la festividad del dia con aquella inspirada cancion religiosa que brotaba de los labios de Lutero: «¡Una atalaya firme es nuestro Dios!» La algazara de la muchedumbre ahogó las palabras del rey. Desde el palacio real pasó ésta al palacio del príncipe hereditario, y despues de haber victoreado al príncipe Federico Cárlos, todos iban á casa de Bismarck, en la calle de Guillermo: éste levantó muy alta su voz, y en el mismo momento en que brindó por el rey y su ejército, escuchóse el estampido del trueno y los vivos resplandores del fúlgido relámpago iluminaron la escena. ¡Qué momento tan sublime y solemne! Entusiasmado por aquel mágico efecto que heria su fi-

bra, oyendo los potentes ecos de la tempestad, Bismarck, que en aquel segundo era un tribuno, un Demóstenes, lanzó sobre la muchedumbre con poderoso acento el patriótico é inolvidable grito: *¡El mismo cielo descarga sus salvas por las victorias prusianas!*

Nosotros no somos de los pusilánimes que dicen: «dichosos los pueblos que no tienen historia», esto es, felices las gentes que dejaron en pos de sí rastro igual al que deja la ráfaga de viento en la atmósfera, ó la saeta en los aires que rasga, como dice en su admirable lengua la Escritura. «La historia, »dice bien un escritor español, es el acto de pre»sente que hacen pueblos y hombres en la vasta ex»tension del tiempo; es la esencia viva de lo pasa»do, testimonio perenne de superioridad y grande»za, protesta del alma inmortal é inmensa contra »todo lo ruin y perecedero. Carecer de historia es »carecer de ascendencia en el órden prodigioso de »la actividad humana, ser tronco sin raíces que »agarren al suelo, y lo sustenten y nutran, ser pa»sajero metéoro, nubecilla vaga, cuya existencia »momentánea principia en un accidente de tem»peratura, y acaba en un rayo de sol. Es, en suma, »vivir sin horizonte, y falto, al caminar en la vida, »del supremo deleite y descanso del caminante, que »consiste en volverse á contemplar lo andado y re»producir mentalmente lo acaecido en aquellos para-

»jes, cuyos contornos ya se oscurecen en la bruma »de remota lontananza.»

El 30 de Junio salió Bismarck con el rey y los generales de Roon y de Moltke para el teatro de la guerra. El cortejo pasó de la estatua del gran Federico, de las de los héroes de la guerra de la Independencia y de la del gran Elector. Bismarck, taciturno como nunca, parecia tambien una estatua de hierro. Pero ya el 2 Julio pudo escribir á su esposa desde Gitschin en Bohemia: «Hasta hoy he visto »más prisioneros austriacos que soldados prusianos. »Mándame muchos cigarros, cada vez 1.000, pues »todos los heridos me piden cigarros. Mándame tam»bien una novela francesa para que no me falte lec»tura.»

El 3 de Julio comenzó el príncipe Federico Cárlos la batalla de *Koeniggraetz*, que los franceses llaman la de *Sadowa*. ¡Qué cuadro tan bello! ¡Nuestro Bismarck, el marcial mayor de la landwehr, sentado á caballo detras de su rey entre el humo y la metralla! El grito del Águila negra llamó á la pelea á sus hijos. ¡Qué horas tan largas estuvieron en la batalla el rey y su ministro, cuyos ojos bajo su casco no dejaban de espiar el vasto campo del combate! Ya habia llegado mediodia, sin que hubiese aparecido el salvador, el príncipe heredero. Por fin, los ojos de Bismark, aquellos ojos de águila, des-

cubrieron el ejército del principe. Y, en efecto, llegó á su debido tiempo, como Blücher en Waterlóo: el principe Federico Guillermo, el fiel hijo del rey, vino, y con él la victoria. El anciano rey se precipitó en medio del fuego de granadas, cuando Bismarck le detuvo, diciendo: «Como mayor de la landwehr, no tengo el derecho de dar un consejo á V. M. en el campo de batalla, pero como presidente del Consejo de ministros, tengo el deber de rogar á V. M. que no busque el peligro cierto.» Sonriendo le dió el rey aquella contestacion digna de un héroe de la antigüedad: «¿Cómo podria yo dejar de presentarme, cuando mi ejército está en el fuego?»

Si ya es característica para Bismarck la anécdota del cigarro del conde de Thun, el embajador austriaco, que hemos contado en uno de los anteriores capítulos, tiene áun más gracia la que se refiere al cigarro de Bismarck en la batalla de Koeniggraetz. El lector tendrá, sin duda, una satisfaccion en oirla de boca del mismo Bismarck. «Aquel dia, dice el buen conde, tenía en mi bolsillo sólo un cigarro, que guardaba durante la batalla como el avaro guarda su tesoro. Hasta yo mismo me lo envidiaba. ¡Con qué vivos colores me pinté la dulce hora en que descansando de la batalla habia de fumarle! Pero me habia engañado. Vi á un dragon herido. El pobre estaba sin auxilio, con los brazos rotos y an-

siando un refresco. Eché maquinalmente mano á mis bolsillos y hallé sólo dinero; eso no podia servirle. Pero ¡loado sea Dios! tuve todavía un precioso cigarro. Lo encendí y de mi boca lo pasé á la suya. Jamas podré olvidar la sonrisa llena de agradecimiento de aquel infeliz. ¡Jamas me ha gustado tanto un cigarro como aquel que no he fumado nunca!»

¿Quién no tendrá aficion al bondadoso conde? Y ¿quién no fraternizará con los soldados prusianos, que, segun el testimonio de Bismarck, eran todos dignos de abrazos, valientes hasta la muerte, dóciles, sumisos, cultos, con estómagos vacíos, vestidos húmedos, lecho húmedo, faltos de sueño, con las botas rotas, amables en el trato con todos y contentos con pan enmohecido?

Pero no sólo aficion y amor, sino la más entusiasta admiracion debemos á Bismarck por la manera con que aprovechó la gloriosa guerra de 1866. «No creamos, escribió el 9 de Julio á su esposa, que hemos conquistado el mundo, no seamos exagerados en nuestras pretensiones, y alcanzarémos una paz que vale la pena. A mí me toca la ingrata mision de verter agua en el vino y hacer valer *que no estamos solos en Europa*, sino que vivimos con tres vecinos.»

Bismark conquistó lauro eterno, y alcanzó la más

elevada altura como estadista y sabio, por los frutos que sacó del campo de Sadowa, por lo que hizo despues de la batalla de Koeniggraetz.

XIV.

Con la vencedora frente coronada de lauro salió el rey de Prusia de la batalla de Sadowa en que sabía arrostrar la muerte; pero *Bismarck* salió del campo de humor rojo hecho ya un lago, el semblante severo y pensativo, pues otra lucha, otro afan le guardó el destino, otro campo de batalla le esperó, en el cual ya no es bastante el blandir el limpio acero, ni la cortante espada, sino aquel campo difícil en que sólo se alcanzan victorias con las armas de la diplomacia, y por cierto que la victoria de Bismarck era

> Victoria más espléndida y más pura
> Que las que en campo de pavor cubierto
> Consagra á Marte la fiereza humana.

El Sadowa de Bismarck fué *Nikolsburgo:* en Nikolsburgo, donde se hicieron los preliminares que conducian á la paz de Praga, lidió cual impertérrito caballero, no sólo contra el astuto enemigo, sino áun contra la soberbia de sus propios amigos que bogaban en el oleaje de la victoria. En el castillo de Nikolsburgo descansó Napoleon I de sus laureles

de Austerlitz, y en el mismo castillo detuvo el paso vencedor Guillermo I despues de la batalla de Sadowa. Entrando en aquel altivo castillo que pertenece al ministro de Estado de Austria, el conde de Mensdorff-Pouilly, decia Bismarck á sus compañeros: «Mi casa señorial de Schoenhausen es una choza en comparacion de este suntuoso palacio; por eso me gusta más que nosotros estemos aquí en casa del conde, que el conde estuviese ahora en la mia.»

Ya con la noche despues de Sadowa comenzaron de nuevo los afanes de Bismarck. Llegó á una oscura aldea de Bohemia; todas las casas estaban cerradas y oscuras, en vano llamaba á las puertas, por último llegó á un patio y descansó sobre un monton de paja. Pero aunque tal lecho nada dejó que desear, respecto de su blandura, se levantó, y continuando su camino hasta el mercado, tropezó con una columnata, sin cuidarse en aquel momento de si las tales columnas eran corintias, dóricas ó jónicas. Se proponia descansar bajo la columnata al aire fresco, cuando el gran duque Federico Francisco de Mecklemburgo le dió asilo. Y ¡casualidad extraña! Bismarck tuvo la satisfaccion de prestar á su bienhechor el mismo servicio en la campaña de 1870, cuando extendiendo la alfombra sobre las orejas, decia, riendo, al gran duque desde su lecho: «¿No es verdad, alteza real, que ahora estamos en paz?»

A tal amo, tal criado; á tal caballero, tal caballo.

Bismarck tiene la laudable costumbre de escribir á su esposa sobre los momentos más críticos de su vida; y sus cartas escritas en el campo de batalla son á la par grandes epopeyas y amenos idilios. Así escribió acerca de su caballo digno de tal amo, digno de tal caballero: «Monté el gran alazan en la batalla de Koeniggraetz unas trece horas. Al buen caballo no le asustaron los tiros ni los cadáveres; comió con predileccion espigas y hojas de ciruelas en los momentos más graves, y andaba con brío hasta el fin, cuando yo parecia más cansado que él.»

En Nikolsburgo, á pesar de todo, el conde de hierro no perdió su buen humor. Cuando la primera tropa alemana entró en aquel pueblo, un judío habló, en mal hora, con desprecio de los vencedores, y ya sufrió la expiacion de su imprudencia por una granizada de palos que recibió de algunos soldados prusianos que pasaban por la calle, cuando en medio de ellos apareció el conde de Bismarck llevando el uniforme, «el traje del rey», que amaba ya en Francfort donde le llamaban «su excelencia el teniente Bismarck.» — «¿Qué pasa aquí?» — preguntó Bismarck á los soldados irritados.» — «Este miserable dijo invectivas contra los prusianos» — contestaron ellos. — «No es verdad — gritó el apaleado — dije invectivas sólo contra *Bismarck*.» Una estrepitosa

carcajada soltaron los soldados despues de aquella contestacion fatal. Pero Bismarck dijo riendo tambien: «Dejadlo andar, lo mismo que él hicieron ya otros, y más grandes.»

Sobrada razon tiene Bismarck en amar tanto á la tropa prusiana, pues en Prusia como en España la gente de bigote es gente de pro, y nosotros diremos con los españoles:

Los quintos se van mañana,
Se llevan los escogidos;
Y las muchachas se quedan
Con los que el rey no ha querido.

Con mayor ímpetu que nunca asaltó á Bismarck su antigua dolencia, el reumatismo; pero la firme voluntad le sostuvo en su lucha contra obcecados amigos, aquellos hombres que, segun él mismo escribió á su esposa desde Praga el 3 de Agosto, no veian más allá de sus narices y ejercitaban su arte de nadar en el turbulento mar de la frase.

¡Qué buenos, qué preciosos, qué excelentes fueron los frutos de Sadowa, que pudieran llamarse frutos de oro para mi patria! El dominio en Alemania pasó de repente de Austria á Prusia, que se habia mostrado digna de ser la capitana de Germania, y ya se hacia la rival de Francia; el gran ministro de Prusia, teniendo siempre fijos los ojos en la unidad de Alemania y en la libertad del

pueblo, que no son patrimonio de un partido como el aire de la atmósfera y la luz de las estrellas, *bismarckizaba* los pequeños Estados alemanes que se cobijaron bajo la gloriosa bandera prusiana; pero viendo aglomerarse la cólera de Francia, á la cual despertó en medio de sus ilusiones el trueno de Sadowa, tenía una línea trazada á sus patrióticas ambiciones por la línea de Mein. No podia, ó al ménos no queria traspasarla en 1866, al constituir la Confederacion del Norte, pues el traspasarla hubiera sido el principio de otra guerra, y pensando en esos pobres condenados á servir de carne de cañon para proteger la audacia de un ambicioso, decia Bismarck á un catedrático prusiano:

«Quien una vez ha mirado en el campo de batalla los ojos de un guerrero moribundo, reflexionará y vacilará siempre ántes de empezar una guerra.»

Despues de hecho, como si dijéramos, su Agosto en Austria, regresó Bismarck á Berlin el 4 de dicho mes; y con qué prudencia evitó una guerra con Francia, dígalo un frances, M. de Vilbort. «El 7 de Agosto estuve yo en el gabinete del ministro de Prusia, nos cuenta el colaborador de *El Siècle*, cuando anunciaron al embajador de Francia, M. de Benedetti. «Pase V. al salon—me dijo M. de Bis»marck,—estaré á la disposicion de V. dentro de un »instante.» Pasaron dos horas largas; sonó la de

media noche, sonó la una. La familia de Bismarck y algunos de sus íntimos amigos esperaban al dueño de la casa. Por último, apareció éste con la frente serena y una leve sonrisa en los labios. Se servia el té y se bebia cerveza, segun la costumbre alemana. Al despedirme dije: «Señor ministro, »me permitirá V. una pregunta indiscreta? ¿Llevo »á París la guerra ó la paz?» — Con viveza replicó Bismarck: —« La amistad, una constante amis»tad con Francia. Abrigo la firme esperanza de que »Francia y Prusia representarán en el porvenir el »dualismo de la inteligencia y del progreso.»— Sin embargo creí sorprender una sonrisa extraña en los labios de uno de los concurrentes más iniciados en la política prusiana, el baron de Keudell. Y al dia siguiente me dijo este señor: «Antes de »quince dias tendrémos la guerra sobre el Rhin, si »Francia persiste en sus demandas territoriales. »Pues demanda lo que nosotros no podemos ni »queremos darle. Prusia no cederá ni un palmo de »territorio aleman: no lo haríamos sin que la Ale»mania entera se sublevase contra nosotros, y si »ha de sublevarse, vale más que sea contra la »Francia que contra nosotros.»

El 20 de Setiembre de 1866 se verificó la entrada triunfal del ejército aleman. ¡Qué bien celebra mi amigo Schwetschke la fortuna prusiana en aque-

llos elegantes versos latinos en que hace figurar, en un ingenioso juego de palabras el glorioso nombre de *Moltke!*

«*¡Adjuvat Fortuna fortes, dat molitque gloriam!*»

Segun el mandato real, el conde de *Bismarck*, nombrado general-mayor de la landwehr y rodeado de los eminentes generales de Roon, Moltke, Voigts-Rhetz y Blumenthal, que representan el tranquilo y jamas mermado valor, la valentía é instruccion, la pericia militar y la serena bizarría, precedió al rey en el cortejo triunfal, pues en medio del ejército debia estar el diplomático que era otro *Cid* en Sadowa, otro *Cisneros* en la batalla. ¡ Qué claro fulguraba el yelmo de Bismarck! Cuántos admiraban á aquella estatura gigantesca, á aquel hombre privilegiado, que parecia la alegoría de la fuerza, á aquel caballero tan marcial, vistiendo el uniforme blanco con los vivos amarillos de su regimiento, no hubieran creido que el insigne vencedor apénas podia sostenerse en la silla, pues acababa de levantarse del lecho donde le habian postrado sus dolencias.

En el banquete celebrado en obsequio de Bismarck, Moltke y Roon, el maestro de nuestro gran ministro, el doctor Bonnell, dedicó á su ilustre discípulo una bellísima cancion en el ritmo predilecto

de la inspirada musa griega, en *estrofas alceas*, y usando uno de sus chistes, decia el agradecido Bismarck: «¡Cuánto siento, mi querido maestro, que hasta hoy me haya faltado el tiempo de contestar á sus divinos versos en estrofas iguales!» Pero despues de las fiestas se agotaron las fuerzas de Bismarck, y apénas se restableció su salud tan quebrantada en Diciembre de 1866.

Los frutos de Sadowa eran frutos de oro tambien para la política interior. La política del gobierno habia triunfado, la reorganizacion militar se habia manifestado tan saludable como necesaria; y, sin embargo, el vencedor dió un alto ejemplo de su sabiduría y de su modestia, pidiendo indemnizacion á la Dieta, reconociendo así los derechos de la nacion que habia vertido su sangre en los campos de Bohemia. Así terminó el conflicto entre el gobierno y la Dieta. Haciendo la paz con la Cámara de diputados, dijo Bismark: «Deseamos la paz, no porque seamos incapaces de continuar la lucha, muy al contrario; la deseamos, porque la patria la necesita más que nunca. Nuestra mision no se ha cumplido todavía, necesita la concordia del país entero. Si ántes solia decirse: *Lo que alcanzó la espada lo perdió la pluma*, yo tengo la seguridad de que nosotros no hemos de oir las palabras: *Lo que alcanzaron la espada y la pluma, lo destruyó la tribuna.*»

Inmensa era todavía la mision del ministro de Prusia: no contento ya con haber inculcado gérmenes saludables en el corazon del pueblo aleman, y con haber ganado para Prusia Schleswig-Holstein, Hannover, Hesse-Cassel, Nassau y Francfort, pensó en contribuir, por cuantos medios estuvieron de su parte, á la consolidacion de lo adquirido, á la union de las nuevas provincias con las viejas. Un dia dijo á los diputados de las nuevas provincias: «Prusia se asemeja á una almilla de lana, que al »principio nos incomoda, pero que despues nos gus»ta, y al fin nos parece una cosa benéfica.» Y á una diputacion que se quejaba del servicio militar forzoso en Prusia, dijo: «¿Creen ustedes, pues, que se alcanza *grátis* el honor de hacerse prusiano?»

Ya en el gran año en que tuvo lugar la guerra de los siete dias, que se llama *la obra de Mr. de Bismarck*, empezó éste á reunirse con los plenipotenciarios de veinte y dos estados alemanes para constituir la *Alemania del Norte*, para crear un poder central, una política nacional limitando la soberanía de los príncipes alemanes, y un Reichstag que debia tener su fundamento en el sufragio universal y en la eleccion directa. El Reichstag constituyente de la Confederacion del Norte se abrió el 24 de Febrero de 1867. ¡Qué sesion tan solemne! El rey de Prusia, henchido el corazon por la victoria y por la seguri-

dad de que, merced á la cooperacion de todos, se cumpliria el sueño de tantos siglos, y de que el premio más hermoso habia de ganarlo sólo aquella estirpe, sólo aquel héroe que sacrificase sus intereses particulares en aras de la gran patria, habló por primera vez *en nombre de Alemania*, cautivando á los amigos, captando á los vacilantes, é imponiendo á los enemigos. Llama poderosamente la atencion lo que dijo Bismarck en el Reichstag constituyente, electrizando á la Asamblea con las palabras: «Hay, sin duda, algo en nuestro carácter na»cional que resiste á la unidad de Alemania. Sin »eso no la hubiésemos perdido, ó al ménos la hu»biésemos recobrado más pronto. Yo encuentro la »razon en cierta abundancia del sentimiento de vi»ril independencia que obliga en Alemania á cada »cual, á la comunidad, á la estirpe, á confiar más »en sí mismo que en la totalidad. Demos la prue»ba, señores, de que Alemania ha aprovechado las »experiencias de su martirio de 600 años. El pue»blo aleman tiene derecho á que evitemos una ca»tástrofe como la guerra de 1866, una guerra de »alemanes contra alemanes, y estoy seguro que us»tedes y los gobiernos nuestros aliados, no tendrán »deseo más ardiente que cumplir aquellas esperan»zas legítimas del pueblo aleman.» En la sesion del 11 de Marzo de 1867 empleó Bismarck la metáfo-

ra tan feliz como gráfica: «Pongamos á Alemania »en la silla, y ella podrá mantenerse á caballo por sí misma.» En efecto, el Reichstag constituyente puso á Alemania en la silla á las mil maravillas.

Nuestro Bismarck dominaba al Reichstag con una calma admirable, con una calma clásica, con sus ojos de feld-mariscal, á semejanza de Wellington, que en las cumbres de San Juan ni un solo momento perdió su sangre fria; y ya en aquel tiempo la línea de Mein parecia á muchos alemanes sólo una etapa, una estacion en que la feroz locomotora, aquel leon con melena de centellas, grande en su horror y horrible en su belleza, se parase un rato para tomar agua y correr despues con su velocidad de siempre. ¿Qué podria ser la postrera estacion, sino el Sur de Alemania? Ya se sabe que nuestro tren, gracias á Bismarck, llegó á aquella estacion en 1870.

Por más grandes que fuesen las dificultades que en el Sur de Alemania se oponian á Bismarck, el ministro de Prusia las venció una por una y tuvo la satisfaccion de anunciar al Reichstag constituyente que el Sur estaba ya unido al Norte por tratados militares. Los tratados de alianza que Prusia concluyó el 19 de Marzo de 1867 con Baviera y despues con Baden y Wurtemberg, son el testimonio más brillante de la prudencia de Bismarck, que sa-

bía bien que la unidad militar de Alemania habia de ser el primer paso á la unidad política. Ya por aquellos tratados, á los cuales tambien Hesse-Darmstadt no podia sustraerse, la línea de Mein se hizo una mera ficcion, y las estipulaciones de la paz de Praga, que limitaban la influencia de Prusia al Norte de Alemania, se deshicieron como la nieve ante el espléndido y encendido sol de Julio. Tambien en la esfera económica unia Bismarck ya dentro del primer año, despues de la guerra de 1866, el Sur con el Norte, confiriendo la legislacion en cosas de la *Junta de Aduana* (Zollverein) á un órgano comun de todos los gobiernos alemanes, el *Parlamento de Aduana* (Zollparlament). No podia imaginarse lazo más estrecho que aquel parlamento que, por su carácter, está por encima de las constelaciones políticas, y en que Bismarck saludó el principio de un Parlamento aleman, una piedra firmísima á la catedral de la unidad germánica.

El 5 de Junio de 1867 llegó nuestro gran ministro á París acompañando á su rey. Bismarck era el objeto de una curiosidad general, y Napoleon III estaba todavía en el apogeo de su gloria.

El 14 de Julio de 1867 Bismarck fué nombrado *canciller de la Confederacion germánica del Norte.*

El 23 de Marzo de 1868 se abrió de nuevo el *Reichstag* de la Confederacion del Norte, y á éste

siguió el *Parlamento de Aduana*, el 27 de Abril del mismo año. En su notable discurso del 18 de Mayo dijo Bismarck en este Parlamento: «Jamas hallará eco en corazones alemanes el que apele al miedo.» Palabras que me recuerdan las que un hijo del conde Fernan-Gonzalez dijo al rey de Leon: «No cabe villanía en pechos castellanos.»

Huyó por fin el perezoso invierno, y la hermosa primavera vino derramando alegría sobre Alemania.

Primavera hermosa,
Primavera feliz, ¡bendita seas!
Dón celestial, magnífico presente.

Y si todavía algunos continuaban, por diversion, echándose pelotas de nieve, pronto acabó este juego al ver á la tierra con su traje verde y risueño, gracias á la mágica fuerza de la primavera.

Sé bien venida, primavera hermosa;
Primavera feliz, ¡bendita seas!

No es de extrañar que las fuerzas del gran canciller, para el cual no habia sosiego posible, sucumbieran á trabajos tan gigantescos. A fines de Junio de 1868 debia retirarse á una posesion suya en Pomerelia, llamada *Varzin*, y *el enfermo de Varzin* se llamaba entónces aquel que habia de ser el médico de Alemania. A *Varzin* le seguian no sólo las miradas inquietas de Alemania, sino los ojos atentos

de Europa. *Varzin*, escondido en el bosque, es el encanto de Bismarck, pues allí encuentra árboles y campos propios á la equitacion y á la caza. Y como en su casa en Berlin las epigramáticas observaciones, la inagotable jovialidad y cultísima sátira de Bismarck no cesa de soltar las diáfanas perlas de su conversacion, que son uno de los más sazonados regocijos de sus convidados; así tienen cumplido deleite los aldeanos de *Varzin*, escuchándole hablar con abandono perfecto, vivo, suelto, natural, en su dialecto provincial. Esta circunstancia ha contribuido seguramente á que alcance la popularidad de que goza y el aprecio con que se le considera. La fortaleza del ánimo, dice bien un escritor español, no veda la suavidad de la palabra, ántes se sirve de ella para su descanso y desahogo.

Así como en la casa pequeña y humilde de Bismarck, en la calle de Guillermo, crece el magnífico laurel, elevando sus tallos con arrogante brío y haciendo inmortal la frente que le ciñe, así florece tambien en Varzin el árbol de Apolo, símbolo de gloria. El castillo de Varzin es una casa pobre, y en su interior no hay cosa más característica que los mapas, á los cuales es aficionadísimo Bismarck, el átlas de Alemania. Aquellos mapas nos recuerdan la anécdota ocurrida despues de la guerra de 1870 y de 1871. Pasando por Turingia, el canciller

fué recibido con una salva de aplausos y vivas por el pueblo de Apolda, y una niña le presentó una corona en prenda de homenaje, y despues le preguntó: «Dígame V., señor príncipe, ¿están ya hechas las fronteras de Alemania?»—«¿Por qué deseas saber eso, hermosa mia?» preguntó Bismarck; y la cándida niña replicó:—«Quisiera comprarme un nuevo átlas.»—Entónces le dijo nuestro héroe, —«Tranquilízate, hija mia, harémos las fronteras á la mayor brevedad.» Pobre, decimos, es el castillo de Varzin, más humilde que el de Schoenhausen; en cambio el parque es todo poesía, trayendo á nuestra imaginacion con sus terrazos, sus aguas, su puente, sus estatuas blancas, sus magníficas hayas, sus viejas encinas, abetos, pinos y álamos, el poético parque de Rambouillet, ó el de Meudon. El parque de Varzin, que rivaliza con el de Kew cerca de Lóndres, y con los de Saint-Germain, en las inmediaciones de París, convida á deliciosos sueños y risueñas ilusiones, á las cuales el *conde de hierro* tiene más aficion que en general se cree. Pero es sabido que, á semejanza del maestro Fray Luis de Leon, Bismarck ama la plácida contemplacion de la naturaleza, el apartamiento y el reposo dulce y alegre; aunque á semejanza de otro leon, Napoleon I, nadie ha inquietado más al mundo que el solitario de Varzin. Las aves sagradas de

Varzin son aquellas mensajeras de la primavera, las garzas.

Un dia Bismarck, internándose más que de costumbre en un bosque, vió á lo léjos una ave extraña que aparecia de vez en cuando, segun los accidentes del terreno, ó la disposicion del follaje. Avanza anheloso tras de aquella pieza de color y tamaño sobrenaturales, y da caza al quitasol de una linda jóven, viéndose al propio tiempo rodeado de sus alegres compañeras, todas educandas ó pensionistas de un colegio situado en tan frondoso sitio. Bismarck celebró el chasco con inefable satisfaccion y con su acostumbrada hilaridad.

Un ilustre frances, el coronel Stoffel, nos cuenta con admiracion que Bismarck no se desdeñó de visitar á un simple maestro de escuela cerca de Varzin. Por Dios que era digno de tan señalada distincion, pues aunque parezca una paradoja, es cierto que el *maestro de escuela prusiano ganó la batalla de Koeniggraetz;* pues los alemanes aprendemos en nuestras escuelas, no sólo las letras, sino la disciplina y la obediencia, dos virtudes sin las cuales no existirian los ejércitos. Tambien en Varzin sorprendió á Bismarck la nueva de lo que sucedia en los baños de Ems entre el rey Guillermo y Benedetti en 1870. —« Partimos dentro de media hora» dijo Bismarck entrando en el cuarto de su familia como un rayo.—

«¿Por qué? ¿Qué hay?»—«Para Berlin, y despues más léjos. Han vuelto á ser impertinentes.» Y la señora de Bismarck adivinó que aquellos impertinentes eran los franceses. El dia siguiente llegó el Canciller á Berlin.

Sigamos á Bismarck desde su salida de Varzin, en cuyo honor los alemanes le llamamos *Varcincinato* (Cincinato de Varzin), á su casa en la calle de Guillermo. Aquella calle debe su nombre al buen rey Federico Guillermo I de Prusia, el bienhechor de Berlin, bajo cuyos auspicios la poblacion desde 50.000 habitantes se elevó hasta 100.000, y el cual erigió casas sólidas para los protestantes expulsados de Salzburgo. En dicha calle, que se distingue aún en el dia por su tranquilidad en medio de la vida bulliciosa de la córte, y se divide en una mitad plebeya y otra aristocrática, se encuentra entre casas modestas la del conocido cura Sr. Knaak, para quien, á pesar de Copérnico, la tierra está todavía inmoble; y en la misma calle, pero en la parte aristocrática, vive tambien el gigante capaz de mover el mundo de sus ejes, nuestro *Bismarck*. Entre todos los palacios de príncipes, condes y barones prusianos, y entre los de riquísimos banqueros que viven en la calle de Guillermo, el palacio de la cancillería es el más pobre. Ningun ministro de Europa tiene mansion tan humilde como *Bismarck*.

Aquella casa sencilla, que desde 1862 empezó á ser el centro de la tierra, es sólo de un piso. «¡Ay del ave que ensucia su nido!» dice un refran aleman; pero por cierto los chistes y sátiras de buena ley que Bismarck dedica á veces á su casa tan pobre, no le valdrán la menor fraterna de parte de nadie.

Al entrar en el modesto vestíbulo, nuestra atencion se comparte entre el bellísimo parque y el portero, cuya mirada penetrante puede tolerar sólo una conciencia inmaculada. Dos esfinges adornan la caja de la escalera; ¡buen ornamento para la casa de un ministro que resolvió el gran enigma de Alemania, y que, usando las palabras de Sóphocles, era en el Estado el hombre más grande, no temiendo la cólera de los ciudadanos, ni las vicisitudes de la fortuna! Subiendo la escalera tropezamos en el primer descanso con una puerta baja que conduce á la habitacion del mayordomo de su excelencia. Cuantos han visitado á Bismarck saben por experiencia lo agradablemente que se deslizan las horas en su compañía, y conociendo á su mayordomo siempre jovial y decidor, repetirémos: á tal amo tal criado. Una puerta vidriera conduce á los cuartos de Bismarck, en los cuales tienen un mérito artístico sólo las puertas adornadas con bellísimos arabescos. Embargan nuestra atencion los retratos de algunos miembros de la familia de Bismarck, que el canciller sacó

de la iglesia de Schoenhausen. Desde 1871 vese tambien una mesita de anacardo con esta inscripcion: «En esta mesa se concluyeron los preliminares entre »Alemania y Francia el 26 de Febrero de 1871 en »Versalles, calle de Provence, número 14.» Cerca de aquella mesa histórica se halla otra, un regalo del coronel Stoffel, que, como es sabido, era la Casandra de la guerra de 1870. Pero el mayor interes lo tiene la mesa de Bismarck, verdadero *totum revolutum*, más difícil de ordenar que las ideas políticas modernas, mesa donde en apiñadas pirámides se confunden despachos, periódicos, cartas, plumas, cigarros, etc., etc. Nos resta describir el santuario de la política bismarckiana, el despacho ó cuarto de trabajo del canciller. Pero mi tosca pluma se declara en huelga para que mis lectores oigan lo que dice con perfecta exactitud acerca de dicho cuarto un español, un distinguido corresponsal de *La Epoca*. Dice así:

«El aposento en que Bismarck acostumbra á es»cribir sus importantes notas y circulares diplomá»ticas es á primera vista un espacio con dos venta»nas, muy sencillamente amueblado, de manera que »parece el de un simple estudiante. En una pared se »ve un repositorio de pino cubierto de libros y ma»pas de todas clases; á su lado un pequeño armario »con puertas de cristal, en el cual se hallan cinco

»pipas de construccion alemana, es decir, dos varas »de largas con cabezas de espuma de mar. En una »esquina, al lado de la chimenea, descansan unos »doce ó quince bastones, desde el más oscuro palo »de encina hasta la más fina y artísticamente labra- »da caña. Todos regalados, y entre ellos uno del »mismo Guillermo I, cuyo puño forma una pequeña »estatua de marfil que representa á Guillermo de »Prusia. Al lado de la puerta de entrada se ven en la »pared cruzados dos sables de coracero y dos espadas »de gala, los primeros conquistados por el mismo »Bismarck en el Monte-Valeriano delante de París. »Sobre el escritorio se encuentra, al lado de la histó- »rica gorra blanca con ribete amarillo, de coracero, »bastante estirada por la costumbre de su dueño de »ponérsela tan hácia atras, una serie de vasos y co- »pas, por decirlo así *dedicatorias*, que Bismarck ha »recibido como regalos de todas partes del globo. »Allí hay vasos para cerveza, magníficamente labra- »dos y de gran valor, de todos los puntos de Ale- »mania y de América, grandes póculos de Hungría, »Turquía y Bohemia, y hasta la copa toscamente »construida en forma de cuerno de ciervo del difun- »to emperador Teodoro de Abisinia no falta en la »coleccion. El célebre viajero Gerardo Rohlfs la com- »pró en 1868 en Magdala y la regaló á Bismarck.

»Entre los pocos cuadros que adornan el aposen-

»to, sólo es digno de mencionarse el retrato de la »madre de Bismarck grabado en acero. En el sem»blante de esta señora no es difícil leer rasgo por »rasgo la fisonomía de su célebre hijo. La semejan»za es sorprendente.

»La mitad del cuarto es ocupada por la mesa de »escribir del canciller, cubierta toda de paño verde, »sólo durante la ausencia de su dueño bien arregla»da, pero ofreciendo un aspecto del más completo »desórden cuando trabaja en ella. Se parece entón»ces á las mesas de escribir de otros tantos hombres »célebres que trabajan con la cabeza y la pluma. En»cima de la de Bismarck se encuentra una verdade»ra biblioteca de toda clase de libros científicos y no »científicos de todas las lenguas, no faltando tam»poco el, para los diplomáticos tan indispensable, »*Almanaque de Gotha.*

»En algunos lapiceros y mangos de plumas se »ven las señales de la mala costumbre de Bismarck »de mascar las puntas cuando está meditando.

»No necesito añadir que ademas cubren aquella »mesa un sinnúmero de otros objetos, como pesa»cartas construidos de pedazos de granada, de las »botellas de Koeniggraetz, de Düppel, del sitio de »París, tinteros, sellos, lámparas, etc., etc., todos »de algun interés histórico, pero cuya descripcion »me quitaria demasiado espacio.

»La silla delante de la mesa, donde Bismarck »toma asiento, es de respaldo circular y de sencilla »madera sus cojines. Un objeto de interes son las »cruces del canciller, que llegan á cuarenta y siete, »y cuyos estuches, en parte de colosales dimensio- »nes, llenan una cesta de cuatro piés de larga y »otro tanto de alta y ancha. Representan un valor »inmenso, pues siendo todas de oro fino, están todas »cubiertas de hermosísimas piedras preciosas. Dicho »ceston se halla á mano derecha de la mesa de es- »cribir, entre ésta y la pared.

»Este es, pues, el despacho del primer diplomá- »tico de la actualidad.»

Así escribió un español entusiasta de Bismarck. Quisiera yo que un dia los libros que ocupan un puesto en la mesa de escribir del gran estadista aleman se aumentasen con un ejemplar de la ilustrada Revista de España, y que Bismarck se dignase mirar con benevolencia su retrato hecho, sin arte, por un humilde compatriota suyo, para el pueblo del Dos de Mayo. Como prueba de que aquella gran nacion, que aún bajo el austero Felipe II tenía su voluntad propia, considerando al Rey como su tribuno, aquella heróica nacion que llevaba el espíritu español y católico al otro lado del Océano, aquella nacion sublime y entusiasta, que sin un rey hacia su guerra de independencia en 1808, aquella nacion

democrática que en 1812 tenía la Constitucion más libre del mundo, profesa tambien simpatías al hombre de hierro que Alemania necesitaba para alcanzar su unidad, y aunque esto no necesita demostracion, diré que en 1869 los poetas hispalenses me honraron en un banquete brindando por Bismarck. Y dias pasados me escribió D. Manuel Juan Diana, mi íntimo amigo: «La carta de *Bismarck* desde *San Se-*
»*bastian* me ha gustado mucho por el entusiasmo
»con que el grande hombre habla de nuestra patria.
»Yo ignoraba que hubiese estado en ella, y desde
»que lo sé me es más simpático.»

Para que esta biografía sea la más completa posible, diré que un ilustrado escritor húngaro, el señor Mauricio Jokai, escribió acerca de la entrevista que celebró con el príncipe de Bismarck el 27 de Febrero de 1874: «El canciller me recibió á las
»nueve de la noche. Ocurre á veces que da audien-
»cia áun despues de pasada media-noche. Se nece-
»sita tocar la campanilla como en la casa de otros po-
»bres mortales. Su aposento de trabajo es en extre-
»mo sencillo; en la esquina hay un lecho de hierro,
»bajo del cual está un enorme perro de San Ber-
»nardo; cerca de la ventana hay un armario de hier-
»ro, y en la mitad del aposento una gran mesa de
»escritorio, ante la cual está sentado el hombre de
»hierro. El príncipe es un verdadero atleta, que tie-

»ne seis piés de alto, hombros anchos y vigorosas »manos, cuyo apreton revela músculos de acero. Su »rostro no lo encuentro semejante á ninguno de los »retratos que le representan gruñidor y bilioso; á »mí me recuerda el rostro de mi paisano Francisco »Deak, teniendo las mismas densas cejas, el mismo »bigote, descollando sobre los labios, sana tez, una »antigua cicatriz, que habla de las proezas del es»tadista cual estudiante; una frente calva y ancha, »ojos claros y grandes, cuya franca mirada no re»trata ninguna fotografía.

»El hombre de hierro tiene tambien su iman: la »princesa, su esposa. Esa es una beldad que impo»ne por su nobleza en el rostro y en la apostura.»

Respecto de los franceses, dijo el príncipe: «esos »son nuestros enemigos implacables. Los franceses »son una nacion fiera. Prescindiendo del cocinero, »del sastre y del peluquero, tropezamos en ellos con »indianos salvajes.»

Estas noticias las debemos al Sr. *Jokai*, que las publicó en el periódico húngaro *El Hon*. Apropósito de peluquero, hay que añadir que en breve se alterará la famosa fisonomía de Bismarck, aquel tesoro inagotable de nuestros dibujantes humorísticos, por una peluca que los médicos le han aconsejado á causa de su última enfermedad.

Todo lo que se refiere á la personalidad del gran

canciller tiene interes; así tambien el proceso que era conocido con el título festivo de *Bismarck contra Bismarck*. ¿Qué significa este título tan extraño? preguntará el lector. Hé aquí la razon: por el tratado de Viena de 1864 habia cedido Dinamarca los ducados de Schleswig-Holstein y de Lauemburgo al Austria y á la Prusia, á condicion de que esas dos grandes potencias tomarian á su cargo una parte de la deuda danesa, en la proporcion de la cifra respectiva de las poblaciones de los territorios cedidos. Mas adelante, habiendo cedido el emperador de Austria al rey de Prusia el ducado de Lauemburgo, el gobierno prusiano pagó la parte de la deuda correspondiente á ese ducado; pero la Cámara de los diputados de Prusia exigió la restitucion de esa suma, por no haber sido incorporado á la monarquía de Prusia el ducado de Lauemburgo trasferido al rey de Prusia. En su consecuencia, Prusia entabló demanda contra el Lauemburgo para reclamar esa restitucion, y como Bismarck era el que estaba á la vez al frente del gobierno de Prusia y del de Lauemburgo, se encontró ser demandante y demandado á un tiempo.

Ingenio original, audaz, de vuelo infinito, para el cual diríase inventado el famoso lema: *¡Excelsior!*—¡más alto!—Bismarck se levantó en Alemania á una altura que ningun hidalgo aleman ocupó

desde *Wallenstein;* pero miéntras el hidalgo de Bohemia, el Duque de Friedland, empeñaba su gloria con la tradicion contra su emperador, el hidalgo de la Marcha, Bismarck, cifra su blason en respetar á su soberano como á un padre, en amarle como á un amigo, en venerarle como á un señor; así como el héroe Eugenio de Saboya, que servia á tres emperadores, dijo: «Leopoldo era mi padre, José era »mi amigo, Cárlos es mi señor.»

El que es el padre, amigo y señor de Bismarck, Guillermo I, y el mismo canciller se han hecho hasta entre los árabes héroes de leyendas, como *Harun al Raschid* y el *Vezir Djaffer.* Pudiera compararse nuestro rey con el primer rey de Granada á quien la lápida sepulcral llama «el sultan excelso, amparador del pueblo, luz de la ley, espada de la verdad, sustentador de las gentes, leon de la batalla, muerte de los enemigos, mantenedor del Estado, defensor de las fronteras, nobleza de los reyes y sultanes, *Al-galib bil lah*, es decir, *vencedor por Dios*, pues cuando le llamaban vencedor contestó: «Sólo Dios es vencedor»; y lo mismo decia tambien Guillermo el *Victorioso.* Los árabes llaman á nuestro Bismarck el *Vezir Bi-Smarck*, nombre que les gusta mucho, pues significa en su idioma fuego rápido, resolucion enérgica.

Bismarck, verdadero fuego rápido, confirma por

su ejemplo lo que decia Napoleon III: « Quien »marcha al frente de las ideas ha de ser seguido y »apoyado por ellas; quien las sigue ha de ser arras»trado por ellas; quien marcha contra ellas ha de »ser derribado por ellas.» Ya no negará nadie que Bismarck, ántes de Sadowa y despues de Sadowa, marchaba al frente de las ideas de su siglo, y nuestros nietos nos contemplarán con envidia diciendo: « ¡Afortunados ellos que vivian en el tiempo en que »se hizo la unidad de Alemania, en los gloriosos »tiempos de Bismarck! »

XV.

Es extraño que miéntras yo escribia que Bismarck estuvo un dia en San Sebastian, aquella casa de socorro de las dos naciones limítrofes que no puede ser ni más hermosa ni más rica, un aleman nos cuente en el conocido periódico austriaco *La Nueva Prensa Libre*, que á principios de Marzo del año de 1873 habia visto á *Bismarck* en el palacio de Madrid, la casa fatal de la monarquía española, el teatro del infortunio en que se anidan tantas memorias lúgubres, la mansion de la desgracia que tuvieron que dejar en nuestro siglo Fernando VII, el rey intruso José, María Cristina, la desdichada reina Isabel II, y cuya grandiosa escalera bajó por

postrera vez en Febrero último en medio de un mutismo aterrador, Amadeo de Saboya, conmovido, afectado, evitando cruzar sus miradas con las de cualquiera de los circunstantes, y á pesar del dolor que sentia en su alma, más dichoso que el triste Boabdil al despedirse del Capitolio de los reyes de Granada, la sin par Alhambra.

Pero, ¿cómo es posible Bismarck en el palacio de nuestros reyes? preguntará el lector. Explicarémos el enigma: en el palacio de Madrid en que Napoleon visitándole de incógnito, segun la tradicion, y haciendo el paralelo de éste con el de las Tullerías, no pudo ménos de decir á su hermano José en una madrugada de Diciembre de 1808: «*Mon frère, vous serez mieux logé que moi*»; en el palacio en que el mismo emperador poniendo su mano sobre uno de los grandes leones de mármol oscuro que guardan el extremo de dos lustrosas balaustradas en la régia escalera, exclamó con entusiasmo: «*Je la tiens enfin cette Espagne si desirée*»; en aquel majestuoso palacio, foco de la vida que mantenia á la capital, tiene ahora su despacho el ministro de la República española, el ministro de Estado D. Emilio Castelar, y uno de los empleados á las órdenes del célebre republicano, segun dice un corresponsal de *La Nueva Prensa Libre*, tiene una semejanza tan sorprendente con *Bismarck*, que se podria jurar ser él

el canciller del imperio aleman. Vayan, pues, los españoles al palacio de la plaza de Oriente para ver á Bismarck, pues le tienen tan cerca.

¡Qué diferencia, sin embargo, entre Bismarck y los políticos que ahora mandan en España! Miéntras con éstos se deshace esa unidad española, á tanta costa alcanzada tras de titánicas luchas, tras de gigantescos esfuerzos, en Alemania la federacion ha sido el camino para ir desde la variedad de Estados soberanos, hácia la unidad nacional, y Bismarck merece bien de la patria procediendo con grandísima energía para dar cima al gran problema pendiente.

No deja de ser curioso el desarrollo en el carácter de Bismarck. Como prueba de que nuestro estadista cesó de ser el hombre de sus ideas juveniles, dirémos que ántes de la apertura del Parlamento de Aduana, en Enero de 1868, tuvo una entrevista con el general americano Schurz, el libertador del célebre poeta aleman Godofredo Kinkel. Schurz predecia ya en 1868 que Bismarck, distinguiéndose en su política por sus elevados pensamientos, por lo que se llama en arquitectura «estilo grande», y empleando todas las fuerzas posibles para asuntos grandes, romperia aún con el particularismo prusiano, para alcanzar con mayor seguridad sus intentos nacionales. La unidad de Alemania era su

idea favorita ya en 1832, segun él mismo decia en 1870 en Versalles á un caballero de nombre Corvin. Pues ya en 1832 apostó Bismarck con un americano que Alemania estaria unida dentro de veinte años, debiera decir despues de cuarenta años. El precio de la apuesta eran 24 botellas de Champagne, y quien la perdiese, debia visitar al otro en su país. El americano falleció en 1850, y así Bismarck no tuvo que pagar la apuesta perdida.

Los alemanes vieron con atónitos ojos que Bismarck, la encarnacion viva del lema: « Dejad estar en el suelo el llanten », seguia su carrera obedeciendo al impulso de su genio, sin hacer caso de mayorías, y sin imponerse otra barrera que aquella única y necesaria: *salus reipublicæ suprema lex.*

Para evocar el patriotismo germánico, Bismarck se complace en hablar en la Dieta alemana de España, aquel país en cuyos dominios no se ponia el sol, aquel país cuya corona era tan grande que llevaba al sol por perla en su dorado cerco, aquel país en que en nuestros dias las damas de Avila, émulas de la gloria de Santa Teresa de Jesus y de Jimena Blazquez, levantaron su patriótica voz para que España no perdiese el último resto del imperio descubierto por Colon, ó, como decian ellas, descubierto por una mujer, abriendo sus tesoros al inmortal Colon y ofreciendo hasta sus joyas. De España y

de la madre y de la esposa de Coriolano, aquellas dos célebres romanas que amaron á su patria con ardor, con entusiasmo, con frenesí como las damas de Avila, la ciudad de los Caballeros, amando su pasado, porque era la historia de sus padres, amando su porvenir, porque ese porvenir era el porvenir de sus hijos, habló Bismarck, diciendo á los diputados el 30 de Enero de 1869 cuando se trató de la confiscacion de los bienes pertenecientes al ex-elector de Hesse: «No son escasos en Alemania los Coriolanos; los que le faltan son los volscos, y si hubiese volscos, depondrian pronto su máscara; pero entónces todas las Veturias de Hesse, todas las Volumnias de Alemania no serian capaces de conseguir el último acto conciliatorio, la partida de Coroliano. Figúrense Vds. qué impresion produciria en España, y no sólo en España, sino en Rusia, en Inglaterra, en Francia, en Hungría, y hasta en la pequeña Dinamarca, si allí álguien declarase que queria alcanzar sus fines particulares, los intereses de su familia, los intereses de su partido, por medio de auxilio extranjero, y trabajase para que los campos de su patria fuesen devastados por vencedoras huestes extranjeras, no cuidándose de las humeantes ruinas de su país, si sólo él se levantase sobre ellas. ¡Por Dios! Tales sujetos se ahogarian allí por do quier, bajo el desprecio aniquilador de sus pai-

sanos. Sólo en nuestro país no sucumben á la pesadumbre del desprecio general; levantan su erguida frente, y encuentran abogados hasta en este recinto. Yo no soy espía por mi naturaleza, pero creo que merecemos vuestro agradecimiento, cuando tomamos sobre nosotros la carga de perseguir á aquellos reptiles hasta sus cuevas para ver lo que hacen.»

Otra manifestacion del enérgico Bismarck, el caballero sin miedo y sin tacha, es la carta que desde Varzin dirigió al príncipe Putbus el 13 de Noviembre de 1869: «Si la Cámara de los Señores prusiana quiere presentar la batalla al Gobierno, hágalo dentro de la política prusiana. Pero dentro de la política *alemana*, el Gobierno tiene trazados carriles tan profundos y determinados, que no puede salir de ellos sin gran detrimento del carro del Estado.»

Para Bismarck no habia indirectas, aunque fuesen tan claras como las del padre Cobos, él las decia siempre tan diáfanas y directas como la luz del sol, y el periódico inglés el *Times* le tributaba los merecidos elogios: «Hay al ménos un hombre sobre el continente que dice su opinion con ruda franqueza.»

Por fin, en 1870 sonó la hora para la unidad de Alemania; en vano intentaban los franceses, en cu-

yos oidos resonaron incesantemente las batallas de 1815 cual fúnebres campanas, y la de Sadowa como campana de alarma, detener el curso de los hechos, la lógica de las circunstancias; el ódio que desde mil años tenian contra los ingleses, se convertia en ódio contra los alemanes; y España dió al emperador de los franceses el pretexto para una guerra inmensa, para una guerra sin igual en la historia, para una guerra que le costó el trono, y de la cual Alemania salió grande, unida, hecha un imperio y el pasmo del mundo.

Bismarck, ese tipo del más cumplido equilibrio entre la inteligencia y la energía de la voluntad, no se dejaba arrastrar por la impaciencia, sabiendo que el tiempo sería su más seguro aliado, que el Sur de Alemania necesitaba de una pausa para acostumbrarse á la idea de la comunidad con la Prusia, bajo la direccion de ésta, pero que una guerra con la Francia pudiera comprometer la gran obra de 1866, y así decia al coronel frances Stoffel ántes de 1870: «Jamas declararémos nosotros la guerra á ustedes, ántes han de llegar ustedes á nosotros y ponernos al pecho la boca del fusil.» Años enteros oponia el gran estadista aleman con admirable sangre fria al Gobierno frances y á aquella nacion desenfrenada la punta de su espada, en que aquellos obcecados tuvieron que precipitarse cuando el pue-

blo aleman, gracias al mérito inmortal de Bismarck, estuvo preparado á la guerra. No habia otro camino para Bismarck para ir al Sur de Alemania que la guerra, pues tan tenaz es el particularismo aleman, tan grandes son los celos de los germanos, que se subordinan á la sangre extranjera cuando ésta es potente; pero á la propia sólo cuando es más potente que todas las otras juntas. Sólo una guerra como la de 1870, en que la Prusia dió ante la faz del mundo la prueba más evidente de su fuerza, abatiendo al Estado más poderoso de Europa, podia unir el Sur con el Norte de Alemania, y el genio de Bismarck, como ya hemos dicho en el artículo anterior, creaba dos medios para corroborar aquella idea de unidad, empleando cerca de los príncipes alemanes el medio de los tratados de alianza y ganando la nacion por medio del Parlamento de Aduana.

Llamamos la atencion sobre un fenómeno interesante de la historia alemana: en cada época regeneradora de la vida germánica se repite como por una ley secreta, la aparicion extraña de que dos hombres tienen que completarse para conseguir lo grande, lo extraordinario, lo sublime; así la Reforma nació del íntimo consorcio que unia á Lutero con Melanchthon; Goethe y Schiller son los Dióscoros de la literatura clásica, y tambien la re-

surreccion de Alemania se debe á dos hombres providenciales, Guillermo de Prusia y Bismarck. La gloria de los dos satélites de Bismarck; la del maestro de la estrategia, Moltke, y la del gran organizador Roon, no hubiera visto jamas la radiante luz del dia sin el genio Bismarck.

La historia del príncipe de nuestros diplomáticos es por gran parte tambien la de Napoleon III. Por eso tenemos que hablar otra vez del emperador de los franceses, ese gran problema de la historia, el pariente de César, que murió cual César encadenado, pero á pesar de todo cual César. Napoleon pertenecia á la raza de los hombres del Norte que llevan con apariencia de calma el mar de fondo en su sangre. Mares helados, como dice Carolina Coronado, de cuya superficie no hay que fiar, porque entre las grietas de sus témpanos se oye el rugido interno de las tempestades. ¡Qué de veces he examinado en París el rostro del emperador, como si fuese un jeroglífico que á fuerza de mirarle me hubiese de dar la explicacion de su enigma! En 1861 decia Napoleon III al preclaro artista húngaro Lizt: «A veces se me figura que tengo más de cien años.»—«Yo lo creo, contestó el rey del piano, V. M. es el siglo.» Sí, representaba al siglo, representaba á nuestro siglo aquel que vivia taciturno y tambien murió taciturno; un enigma permanente

para la opinion pública, manifestando las cualidades más distintas, y siempre inquieto, á pesar de su inmovilidad aparente.

Como su gran tio, Napoleon III no era frances, debiendo la suma de su saber y de su inteligencia á cinco naciones, á la alemana, á la helvética, á la italiana, á la inglesa y á la americana, pero no á la francesa. Su ambicion, como la de su tio, iba más allá de la Francia. «Mi manso testarudo», le llamó su madre, la ambiciosa Hortensia, y su hermana de leche le caracterizó, segun nos refiere el eminente historiador aleman Enrique de Sybel, con las palabras: «Su naturaleza es suave y tierna, pues dedica á los hombres aquel cuidado que el hortelano consagra á las flores. Pero una fibra hay en su alma á la cual no se debe tocar: su dinastía. Quien le contraríe en este punto le hace un tigre.» Hé aquí una escena que tuvo lugar en el jardin de Arenemberg. Un dia se burló aquella hermana de leche del chico Luis Napoleon, á causa de sus fantásticos sueños de emperador, cuando éste tenía doce años. Disimulando su ira, el príncipe invitó á la niña con dulces palabras á acompañarle en un sitio solitario del parque, y cuando llegaron allí, asió de repente con vehemencia el brazo de la niña, gritando: «Rectifica al instante, ó te rompo el brazo.»

El niño Napoleon nos recuerda la trágica complicacion que se encuentra en el destino de Hamlet; la adorada madre llena su alma de una ambicion diabólica, y le impone cual herencia una mision sagrada que contrasta con sus inclinaciones naturales. Cuáles fueron éstas, nos lo dice la historia siguiente: Un dia habia un espléndido banquete en las Tullerías; Hortensia, ataviada con brillantes y flores, brilló en el mágico esplendor de su maravillosa belleza, y sus dos hijos la miraban como extasiados por la vista de una maga. «Elegid, hijos mios, decia la madre á sus queridos niños, entre estas ufanas perlas y estas violetas dulces y medrosas.»—«Dame la flor»; decia Luis Napoleon, respirando la blanda esencia de la tierna y modesta violeta que no luce sus colores.—«Tienes razon, contestó la madre besando al niño en la frente. Guarda estas violetas afortunadas que renacen en cada primavera, y puedes gozar de su vista, cuando ya te hagan falta todas aquellas brillantes y régias galas.» De repente se oscureció el rostro de Hortensia en medio de la fiesta, y dijo á sus hijos:—«Y cuando yo no tuviese más brillantes para compraros violetas, ¿qué haríais, hijos mios?»—«Yo, contestó el mayor de los niños, me haria soldado, y conquistaria tronos como nuestro gran tio.»—«Y yo, querida mamá, dijo Luis Napoleon, venderia violetas como

el muchacho que está siempre á las puertas de las Tullerías, y al cual doy cada dia un sueldo.» Pero no siempre como aquella vez Hortensia hacia beber á su hijo en las flores misterios infinitos de ternura y felicidad.

Bosquejemos ahora en cuatro palabras la política napoleónica respecto de Alemania, refiriéndonos á algunos apuntes que acaba de publicar en la *Gaceta de Colonia* el mencionado Enrique de Sybel. Ya por las *ideas napoleónicas*, escritas en 1839, no cual mera copia de las doctrinas del cautivo de Santa Elena, sino cual programa propio, vemos que el jóven príncipe quiere para Francia un gobierno democrático, pero fuerte, é imponiéndose una mision cosmopolita, como la de su tio, quiere organizar á Europa de acuerdo con la Prusia, si eso fuese posible. Fiel á aquel programa de 1839, encargó Luis Napoleon en 1851, ántes del golpe de Estado, á Mr. de Persigny que alcanzase en Berlin una alianza franco-prusiana.

Persigny se dirigió al general prusiano de Radowitz, gran amigo del rey de Prusia, diciéndole (segun Radowitz contó al Sr. de Sybel): «En Francia vale ahora el poder material: manda sólo quien esté organizado, y organizados están sólo el ejército y los proletarios. Tenemos el ejército por el nombre de Napoleon y damos trabajo á los proletarios. Así

mandarémos. Napoleon I prosperó limitándose á la mision natural de Francia, la preponderancia, la hegemonia sobre el Sur latino; pero se perdió por la loca aspiracion de extender su poder sobre Alemania.

»Por eso eternizó la rotura con Inglaterra. Si Napoleon, el más genial capitan del siglo, pudo alcanzar victorias, pero no triunfos definitivos sobre la coalicion de Inglaterra y Alemania, nosotros nos limitarémos, pues queremos edificar para un porvenir largo. Nuestra ambicion va hácia el Sur. No queremos que el Austria mande en Italia. A ustedes el Austria barra el camino en Alemania, lo mismo que á nosotros en Italia. Tenemos, pues, el mismo adversario y los mismos intereses. Si ustedes nos ayudan á arrojar á los austriacos de Italia, estamos de acuerdo que Alemania se constituya tambien segun las aspiraciones nacionales como Italia. Nosotros no anhelamos ningun lucro material, pues como conquistadores veríamos el mundo armado contra nosotros. Pero si llegase el caso que la opinion pública en Francia exija un provecho real, pensaríamos en Saboya, ó en la ciudad de Landavia.»

Es sabido que el rey de Prusia Federico Guillermo IV, detestando una política revolucionaria, rechazó de una manera cortés, pero categórica, aque-

llas pretensiones que podrian llamarse un capítulo de las *ideas napoleónicas.*

En 1855 lanzó Napoleon con su incomparable flema, como dicen los franceses, *entre la poire et le fromage*, entre el humo de su cigarro delante del príncipe-consorte de Inglaterra por primera vez la gran palabra: «Para la consolidacion de mi dinastía necesito de la Bélgica y de la orilla izquierda del Rhin.» «Pero ¡qué luchas, qué catástrofes! contestó asustado el príncipe Alberto. Piense V. en la oposicion de nuestro Parlamento y en la de Prusia.»—«Tranquilícese V., replicó el emperador; *no se disparará ni un solo pistoletazo por eso.* A vuestro Parlamento daré un buen tratado de comercio, y la Prusia me cederá gustosa dos millones de almas, cuando en cambio gane diez ó doce en Alemania.» Despues de dicho eso, segun nos cuenta un testigo ocular, Napoleon se apresuró á dar otro rumbo á la conversacion, pero aquella idea fué desde entónces el alma de todas sus empresas. Lo que en 1851 fué todavía una mera hipótesis, la aspiracion de la opinion pública en Francia de ganar la orilla izquierda del Rhin, se habia ya convertido en un hecho; y Napoleon, en cuyas venas no hervia el ímpetu bélico de su gran tio, prefirió mecerse en el dulce pensamiento de su superioridad intelectual, por la cual alcanzaria la línea del Rhin sin ningun

pistoletazo, sin derramar una sola gota de sangre.

En Febrero de 1859 reiteró Napoleon en vano las declaraciones hechas por Persigny en 1851, y trazó por primera vez á la política prusiana las anexiones de 1866, ofreciendo á Prusia Holstein, Hannover, Hesse-Cassel, en cambio del auxilio prusiano en la cuestion italiana. En 1864, cuando la cuestion de Schleswig-Holstein volvió á tomar cuerpo, alentó Napoleon á Prusia en su primera etapa hácia una empresa bélica, que traeria consigo mil complicaciones y peligros, y, segun creia el emperador, mil ocasiones de ganar para sus ideas á aquel Estado con que desde hace trece años negociaba acerca de la Bélgica y de la provincia rhiniana. En efecto, en 1865 parecia Alemania ofrecer al emperador el campo de nuevos lauros despues del chasco llevado en Méjico; pero en vista del excitado sentimiento nacional del pueblo aleman, debia tenerse escondido detras de la escena, contentándose con alentar en secreto á la guerra á cada una de las dos grandes potencias alemanas.

Así lo hizo, guiado por su fanatismo dinástico, un año entero con la mayor habilidad, con la más cumplida astucia. Suponiendo, como todo el mundo, que el ejército austriaco sería superior al prusiano, aseguró á Prusia su neutralidad benévola, y tratando de restituir el equilibrio entre ambos ejércitos,

el prusiano y el austriaco, aprobó la alianza prusoitaliana.

Cuando Thiers declaró el 3 de Mayo de 1866 que la Prusia y la unidad de Alemania se harian un gran peligro para la Francia y queria protestar contra aquella unidad fundándose en los tratados de 1815, el emperador contestó con vehemencia diciendo en Auxerre:

«Aquellos tratados, yo los detesto.» Así Napoleon aprobó francamente la política prusiana. Pero hé aquí el reves: el emperador concluyó el 9 de Junio de 1866 con el Austria un tratado secreto, segun el cual, el emperador Francisco José, despues de una guerra feliz con la Prusia, debia ceder Venecia, y en cambio ganar Silesia á costa de Prusia. Ya el 11 de Junio Napoleon descubrió sus fines, escribiendo á su ministro: «Prusia, que perderá Silesia y la provincia rhiniana, debe ganar los ducados Schleswig-Holstein y quizá Hannover, ó Hesse-Cassel; los otros estados alemanes se organizarán (como una suerte de nueva federacion del Rhin).» Si esto se hubiese realizado, Francia habria podido satisfacer su apetito de ganar el Rhin y la Bélgica. Por cierto, la intriga no pudo ser más refinada; pero una mano de hierro la destruyó completamente; los hilos flotaban por el viento despues de Sadowa. La pretension del 11 de Junio vino por tierra en fren-

te de la Prusia victoriosa. Napoleon fué herido como por un rayo; y viéndose derribado de su puesto de árbitro, perdió desde aquel momento la seguridad de sí mismo, que le distinguia ántes. Sin embargo, no queria renunciar á su deseo predilecto, las anexiones francesas. ¡Qué utopias, qué delirios! Se deliberaba en las Tullerías qué se debia reclamar, ó sólo Landavia y Saarluis, ó si la provincia rhiniana debia hacerse un estado neutral. Por último, la Francia pidió el Luxemburgo y el auxilio de Prusia para conquistar la Bélgica. Bismarck, abrigando la conviccion que la realidad de las cosas habia de atemperar en lo sucesivo á aquellas fantasías francesas, contestó á las propuestas napoleónicas de una manera dilatoria, y el emperador procedió á la compra del Luxemburgo; pero la protesta de la Confederacion del Norte le obligó á contentarse con la partida de la guarnicion prusiana de Luxemburgo. ¿Quién pinta el furor de Napoleon? «¡Bismarck me ha engañado!» gritaba el emperador, herido en el hondo de su alma y ardiendo en ira. Sin embargo, no ansiaba la guerra con la Prusia, pues aquella guerra le parecia siempre una cosa fatal y horrible; pero la fuerza de su resolucion de evitar tal guerra se disminuia por las crecientes iras de los franceses, por la demagogia de arriba que le quitó su autoridad moral, y por un

quebrantamiento de disciplina político-militar en el ejército, á causa de la frase tantas veces repetida de que la Francia se veia humillada bajo el emperador. Sabemos por la correspondencia entre Beust y Grammont, que el Austria alentó á la Francia á buscar el pretexto de una guerra en una cuestion no alemana. Pero no se concluyó ningun tratado, pues el auxilio de Austria estaba por encima de toda duda. Beust, Lebœuf y Rouher arrastraron á Olivier, y todos arrastraron al vacilante emperador en la noche fatal del 14 al 15 de Julio. ¿Dónde fué la mesura, la prudencia del emperador? El 15 de Julio se declaró la guerra.

¡Oh guerra de 1870! ¡Oh epopeya sin segunda, página grande de la historia germánica, inmarcesible palma de victoria! Si hubo una guerra santa lo fué aquella, emprendida para proteger á la patria. Cuando nuestro pueblo tan pacífico cantó:

Frutas y flores
Buenos tienen en Junio
Sabor y olores;

cuando los alemanes llamaron bien venido á aquel bendito mes con sus plácidas noches y con sus hogueras, cantando:

Gloria á tu sol fecundo
Que ha sazonado
Las mieses y las frutas

Verdes en Mayo:
Gloria á tí, Julio,
Que el sudor convertido
Muestras en fruto;

enmudecieron de repente los cantares; huyó la santa paz, se anubló el cielo, fulguró el relámpago, retumbó el trueno, la feroz águila prusiana se arrojó por el viento á devorar su presa; en violenta rabia, inflamado y en sangrienta saña rugió el leon de Baviera; por Germania toda resonó el eco grande del clamor guerrero: cual rayo que volando asola, corrió furioso el pueblo todo á la lucha fulminante, é innumerables cual las arenas, fueron los briosos escuadrones que con voz de guerra llenaban los espacios, levantando la gran bandera que se esclarecia con los rayos del sol de Leipzic y de Waterlóo, y se ilustraba tambien con los de Sadowa. Iracundo bramó el mar aleman; con furia sin igual se armó el caudaloso Rhin; irritado se alzó el altivo Elba; indignado se agitó el Oder, se estremeció el Neckar, ofendido ardió el Weser; cual Argonautas se lanzaron nuestros guerreros á su destino, llevando de la misma Francia tambien un Toison de oro, aquel Toison preciosísimo, la patria unida, la gran patria alemana. ¿A quién no se deslizaria alguna lágrima oyendo cantar á nuestros soldados, despedirse de la madre, del padre y de la novia, y en-

trar en los wagones que llevaban la altiva inscripcion: *Tren express para París.* A la pregunta ¿qué vais á hacer? contestaban aquellos héroes con el chiste *Volvemos á jugar á las* 66. Sesenta y seis significa aquel juego de naipes que, si no es tan ingenioso como el tresillo español, nos recuerda á nosotros la gloriosa cifra de 1866, la cifra de la victoria, la cifra de los triunfos. Y como 66 fué un juego tan fatal para los austriacos, así tambien el *Treinta y Cuarenta* que hemos jugado con los franceses en 1870, ha sido para nosotros un juego de inmensa fortuna. ¡Cuantas batallas, tantas victorias! Debemos nuestro triunfo al lema bismarckiano, «á la sangre y al hierro», y se cumplió la profecía del rey Federico Guillermo IV de que la unidad germánica habria de nacer en el campo de batalla. Ante todo encierran la gloria alemana aquellos tres nombres inmortales: *Sedan*, *Metz*, *París.*

Mil cantos brotaron de los labios de nuestros vates; y si publico á continuacion una de los mios en memoria de Metz, lo hago sólo porque la traduccion castellana es debida á la elegante pluma de mi amigo D. Ventura Ruiz Aguilera. Hé aquí su version:

EXODO DE LA GUARDIA IMPERIAL DE METZ,

EL 29 DE OCTUBRE DE 1870.

I.

Saliendo va lentamente
Y abatida cual ninguna
Por la puerta Serpenoise,
En inmensas filas mudas,
Triste procesion de vivos,
Que el que la ve se figura
Como procesion de espectros
Evocados de la tumba.
Aquellos hombres acaban
De enterrar la gloria suma
Que á Francia le dió la guerra
En siglos de ardiente lucha.

II.

Metz, la ciudad arrogante
Que nunca rendirse quiso,
Ya su virginal corona
Y su bandera ha perdido.
Negros crespones hoy cubren,
Señal de duelo infinito,
La columna de Fabèrt,
Héroe que exclama altivo :
«Antes yo sucumbiria
»En la brecha con mis hijos,
»Que Metz, reina del Mosela,
»Entregar al enemigo.»

III.

Mas la vírgen fortaleza
Capitula resignada,
Y á la herencia de los siglos
Adverso destino alcanza.

Aquellos hombres que salen
De la villa inmaculada,
Llorando abandonan todos
Sus banderas y sus águilas.

IV.

Las banderas que de lauros
Coronaron mil victorias,
Y las águilas, testigos
De sus hazañas famosas.
En Metz dejaron sus armas,
Que eran su misma persona,
Y de ira y tristeza cubre
Cada faz amarga sombra.

V.

Por la puerta Serpenoise
Principia su viaje triste
La guardia imperial, soberbia,
Que hoy como esclava se rinde.
¿Quién osaria vencerla?
¿El hambre ó los adalides
Hijos de la noble Prusia,
Que contempla su desfile?

VI.

Decir parece el silencio
De los bravos vencedores,
A la par que desfilando
Van las vencidas legiones:
«Obra de Dios esto ha sido;
»Aquí su poder mostróse;
»Hora tan grande y augusta,
»Dón es suyo, no del hombre.»

VII.

¡Miradlos! ¡Cuánto despecho
Y qué de pesares hondos

De las francesas falanges
Revelando están los ojos!
Los que en sed de gloria ardian,
Estos hombres belicosos,
Que estrecho á sus ambiciones
Juzgaban el mundo todo,
Hoy, míseros peregrinos,
A un bordon piden apoyo,
Que el acero centellante
Queda en Metz vencido y roto.

VIII.

Aun falta el mayor tormento,
Aun falta la despedida
Del capitan y el soldado
Que á sus órdenes servia.
Ellos de honor y renombre
Hicieron á Francia digna;
El llanto su faz hoy surca.....
¡ La guardia marcha cautiva!

IX.

El agua á torrentes cae,
Murmura confuso el viento,
Entonando melodías
Que esparcen fúnebres ecos.
Jamas procesion tan triste,
Jamas los nacidos vieron,
Si no la creó la mente
En la region de los muertos.
Por la puerta Serpenoise,
Y ¡ para siempre ! saliendo,
Como cuerda de cautivos,
La guardia va del imperio.
La guardia que ¡ para siempre !
La relevará en su puesto,
Ostenta el casco prusiano,
Pesadilla de sus sueños.

X.

Fueron en la fatal puerta
Hoy relevados tres siglos :
La fortaleza que nunca
Rendir pudo Cárlos Quinto,
Aquel príncipe que al mundo
Temblar á sus plantas hizo ;
Los alemanes del dia,
Por Dios allí conducidos,
Al compas la conquistaron
De sus patrióticos himnos.
De entónces la época nueva
Con nuevo aliento y espíritu,
Guarda la puerta, por donde
Saliendo van los vencidos.

Pero no necesito hablar más del entusiasmo, del valor insigne, del santo ardor de mis compatriotas al heróico pueblo de Lepanto, Pavía y Bailén, al pueblo de Columela y de Trajano, de Marcial y de Séneca, de San Isidoro y de Juan de Mena, de Garcilaso y de Cervántes, á la patria del Cid y de Guzman el Bueno, que resplandece en los fastos del mundo para ejemplo inmortal de las naciones..... ¿Quién describe mi júbilo cuando despues de los dias de Sedan y de Metz recibí, en Diciembre de 1870, una poesía que me dedicó la eminente poetisa sevillana doña Antonia Diaz de Lamarque, una cancion en que se enaltece á mi patria por el saber de sus hijos, y tambien por su valor y su arrogancia?

Con pena renuncio á insertar aquí íntegra la composicion de la poetisa hispalense. París y Berlin se disputan en su ardiente rivalidad el cetro de las ideas y del progreso humano, enumeran sus victorias y grandezas, dejando por fin que la boca de los cañones sean los jueces de esta contienda, esparciendo por doquier la desolacion y la muerte. Entónces exclama la poetisa:

¡No, no existen adelantos
Donde es árbitra la fuerza,
Y el arte de dar la muerte
Con tal rapidez prospera!
Hoy dan esos grandes pueblos
Un paso atras en la senda
De perfeccion infinita
Que la humanidad anhela.
¡Ah! plegue al cielo que en breve
La paz radiante aparezca,
Que Francia y Prusia recobren
El cetro de las ideas!
Y entrambas con noble estímulo,
Ejemplo dando á la tierra,
Los duros hierros proscriban
Que á los pueblos ensangrientan.
¡Rivales!..... Fuéranlo sólo
En el amor á las ciencias,
En el brillo de las artes,
En la gloria de las letras:
Rivalicen en virtudes,
Y entónces, en competencia,
Cifra serán del progreso,
Y de las naciones reinas.

¿Quién no honraria los nobles sentimientos en

los cuales se inspiró la poetisa hispalense, que en la gloria de sus cantos rivaliza con la inolvidable Gertrúdis Avellaneda y con Carolina Coronado?

Triste fué aquella guerra para Francia, para París, para Napoleon. Este pasó por las más horribles pruebas, por las horcas caudinas, y sumergido en un funesto letargo parecia ya un difunto; los acontecimientos producian sobre él el mismo efecto que la columna de Volta sobre un cadáver, miéntras que Bismarck, que salió de Berlin el 31 de Julio, pagó su deuda como buen prusiano en la batalla de Gravelotte.

Cual rápido torrente se dilata furioso, así se encaminó por la Francia el formidable ejército aleman, y su potente mano sembró la destruccion y la ruina. Como en 1813, en 1814 y 1815 holló Alemania con segura planta los lauros de Jena, y áun en medio de la guerra no se perdió el buen humor aleman, creando una figura imaginaria, pero bastante humorística en el *fusilero Kutschke* que en sus versos festivos contra Napoleon no habla el aleman puro sino un aleman medio-berlinés, medio *Kutschkés.*

Belona señaló víctimas grandes: su víctima fué en Sedan, no cual muerto, sino cual cautivo, el mismo emperador. En Sedan cayó un trono poderoso, el trono de Napoleon se desplomó á los fulgores

De aquellos incendiados monumentos
Que, como espectros con funéreas teas,
Proyectaban sus luces ciclopéas
Sobre los campos de Sedan sangrientos.

Los paganos se inclinaban ante las cenizas de una casa destruida por el fúlgido relámpago y ante la grande y erguida encina que no se estremecia al retumbar del trueno, pero que al fin era hendida por el tremebundo rayo. Así tambien el lugar donde, rendido Napoleon, habia de sucumbir, es tocado de la mano de Dios, es sagrado, y en vez de torpe mofa, debian infundirnos respeto profundo los pobres restos del que fué emperador, y más que emperador, *Napoleon.*

El vencido de Sedan habló á *Bismarck*, y éste, modesto como la verdad, escribió á su esposa, sobre aquella memorable entrevista, una carta que honra sumamente á su autor. Aquella carta, sencillo monumento de la mayor victoria, la interceptaron los franceses y la publicaron no hace mucho tiempo. Hé aquí su version castellana:

Vendresse, 3 de Setiembre.

«Mi querido corazon: Anteayer en la madrugada »salí de aquí, regresé hoy, y entre tanto he visto la »gran batalla de Sedan, en la cual hemos hecho al »enemigo 30.000 prisioneros y arrojado el resto del »ejército frances á la fortaleza de Sedan, donde de-

»bia capitular, lo mismo que el emperador. Ayer á »las cinco de la mañana, despues de haber tratado »acerca de la capitulacion con Moltke y los genera- »les franceses hasta la una, me despertó el general »Reille, que conocia ya, para decirme que Napoleon »queria hablarme. He ido á caballo hácia Sedan sin »haberme lavado y sin haber almorzado; encontré al »emperador en coche abierto con tres ayudantes y »otros tres personajes que iban á su lado á caballo, »en el camino real ante Sedan. Desmonté, saludán- »dole con igual cortesía que en las Tullerías, y me »puse á sus órdenes. Él quiso ver al rey; yo le con- »testé que S. M. tenía su cuartel real en un pueblo »distante tres leguas, de donde te escribo estas lí- »neas. A la pregunta de Napoleon, adónde debia »dirigirse, puse á su disposicion mi cuartel en Don- »chery, pueblecito á la orilla del Mosa, en la cerca- »nía de Sedan. Lo aceptó, y acompañado de seis »franceses, de mi persona y de Cárlos (1), que en- »tre tanto me habia seguido á caballo, salió para »aquel pueblecito por el camino solitario. Antes de »llegar á mi cuartel, lo sintió, porque allí habia »casualmente mucha gente, y me preguntó si podia »desmontar en la casa solitaria de un obrero situa- »da en el camino. Yo mandé á Cárlos la visitase.

(1) Cárlos de Bismarck-Bohlen, pariente del Príncipe.

»Este me dijo que la casa era pobre y sucia. «No »importa», dijo Napoleon, y yo subí con él una es»calera estrecha y frágil. En un cuarto de 10 piés, »con una mesa de pino y dos sillas de junco, nos »sentamos una hora; los otros quedaron abajo. ¡Qué »contraste tan grande con nuestra última entrevista »en 1867, en las Tullerías! Nuestra conversacion »era difícil, puesto que no podia yo hablar de cosas »que debian ser penosas para el que fué abatido por »la mano del Omnipotente. Encargué á Cárlos man»dase oficiales desde la ciudad y pidiese á Moltke »que viniese. Despues mandamos á uno de éstos »que reconociese el terreno, y descubrimos en la »distancia de una media legua, en Fresnois, un pe»queño castillo rodeado de un parque. Allí le con»ducimos con una escolta de coraceros que habia »mandado entre tanto, y allí concluimos, con el ge»neralísimo Wimpffen, la capitulacion, segun la »cual 40 á 60.000 franceses—no sé todavía precisa»mente la cifra total—se hicieron nuestros prisio»neros. *El dia de ayer y el de anteayer costó á Fran»cia cien mil hombres y un emperador.* Hoy por la »mañana salió éste con todos sus cortesanos, caba»llos y coches, para Wilhelmshöhe, cerca de Cassel.

»Hemos visto uno de los mayores acontecimien»tos de la historia universal, una victoria que que»remos humildes y modestos agradecer á Dios, y la

»cual decide la guerra, aunque tengamos que con-
»tinuar ésta contra la Francia sin emperador. Aquí
»debo hacer punto. Ayer hablé á Bill (1), y en
»presencia de S. M. le dí un abrazo estrechísimo
»desde mi caballo, miéntras él estaba en sus filas.
»Está satisfechísimo, y su salud es muy buena.
»Adios, alma mia; mil besos á los niños.—Tuyo *De*
»*Bismarck*.»

Cayendo desprestigiado y saliendo cual prisionero para aquel castillo que tiene el gráfico nombre de Wilhelmshöhe, es decir, la cumbre de Guillermo, Napoleon oyó los silbidos de los franceses, y para decir verdad, tambien los de los alemanes. El mismo *Bismarck* decia despues de aquella entrevista en Donchery: «Se me figuraba que una vieja me invi-
»taba al cotillon.»

El furor de algunos jóvenes alemanes, educandos de Augsburgo, pudo borrar el nombre de Napoleon III, que éste, cuando escolar, trazó con un lápiz en el colegio de aquella antigua ciudad alemana; pero ¿quién podrá jamas borrar su nombre de los fastos del mundo?

Nosotros nos despedimos del emperador de los franceses con las palabras que le dedicó, á la nueva de su muerte, la eminente escritora Jorge Sand:

---

(1) Bill es uno de los hijos de Bismarck.

«Cual cautivo de Ham, Napoleon se halló poseido
» de una poderosa vision. Creyéndose el instrumen-
» to elegido para una mision ineludible, pero no sin-
» tiendo en sí mismo la necesaria fuerza física ni mo-
» ral, esperó alcanzarla en la conexion fatal de los
» acontecimientos, y así se desarrolló en él como
» una suerte de monomanía la ilusion de jugar á los
» dados con los acontecimientos, y su fatalismo
» tranquilo y tenaz tomó la apariencia de la fuer-
» za y de la habilidad. Luis Blanc, que le vió en
» Ham, dice haber encontrado en él la mirada de
» un águila encerrada en una jaula. Cuando yo le vi
» ya se habian desvanecido sus ojos de águila, y que-
» daba sólo la jaula. Una gran fortuna aparente, que
» esconde heridas profundas y desdicha amenazante:
» hé aqui la terrible estrella de los dos Napoleones.»

XVI.

«¡Afortunado el historiador que sólo tiene que
» pintar esos magníficos cuadros en que descuellan
» los héroes rodeados de virtudes, de gloria y de
» esa aureola celestial que les enaltece y les diviniza,
» porque parecen obrar como Moisés al impulso de
» Dios, ya guiando á la multitud por entre los ma-
» yores peligros, ya salvándola con su talento, re-
» duciéndola con su poder y moviéndola siempre co-

»mo á una máquina que dirige un hábil artista!»

Así exclama el autor de la *Historia de la guerra civil*, D. Antonio Pirala, lanzando un gemido, y así exclamamos nosotros con júbilo, hablando de los héroes alemanes de 1870, hablando de *Bismarck*, que, más feliz que Cavour, no experimentó el dolor de Moisés de ver á la tierra prometida sin entrar en ella.

Como en los tiempos más dichosos de España, cuando ésta arrancó al abismo de los mares el secreto de un mundo, el eco de una batalla ganada en Europa llegaba á América como un saludo á los héroes de Otumba, Tumbez y Arauco; así tambien el *Te Deum* que se cantaba en las catedrales de Alemania, á la noticia de nuestras victorias alcanzadas en 1870 y en 1871, se confundia en los espacios con el cántico de alabanzas al Dios de las batallas, que se elevaba del fondo de las selvas americanas. Formada la reputacion de *Bismarck* por mil victorias, no es maravilla que llenára tambien las selvas del Nuevo Mundo. Así en la selva de Calaveras (California), cuyos gigantescos árboles llevan casi todos el nombre de un héroe americano, uno de los más erguidos, que tiene una altura de 300 piés, se envanece con el nombre de *Othon de Bismarck*, segun la sencilla inscripcion que se lee en un trozo de mármol blanco. Verdaderamente que Bismarck,

si hubiese nacido en los Estados-Unidos, hubiera salido airoso de las luchas electorales del 5 de Noviembre, y aunque en la ardiente arena de la política militante las flores más galanas, las más doradas ilusiones se marchitan á manos de crueles desengaños, estamos seguros de que ningun Greely ó Grant le hubiera disputado el título de «Presidente de la Union.»

Los alemanes de 1870 se mostraron dignos de *Bismarck*. ¿A quién no recuerdan los valientes hijos de Esparta aquellos dos alemanes que en 1870 decian á su madre, abrazándola en la hora de la despedida: «Cuando los franceses entren en nuestra al»dea, entónces créelo, madre, nosotros habrémos »perecido en la lid y dormirémos en la tumba »fria?»

¡Qué homenaje tan poético, delicado y tierno tributó al Rey de Prusia aquel jóven oficial herido en Gorze, ofreciendo á su soberano una rosa roja! Roja es la sangre de los héroes como el color de aquella rosa, y si dulce y suave es su olor, más bella todavía es la fidelidad hasta la muerte, la fidelidad acrisolada en las batallas. ¡Qué batalla tan sangrienta fué la de Mars-la-Tour! El clarin sonoro, el reclamo de la victoria, conducia á los coraceros y hulanos prusianos á la lucha ardiente; el furor de Marte impelia el brazo de la Parca y segaba vidas

sin fin: ¡ay! pálidos y yertos cubrieron el campo tantos jóvenes prusianos caidos en desigual pelea, traspasado el pecho, hendida la frente; cabalgada de muerte era la que emprendieron los bravos prusianos, dando su vida á la patria; pero al fin las falanges francesas se vieron obligadas á ceder á los golpes enemigos, y el clarin, debia convocar á los héroes prusianos que se recogiesen. El único trompeta que sobreviviera al estrago, puso la boca en el clarin; pero en aquel instante una bala atravesando el bélico instrumento le hizo sonar de una manera extraña. Hubiérase creido por un supersticioso que aquel sonido era un acento lúgubre y lamentable, un amargo llanto por los muertos, por los bravos, por la guardia del Rhin, por los holocaustos á la afliccion alemana. Las ínclitas hazañas de aquel dia la fama las dirá con su sonora trompa.

Pero cuando llameis bravos á los de Mars-la-Tour y de Gravelotte, no olvideis á los caballos. Cual huérfanos, despues de perdido á su caballero, erraban por el campo de batalla: de repente resonó el clarin, y comprendiendo aquella llamada, enderezaban la oreja: hé aquí el caballo negro que va al trote; cual compañero le sigue el castaño; y áun el blanco, sangriento y cansado, viene con ellos cojeando con sus tres piés. ¡Así entran en su fila en tropel á dos y á tres, fieles á su bandera, aunque sin

caballero! Hulanos fueron los héroes de Mars-la-Tour, y á propósito de hulanos, tiene gracia la ocurrencia de aquel soldado español que al saber que cuatro hulanos conquistaron la ciudad de Nancy, preguntó: «¿Y de cuántos *regimientos consta un hulano*?»

La gloria alemana se habia hecho tan gigante, que ningun poeta, aunque lleno de inmenso fuego y arrebatado de sagrado furor, pudo esperar que en grandiosos himnos se elevaria á tan peregrina altura. Como por instinto nacieron despues de la primera victoria del ejército aleman dos frases; la una: *Tenemos que guardar la Alsacia y la Lorena*, y la otra: *Queremos formar una unida patria alemana.* Ardiendo en generoso vuelo, la poesía no tuvo que decir más, cuando ya el genio del ejército llevaba hasta la esfera los ecos de su noble acento, y la guerra, aquella cadena de espléndidas victorias, era demasiado breve para que alguna cancion pudiera hacerse popular.

Como lo previó *Bismarck* en la carta que dirigia á su esposa el 3 de Setiembre, Alemania tuvo que continuar la guerra tambien contra la Francia sin emperador, contra aquella Francia que nos habia acometido tantas veces, y que en los siglos pasados nos habia robado tantas perlas, á saber: Borgoña, Metz, Toul y Verdun, Alsacia y Strasburgo. Era

preciso, pues, debilitar á la Francia, para que ésta se vea en la imposibilidad de volver á acometernos. Así lo declaró Bismarck en el despacho que dirigió el 13 de Setiembre desde la ciudad de San Remigio á los representantes de la Confederacion del Norte, y en otro despacho escrito el 16 de Setiembre. El 19 del mismo mes empezaron en el castillo de Ferrieres, perteneciente á Rothschild, las negociaciones con la Francia, cuyo representante fué Mr. Julio Favre, miembro del gobierno del 4 de Setiembre, el mismo que todavía el 6 de dicho mes declaró con la mayor solemnidad que Francia no cederia ninguna piedra de sus fortalezas. En sus coloquios con Mr. Favre llamó Bismarck á Strasburgo la llave de nuestra casa, cuya posesion no podemos dejar en manos extranjeras. Es sabido que el representante de Francia, ofreciendo á Alemania todo el dinero posible, perseveró todavía largo tiempo en llamar á la cesion del más mínimo palmo de tierra un desdoro, una ignominia para su país. Pero Bismarck y el hierro aleman enseñaron á los franceses á cambiar de lenguaje. Nuestro canciller se mostró hombre de hierro en todo lo que pensaba, en todo lo que escribia, en todo lo que hacia. Léase, por ejemplo, la varonil respuesta que dió á los ingleses en el despacho escrito en Versalles el 28 de Octubre. Miremos por un momento el aparato en que se hizo la

historia universal en Versalles durante la estancia de Bismarck. Modesto, por cierto, fué el aparato: el canciller vivia en una pobre y pequeña casa de campo, y apénas se pudo acomodar un saloncito junto á su dormitorio, á fin de no verse obligado á recibir en él á los diplomáticos. No habia ninguna antesala, de modo que el criado debia sentarse en el corredor. Trabajando y pensando, Bismarck vestia una sencilla ropa de casa, pero fuera llevaba el conocido uniforme amarillo de su regimiento de coraceros.

El 19 de Setiembre se dió principio al sitio de París, último acto de la más grandiosa tragedia. Como sólo un hombre gritaron los soldados alemanes delante de la capital de Francia: *¡Raus sollen sie nicht!* (¡de aquí no han de salir!), como juraron delante de Belfort: *¡Hier Kommt keiner durch!* (¡por aquí no ha de pasar nadie!), palabras memorables que servirán de testimonio eterno del valor aleman. Pero áun en el año de lágrimas, áun durante el sitio, cuando todo le hacia falta, el parisiense guardaba su sal ática. Así tiene mucha gracia lo que en bellos versos nos cuenta Mr. Teodoro de Banville en su libro titulado *Idilios prusianos:* un padre de familia, dejando por un momento los baluartes parisienses, vuelve á su hogar, ya no piensa más en los cafés, ni en los teatros, ni en los círcu-

culos, sino alcanza la verdadera felicidad en el seno de su familia, al lado de su esposa, en las caricias de sus hijuelos:

«¡ *Et chacun reste avec les siens,*
Riant á l'enfant qui babille,
Grâce á messieurs les prussiens
Qui nous ont rendu la famille! »

Despues de hablar de las ocurrencias felices de los franceses, conviene decir algo tambien del chiste aleman de que los bávaros hicieron prueba durante el sitio de París conduciendo al coche de Julio Favre un rebaño de carneros, cuya vista sin duda debia saciar al caballero, muerto de hambre. Tampoco á *Bismarck*, cuya cabeza es un arsenal de ideas, faltó el buen humor ni el sarcasmo en Versalles. Así decia á Julio Favre con su ironía de siempre: «¡Ah! ustedes quieren entregarnos la ciudad de París ya muerta de hambre; pero ¿los 300.000 soldados que Mr. Trochu con laudable ligereza reunió en una fortaleza, esos quieren ustedes conducirlos á la espalda de nuestro ejército del Norte, ó á un viaje á Alemania? Mil gracias, señor mio. París ha de capitular como Sedan y Metz. Las tropas de línea y las guardias móviles rendirán sus armas é irán á Alemania como prisioneros; puede quedar en París, si ustedes quieren, su famosa guardia nacional; ya está hecho espacio en Alemania para 250.000 pri-

sioneros parisienses; pero cuando París en su ciega obstinacion, destruyéndose á sí mismo continúe la guerra hasta el último pedazo de pan, caiga la responsabilidad sobre los que sacrifican á París y á Francia á sus ambiciones personales. He dicho.»

Despues de otra entrevista con Julio Favre, encontró *Bismarck* á un distinguido militar aleman, que le preguntó: «Excelentísimo señor, ¿tendrémos la paz?» Por contestacion silbó el canciller con el arte de un apasionado cazador aquella señal de batalla que se llama: *¡fusil en quietud!*—«¿Tendrémos, pues, sólo un armisticio?» preguntó el general, y Bismark respondió silbando con júbilo la señal de caza: *¡Halalí, halalí!* Así supo el buen general que la fiera estaba ya muerta y que la caza habia concluido, merced al gran cazador *Bismarck*.

El 28 de Enero de 1871 capituló París, pero la justicia que se debe tambien al enemigo, nos obliga á confesar que capituló sólo despues de un admirable heroismo, despues de una defensa inmortal, orlando sus sienes con el sangriento y abrasador laurel de la independencia; pues en los entusiastas ciudadanos de Lutecia, que parecia sólo la vanidosa hija de Leticia, una soberbia Sibaris, la Babilonia moderna, la ciudad de los placeres, pero que Victor Hugo llamó la «sagrada ciudad de alto renombre», vivia algo del espíritu de Zaragoza, que en dos si-

tios hizo un fuerte de cada casa y un héroe de cada ciudadano. París capituló cuando el hambre y el luto desplegaron sobre él sus alas tenebrosas, y quien veia la indomable firmeza de Lutecia, aquel amor á la noble independencia que en otro tiempo era el patrimonio de los ínclitos varones de Numancia, habrá exclamado con doña Antonia Diaz de Lamarque :

« Ese valor insigne, esa arrogancia
De que á la faz del mundo haces alarde,
Es que en el alma de tus hijos arde
El fuego de los hijos de Numancia.»

En el «duomo de los inválidos» se habrá exhalado un ¡ay! del pecho diamantino de Napoleon I á la entrada de los prusianos en la heróica capital del imperio caido; con su tristeza inmortal habrá contemplado á Europa, y nosotros exclamamos con don Gabriel García y Tassara :

« Napoleon..... ¡oh pena!
Apagado á sus piés el sol de Jena,
Y cubierto de un velo mortecino
El gran sol de la historia, el sol latino;
De sus ojos atónitos delante,
Con la espada germánica en el seno,
Rendida, desangrada, palpitante,
Y ya arrancado de su flanco el Reno,
Aquella Francia que en triunfantes sones
La gran nacion llamaron las naciones.»

No tenemos que hablar aquí de los excesos de

la *Commune* que se hicieron delante de los ojos escudriñadores de *Bismarck* y que los soldados prusianos presenciaron desde los fuertes de París, estando preparados á penetrar en la ciudad en el momento en que se hubiese visto que el ejército de Mac-Mahon no bastaba para sujetar á los demagogos. Pero á pesar de los elogios que acabamos de dispensar á los parisienses, no podemos ménos de unirnos á las censuras que Bismarck en su despacho del 9 de Enero de 1871 dirigia á los franceses respecto de la manera que esta nacion, que se precia de estar al frente de la civilizacion, nos hizo la guerra, conduciendo en la batalla á los salvajes de Africa, los *turcos*. Aquellos *turcos* nos recuerdan una profecía muy antigua, segun la cual Alemania tendria un nuevo emperador, cuando por última vez los *turcos* diesen de beber á sus caballos en el Rhin. Ambíguo como siempre fué el oráculo, pues, no los turcos propiamente dichos, los hijos de Turquía, inundaban otro vez al Occidente, sino los talones del que nuestros poetas llamaban el Tamerlan de Francia seguian los turcos de África, y Alemania tuvo de nuevo un emperador. Todos los alemanes, desde los príncipes hasta el último soldado, se apresuraron á poner el grano de arena para la mole gigantesca, para el monumento que habia de levantarse. Lo que los vates alemanes ya saludaron con en-

tusiasmo poético en el dia en que la Francia nos declaró la guerra; lo que el rey de Baviera con patriotismo ardiente pidió el 3 de Diciempre de 1870; lo que el Reichstag rogó el 10 de Diciembre; lo que la diputacion del Parlamento suplicó el 18 de Diciembre; lo que la nacion alemana entera demandó con ímpetu, se verificó en Versalles en el castillo de Luis XVI el 18 de Enero de 1871; pues en aquel memorable dia se proclamó el imperio aleman. Como nunca celebran los alemanes desde el Rhin hasta el Belt, desde el mar hasta los Alpes, que seamos sólo una nacion, que tengamos otra vez un emperador, miéntras ántes, áun en los tiempos del imperio germánico, cuando en Holstein, es decir, en una parte de la misma Alemania, la voz grave de las campanas anunciaba la muerte de un emperador, uno preguntaba á otro: « Dígame V, ¿cómo se llamaba el emperador que acaba de morir? »

En cambio, ¡qué espectáculo tan grande y á la par tan extraño se presenta á nuestros asombrados ojos en el patio del palacio de Versalles! Allí suena el clarin aleman, allí relinchan los caballos alemanes, allí truena la voz del vencedor germánico, y al escucharla gime el suelo en luto y en pavor. El galo vió quebrada su pujanza, se hundian en el polvo los soberbios lienzos de las victorias francesas que adornaban las paredes del palacio, y en el

patio del castillo de Versalles se alza una heroína sublime, la figura de la Germania, coronada de rayos, levantando la bandera del mundo. De majestad vestida, respirando aura de gloria, se sienta en el trono imperial la heróica Germania, la que tantos años era la *cenicienta* de las naciones, la encantada princesa *Rosa de espina* de nuestros cuentos.

La estirpe de Hohenzollern alcanzó el premio de sus méritos inmortales en el mismo dia en que en 1701 el elector Federico de Brandemburgo fué coronado como rey de Prusia; y tenemos una seguridad en lo pasado que aquella estirpe llevará con esplendor la espada imperial que ántes llevaba Sajonia, y la bandera imperial que ántes llevaba Suevia. ¡En qué lumbre tan mágica fulgura la nueva corona imperial, aquella corona fundida en el ardor santo de la lucha, en comparacion con la que en 1848 el Parlamento de Francfort ofreció al rey de Prusia! ¡Qué camino tan inmenso fué el que hizo *Bismarck* desde el palacio de la Confederacion en Francfort hasta el palacio de Versalles! Habia quien, entusiasmado por la coronacion del edificio germánico, recordó, que ya un ejemplar escrito de la conocida profecía de Lehnin (1), segun la cual

(1) *El vaticinio lehninense*, escrito en cien versos leoninos, se atribuye al monje German que vivia en el siglo VIII en Lehnin, aldea situada cerca de Brandemburgo.

un príncipe de Brandemburgo habia de ser rey de Alemania, se guardaba en 1697 en casa de un Señor de Schoenhausen, uno de los antepasados de nuestro *Bismarck*. El júbilo que llenó los pechos alemanes en medio del dolor que sintieron á causa de las augustas víctimas de la guerra, lo expresó el distinguido catedrático Félix Dahn en los siguientes versos latinos:

¡Macte senex imperator
Barbablanca triumphator,
Qui vicisti Galliam,
Et coronæ Germanorum
Post viduvium sæculorum
Reddidiste gloriam!

Al fin se ponia un término á aquella guerra de siete meses que merece un canto de oro, una nueva *Iliada*; cesó el espantoso estruendo del carro crujiente de Marte, y levantó, segun dice el gran Quintana:

En el aire la Paz de su alma oliva
La bienhechora rama.

Oid, las campanas la anuncian, las campanas anuncian la ansiada y apetecida paz, la paz de oro.

¡Salud, divina Paz! Eterna amiga
De la vida y del bien;
Tú fecundas el mundo y le sostienes,
Tú le das ornamento y se hermosea,
Bajo la sombra de tu augusto velo

Las artes viven en concierto amigo,
Y seguro contigo
El genio extiende su brillante vuelo.

Hasta en Austria, hasta en Praga se entonaron con fervoroso celo dulces himnos latinos en loor de la paz:

Nunc est bibendum, nunc pede libero
Pulsando tellus, nunc saliaribus
Ornare pulvinar deorum
Tempus avet dapibus, sodales (1).

Ya pudo *Bismarck*, ufano con sus triunfos, despedirse de su cuartel en Versalles, pero no ántes de dar explicaciones á la señora de la casa, madama Josefa, que con bastante vehemencia demandaba una indemnizacion, diciendo al canciller: «¡Mire usted esas alfombras, esas sillas deterioradas, esa mesa arañada! Necesitaré centenares de francos para reparar el daño.» — «Señora, replicó *Bismarck*, lleno de chiste como siempre: su casa de V. es un tesoro, no cambie V. nada en ella, déjela V. así como está, y de todas partes, hasta de la lejana América, vendrá la gente para ver la casa donde se concluyó la paz, y así sólo, mostrando sus cuartos á tantos extranjeros curiosos, ganará V. los tesoros de Creso.»

---

(1) Gustavo Lincker.

Hé aquí la manera como, segun una anécdota popular en Alemania, se hicieron los preliminares de la paz. Al tratar con Mr. Favre sobre la indemnizacion de guerra, uno de los más grandes y vastos asuntos que se hayan tratado jamas entre dos grandes naciones, *Bismarck* invitó á su casa, cual experto, á un banquero judío de nombre Bleichroeder, y en presencia de éste reclamó para Alemania 5.000 millones de francos. «¡Qué suma tan enorme! exclamó Mr. Favre como herido de un rayo. Desde los tiempos de Cristo hasta la hora presente no habria quien contase cantidad tan inmensa. —No tenga V. cuidado, replicó Bismarck, por eso tenemos aquí este caballero; presento á V. al señor Bleichroeder, que cuenta ya desde la creacion del mundo.»

En la madrugada del 9 de Marzo de 1871 pasó por la calle de Guillermo en Berlin un modesto coche. ¿Quién hubiera imaginado que en aquel humilde carruaje estuvo el que cumplia en el corto plazo de siete meses las esperanzas de mil años, el que constituia el nuevo imperio aleman, recobrando para la casa de la madre Germania dos hijas perdidas, la Lorena y la Alsacia?

¿Quién cuenta cinco millares? preguntó Mr. Favre, y ¿quién cuenta, preguntamos nosotros, todas las distinciones que se dispensaron á *Bismarck?* El

28 de Enero, en que París capituló, la ciudad de Leipzic en que há medio siglo se alcanzó la independencia de Alemania, nombró hijo adoptivo á *Bismarck*, á quien se debe la unidad de Germania. El noble ejemplo de Leipzic lo imitó la ciudad de Hamburgo, fiel á las antiguas tradiciones de la Hansa, y *Bismarck* saludó á sus nuevos paisanos el 11 de Febrero de 1871 desde Versalles, deseando que los marineros de Hamburgo fuesen los primeros en anunciar en lejanos mares que Alemania habia alcanzado de nuevo su unidad y su emperador. El 21 de Marzo de 1871 fué nombrado príncipe, y si España se vanagloria de su príncipe de Vergara, la Alemania entera se precia de su *príncipe Bismarck*, á quien en la estacion de Apolda el abogado Holbein saludó con las palabras latinas: *princeps Bismarck, orbis terrae clarissimus vir, tam gladii quam ingenii acie maxime insignis, germanici imperii gloriosus constructor, hic princeps principum vivat in æternum.*» Y nosotros saludamos el 22 de Marzo á nuestro emperador Guillermo con motivo de sus dias con el saludo helénico de la fuerza: *¡ Vale!*, con el saludo romano de la alegría: *¡ Salve!* y con el saludo de los hebreos: *¡Paz sea contigo y con tu casa!*

Cada provincia del gran imperio aleman ofreció su homenaje al *príncipe Bismarck*, y el Rhin le dió

el néctar de su vino, gracias al unánime acuerdo de los viñeros rhinianos.

El diploma del título de príncipe que se confirió á *Bismarck* ha sido concluido recientemente, y es una obra de arte de gran mérito. Se compone de tres páginas: las dos últimas contienen el texto, y la primera está consagrada á la reproduccion de las armas. Los países vencidos, Dinamarca, Austria y Francia suministran los elementos. En el centro figura el escudo de la familia de Bismarck, que representa un grupo de tres hojas de encina. A derecha é izquierda, dos heraldos sostienen las armas de la Alsacia y de la Lorena. En los lados que forman el marco, hay pintados haces de banderas danesas y austriacas, y encima un haz de banderas francesas. De las banderas danesas y austriacas penden la cruz de Alsen y la de Koeniggraetz, y de las banderas francesas la cruz de Hierro. En esta cruz habrá de pintarse el retrato del emperador. El marco está formado de columnas y de un arco de triunfo, que representa el de la Estrella en París. Los basamentos de las columnas están adornados de cruces de hierro y decorados con los colores de la Prusia y del imperio germánico.

Un dia ántes del cumpleaños del emperador, el 21 de Marzo de 1871, se abrió el Reichstag del imperio aleman, inaugurando un período de paz des-

pues de la más gloriosa guerra que Alemania, por su dicha, aprovechando las lecciones de la historia, sostenia sin aliados, de modo que tambien ella por sí sola pudo recoger los frutos de su triunfo, miéntras que en 1815 habia de dar oidos á Rusia é Inglaterra.

El 16 de Junio de 1871 hicieron su entrada triunfal en Berlin las tropas prusianas que en combates heróicos habian sellado con su sangre su lealtad, no dándose punto de reposo, y entre los que hacian latir más los corazones alemanes, figuró en medio del cortejo el *príncipe Bismarck*, precediendo al emperador, al príncipe de la Corona, nuestro *Fritz*, y al príncipe Federico Cárlos, y rodeado de los Dióscoros, el conde Moltke y el ministro de la Guerra de Roon.

Ya llega, ¿no le veis? Astro parece
En su carro triunfal, mucho más claro
Que tras tormenta el sol.

Del astro bismarckiano habla tambien un poeta aleman, en el siguiente juego de palabras:

«BIS MARCK *und Kraft die Deutschenganz verlassen*
Wird BISMARCK'S *heller Glücksstern nicht erblassen.*»

(Miéntras dure el vigor germánico, lucirá el astro brillante de Bismarck.)

¡Qué regreso tan afortunado despues de la lucha

fulminante, regreso mil veces más dichoso que el de los campos de Bohemia en 1866!

Los valerosos soldados, encendidos en ingénito y vehemente cariño por el lugar que les vió nacer, coronados de lauros y entusiasmados con la ventura de haber protegido el Rhin, volvieron á su hogar nativo, hallando reposo en tiernos brazos y derramando en derredor beneficios á sus compatriotas.

Ya purificó las venas de Alemania el bálsamo de la paz, gracias á *Bismarck*, cuyo genio extendió su brillante vuelo. El 10 de Mayo de 1871 se concluyó el tratado de paz con Francia, en Francfort, en la conocida fonda de *El Cisne*, coronando la carrera diplomática de *Bismarck* que, como es sabido, comenzó en la misma ciudad. «Quisiera que la paz concluida en *Francfort* fuese tambien nuestra paz con *Francfort*», decia *Bismarck* al alcalde de aquella poblacion, que hasta 1870 habia perseverado en sus tendencias anti-prusianas. Y así lo ha sido, pues proclamando á Francfort cual ciudad de la paz, el príncipe derramó el suave bálsamo en los corazones de los francforteses, que en el dia son tan buenos prusianos como los berlineses y los colonienses.

«Casi no hubiéramos conocido á S. A.», decia el mozo de *El Cisne* á *Bismarck*, porque éste no llevaba su uniforme durante las negociaciones de paz. «Sucedió á V., pues, lo mismo que á los franceses,

replicó el canciller riéndose; éstos tampoco nos conocieron hasta que vestimos el uniforme.»

Otras palabras características que el príncipe habló en la ciudad del Mein, fueron las siguientes: «Miéntras vivamos nosotros, no tendrémos ninguna guerra más.» ¡Ojalá que aquellas palabras suban resonando al firmamento cual la inspirada voz de la verdad!

No deja de tener gracia la siguiente anécdota que cuenta *El Times* pintándonos al *príncipe de Bismarck* como gran caballero. Cuando éste, en Octubre de 1871, trataba con Mr. Pouyer-Quertier sobre la evacuacion de los primeros seis departamentos en derredor de París, el príncipe prusiano invitó á comer al estadista frances, y Mr. Pouyer-Quertier, que habia emprendido el viaje de París á Berlin á costa de su gobierno, decia entre otras cosas: «Los caminos de hierro en Alemania son buenos, sí, pero los precios son muy caros.»—«Explíquese V.», contestó *Bismarck*.—«Diré á V., pues, continuó Pouyer-Quertier, que de Aquisgran hasta Berlin tuve que pagar mil francos.»

Luégo se dirigió el príncipe al director de los ferro-carriles alemanes, y éste le dijo: «Sí, esa es la tarifa.» El dia siguiente regresó el ministro frances á París, y cuando su secretario encargado de pagar los gastos de viaje se disponia á pagar otro

billete de mil francos, el cajero del ferro-carril le dijo: «Dispense V., los mil francos pagados en Aquisgran cubren el precio de la vuelta.» Pouyer-Quertier entró en el coche riéndose. A su llegada á la estacion de Brandemburgo abrieron la puerta del wagon seis lacayos, diciéndole que el almuerzo le esperaba. Despues el ministro y su comitiva se restauraron en el almuerzo digno de Lúculo, y el secretario pidió la cuenta en la seguridad de que habia de pagar una suma enorme. Pero oyó otra vez, con la mayor sorpresa: «Todo está pagado ya con los mil francos de Aquisgran.» Lo mismo sucedió en Hannover, donde se sirvió una comida opulentísima, y Mr. Pouyer-Quertier no pudo ménos de dirigir desde aquella estacion un despacho telegráfico á Bismarck, dándole gracias por la manera ingeniosa con que, como gran caballero aleman, contestaba á la queja de un estadista frances, ansioso de emplear con parsimonia el dinero de su patria.

Cuando se mencionaba aquella anécdota en una de las alegres fiestas parlamentarias que se celebran en casa de *Bismarck*, el amable huésped decia riéndose: «No es mentira aquella historia, pero no sucedió á Mr. Pouyer-Quertier, sino al ministro ruso el príncipe Gortschakoff.»

Nos acercamos al fin de nuestros pobres apuntes

biográficos. Haciendo una política verdaderamente nacional, el canciller del imperio aleman se ha ungido con el óleo democrático. En su notable discurso del 25 de Enero de 1873, decia: «En Prusia está el rey por encima de los partidos. Pero puede ser necesario, segun el *sentimiento gubernamental* de S. M. y del Ministerio, que vaya una vez con un partido y otra vez con otro.» Bajo los auspicios de *Bismarck* aquel *sentimiento gubernamental* se ha hecho nacional, y dicho sentimiento no es otra cosa que el talento del hombre de Estado de aprovechar el momento y de elegir lo posible, aunque no corresponda por completo al principio que se debe seguir; y este es el punto donde comienza lo misterioso del arte de la política, que no puede ser enseñado ni aprendido.

Otros trozos del citado discurso son los siguientes: «El canciller del imperio aleman ha de deshacerse de la vegetacion que le es inherente en la vida prusiana..... Cuando Inglaterra se dispone á introducir medidas reaccionarias, el partido liberal se hace gobierno, para que no se traspasen los justos límites; y, por la misma razon, el partido conservador sube al poder cuando se trata de introducir reformas liberales.»

Nadie tanto como *Bismarck*, que para llevar á

cabo sus grandes planes necesitó el consentimiento del monarca más obstinado, el apoyo de una Cámara que le era hostil y la connivencia de una gran parte de potencias que consideraban á Prusia con desconfianza y hasta con malevolencia, puede hablar hoy dia sin guardar contemplaciones; pero la finura y el tacto que demuestra *Bismarck* trazándose un límite á sí mismo, nos inspiran la mayor admiracion. Los discursos de *Bismarck*, que tantas veces fueron el preámbulo de hechos grandes, son un programa. Con la mayor diafanidad posible lo expresa él mismo: «Yo, el ministro reaccionario, soy el más propio para hacer reformas liberales.» Y el mismo *Bismarck*, que ántes era el prototipo del antiguo prusianismo, acaba de imponerse la mision de hacer consumir á la individualidad prusiana por Alemania; y así lo hará, sabiendo que Prusia es una organizacion demasiado vigorosa, que no debiera influir grandemente en la trasformacion de Germania.

A los que temian que el canciller del imperio germánico despues de perdida la presidencia del ministerio prusiano perderia tambien su influjo sobre aquel ministerio, contestó *Bismarck* en el citado discurso del 25 de Enero: «Cuando el canciller haya de ser una persona grata cerca del emperador; cuando el canciller se asegure la confianza de

la mayoría de los gobiernos alemanes y del Reichstag (1); cuando el canciller reuna en sí todas aquellas calidades, pueden Vds., primero que pregunteis al canciller: ¿pierdes el apoyo del ministerio prusiano? preguntar al ministerio prusiano: *¿pierdes la conexion con el canciller?*»

Nos cumple hablar todavía de una cosa, y hablarémos con franqueza, áun á riesgo de que el héroe de esta biografía pierda el favor de las bellas españolas. Otro cargo gigantesco tomó sobre sí despues de la guerra de 1870 á 1871 el canciller del imperio germánico, procurando libertar al nuevo imperio del yugo de Roma. Pasó ya el tiempo en que decian nuestros abuelos que «por todas partes se iba á Roma», y que á Roma se iba en busca de todo, y que todo se encontraba en ella. *Bismarck* quiere que Alemania crie *alemanes*, para que pueda vencer á las sierpes de la envidia que ya se aprestan á lanzar contra ella su infernal veneno. *Bismarck* quiere que cada cual, segun su arbitrio y segun su conciencia, rinda culto á su religion, sea á la católica ó á la protestante, en el sagrario de su casa; pero dentro del Estado no debe haber ninguna confesion religiosa, sino sólo una confesion política. En aquella gran concepcion encuentra *Bismarck*, cuyo belicoso

(1) El Reichstag es la Dieta del imperio aleman.

esfuerzo, cuya incansable perseverancia conocemos, enemigos en ambas filas, en la de los ultramontanos católicos y en la de los ultramontanos protestantes; pero en medio del ardor de esta lucha titánica, recordará la frase de Goethe: «Cuando no quieras que griten en derredor de tí las chovas, no debes ser boton en el campanario.» Entre sus adversarios cuenta *Bismarck* al protestante Muehler, ex-ministro de Prusia, al católico Savigny, hijo del gran jurisconsulto, y al obispo de Maguncia Manuel de Ketteler, que ya adornó su mitra con los colores del socialismo. Entre los aplausos de la culta Alemania resonaron en el Reichstag el 14 de Mayo de 1872 aquellas altivas palabras del gran canciller: «*¡A Canosa no irémos!*» Es sabido que en Canosa se humilló el rey aleman Enrique IV ante el papa Gregorio VII.

¡Querida lectora mia, férvida católica, tú que con amor profundo adoras al Sucesor de Pedro, al Santísimo Padre, diciéndole con el poeta español (1):

«El rayo del Potente
Obedece á tu voz, y alza tu mano
El cetro de los cetros sobre el mundo.....
Un siglo al otro siglo tu memoria
Legará entre solemnes bendiciones,
Hundidas del Averno las legiones
Bajo tu planta en sin igual victoria»,

(1) D. Francisco Rodriguez Zapata.

no lances el peso de tu cólera sobre el canciller del imperio germánico: créeme; él, aunque diplomático, es tan religioso como tú, y de sus labios no brotarán jamas palabras impías, como las que se pronunciaron ¡ay! en la Cámara de diputados de España. *Bismarck* no dirá nunca con Suñer y Capdevila: «El hombre es la ciencia, Dios es la ignorancia, el hombre es la verdad, Dios es el error.....» Hé aquí lo que decia *Bismarck* en la Cámara de los señores el 10 de Marzo de 1873: «No se trata aquí de la lucha entre la fe y la infidelidad, sino de una lid antigua respecto del poder, una lid tan antigua como el género humano—la lucha entre el poder del rey y el de los clérigos—una cuestion de poder que es más antigua que la aparicion de nuestro Redentor en el mundo, una lucha que ya se manifestó en Aulis entre el rey Agamenon y su vate, costando al rey su hija Ifigenia é impidiendo á los griegos salir de Aulis; una lucha que se desarrolló en la historia alemana de la Edad Media hasta el imperio germánico, manifestándose en las contiendas entre el Papa y el Emperador, que concluyeron con la muerte del último representante de la ilustre casa de Suebia, Conradino (el Hohenstaufen), en el cadalso, bajo la segur de un conquistador frances aliado del Papa. Nosotros nos hemos aproximado á un estado de cosas semejante. Si la guerra agresiva emprendida por los

franceses en 1870, coincidiendo con la publicacion de las resoluciones vaticanas, hubiera sido coronada de la victoria, ignoro si entónces tambien en la historia de la Iglesia se hubiese tenido que alcanzar la paz. Se engañará, en mi concepto, quien considere á Su Santidad el Papa exclusivamente cual representante de una confesion, ó cual representante de la Iglesia católica.

»El poder del Papa ha sido en todos los tiempos un poder político que usurpaba con la mayor energía y con la mayor ventura las cosas de este mundo, y que de aquella usurpacion hizo su tendencia, su programa. Lo que el papismo manda incesantemente es la sujecion del Estado bajo la Iglesia, persiguiendo así una tendencia política, una tendencia tan antigua como la humanidad; pues en todos los tiempos hubo tambien clérigos que pretendian que ellos fuesen más iniciados en la esencia de Dios que los otros hombres, y que ellos por eso pudiesen representar mejor los intereses de sus prójimos. La lid entre el papismo y el imperio aleman ha de ser juzgada como cualquiera otra lucha con atroces golpes, treguas y armisticios. Hubo Papas pacíficos y Papas conquistadores. Hemos visto obispos que lidiaron contra los intereses del papismo y en pro de los emperadores alemanes. Se trata ahora de trazar los límites entre el poder del Rey y el de

los clérigos, y ese deslinde ha de verificarse de tal modo que el Estado no perjudique su existencia. El gran Federico vivia largo tiempo en plena paz con la curia romana, miéntras la lucha ardia entre ella y el Austria. Aquella lid es, pues, por completo independiente de las confesiones.»

Bismarck conciuyó diciendo que á su regreso de Versalles habia visto con honda pena la movilizacion de los clericales contra el imperio aleman. ¿Cuándo ¡Dios mio! saludarémos á la paz tambien en aquella lucha árdua entre el Estado y la Iglesia? ¿Cuándo, por fin, los rayos de la luz clara y refulgente ahuyentarán la nube del error, y con ella las funestas plagas que ahogan todavía nuestra dicha? El sentimiento de la patria está muy arraigado en nuestro pecho, y con serenidad contemplamos el porvenir, saludando á nuestro Bismarck con las entusiastas palabras que Quintana en 1797 consagró á Jovellanos:

¡Bien haya veces mil aquel momento
En que á las manos del saber se entregan
Las riendas del poder!

Sabemos que la familia de Bismarck guarda cuidadosamente, distribuidas en forma de álbum, todas las caricaturas que se han hecho de él, y tambien las que en 1870 y 1871 se hicieron de Napoleon III y de la emperatriz Eugenia. ¡Qué material

tan interesante para la historia ofrecen aquellas dos colecciones! El príncipe de hierro, nuestro Bismarck, mirará la suya sin duda con una sonrisa llena de sarcasmo, y no sin experimentar una inmensa satisfaccion, pues tiende la vista á una carrera que empezó con la mofa de sus contemporáneos, pero á la cual despues coronó el aplauso universal, y que ha de concluir con la gloria eterna.

Un escritor español pregunta: «Aquella sangre del cántabro, tan enérgica y caliente, ¿no debió parte de sus virtudes al hierro escondido en la tierra fragosa que la vigorizaba y nutria? ¿No era la mejor y más pura sustancia de ella el dócil y generoso metal que engendra la aguja, la espada y el martillo, y allá en nuestras montañas sazona la gleba, tiñe las rocas, pinta los barrancos y asoma por todas partes rojo y provocativo entre los verdores lozanísimos del monte y de la vega?»

Así tambien Bismarck tiene en sus venas el hierro de la Marcha, y nadie le disputará la gloria de ser el príncipe de los alemanes, el *príncipe* de la *Walhalla germánica.*

Con esta frase concluimos los apuntes biográficos del príncipe, que por casualidad trasladamos al papel el 1.° de Abril, cumpleaños del gran estadista, y al mismo tiempo clásico dia elegido en Alemania para los chascos de inocentes, como en España el

28 de Diciembre. Francia tambien eligió el 1.° de Abril para tales bromas, no adivinando que ella más que nadie experimentaria los efectos de aquel dia, embromada por Bismarck, glorioso hijo del 1.° de Abril.

P. D. Ha trascurrido ya casi un año desde que estas líneas vieron la luz en *La Revista de España*, y hoy puedo añadir las palabras que el canciller pronunció con su habitual desenfado en el Reichstag aleman en Marzo de 1874, consiguiendo hacer reir á la mayoría de la Asamblea á costa de los diputados alsacianos y loreneses, á quienes contestaba: «Estos señores de la Alsacia se quejan de que en tres años no los hayamos hecho felices, más felices de lo que fueron sin duda bajo la dominacion francesa, tan felices como en realidad deseariamos nosotros que fuesen.

»La Alsacia, con excepcion de Strasburgo, ha pertenecido á Francia durante dos siglos enteros y algo más, y la costumbre tiene sobre los hombres un poder extraordinario.

»Cuando un dia esos señores hayan pertenecido á la Alemania siquiera doscientos años, les recomiendo que hagan entónces una comparacion retrospectiva, y estoy seguro de que resultará que han vivido con nosotros agradablemente.»

Estas palabras las pronunció el *príncipe de Bis-*

marck cuando no se habia apagado todavía el eco de las frases famosas en que confesaba con arrogancia el hecho de que existen contra él grandes odios, diciendo al Landtag prusiano el 16 de Enero de 1874 : « Recorred desde el Garona hasta el Vístula, desde el Belt al Tíber, buscad á lo largo de los rios alemanes el Oder y el Rhin, y encontraréis probablemente que soy en estos momentos, y lo digo con orgullo, la personalidad más fuertemente odiada de este país. »

XVII.

El conde de Moltke.

Cada dia se pronuncia en el mundo político millares de veces el nombre universal de Bismarck, el Hércules germano que aplicó á sí mismo el 21 de Enero de 1864, en la Dieta prusiana, aquel verso de Virgilio :

Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo.

Bismarck es el más acabado tipo de los hijos de la Marcha de Brandemburgo. La Marcha no tiene monte ni valle, tiene sólo arena. Aquel suelo es producto de la obra del hombre; aquella tierra la hicieron las manos del hombre, conquistándola con la espada, con la azada, con la llana. El hijo de la

Marcha podria decir lo mismo que el holandes: «De Dios el agua, de nosotros las riberas.»

Si tuviese que desear algo á la patria de San Fernando, á la desventurada España, en donde la mancha de sangre avanza y crece, siendo hoy lo único estable, lo único constante, la anarquía, la insurreccion, la hoguera de la guerra civil, serian aquellas navajas que valen más que las de Albacete, y se llaman *navajas de Bismarck*. Pues aquellas navajas cortarian de una manera pronta, enérgica y decisiva los males que han llegado ya á tan deplorables extremos, que España, segun acaba de escribir un honrado veterano de la guerra de la Independencia, recibiria con los brazos abiertos á quien trajese la paz, aunque fuese Muley-Abbas. Pero tendamos la vista á los que se agrupan al derredor de la gran personalidad de Bismarck. Al lado de aquel príncipe de la diplomacia tenemos que colocar al caudillo militar de Prusia, al maestro de la estratégia, al *Conde de Moltke*, una de las más distinguidas figuras en el gran teatro de la historia, guia de los caballeros, honor de las armas, duro azote de los daneses, de los austriacos y de los franceses, de alto prestigio, lo mismo en Alemania que en el extranjero, y tan temido en Francia, que miéntras él viva los franceses tendrán cerrada la puerta de Jano y el período de las revanchas.

Como la dulce poesía mostróse en España siempre hermana de la guerra, como al redoblar del tambor sonante, al eco tremebundo del cañon se escuchó grato el plectro sonoro de Jorge Manrique y del Marqués de Santillana, de Ercilla y de Cervántes, de Lope de Vega y de Calderon, de Cetina y de Garcilaso, del Duque de Rivas y de Zorrilla, así tambien nuestro Conde de Moltke podria llamarse poeta, que á serlo se educó entre el fiero clamor de los clarines, *en medio de las armas y aspereza.* Pero Alemania necesitaba el genio del guerrero, el brazo del héroe, y Moltke, en vez de escribir libros de caballería, y en vez de levantarse á la alta cumbre del Parnaso inmortal pulsando la blanda cítara, se hizo el general Moltke, el Bismarck de la guerra, para quien el juego sangriento de la pelea es un juego de ajedrez. Cual general, el Conde de Moltke no aparece jóven ni viejo, juntando en sus operaciones, que deben estudiarse como hijas de un talento privilegiado, la osadía más atrevida á la precaucion más próvida y circunspecta, y manifestando la resolucion más pronta cuando se le presentan los elementos para un cálculo de probalidad. A semejanza de Guillermo de Orange, que quitó los Países-Bajos al gran monarca cuyo dominio el sol no abandonaba, los alemanes le llamamos «el gran taciturno»; pues si en la batalla

alza la voz igual al trueno, queda mudo en el dia del triunfo. A la par pensador y general, convirtió con mano fuerte y poderosa á nuestro pueblo de una nacion de profunda filosofía en una nacion de hazañas. El caudillo militar de Alemania no se parece á los Alba; en su semblante, que visto de léjos tiene algo de ascético, duerme una melancolía plácida y tranquila. Parece que la naturaleza, que oculta en una concha la hermosa perla de claro oriente y sin igual valía, se empeñaba tambien en esconder en Moltke las brillantes cualidades que le adornan. Pues humilde de cuerpo, es grande de genio; parece un modesto profesor, y es el capitan más insigne, un general sin segundo, timbre y orgullo de la Germania. Se habla de la barba de Barbarroja y de la de Barbablanca, nuestro emperador; pero nadie hablará de la barba de Moltke, pues le falta completamente aquel varonil adorno.

En la antigüedad siete ciudades se disputaron la gloria de ser patria de Homero, y en nuestros dias más de dos villas reclamaron el honor de haber mecido la cuna de *Moltke*, el egregio mentor de los alemanes en las armas. Tenemos, pues, una gran satisfaccion en saber la verdad, gracias á la fe de bautismo hallada en Parchim, y gracias á las siguientes líneas que el mismo *Moltke* escribió há poco en la *Gaceta de Lübeck*: «Mi juventud no ofre-

»ce ningun interes para el público: soy el tercero »de siete hijos de mi padre, el teniente general da- »nés de Moltke. Mi madre se llamó Enriqueta Pas- »chen, hija del consejero de Hacienda Paschen, en »Hamburgo. Cuando mi padre compró una finca en »el Mecklemburgo, nací allí el 28 de Octubre de »1800, en la ciudad de Parchim, donde estuvieron »mis padres en casa de mi tio Helmuth de Moltke, »que en 1812 marchó á Rusia con el batallon meck- »lemburgués, y allí pereció. Recibí en la pila los »nombres de Helmuth Cárlos Bernardo. Mis más »tempranos recuerdos se enlazan con la antigua »ciudad de Lübeck, adonde seguí á mis padres, »cuya casa fué saqueada por los franceses en 1806. »Con mi hermano mayor entré en Copenhague en »la academia de cadetes. Cual alumnos pasamos allí »una triste juventud. A la edad de 18 años fuí ofi- »cial. La perspectiva nada halagüeña que ofrecia el »servicio militar en Dinamarca excitó en mí el de- »seo de entrar en el ejército prusiano, en que sirvie- »ron mi padre y algunos de sus hermanos. Con una »carta de recomendacion del jefe de mi regimiento, »el duque de Holstein, padre del actual rey de Di- »namarca, vine á Berlin, salí allí airoso del exámen »de oficial, y desde aquel tiempo empieza mi cono- »cida carrera militar.» No sólo conocida, añadimos

nosotros, sino escrita por la historia universal en tablas de diamante.

El 12 de Marzo de 1822 entró Molke en el ejército prusiano, y ¿quién creyera que el 12 de Marzo de 1872, dia por siempre memorable, por ser el aniversario de 50 años de servicio del gran Taciturno que con tanta gloria ha ocupado el primer puesto de la milicia, pasaria en el más profundo silencio sin ser conocido por el pueblo aleman, que adora á su Moltke, y sin ser advertido por el ejército que conducia con noble brío por el camino del honor de victoria en victoria?

Llamamos la atencion sobre un hecho muy curioso: el oficial *danés* de Moltke dió al ejército prusiano su actual organizacion, y otro oficial *danés*, Miguel Bille, puso el fundamento de la marina prusiana.

La familia de los Moltke debe su orígen á la isla danesa Moen; sus armas son siete plumas de pavo real, aquella ave que se consideraba en la Edad Media cual símbolo de la eternidad, y cuyos ojos en las alas desplegadas cual abanico, parecian, segun el mito popular, el reflejo de la mirada divina que llena de satisfaccion cayó sobre el pavo en el dia de la creacion. Los Moltke llevan por divisa las palabras: *Candide et caute*, que por cierto en nadie

cuadran más que en el héroe de esta biografía *Helmuth de Moltke.*

Desde 1823 hasta 1826 el jóven Moltke visitó la escuela de la guerra en Berlin, y en 1833 entró en el Estado Mayor. Un período romántico en la vida tan monótona de nuestro oficial, que con su vasta erudicion conquistó la simpatía del célebre geógrafo Cárlos Ritter, se inauguró en el año de 1835, en que emprendió un viaje por la Turquía. En el Oriente desplegó por primera vez sus alas el brillante genio de Moltke, para extender despues su poderoso vuelo sobre su patria. El Oriente, que llenó la fantasía de Espronceda, la de Zorrilla y la de Arolas, le hacia estratégico, político y poeta. Por casualidad fué presentado á Mehemed Chosret, ministro de la Guerra de la Sublime Puerta, y éste, entusiasmado por la ardiente descripcion que le hizo Moltke de la inimitable landwehr (1) prusiana, le alentó á consagrar su talento privilegiado al imperio otomano. Moltke se pinta á sí mismo en dos obras sobre la Turquía, á saber: en sus cartas tan poéticas á su hermana, que se publicaron en 1841, y en el interesantísimo libro sobre la campaña ruso-turca

(1) Landwehr se llama aquella parte de ejército que no está sobre las armas, ocupándose en sus trabajos cívicos durante la paz, y siendo llamada á las banderas sólo al estallar la guerra, ó en tiempos de peligro.

de 1828 y 1829, que salió á luz en 1845. Nuestro héroe tiene en su paleta los más brillantes colores; ¡con qué maestría nos pinta las doradas cúpulas del augusto templo de Sofía trasformado en mezquita:

No el coro que entonaban serafines
Al hijo de María,
Sino el ezan oyó de los muecines
El templo de Sofía!

¡Con qué entusiasmo nos describe á Constantinopla, á la señora de entrambos continentes, de la que dice el P. Arolas, el distinguido vate de las riberas del Turia:

Tiene Estambul jardines á millares
Que forman su festejo,
Contempla sus navíos en dos mares,
Y el Bósforo es su espejo;
Ve el Olimpo á lo léjos eminente
Cual áspero gigante,
Con su manto de nieve eternamente,
Con nubes por turbante!

¡Con qué exaltacion nos introduce en Nisibin tan famosa,

Porque no dió lugar en sus rosales
Sino á la blanca rosa!

Guiados por Moltke pisamos el suelo de Oriente feliz: entramos en Güllistan, la mágica ciudad de las rosas y de los ruiseñores, donde rosa es lo que se respira, rosa lo que se bebe, y rosa áun lo que se

come. Nos calienta aquel sol de fuego, y contemplamos .

En un murallado suelo
Como un cielo
De hermosuras de jazmin.

¡ Qué dicha nos brinda el Oriente !

Una mesa de ambrosía,
Unos baños de agua fria
Con olores,
Donde el ámbar se ha mezclado
Con el jugo destilado
De mil flores.

Entre los topacios de los harenes, entre los diamantes de Golconda, entre las perlas de Basora, Moltke encontró galas para vestir sus descripciones. Visitó á Troya, el teatro de la poesía homérica ; vió con pasmados ojos la antigua cuna de la humanidad, y como los famosos 10.000 de Genofonte, se sentó en una balsa compuesta de pieles infladas de carnero, para pasar por el Tigris. ¡ Qué aventuras tan interesantes ! Lo que principió cual viaje de recreo, concluyó siendo una escuela de profundos estudios, una serie de trabajos de todo género, una gran prueba del genio militar, una preparacion á la brillante carrera que el cielo le guardó en 1864, en 1866 y 1870 y 1871. Moltke, el inteligente oficial prusiano, fué á los ojos del sultan Mahmud I el médico para todos los males de los cuales adolecia el imperio ; sólo de Moltke se esperaban las pana-

ceas. Él hizo los mapas de las fortalezas turcas, él debia afilar á la prusiana el enmohecido alfanje turco y castigar al vasallo rebelde Mehemed-Alí.

La batalla de Nisib, que tuvo lugar el 24 de Junio de 1839 entre las tropas turcas y las egipcias, hizo la fama de *Moltke*, aunque concluyó con una derrota de los turcos; pero no fué él vencido, sus disposiciones eran excelentes, y sólo el material se mostró incapaz, áun en las hábiles manos de Moltke. El sultan murió despues de muerta la esperanza de que su pueblo resucitaria; y rico en experiencias y honores, regresó Moltke á su patria el 13 de Setiembre de 1839. Allí se conquistó, por sus cartas sobre la Turquía, aquélla joya tan rica en bellísimos detalles y en admirables filigranas, otra joya, una simpática novia, la jóven y bella hijastra de su hermana, la señorita Mary Burt.

La pérdida de aquella tierna mujer tendia un velo de negra tristeza en sus rosados pensamientos de ayer, convirtiendo para él la Noche-Buena de 1868 en una noche mala, y desde aquel momento en que perdió su eden lleno de flores, le vemos solitario, melancólico, taciturno; sintiendo el frio de la triste vejez. Pero á pesar de la profunda melancolía que miramos en su semblante, le llamamos afortunado, pues del invierno de su vida hizo la primavera de su patria.

Dice bien el inspirado poeta murciano D. José Selgas:

La dicha muere cuando apénas nace;
Es ráfaga de luz tan pasajera,
Que en el punto que brilla se deshace;

pero queda á Moltke una cosa, el júbilo de haber hecho grande á su pueblo. A quien perdió tanto como él, la gloria pareceria un fuego fátuo, un campo fugaz, un sol artificial que no fecunda, si su gloria no fuese la de su querida patria, la grandeza de Alemania.

La soledad rodea al gran Taciturno; *Moltke* no tiene hijos que poder arrullar con aquellos delicados cantares que mi amigo Manuel Juan Diana dedicó á su precioso Manolito:

Duérmete, niño hermoso,
Junto á mi corazon,
Tu cuna son mis brazos,
Mis delicias tu amor.

En 1855 *Moltke* fué ayudante del príncipe de la corona, y en 1858 fué jefe del Estado Mayor, merced al generoso impulso del general de Manteuffel. La estrategia no es sólo una ciencia, sino un arte, y si en el arte lo más sencillo es tambien lo más bello, entónces *Helmuth de Moltke* ha llevado aquel arte hasta la mayor perfeccion. Es extraño que se manifieste hasta en las operaciones estratégicas el

diferente estado de los ánimos durante las guerras de 1864, de 1866 y de 1870. Pues en la de 1864 vemos la marcha paralela de ambos rivales, el ejército prusiano y el austriaco, con la única diferencia que el primero precedió al segundo. La guerra de 1866, emprendida con honda pena, comienza por una suerte de tímida posicion defensiva en Silesia; pero en la guerra de 1870, en que se manifestaba ya desde el primer momento el furor teutónico, no hay tal defensiva: con ímpetu furioso vencen los alemanes en Wisemburgo, Woerth y Saarbrücken. Acerca de la guerra de 1866 nos da cuenta la gran obra del Estado Mayor, y éste acaba de publicar tambien los dos primeros folletos sobre la campaña de 1870. Excusando, pues, aumentar los libros sobre la última guerra, que se elevan ya á 2.000, nos limitarémos á algunas breves noticias respecto de las campañas que se hicieron bajo los auspicios de *Moltke*.

El genio se hermana con no sé qué misteriosa adivinacion.

Así adivinó *Moltke* que en Koeniggraetz se presentaria el *entero* ejército austriaco, y llamó pues al príncipe de la corona. Gracias á su firme seguridad, como si se tratase de una solucion matemática, fumó su cigarro con una calma extraña y casi terrible, miéntras los otros estaban inquietos.

El 3 de Julio de 1866 hizo de *Moltke* la honra de

los prusianos, el terror de nuestros enemigos, el pasmo del mundo y uno de los héroes más dignos de figurar en la Walhalla.

Cuatro años despues estalló la guerra contra Napoleon, aquella guerra que el chiste aleman llamó en obsequio de *Moltke* la «*Molkenkur*» de los franceses, es decir, el suero de los franceses, y por cierto que aquel suero fué para ellos muy mala medicina. El primero en hacer justicia al enemigo fué nuestro *Moltke*, diciendo: «*Napoleon* no tiene la responsabilidad de aquella inmensa guerra: él no pensaba acometer á Alemania. Sólo el influjo tiránico de los partidos le impelia contra su voluntad á aquella lucha.» Aquellas palabras son una corona de siemprevivas depositadas sobre la tumba de *Napoleon III;* y uno de los más brillantes florones en la corona de *Moltke* son las siguientes palabras que Napoleon escribió desde Wilhelmshöhe al feld-mariscal inglés sir John Bourgoigne, y que se publicaron en *El Times*: «Usted, el *Moltke inglés*, habrá comprendido que todas nuestras derrotas se deben á la circunstancia fatal de que los prusianos, más prontos que nosotros, nos sorprendieron en medio de la formacion de nuestro ejército.» El mote de «*Miguel aleman*»—así llamó la mofa de las naciones á nuestro pueblo—se hizo un título glorioso en la guerra de 1870. El *Miguel aleman* se mostró el sier-

vo del Señor, el augusto arcángel, el sublime querube en cuyo yelmo brilla la justicia.

¿Quién no conoce al general de los españoles, al general de siempre, al general *¿No importa? ¡No importa!* Este grito fiero y santo adquiere vida y forma, como dice Aguilera en una de sus odas patrióticas, en la conciencia medrosa del enemigo, cuyo delirio le pinta un general invencible con espada vengadora. Y ¿saben Vds. cómo se llama el general aleman que humilló á Francia en 1870? Se creerá sin duda que nos referimos al gran *Moltke*, al sabio *Roon*, al bizarro Werder. Pero no lo creia así la ignorancia francesa. El conocido periódico parisiense *El Fígaro*, creyendo que la palabra «*Generalstaff*» (es decir, Estado Mayor) que se leia cada dia en la prensa inglesa, significaba una persona, un general aleman de nombre *Staff*, inventó aquel general fabuloso, y la figura mitológica del *general Staff* se hizo el terror de los franceses, cuyas águilas heridas gemian por los aires.

La guerra de 1870 nos ofrece ejemplos semejantes á la antigua caballerosidad española. ¿No es caballerosidad que el príncipe prusiano Federico Cárlos—el mismo que un dia fué candidato al trono de San Fernando—quiera presentarse cual testigo en pro del mariscal Bazaine que los mismos franceses persiguen con sus insanos ódios?

El distinguido autor dramático aleman Brachvogel llama á la guerra de 1870 un drama gigantesco, cuyo prólogo son los acontecimientos hasta el 31 de Julio; cuyo primer acto forman las batallas de Wisemburgo, Woerth y Saarbrücken, desde el 4 hasta el 6 de Agosto; cuyo segundo acto son las luchas alrededor de Metz desde el 14 hasta el 19 de Agosto; cuyo tercer acto, los momentos críticos que decidian de la suerte de Francia y Alemania, son los acontecimientos desde el 19 hasta el 31 de Agosto; cuyo cuarto acto, ó la catástrofe, se representa en Sedan el 2 de Setiembre, y cuyo último acto encierra la caida de Strasburgo, Metz y París.

Nuestros ojos no dejan de fijarse en nuestra antigua joya, la bellísima ciudad de Strasburgo, y en nuestros hermanos los alsacianos. Los vates alsacianos, á los cuales el idioma aleman era la lengua íntima de su corazon, la querida lengua de sus poesías, oyen de repente en el foro y en la calle aquellos tiernos y simpáticos sonidos que ellos sólo tímidos confiaban á la casta y solitaria Musa, y ¡qué sorpresa, qué sueño, qué encanto, qué metamórfosis! El oro de la poesía alemana llega de repente á sus manos en pequeña moneda de plata. Permítame el lector que inserte una cancion mia, que vertió al castellano mi buen amigo D. Mariano Carreras y Gonzalez:

CANCION Á LOS HIJOS DE ALSACIA, DESPUES DE LA TOMA DE STRASBURGO EN 1870.

I.

Nobles varones, hijos de la Alsacia,
¿No es aleman el cántico sublime
Que entona vuestra voz?..... Si tanto tiempo
La patria, que os redime,
Bajo el yugo frances dejaros pudo,
Siempre vivió grabada su memoria
En vuestro labio y vuestro acento rudo.
¡Oh, Strasburgo, recinto de la gloria!
Si siempre en tus hogares,
A traves de los siglos, resonaron
Del germánico pueblo los cantares.

II.

¡Ah! Cuántas veces, con los ojos fijos
De la Prusia en las águilas guerreras,
Se dijeron tus hijos:
«¡Dichoso el que milite en sus banderas!»
Pues bien, ya te protegen, ya en tus muros
Flotan al vago viento,
Ya con su santa egida están seguros:
Alsacianos, mostrad vuestro contento;
Cantad conmigo en coro,
Y en el comun idioma de la patria
Entonemos un cántico sonoro.

III.

Cierto dia de Gáles los guerreros
A lidiar se aprestaban
Sangrienta lid con los Bretones fieros;
Mas oyó cada bando que le hablaban

Sus enemigos en su propia lengua,
Y deponiendo el hierro sanguinario,
Se abrazaron entrambos; que era mengua
El tener al hermano por contrario.
Tambien vosotros, hijos de la Alsacia,
Nuestros hermanos sois; estrecho lazo
Con la Alemania os une:
¿Por qué no darnos fraternal abrazo?

IV.

Sí, sí; por maravilla
Álzase ya del Rhin en las riberas
Un imperio soberbio y sin mancilla:
Erguid, erguid las frentes altaneras,
Y resuene en el campo y en el burgo,
Y remóntese al cielo,
El himno de aquel vate de Strasburgo
Que, del futuro desgarrando el velo,
Con profética voz así cantaba
El porvenir de la Alemania brava:

V.

«Nobles germanos, el favor divino
Siempre propicio os fué; siempre del cielo
El dón hubisteis raro y peregrino,
Del que os distingue generoso anhelo.
A vosotros estaban reservadas
Las heróicas hazañas,
Los hechos varoniles y esforzados
Que á naciones extrañas
Son asombro y ejemplo,
Y os llevan de la fama al alto templo.

VI.

»Seguid, pues, á porfía
De la antigua virtud la estrecha senda;

Sean la fe, el valor y la hidalguía
De los hijos del Rhin la mejor prenda;
Que ella basta, sin duda,
A que ganar podais en todas partes,
De Dios con el ayuda,
El lauro de las ciencias y las artes,
Y os dará la victoria,
Y hará que el mundo admire vuestra gloria.»

Cementerio de esperanzas han sido para los franceses los dias trascurridos desde la proclamacion de la guerra: en frente del arte de *Moltke* y del nunca desmentido valor de los soldados alemanes, no quedó en pié ni una ilusion de cuantas se forjaron los republicanos flamantes Leon Gambetta y compañía. Pero ¡qué capricho de la historia! Gambetta, un abogado, rico en expedientes, se improvisó en Francia único militar estratégico de nota, siendo el alma de la defensa nacional, el único en que vivian las tradiciones de 1794, el único que emprendió lo que temia *Moltke* y que ningun general frances habia pensado, eligiendo el Sur por teatro de la guerra. Pero era tarde ya desde que Metz capituló.

El plan de guerra concebido por *Moltke* se halla ya en el memorial que presentó al rey de Prusia en el invierno de 1868 á 1869. Segun aquel plan el ala primera tenía que quedar inmóvil, miéntras el ejército del centro tenía que hacer la curva menor, y el tercer ejército debia hacer la curva mayor, para te-

ner al ejército frances apartado de París y del Sur y arrojarlo hácia la Bélgica. Aquel memorial demuestra que Moltke previó todo lo que haria su adversario en el juego de ajedrez, como pudiéramos llamar á la guerra. Como Shakespeare y Molière son los más eminentes poetas dramáticos, porque son á la par directores de teatro y vates, así tambien *Moltke* ocupa el primer puesto por ser al mismo tiempo profesor y príncipe de la guerra. En *Napoleon* prevalecia el general, en *Moltke* prevalece el profesor. *Napoleon* figura en la historia rodeado de rudos mariscales, instrumentos ciegos de su ambicion, miéntras que *Moltke*, cual Aristóteles militar, forma una escuela de generales. A los piés de *Napoleon I* se sentaron reyes y príncipes; á los piés de *Moltke*, el profesor peregrino que derribó dos imperios, se sientan oficiales para aprender la estrategia. Así *Moltke*, el director de la guerra, el profesor de la victoria, el genio de la estrategia, se hace un caudal de oro para Alemania, miéntras que el saber de *Napoleon I* se perdió para los franceses como una ganancia de lotería.

El escritor aleman Clausewitz decia: « Dos ejércitos que llegan á las manos se parecen á dos borrachos que tropiezan, y sale vencedor el primero que recobra el equilibrio y halla el buen camino. » Los alemanes tropezaron todavía en Wisem-

burgo, dejando escapar á los franceses, que peleaban con desventaja numérica, pero despues hallaron el buen camino; la senda de la gloria. Bien sabía el rey de Prusia á quien debia tantas victorias. Despues de la capitulacion de Sedan brindó con vino de Champagne por *Roon*, *Moltke* y *Bismarck*, diciendo: « V., ministro de la Guerra de *Roon*, ha afilado nuestra espada; V., general de *Moltke*, la ha dirigido; y V., conde de *Bismarck*, ha elevado á la Prusia á tan alta cumbre, dirigiendo la política desde hace años. » El 28 de Octubre, despues de la capitulacion de Metz, *Moltke* fué elevado á la gerarquía de conde.

Llegó la Noche-Buena; la más alemana de nuestras fiestas, en que encendemos las luces iluminando al abete, la palmera del Norte, que verdea bajo la fria nieve. Los soldados alemanes recordaron entónces en Francia su hogar, la mesa del festin, la alegría de su casa, el júbilo infantil de sus niños. Pero uno vió su salon desierto y frio. La Noche-Buena le habia robado hace dos años el complemento de sus ilusiones; su sol, su cielo, su querida esposa.

La Noche-Buena se viene,
La Noche-Buena se va,
Y nosotros nos irémos
Y no volverémos más.

¿ Quién sabe si Moltke, el general tan solitario,

no habrá oido en aquella noche vibrar el acento melodioso de un fantasma, diciéndole:

Todos los dias me buscas,
Todos los dias me llamas,
Y bien sabes que mi sombra
Por el mundo te acompaña.
¿Cómo faltar esta noche,
Memoria de otra sagrada,
En que el cielo se despuebla,
Y en el aire suenan alas
De espíritus inmortales
Descendiendo en caravana
Al desierto de esta vida,
Para anunciar á los que aman
De otra dichosa y eterna
Las seguras esperanzas? (1).

Por fin llegó el dia tan ansiado en que capituló París, y el Emperador de Alemania le saludó conmovido en el alma, dando un abrazo estrechísimo á Moltke y á Bismarck. El dia en que nuestras tropas entraron en Berlin Moltke fué nombrado feldmariscal. En vista de la sin igual modestia, de la tranquilidad clásica, de la conformidad verdaderamente evangélica de nuestro héroe, que no cesa de rendir culto á la patria, dirémos: «Nunca sientan mejor estas gracias que cuando se otorgan á sujetos á quienes ántes que los hombres ha hecho la Providencia *excelentísimos.*»

---

(1) La *Leyenda de Noche-Buena*, por D. Ventura Ruiz Aguilera.

Goethe dijo: « Cuando fuí niño, tuve ya una idea tan exacta del mundo y de la vida real, que despues me parecia monótono el verlos. » De otra manera hablarán, sin duda, los compatriotas de Goethe que vieron la mayor sorpresa de su vida, la gloriosa guerra de 1870. Aquella guerra legará un recuerdo eterno á la catedral de *Colonia*, que se eleva tan alta como la fama del esfuerzo de nuestros héroes. El emperador Guillermo mandó fundir una campana de 500 quintales, de cañones franceses, y esta maravilla llamada «la campana del Emperador» llevará la inscripcion:

Me llamo campana del Emperador
Y alabo su gloria;
Ocupo una cumbre santa,
Y ruego al imperio aleman
Florezca en paz y vigor.

Esta campana, arrastrando nuestras almas á su serena atmósfera, nos llamará cual santa misionera de Dios, con sus dulces acentos de paz, y el recuerdo de su voz á la par grave y severo, estará entretejido con el de la gran patria alemana, á la cual queremos con entusiasmo, con el recuerdo del emperador y de su mariscal el sabio *Conde Helmuth de Moltke.*

Concluyendo la biografía de *Moltke*, á quien los italianos llaman «tal vez el mayor ingenio que Ale-

mania haya producido jamas», inserto á continuacion unos párrafos del notable discurso que el ilustre feld-mariscal, con motivo de la discusion de la ley militar en el Parlamento aleman, pronunció en la sesion del 16 de Febrero de 1874, con el fin de dejar asegurado por espacio de doce años el mantenimiento en Alemania de un ejército activo de 400.000 hombres:

«La primera necesidad de un Estado es existir y asegurar su existencia contra el exterior. En el interior protege la ley el derecho y la libertad del particular; pero por fuera, de potencia á potencia, protege sólo la fuerza. Un gran Estado existe sólo por sí mismo, por su propia fuerza, y cumple el fin de su existencia sólo si está determinado á mantener su libertad y su derecho. Dejar inerme á un país sería el mayor crímen de su gobierno. Justo es el deseo de ahorrar en los inmensos gastos militares. Pero no olvidemos que los ahorros de largos años de paz podrian perderse en un solo año de guerra. Os recuerdo, señores, lo que despues de una campaña desventurada costó al país el período de 1808 á 1812. Esos eran años de paz, la cifra del efectivo de paz era la más pequeña posible, y, sin embargo, podia vanagloriarse Napoleon haber extraido de la pobre y pequeña Prusia la suma de 1.000 millones: ahorrábamos entónces en los gastos de nuestro ejér-

cito, porque era preciso, y pagábamos diez veces tanto para un ejército extranjero.

»Cada cual, hasta el más humilde, ha de contribuir á los presupuestos, recordando que hay un Estado que cuida de él, y á quien él tambien debe proteger; pues sabido es que los mayores beneficios que el hombre tiene grátis no se aprecian. ¿Cómo puede el Estado renunciar á sus presupuestos si le resta hacer todavía tanto en todas las esferas? Llamaré sólo la de la escuela, porque ésta está destinada á protegernos contra los peligros que nos amenazan por las aspiraciones socialistas y comunistas. Pero la escuela acompaña á la mayoría de nuestra juventud sólo por un breve espacio de su vida. Afortunadamente allí donde cesa la instruccion, entra en nuestro país la educacion, y ninguna nacion ha disfrutado hasta ahora una educacion como la nuestra, por el servicio militar obligatorio. Se ha dicho que el maestro de escuela ganó nuestras batallas. Pero el sólo saber no eleva todavía al hombre á la altura en que debe estar pronto para sacrificarse por una idea, por el cumplimiento del deber, por la honra de la patria; para eso se necesita la educacion entera del hombre. No el maestro de escuela, sino el *Estado educador* ha ganado nuestras batallas, aquel Estado que viene instruyendo á la nacion militar durante sesenta años, educándola para el vi-

gor corporal y la frescura espiritual, para el órden y la puntualidad, para la fidelidad y la obediencia, para el patriotismo y el valor. No podeis echar de ménos al ejército en toda su plena fuerza, áun en el interior para la educacion de la nacion. Y ¿qué diré del exterior? Un acontecimiento trascendental como la restauracion del imperio aleman no se efectúa en un breve espacio de tiempo. Lo que hemos obtenido en seis meses por las armas, es posible que tengamos que defenderlo por las armas durante medio siglo, á fin de que no se nos reconquiste. No hay que hacernos ilusiones; desde nuestras guerras afortunadas hemos ganado en consideracion, pero no por eso se nos quiere mejor.

»Es preciso de todo punto que la cifra normal del efectivo de paz no varie durante un largo número de años.

»El mejor de los hombres no podria vivir en paz si su mal vecino no quiere. Pero creo que mostrarémos al mundo que si hemos llegado á ser una nacion poderosa, permanecerémos siendo una nacion pacífica, una nacion que no necesitará de la guerra para adquirir gloria, ni la desea para hacer conquistas. Espero que durante largos años podrémos, no sólo conservar la paz, sino tambien imponerla. Tal vez reconocerá entónces el mundo que una Alemania

poderosa en medio de Europa es la garantía más sólida de la paz europea.»

«No sé por qué se me llama universalmente *el gran Taciturno*», decia Moltke al asistir á un banquete de estudiantes en Berlin. En efecto, lo que habla en la paz, son palabras elocuentes y verdades profundas; lo que habla en la guerra, es el eco tonante de los *cañones Krupp*.

XVIII.

El conde de Roon.

Cuando se hable del emperador *Guillermo*, que forjó un anillo de hierro en Sedan, y despues un anillo de oro, la unidad de Germania, y para quien la Alemania entera forjó el anillo y la corona imperial, mandando Baviera el martillo y Wurtemberg el yunque; cuando se hable de *Bismarck* y de *Moltke*, aquellas figuras de bronce que nacieron en la firme roca del prusianismo para ser la salvaguardia del Aguila Negra; cuando se hable del glorioso año en que ardia en las venas de Germania la sangre de los Nibelungen, del año en que las Walkirias de la muerte y de la victoria cabalgaban por el campo de batalla para llevar á los héroes alemanes á la *Wal-*

halla, y en que el nombre del emperador germánico henchia la esfera cual campaneo; cuando se hable de los héroes que reconquistaron el garrido collar del Rhin, engastado con la esmeralda de Lorena, se hablará tambien del *conde de Roon*, el ministro de la guerra prusiano, uno de los martillos que forjaron la santa corona imperial, el cetro de Guillermo I, la diadema de Barbablanca.

La gloria de *Roon*, el gran organizador, se cifra en el ejército prusiano, á quien pudiéramos llamar coloso de hierro y pueblo de acero. *Roon* ha sido el hermano de *Bismarck* en las armas, su compañero en las fatigas, su socio en los triunfos, y desde 1866 su nombre adquirió la justa celebridad de que goza y gozará miéntras se reverencie en el mundo la disciplina prusiana. Robustecido en la ruda escuela del áspero trabajo, se ha hecho un atleta, el maestro de los prusianos, el maestro de escuela de los soldados, imprimiéndoles su vigor y su energía.

Cada aleman tiene «un maestro de escuela» en sí mismo, en su pecho henchido de generoso ardor; un «maestro de escuela» que le mueve á aprender, á apurar las fuentes del saber, á trabajar, á cumplir su deber, á trepar á la cumbre, y que le llena de aquel ardiente y eterno anhelo de Memnon hácia el esplendente sol de la verdad, hácia los ardientes rayos de la luz más pura. Ese fué el «maestro de es-

cuela» que venció en la guerra de 1866; ese es el «maestro de escuela» que alcanzó los triunfos de 1870, adornándose con el sagrado laurel. España ejercitó sus fuerzas en una reconquista de siete siglos que terminó con la toma de Granada, expelidos los moros españoles de su última trinchera; y lo mismo que Hesperia, la América de la antigüedad, por la cual pasaron tantos pueblos como colonizadores ó conquistadores, el Norte de Alemania ardia con fuego inextinguible, haciéndose grande y fuerte en su larga lucha con el poder eslavo y con los paganos de Sajonia, y ostentando al fin su noble patriotismo en las guerras napoleónicas.

Venció porque lidió : sentencia ha sido
Salvarse el pueblo que salvarse quiere;
Los pueblos son el fénix, que, extinguido,
Renace de las llamas donde muere (1).

Pero hablemos del gran maestro de escuela de nuestros soldados, el actual presidente del ministerio prusiano *Alberto Teodoro Emilio de Roon.*

Sus armas ostentan la divisa: *Toujours tout droit, Dieu t'aidera*, y en su escudo se ve el leon de Flándes como testimonio de que la estirpe de los Roon debe su orígen á los Países-Bajos. Hay quien presume que la dominacion del Duque de Alba, gober-

(1) Jerónimo Borao.

nador de los Estados de Flándes por Felipe II, forzó á los de Roon, compatriotas de los malogrados condes de Horn y de Egmont, á buscar un asilo en el N. E. en países más tranquilos, pero más ásperos y rudos. Como quiera que sea, sabemos que nuestro Roon nació cual último hijo de un oficial prusiano, cual última esperanza de dos familias espirantes, en Pleushagen cerca de Colberg, el 30 de Abril de 1803, en el mes de *Bismarck*, en el mes en que la naturaleza, de perfumes llena, *abre* el tesoro de sus inmensos bienes, en el mes que se llama *Abril*, porque su dulce aliento *abre* las bellas flores. El canto de la gaviota y el bramido del mar arrullaron á Teodoro Emilio, que á la edad de ocho años perdió su padre, miéntras las falanges francesas, cuya ley era la fuerza, asolaron el suelo germánico, cual torrente inmenso desbordado. Huérfano vió trascurrir sus primeros dias en Stettin en casa de su abuela, la insigne patriota *mayora* de Borck, que rodeada de franceses en el sitio de Stettin brindó con férvido entusiasmo por su señor el rey de Prusia, con motivo de su cumpleaños, y respirando aire de muerte y de opresion falleció poco tiempo despues consumida por el dolor. El notable rasgo de valor que admiramos en aquella matrona prusiana me recuerda las célebres mujeres que engendró la patria de doña María de Molina y de la gran Isabel

la Católica, me recuerda á Catalina Eraso, María Pita, Juana Suarez de Toledo, la digna mujer de Juan de Padilla, y las ínclitas condesa de Bureta y Agustina Zaragoza, que en la grande, santa, brava é invencible *César augusta* que muestra al viajero en cada calle una gloria, hicieron retroceder más de una vez las orgullosas huestes de Austerlitz y de Jena.

Ufano con el heróico ejemplo de su abuela, el jóven *Roon*, afiliado ya entónces al partido conservador, entró en 1816 en Culm y en 1818 en Berlin en la escuela de cadetes, plantel de honrados hidalgos, y escuela de la disciplina prusiana.

En 1821 fué oficial en Stargard, y en 1826 fué maestro en la escuela de cadetes de Berlin donde ántes era discípulo. Introdujo un método nuevo de enseñar la geografía por su notable obra *Elementos de geografía*, que salió á luz en 1832. Nada más útil para el soldado que esta clase de estudios que le da á conocer el terreno en que deben hacerse las operaciones. Es, pues, un gran mérito de *Roon* haber infundido al soldado prusiano una parte de su ciencia de la geografía.

Cuando en 1832 la revolucion de Bélgica obligó á Prusia á formar un cuerpo de observacion, el Sr. de *Roon* estuvo en el cuartel general en Crefeld y vió allí las imperfecciones de la organizacion militar

prusiana. Los alemanes, acostumbrados á lidiar en el campo de la inteligencia, en el palenque científico, somos pacíficos por naturaleza y soldados sólo por educacion; somos soldados por la dura necesidad, por estar Alemania expuesta por do quier á los asaltos enemigos, de modo que el valladar de nuestros lares han de ser nuestros pechos; nuestro único amparo, nuestra única defensa han de ser nuestros brazos.

El espíritu belicoso le debemos á un constante cultivo; y la aureola de gloria que circunda á Alemania desde 1870 podria llamarse una maravillosa flor que brotó de nuestras lágrimas, de nuestro sudor y de nuestra sangre, y que nació, no en un campo fértil, sino en el suelo más árido de Europa. El personal de nuestro ejército es inmejorable; nuestros soldados tienen la conciencia de que lo son de la patria y de que están obligados á defenderla con las armas en la mano; y la tropa demostró en mil ocasiones que el pueblo prusiano sabe llegar hasta la cima del Calvario con la cruz del sufrimiento. Leones en la lid sangrienta y brava, los prusianos necesitaron, sin embargo, en la paz á menudo reformas y reorganizaciones militares cual preparaacion suficiente á la guerra. Así el gran elector, Federico Guillermo I, Federico Guillermo III y el emperador Guillermo I han sido y debieron ser

reorganizadores del ejercito prusiano. A Scharnhorst debemos la landwehr en 1813 á 15, una reforma conveniente y muy plausible, una institucion de suma utilidad cuando corria peligro la patria, pero que no debia considerarse cual sustitucion de la línea, cual sustitucion del ejército permanente. El Sr. de *Roon* vió las faltas de la landwehr, como acabamos de decir, ya en 1832; pero la arquitectura unitaria de la reorganizacion militar en Prusia se debe á *Guillermo I*, y Roon fué encargado de llevarla á cabo en frente del ódio universal desde 1859 hasta 1866. Consumado en táctica y geografía, fué maestro del príncipe Federico Cárlos en 1844. Viendo por casualidad en Junio de 1858 al príncipe-regente de Prusia en el tren que pasó de Potsdam á Berlin, nuestro Roon, entónces comandante de infantería, aprovechó la ocasion para explicarle las reformas que juzgaba necesarias en el ejército prusiano. El regente le pidió las trasladase al papel, y así lo hizo. Guillermo I llamó á su lado como jefe del gabinete militar al general de Manteuffel que llevó el lema: «El soldado no tiene más que obedecer», lema que me recuerda la frase del conocido capitan de artillería español, Sr. Navarrete: «La miel blanca y los topacios que se obtienen exprimiendo las uvas de Jerez, son cosa sabrosa; pero mezclados, dan una bebida insoportable.» Lo mismo sucede con

el ejército y con la política.» Entre tanto se formó una comision para deliberar sobre el plan ideado por Roon y completado por el ministerio de la Guerra, y del seno de aquella comision presidida por el príncipe-regente salió el plan de reorganizacion que despues ejecutó el Sr. de Roon. Es sabido que el regente, nuestro rey y emperador *Guillermo I*, cambió el plan de *Roon* con tales y tan acertadas variaciones, que pudo llamar al plan definitivo una creacion suya. Aquella reorganizacion consiste en que sobre la base del trienio de servicio obligatorio, se crea un ejército permanente, capaz de hacer frente á todas las eventualidades, ocupando la landwehr el segundo puesto cual defensa del país, cuando la línea esté en campaña. Así se llama al servicio de las armas á la juventud entera, miéntras la parte indispensable de la poblacion varonil se conserva al hogar y á la familia.

El 5 de Diciembre de 1859 Roon fué nombrado ministro de la Guerra. Las cualidades que resplandecen en este personaje son grandes: es dueño de inmenso caudal de profundos y variados conocimientos que le valen el nombre de «filólogo aleman»; y si no tiene la artística palabra y la mágia de la frase arrebatadora por la cual seduce Castelar, el Paganini de la palabra, pone en cambio en la balanza la autoridad de sus discursos varoniles, de su len-

guaje siempre fluido y claro, adaptándose á todas las situaciones, y se ha elevado en las luchas parlamentarias á una gran elocuencia, que ningun general aleman alcanzó ántes que él. De Roon fijó todo su cuidado en el ejército y empleó su energía tenaz é incansable para llevar á cabo la reorganizacion militar, que para Prusia era una cuestion de existencia. Pero ninguna reorganizacion sin *Bismarck*, y tambien ningun *Bismarck* sin reorganizacion militar. Las acciones de *Roon* son la inauguracion, el prólogo, la *condicio sine qua non* de las acciones de *Bismarck*. Roon iba al encuentro de Bismarck en Setiembre de 1862, cuando éste venía de Biarritz para tomar las riendas del gobierno. Una amistad estrechísima unia á ambos desde que en casa de la jóven y simpática señora de Blankenburg, residente en Cardemin (Pomerania), la festividad de Noche-Buena en 1844 reunió á aquellos cuatro hombres que debian figurar despues en la historia prusiana, á saber, el ex-referendario Bismarck, el ex-referendario Blankenburg, el mayor de Roon, y el Dr. Beutner, director de *La Nueva Gaceta prusiana.*

En el momento en que *Bismarck* llegó á Berlin pisando las ardientes arenas del campo de la política, las nubes se cargaron de nueva electricidad, y de repente se aclaró la situacion. Bismarck que po-

seia el secreto de tratar á cada uno segun su individualidad y de dominar á los hombres por sus propias pasiones, fué el escudo seguro que protegia al rey, y nuestro Roon le secundó con su antiguo valor prusiano. Bismarck, tomando sobre sí la carga del conflicto interior, allanó el camino á Roon, de modo que éste podia dedicarse con mayor calma á las tareas de su resorte. Notables son las palabras que Roon lanzó sobre los diputados prusianos, diciendo: «No hay ninguna cosa mejor para nosotros que la reorganizacion militar. Cuando hagan ruido en este país las cadenas fraguadas por tiranos extranjeros, se conocerá lo que se ha repudiado.» Recordarémos siempre con satisfaccion y orgullo las luchas que Bismarck y Roon, aquellos Dióscoros de la gloria, aquellos bizarros paladines del rey Guillermo, sostenian en la Dieta prusiana salvando el paladio de Prusia, la *última ratio patriae*, la reorganizacion militar, el renacimiento del ejercito prusiano. Tres guerras acreditaron la gran obra de Roon, que entraña un valor permanente; la última y más brillante prueba que certifica su perfeccion y patentiza su gloria, es la guerra de 1870, un exámen universal de que salió airoso el eminente «maestro de escuela», el *conde de Roon*. Este celebró su 50 aniversario en el servicio militar en Versalles el 9 de Enero de 1871, y el 16 de Junio

del mismo año, cuando las tropas prusianas entraron en Berlin, fué elevado á la jerarquía de conde. Pero como amantísimo padre lloró enlutado la muerte de su segundo hijo Bernardo, que en Sedan dió su vida á la patria. A *Roon* le debemos la guardia del Rhin, y más aún, despues de terminada la guerra, la guardia de Europa.

En la organizacion militar llevada á cabo por Roon tiende las alas el genio de nuestra nacion, fijando el dudoso torbellino de la fortuna, mandando la victoria y asegurando la honra, la integridad y la independencia de la patria.

Lo que es el soldado prusiano, dígalo la siguiente anécdota:

« Sabido es que, acostumbrados los soldados prusianos á ese género de vida ménos sujeto á la práctica ordinaria del servicio, á esa mayor libertad de que se goza en la guerra, echan de ménos los peligros y sienten volver á la monotonía de la paz. Sucedió que un sargento, despues de la guerra franco-prusiana, comenzó los ejercicios al frente de sus soldados, y como notase en ellos la misma flogedad que él sentia, queriendo darles un buen ejemplo, exclamó: «¡Voto al diablo! ¿qué escándalo es éste? ¿no sabeis que han terminado las bromas y que es hora ya de hacer frente á las cosas sérias y de arrostrar los penosos trabajos del servicio ordinario?»

Ya saben nuestros lectores cómo se educan los soldados prusianos; les diré tambien cómo se educan los príncipes reales en Prusia. El segundo hijo de *nuestro Fritz* tenía cierta repugnancia á lavarse con agua pura y fria y una decidida aficion á los honores que se dispensan á su alteza real. Un dia salió del palacio sin que el centinela, al cual el príncipe de la corona habia avisado ántes, presentase el fusil.

Deshecho en lágrimas, el niño se quejó ante su padre de aquella falta de consideracion; pero éste le contestó encogiéndose de hombros: «Ya lo creo, el centinela debe presentar el arma sólo ante los hombres *bien lavados.*» Y desde aquel momento el niño perdió su hidrofobia, lavándose siempre bien, pero conservando su ambicion.

¡Honor al padre que empleó tan buen método en la educacion de su hijo, y honor tambien al héroe de estos apuntes, al sin par maestro de escuela de los soldados prusianos, el Conde de Roon, cuyo nombre despierta los recuerdos más gloriosos y nuestros sentimientos de amor á la patria!

Sean estas desaliñadas líneas, que escribimos el 30 de Abril, en los dias del ilustre Conde, el más entusiasta saludo de un prusiano que, aunque vistió sólo dos meses el glorioso uniforme que en la guerra de la Independencia llevaron los poetas ale-

manes Eichendorff, Ernesto Schulze, Immermann, el Conde de Platen y Zedlitz, cifra su honra en llamar hermanos suyos á los soldados prusianos.

XIX.

El emperador Guillermo.

¡Pobre España! Cuida de que no te conviertas en el Méjico de Europa para ser más tarde la Polonia del Mediodía; cuida de que no se diga de tí lo que Byron decia de Napoleon I: «*Desde Luzbel nadie habia caido de tanta altura.*» ¡Doloroso es confesarlo! Tus horizontes se hacen á cada instante más oscuros. Hace treinta y tres años una sola vez tuvo el señor Olózaga que gritar: *¡Dios salve á la reina! ¡Dios salve al país!* Un grito análogo hay que dar ahora á cada minuto que pasa.

¡Pobre España! ¿Dónde está Serrano? ¿Dónde está Topete? ¿Dónde está Figueras? La revolucion es el Saturno, que devora á sus propios hijos. Los hombres que hicieron la revolucion salen huyendo al extranjero, ó son reducidos á prision. ¿Qué es la presurosa retirada del rey electivo D. Amadeo en comparacion con la egira de Figueras, con la precipitada huida del jefe del gobierno republicano, que desapareció de repente de la presidencia del

poder ejecutivo, abandonando su puesto de honor para llevar á Francia el peso de grandes desengaños, despues de haber estado tantos años agitando el país con la bandera de la república en la mano?

¡ Pobre España ! ¡ De qué manera tan lúgubre resuena ahora en mis oidos el nombre de la augusta ciudad que el Bétis riega, el nombre de la gran Sevilla, que, ornada de pensiles, brillaba cual mansion de las artes ! ¡ Qué de españoles desechan ya la ilusion que se empeñaban en forjar en su mente, y dicen, imitando al senador romano: *¡Dolebam, dolebam, dolebam, patres conscripti!* Pero en vez de retirarnos á llorar la desdicha inmensa de esta España, que tan espléndido porvenir podia tener; en vez de repetir la terrible frase del Dante: *¡ Lasciate ogni speranza!* recordarémos nosotros que la nacion española, despedazada en reinos, ahogó el árabe poder hasta levantar la bandera de la cruz en la torre de la Vela; recordarémos que el bizarro pueblo español, abandonado por su rey, hirió de muerte al gigante militar del siglo, y dirigirémos á la siempre hidalga nacion, digna por todos estilos de mejor suerte, aquellas palabras de *La Iberia*: «Pueblo español, sólo tú quedas. Tus ídolos otra vez te abandonan; otra vez la ley de los siglos te condena á hacer reverdecer los laureles del 2 de Mayo y de Gerona. Ya estás solo; obra como quien

eres.» Y á los que exclaman: «Tambien las naciones envejecen. ¿No veis cómo las últimas perlas de la corona de España caen hechas pedazos con el trono secular que la sustentaba á impulso de las divisiones y de los errores que la perturban?» A los que exclaman con el vate que honra el suelo mantuano, D. Gaspar Bono Serrano: *Mi patria ¡oh Dios! mi patria ya no existe*, dirémos con nuestro íntimo amigo D. José Lamarque de Novoa:

¿Será verdad? ¿La que del orbe espanto
En dos mundos se vió dominadora,
La que amparó bajo su régio manto
Las ciencias, y del arte fué señora;
La que triunfó en Lepanto
Y dió un Cid y un Guzman, no existe ahora?.....
Existe, sí, que aunque fatal cizaña
De su encantado suelo se apodere,
Al hálito del bien se alzará España.....
La patria nunca muere.

Bajo las más tristes impresiones empecé á tomar la pluma, pero ahora la tomo con entusiasmo; continuaré describiendo las glorias de Alemania, trazaré la gran figura de nuestro Emperador, dechado de nuestros reyes, cuya vida luce las riquísimas galas de su excelente corazon; y quizá no será de todo punto inútil mi trabajo, quizá contribuiré yo, por mi parte, por pequeña que ella sea, á que el espíritu público se reaccione en la desgraciada España, que se desgarra en luchas fratricidas y se

siente arrastrada á un aniquilamiento vergonzoso y horrible; quizá tomarán los españoles, postrados hoy por la adversidad y la discordia, ejemplo de fuerza y de patriotismo en los brillantes hechos de su gloriosísima historia, en los dias grandes de los Reyes Católicos y en nuestro *emperador Guillermo*, cuya empresa tan noble de hacer la unidad de Alemania alcanzó su coronamiento glorioso con éxito feliz y satisfactorio.

Los que en Madrid colocaban lápidas con los nombres de los revolucionarios de Setiembre, destrozan ahora la que conservaba el de Topete, y quizá mañana volverán el suyo á la calle de la Salud, á la que se lo habian quitado en obsequio de Figueras. Pero como jamas se borrará la página del Dos de Mayo, así tambien jamas se borrarán los nombres de Bismarck, de Moltke y de Roon, y sobre todo el del *emperador Guillermo*, puesto en las lápidas que consignan las denominaciones de las calles y plazuelas en la córte prusiana, la ciudad imperial de Alemania.

Parece que sea escrita expresamente para *Guillermo I* la famosa cancion prusiana, nuestro himno nacional, el *God save the King* de los alemanes, que mi amigo D. Mariano Carreras y Gonzalez se sirvió verter al castellano.

Hé aquí su excelente traduccion:

HIMNO NACIONAL DE LOS PRUSIANOS.

I.

Salve, ¡ oh corona, símbolo
De majestad y gloria,
Emperador magnánimo,
Númen de la victoria!
Colmen tus fieles súbditos
Tu corazon de amor,
De tus virtudes ínclitas
El galardon mejor.

II.

No libran los ejércitos
Del trueno y la tormenta
La cumbre do entre púrpura
La majestad se asienta.
Sólo cimiento sólido
Puede en el pueblo hallar
El trono de los Césares,
Cual roca en medio al mar.

III.

Arda y jamas extíngase,
Como de inmensa pira,
La llama que en los ánimos
Amor de patria inspira;
Todos con alto espíritu
Dispuestos á morir,
Juremos hoy con júbilo
Por ella combatir.

IV.

Alcen su faz purísima
Las artes y la ciencia,

Brillando siempre fúlgidas
En tu real presencia;
  Halle el soldado intrépido,
So tu imperial dosel,
De sus hazañas bélicas
Magnífico laurel.

V.

  Hágate el Dios benéfico
Al par sabio y guerrero,
Prez de tu pueblo indómito
Como del mundo entero;
  Ciña tu trono espléndido
De triunfos y de honor,
Bendito entre los príncipes,
Augusto emperador.

Quisiéramos que el *emperador Guillermo* correspondiese tambien á la cuarta estrofa de nuestro himno nacional, siendo, no sólo un rey de soldados, un emperador de guerreros, sino un amante de las artes, el Mecénas de los artistas. Pero lo que le falta lo tiene su esposa, la emperatriz Augusta, la hija del clásico suelo de Weimar, córte donde brillaron Schiller y Goethe. *Guillermo* fué el rey providencial cuando Alemania estaba sedienta de energía. Apoyándose en la grande inteligencia de Bismarck, empuñó con mano fuerte el timon del Estado y vigorizó la abnegacion, la obediencia, la energía del ejército prusiano. Su gran corazon está ajeno de ruin envidia, y nadie celebra más que él el genio de Moltke, el arte de Bismarck. Lo que le

distingue es un puro sentimiento de amor á Dios, de fe en su poder, de respeto á su ley, de conviccion profunda de la grandeza eterna y de la eficaz influencia de su religion verdadera. Aquellos ojos tan serenos y tranquilos, aquella sonrisa tan benévola, aquel rosado color de su rostro, aquellas canas que brillan cual preciosa plata y que valen un mundo entero á los ojos de los soldados alemanes, inflamando sus corazones para las más heróicas empresas, le hacen el símbolo de fuerza juvenil en su edad de oro, la envidiable senectud. No hay personalidad que infunda mayor respeto que *Guillermo*, la encarnacion de la majestad. Cual otro *Carlomagno* en medio de sus paladines, está él en medio de sus generales. El primer emperador de la ilustre casa de los *Hohenzollern* es el moderno *Arminio*. Su única falta es su senectud. ¿Quién es, preguntan nuestros vates, quién es el anciano héroe que entró en campaña en defensa de la patria con el ejército entero de Alemania? ¿Quién es el que estuvo cual vencedor ante la capital de Francia y volvió cual emperador? ¡Hosanna, oh noble Germamania, tu rey, tan grande, tan hidalgo, tu *Guillermo*, tu emperador! ¿Quién te ha unido en una hora? ¿Quién te hizo grande y fuerte? ¿Quién es tu mejor amparo? ¿Quién se precipitaria por tí en la lucha áun contra el mundo entero? ¡Hosanna, oh

noble Germania, tu rey, tan grande, tan hidalgo, tu *Guillermo*, tu emperador! La jóven águila de Fehrbellin arrojó del imperio aleman á los extranjeros que se anidaron en nuestra patria; despues se levantó la poderosa águila de Waterloo, y en nuestros dias el águila prusiana contempló serena las centelleantes espadas de sus héroes, y un pueblo entusiasmado siguió á su anciano rey.

Cual segundo hijo del príncipe real y despues rey de Prusia, Federico Guillermo III, y de la princesa Luisa de Mecklemburg-Strelitz, nació nuestro *Guillermo* el 22 de Marzo de 1797. Su tierna madre le describe así cuando contaba once años, en una carta que dirigió á su augusto padre el Duque de Mecklemburg-Strelitz: «Nuestro hijo Guillermo será, si todo no me engaña, como su padre, sencillo, honrado y discreto. Tambien en su exterior tiene con él la mayor semejanza; sólo me parece que no será tan hermoso. Ve V., querido padre, estoy todavía enamorada de mi marido.» En efecto, aquelas tres palabras, *sencillo*, *honrado y discreto*, caracterizan todavía hoy exactamente á nuestro *emperador Guillermo I;* pero el que hoy es de estatura de gigante, el que es, cual tipo de héroes, perfecto en cuerpo y en alma, y que debe á la naturaleza un corazon valentísimo, tuvo, cuando niño, una constitucion tan delicada, que fué el objeto del cuidado de

su madre. El mismo *Guillermo* decia el 8 de Enero de 1861 á sus generales: «Nunca hubiese imaginado que sobreviviria á mi querido hermano (el rey Federico Guillermo IV). En mi juventud fuí tanto más flaco que él, que segun las leyes de la naturaleza mi sucesion al trono de nuestros antepasados estuvo fuera de toda probabilidad. Por ende buscaba mi mision entera en el servicio militar creyendo que podria cumplir así mejor los deberes de un príncipe prusiano respecto de su rey y de su patria.»

Ciñó á su frente el primer laurel en la batalla de Bar sur Aube el 27 de Febrero de 1813 y fué condecorado con la cruz de hierro. El amable lector recordará por la biografía de Bismarck, que hubo alemanes que decian: «El ardor religioso no, tampoco la lealtad monárquica; la libertad era la que provocó en los héroes de 1813, de 1814 y 1815 la lucha contra el déspota.» Pero nosotros dirémos lo mismo que un escritor español aplica á la gloriosa á la vez que infausta jornada del 2 de Mayo, á aquel arranque tan general y grande que relega al olvido los de los españoles contra Roma y el Islam; nosotros dirémos lo que se dice tambien de los rivales de los Trescientos de Leónidas, Daoiz y Velarde, cuyas sienes adorna una triple corona de patriotas, de leales y cristianos. «El patriotismo más puro, esto es, el amor á la tierra natal, el de su in-

dependencia y gloria, la lealtad inquebrantable al monarca; la voluntad unánime de la nacion; el espíritu religioso más y más ardiente cada dia entre nosotros; la aspiracion legítima tambien al libérrimo ejercicio de nuestras leyes y á la práctica secular de nuestras costumbres; la repugnancia, en fin, á someter nuestro juicio y mucho ménos nuestro albedrío al arbitraje siempre ultrajante del extranjero; esos y no otros fueron los móviles de una conducta que salvó á la Europa del tirano que la tenía esclavizada. Pero la libertad, *cuyo nombre es tan dulce*, habia revelado de muy antiguo la *dificultad de su uso*; y nuestro pueblo, áun siendo tan inclinado al sentimentalismo, se resistió á gustar de la *amargura de su abuso*, probada tristemente entre los franceses.»

En el año 1848, cuando tambien por la Prusia resonó el grito de libertad, cual voz de sirena, el príncipe real, odiado por la democracia, tuvo que abandonar á Berlin, pues su permanencia allí hubiera sido un peligro para la casa de Hohenzollern. Guillermo salió para Lóndres, y segun la noticia de un libro de cantos religiosos, que se conserva aún sobre la mesa en el castillo de Babelsberg cerca de Potsdam, se cantaron en el primer oficio divino, al cual asistió el príncipe, las palabras: « Lo que á tí parece imposible, la mano paternal de Dios Omni-

potente puede dártelo.» Y la magnánima mano de Dios, ¡cuánto dió á nuestro Guillermo, el príncipe, el rey, el emperador!

Guillermo se llamó, con sobrada razon, el primer soldado del rey; y sabido es que fué él quien hizo al ejército prusiano el primero del mundo. En 1849 abatió la insurreccion de Baden. Desde 1857 hasta 1861 fué regente de Prusia. Memorables son las palabras que habló en presencia del comandante de Metz, con motivo de la apertura del ferro-carril de Rhin-Nahe y de Saar: «¡Jamas consentiré que se pierda un ápice del suelo aleman!»

El 2 de Enero de 1861 murió el rey Federico Guillermo IV, y el regente sucedió á su hermano cual *Guillermo I.* El pueblo prusiano no comprendió á su rey ni á Bismarck; la temperatura en la Dieta prusiana se hizo cada dia más caliente, y el 14 de Julio de 1861 atentó un estudiante en Baden-Baden contra la vida del rey. Pero Dios la salvó para Prusia, Dios la salvó para Alemania.

No tenemos que hablar otra vez de las guerras de 1864 y de 1866. Pero dirémos que un oficial al cual preguntaron por qué su regimiento tenía que deplorar tan pocos muertos en la batalla de Sadowa, contestó: «¡Oh, Dios mio! el tiempo nos faltaba para caer.» Indescriptible fué el entusiasmo de los soldados despues de Sadowa, cuando

al perseguir al enemigo vieron á su frente al rey. Nadie sentia las fatigas; todo era júbilo y enternecimiento, y muchos abandonaron las filas para cubrir con sus besos las manos del rey idolatrado. «Tuve que consentirlo», escribió éste á su esposa.

Pero ¿quién pinta el furor, la indignacion, la cólera de toda Alemania, cuando en Julio de 1870 vimos ofendido en los baños de Ems á nuestro venerable rey por el embajador frances, el conde de Benedetti? «Diga V. al conde — decia el rey á su ayudante con una calma de hierro, cuando el embajador se presentó otra vez — que no tengo que comunicarle más», y Benedetti tuvo que retirarse. Pero aquellas palabras la historia las escribió en sus fastos. Un precioso romance de Uhland nos habla del conde Eberhardo el Rauschebart, que estuvo fortaleciendo sus cansados miembros en los baños de Wildbad, cuando un mensajero le despertó de su dulce quietud diciendo: «Vuestro enemigo, el *lobo mogigato*, aprovechó vuestro ocio para sorprenderos.» Entónces, como el leon bramó el anciano Eberhardo, exclamando: «Dame la casaca, escudero, cíñeme la espada; el lobo está sediento de sangre.» Así tambien nuestro rey Guillermo, cual otro Eberhardo sorprendido en el baño, pero no en el sueño, habrá dicho: «No muere la raza de los *lobos mogigatos*. Dame la casaca, escudero, cíñe-

me la espada», y se apresuró á ir á otro baño; á un baño caliente, al baño de sangre.

El 15 de Julio el rey abandonó á Ems; lágrimas de dolor llenaron sus ojos; duelo y cólera se dispertaron en su alma. Los bañistas le victorearon cuando les dijo á todos: «¡Hasta la vista!» Su viaje se hizo un triunfo sin igual: hasta en las nuevas provincias de Hesse y Hannover resonó el mismo grito: *¡Á París! ¡Viva nuestro rey Guillermo!* Muchos prusianos derramaron lágrimas de despecho. En Brandemburgo cayó el rey en brazos de su hijo. Exaltada se estremeció Berlin como si fuese agitada por las turbulentas olas de la revolucion. Todos sintieron la ofensa del rey cual ofensa propia; todos juraron vengar la afrenta de la patria; todos estuvieron dispuestos á derramar la última gota de sangre *pro aris et focis.* Cada soldado prusiano, en cuyo pecho generoso, esfuerzo y virtud tienen asiento, sabía que el que muere por su patria y por su rey honra merece y envidia; y cada cual decia, como los compañeros de Hernan Cortés: «que el alma del soldado es de Dios que la crió, y el cuerpo para la tierra, y su vida, vida de trabajos.» El rey tuvo que presentarse muchas veces á su entusiasmado pueblo al balcon del palacio situado en la calle «bajo los tilos», enfrente del suntuoso monumento del gran Federico. En luz y vívidos colores

se inundaron las estatuas de los héroes prusianos Blücher y Bülow, cuando por vez primera se entonó el canto *La Guardia del Rhin*, aquel canto que cuatro semanas despues cantaron ya todos los niños prusianos. Quizá la muchedumbre no hubiese dejado al cansado rey, si de repente no se hubieran oido la palabras: «Vámonos, señores, S. M. tiene que trabajar todavía.» ¡A casa! contestaron todos, y parecia que todos presintieron ya la victoria entonando el himno nacional:

¡Salve, oh corona, símbolo
De majestad y gloria!

Durante aquella noche el Rey veló, penetrándose de la magnitud del momento, y al dia siguiente todos los prusianos, todos los alemanes acudieron á Guillermo, como los leoneses acudieron á Bernardo del Carpio:

Libres, gritaban, nacimos,
Y á nuestro rey soberano
Pagamos lo que debemos
Por el divino mandato.
No permita Dios, ni ordene
Que á los decretos de extraños
Obliguemos nuestros hijos,
Gloria de nuestros pasados;
No están tan flacos los pechos,
Ni tan sin vigor los brazos,
Ni tan sin sangre las venas,
Que consientan tal agravio.
¿El frances há por ventura
Esta tierra conquistado?

El Rey entró en Francia en són de guerra, bañado el rostro con lágrimas y suspiros, pensando en cada uno de sus hijos, cuya preciosa sangre habia de teñir el suelo. No fió sólo en sus caballeros y en sus caballos, sino humilde inclinó su cabeza ante el Señor. Su salida era rica en lágrimas, pero su regreso fué un júbilo inconmensurable; los miembros separados empezaron á unirse de nuevo al gran pueblo aleman, y sin vergüenza pudo el germano contemplar el majestuoso *duomo* de Strasburgo, y sus antiguos dolores se ahogaron en el verde Rhin.

Cuando el anciano Rey voló por segunda vez á la victoria en Francia; cuando nuestros soldados avanzaron, avanzaron contra el pálido Macbeth, irresistibles, cual la selva de Dunsinam, los viejos cuervos de los Ardennes, que saben mil cuentos y leyendas, historias pasadas de andante caballería, y que saben los mitos de Roldan, celebrados por juglares y trovadores, que habrán narrado, asombrados, que el mismo *Guillermo* estuvo ya en aquella selva hace ya más de medio siglo, adornado con cabellos de oro cual más esforzado de los caballeros, y ahora le saludaron cual otro Carlomagno:

¡Oh muy alto Emperador,
Sacra real majestade!

El rey *Guillermo* participó de la sangrienta batalla de Gravelotte: en medio de sus soldados pasó

la noche en Rezonville, teniendo su manto por cubierta. Ántes de entregarse á las delicias de Morfeo dictó, á los fulgores del fuego de campaña, al Conde de Bismarck el despacho de la victoria á la reina Augusta. «Yo me habia permitido en aquel despacho algunos arabescos, contó Bismarck, pues respecto del extranjero necesitábamos un poco de espuma de Champagne. Pero la modestia de nuestro soberano, que perseveró en la verdad más estrecha, no toleró la más mínima exageracion. En el segundo despacho los resultados de la victoria fueron reducidos á su límite más modesto. Pero entónces protestaron Moltke y Roon, pues habia faltas en las noticias militares. Sólo el cuarto despacho se hizo correcto, y S. M. lo firmó.»

No nos detendrémos en describir otra vez el último dia de Napoleon, el dia de Sedan. Bismarck cuenta acerca de aquel dia, tan fatal para el emperador frances, lo siguiente: «Gozaba un sueño tranquilo, cuando de repente, á las seis de la madrugada, apareció el general Reille diciendo que el Emperarador queria hablarme. Estuve perplejo al saber que fuí yo el que Napoleon eligió para rendirse. Yo, en su puesto, hubiera preferido rendirme al primer sargento, pues conmigo habia experimentado ya varios disgustos. No obstante, Reille venía por mí; monté á caballo, y sin ser escoltado de nadie, dí

principio á un galope para llegar á Napoleon. Despues de la batalla de Sedan creia cada cual que tendriamos la paz; pero yo dudaba mucho de ella. Encontré á Napoleon ya en el camino que conduce á Donchery. Descendí del caballo y me acerqué á él con actitud militar, la mano puesta al casco, lo mismo como lo hubiera hecho en las Tullerías. No sé si en mi rostro habia algo de rígido y amenazador, ó si él temia algo muy malo para sí; lo cierto es que su semblante se puso ceniciento y no pudo hablar. En aquella breve pausa vi que los otros que habian rodeado á Napoleon se habian quitado el gorro, segun la costumbre de los oficiales franceses. Me quité, pues, el casco. Sólo entónces Napoleon volvió sobre sí mismo, diciendo: Cúbranse ustedes, señores. Despues de una pausa se dirigió á mí con estas palabras: ¿Qué se hará de mí?—Yo le pregunté si queria regresar á Sedan. — Jamas. — Le ofrecí mi casa. Nos encaminamos á ella en seguida, pero resolvió permanecer en la de un obrero, aunque la estancia no era á propósito. Descendí del caballo, le entregué nuestras condiciones por escrito. Pero viendo que los generales se atrevieron á mirar en el papel por encima de los hombros del Emperador, les dije: —Me parece que S. M. quiere hablar conmigo solo.— En efecto, añadió Napoleon con prisa.— Entónces nos dejaron solos. El resulta-

do de nuestra entrevista fué la declaracion del Emperador que él dejaba á la Regente, su esposa, concluir la paz. Volvió á pedirme una entrevista con el Rey. Le prometí hablar á S. M. en favor de su deseo.—Entre tanto algunos oficiales del estado mayor habian descubierto el cercano castillo de Bellevue. Pasamos allí. Al despedirme de Napoleon supe que la guerra habia de continuarse. Por eso aconsejé á S. M. que no se comprometiera más con aquel hombre (Napoleon), pero le comuniqué el deseo del Emperador. El Rey, muy indignado á causa de la guerra, y especialmente á causa de la conducta del Emperador, mandó que Napoleon viniese á buscarle á él. El cuartel de S. M. en Vendresse era muy alto y muy distante. Yo contesté pues :—Napoleon, en su estado actual, no podria exponerse á ninguna fatiga; ademas sería en el momento presente una dureza demasiado grande. S. M. se dignó contestar que él mismo queria visitar á Napoleon. Así lo hizo, y su escolta le siguió al castillo de Bellevue. El Rey estaba muy severo, casi lóbrego. Pero al ver á Napoleon ningun despecho cabia más en su corazon generoso. Entró en el salon con él solo. Lo que hablaron los dos no tiene testigo ninguno. Despues de algun tiempo apareció S. M. en la puerta y llamó muy conmovido al príncipe real para que habla-

se tambien al Emperador. Así terminó aquel por siempre memorable dia.»

Seguian otros dias no ménos memorables para el Rey que nos ocupa. Seguia la Noche-Buena de 1870. ¡Oh qué bello, qué hermoso, qué erguido estaba el sagrado árbol de Noche-Buena abrazando á la Alemania entera con sus ramas adornadas con la cruz de hierro, la herencia de nuestros padres, y coronadas con el pomo y la diadema del nuevo imperio! Las inflamadas liras de los vates honraron al Emperador germánico, los exaltados patriotas vertieron su llanto en himnos é imprimieron en sus canciones el fuego de su ardor.

Séame permitido hablar tambien de la Noche-Buena de 1871. Los amantes de la gloria prusiana no habrán olvidado á aquel jóven oficial herido en Gorce el 19 de Agosto de 1870, que llevó en su pecho una rosa encarnada y la ofreció cual último homenaje de amor á su rey cuando éste le vió en el lecho de sus dolores y cuando la muerte parecia que hubiese ya impreso el pálido sello en su frente. Tampoco el Rey, que, conmovido en el alma, colocaba aquella rosa en su corazon, olvidó á aquel leal oficial, y sabiendo que éste, gracias á la bondad de Dios, habia recobrado la salud, le remitió en la Noche-Buena del año siguiente un lienzo peregrino,

para que supiese la posteridad, segun el mismo *Guillermo* escribió á aquel bravo oficial, que un leal prusiano pensó en su rey áun en momento tan triste y en hora tan oscura, y que su rey le quedó siempre agradecido. Y ¿qué representa el lienzo del imperial donador? Sobre una lápida, en que campea la inscripcion: «Gorce, 19 de Agosto de 1870», se ve una bandera negra, blanca y roja cubriendo la mitad de la lápida á la derecha, miéntras una borla negra y argentina ocupa la izquierda, y en el medio está un yelmo orlado de encina, en cuyas hojas hay abundantes lágrimas, y al yelmo inclínase la cruz de hierro. En medio del cuadro de oro hay una rosa labrada en plata evocando la memoria de aquella rosa encarnada de Gorce. ¿Hay una prueba más bella de delicadeza real?

No puede imaginarse carrera más maravillosa que la de *Guillermo*. *La vida es sueño*, decia Calderon; *la vida es sueño*, habrá dicho el Emperador, cuya fe, tan rica y fecunda, tornó en flores los ásperos abrojos é inundó en viva llama las tinieblas; *la vida es sueño*, habrá dicho *Guillermo* cuando, en la serena frente el lauro soberano, vió realizadas sus risueñas esperanzas, sus dorados sueños, sus nacaradas ilusiones, sus patrióticos deseos. *La vida es sueño*, habrá exclamado ya el jóven *Guillermo* cuando, despues de una niñez llena de lágrimas, despues de ha-

ber seguido á sus padres hasta las fronteras de la monarquía prusiana y despues de haber llorado la muerte de su incomparable madre, la angelical Luisa, vió postrado al primer Napoleon. *La vida es sueño*, habrá exclamado tambien el *rey Guillermo* cuando, despues de la amargura de 1848, vió las espléndidas victorias de las banderas prusianas en Düppel, Alsen y Koeniggraetz; y *la vida es sueño*, habrá exclamado el *emperador Guillermo* cuando, el 16 de Junio de 1871, despues de la guerra más victoriosa, coronó la fiesta de su entrada triunfal en Berlin quitando el velo de la estatua de su padre, el rey Federico Guillermo III, que se levanta ante el museo de la córte.

¡Ah! Aquella estatua que debia descubrirse en el centésimo aniversario del rey difunto, estuvo en su encierro durante la guerra de 1870 y 1871: el alma del Rey, encerrada en aquel bronce por el amor de su hijo generoso, ansiaba ya los nítidos albores de la aurora, ansiaba mil veces los vivos rayos del sol fulgente para ver su querida patria; y por fin, bañado de luz, vió á todos sus leales prusianos, vió á su hijo el Emperador. *La vida es sueño*, habrá exclamado éste tambien cuando, el 25 de Abril de 1873, de paso para Rusia, donde le esperaban los mayores triunfos, visitó la modesta casa, de un solo piso, situada fuera de las puertas de Koenigsberg,

aquella pobre mansion en que pasó su triste niñez y donde hallaron asilo sus padres, privados de la mitad de su reino; aquella casa donde vió tantas veces á su madre derramando lágrimas, á causa de los infortunios de Prusia; á su madre, á quien sólo la resignacion santa y bendita dió fuerzas para la lucha; á su madre, que, perseguida por la adversidad, no perdió por eso la esperanza, que es el arroyo que fertiliza el corazon, la luz que nos guia y la nodriza de los desheredados de la dicha. Sesenta y dos años desfilaron entónces ante los ojos del gran Emperador: ¡qué bellas lontananzas, qué porvenir tan mágico y seductor, qué porvenir de oro le habia preparado el destino! Vengados están por él los santos dolores de su madre; vengados en la misma Francia, que hirió el corazon de aquella santa, de aquella mártir de Prusia; y encontrándose, despues de tan grandes acontecimientos, en la casa que en otros dias vió los dolores de la reina Luisa, el Emperador juró colocar el busto de su adorada madre en el jardin perteneciente á aquella casa, en el sitio en que los koenigsbergenses en 1871 habian plantado un tilo con motivo de la resurreccion del imperio aleman.

¿Quién fijará sus ojos en la ilustre casa de los Hohenzollern, cuya gloria es nuestro *Guillermo* y cuya legítima esperanza es el príncipe real, el ven-

cedor de Woerth, sin decir que, si es dado á un mortal absorber el néctar de la dicha, la ambrosía de la felicidad, en engalanada copa de oro, lo fué á *Guillermo*, digno sucesor de *Carlomagno* y de *Barbarroja?* ¡Loado sea Dios, que ha premiado la constancia y la virtud del Emperador, cuyo egregio nombre no eclipsarán las edades! Ya reverdece la oliva circundada de rosas y espigas. Cada verano ve á *Guillermo* en Ems: los decretos soberanos le han permitido gozarse, en su gloria prodigiosa, en los mismos baños en que se le hizo aquel agravio que debia terminar con la ignominia de sus ofensores. Una lápida sencilla y lisa se encuentra en el paseo de Ems, marcando el sitio donde el embajador frances ofendió al bañista real en 1870.

Tiene mucha gracia una cancion humorística alemana, que cantó los sucesos de Ems y la guerra que les siguió. El autor de aquella festiva composicion, el doctor Kreusler, se granjeó la simpatía del Emperador. Insertamos á continuacion las dos primeras estrofas de la version latina:

Borussorum rex sedebat
Olim Emsae nec movebat
Rixas hujus temporis.
Ut erat quicta mente,
Calidam potebat lente,
Instar fortis herois.
Tum in principiis secreta

Intrat mane Benedetta,
Quem misit Napolium,
Jurgat is, quot Zolleranorum
Princeps quis in Hispanorum
Transferatur solium.

Pero otra cancion, *La Guardia del Rhin*, ha sido el canto privilegiado, el canto eminentemente popular de la guerra de 1870. Hacia ya muchos años que la cantaron los alemanes, sin que la fama hubiese llevado en raudo vuelo el nombre del cantor. Pero cuando *La Guardia del Rhin* resonó en todas las batallas, cual augurio de la victoria; cuando nuestros soldados, exaltados por aquellos sonidos tan sencillos y tan piadosos, asaltaron las vallas y conquistaron las fortalezas francesas, preguntaba cada uno: ¿Quién creó aquel fervoroso canto, que parece á los guerreros una cosa santa, una oracion? Y un catedrático prusiano contestaba á los curiosos en *La Gaceta de Colonia:* «Ya duerme el sueño eterno el autor de aquel himno que respira el más puro patriotismo; ya duerme el inspirado profeta de las victorias alemanas, miéntras su bella cancion se canta desde el Rhin hasta el Belt. Fué un hijo de aquella Suebia que dió cuna tambien á Schiller y á Uhland. Se llama *Max Schneckenburger*, nació en 1819 en Thalheim, sus restos mortales descansan en Burgdorf (Suiza), donde falleció en 1849. ¡Ojalá que el Dios de la batalla le despertase! Pero

¿quién sabe si su misma cancion no le habrá despertado ya?»

El canto de *Schneckenburger*, puesto en música por el distinguido maestro *Wilhelm*, hijo de Esmalkalda (Turingia), era el compañero de todos los sucesos heróicos, el fiel guía de los vencedores germánicos, el himno predilecto de todos los dias grandes. *La Guardia del Rhin* en los labios, entraron nuestros soldados en Strasburgo, y la cantaron tambien en la plaza de la Concordia á la faz de los parisienses. Todo, el nuevo imperio germánico y la paz y la gloria, se celebró por *La Guardia del Rhin.* Hé aquí la version castellana, que se debe á mi amigo Mariano Carreras y Gonzalez:

LA GUARDIA DEL RHIN.

I.

Un grito como el trueno
Suena de villa en villa;
«Al Rhin, al Rhin, germanos;
¿Quién guardará su orilla?»
Tranquila ¡oh! cara patria,
Puedes vivir por fin,
Que alerta está en su puesto
La guardia fiel del Rhin.

II.

Cien mil soldados siguen
Tus ínclitas banderas,
Y ardiendo en sacro fuego
Protegen tus fronteras.

¿Oyes ¡oh patria! el eco
Del militar clarin?
Alerta está en su puesto
La guardia fiel del Rhin.

III.

La frente alzan al cielo
Do yacen sus mayores,
Y juran por sus manes
Librarle de opresores.
Respira ¡oh cara patria!
Tranquila en tu confin,
Que alerta está en su puesto
La guardia fiel del Rhin.

IV.

Aunque se empeñe el orbe,
No serás, no, francesa:
Que nunca de tus héroes
La raza ilustre cesa;
Y pronta á abrir la tumba
Al que ose á tu confin,
Alerta está en su puesto
La guardia fiel del Rhin.

V.

En tanto que haya un átomo
De sangre en nuestras venas,
No vivirás ¡oh patria!
Del franco en las cadenas.
Ni hollar podrán sus huestes
Los muros de Berlin,
Que alerta está en su puesto
La guardia fiel del Rhin.

VI.

Dios oye nuestros votos,
Y tus pendones guia;

¡Al Rhin, al Rhin, germanos!
No temas, patria mia.
¡Ay del frances aleve,
Si osáre á tu confin,
Que alerta está en su puesto
La guardia fiel del Rhin.

Una *guardia del Rhin* la tenemos en el puente de Colonia, pues en él se levanta la estatua de bronce de *Guillermo el Vencedor.*

Cuatro palabras para concluir. Tan popular se hizo el refran de la *guardia del Rhin* hasta entre los niños, que se cuenta la siguiente anécdota. A la nueva de que el Emperador de los franceses se habia rendido al rey Guillermo en Sedan, habia por do quier un júbilo inmenso; todos, hombres y niños, entonaron *La Guardia del Rhin.* Así tambien un chicuelo, que cantó con ardor tan grande, como si él mismo fuese la guardia del Rhin, y cantando, cantando, se olvidó de la hora de la comida. Por fin llega á casa bastante cansado, las mejillas todavía calientes; se sienta á la mesa y toma la cuchara para comer la sopa. «Pero, chico, no se come ántes de rezar», le amonesta su padre, y el chico, preocupado todavía de *La Guardia del Rhin*, empieza á rezar, segun le manda el corazon:

Tranquilo ¡oh *Dios padre!*
Puedes vivir por fin,
Que alerta está en su puesto
La guardia fiel del Rhin.

El pueblo aleman no olvidará á su vate, que vive hasta en el corazon de los niños, y ha de colocar en la *Walhalla* al modesto bardo, cuya cancion conducia á los soldados á la victoria, así como en la capilla mayor de la catedral de Toledo, junto á la estatua de Alfonso VIII, se distingue con ropa talar y capucha la de Martin Alhaja, el bienhadado pastor de Sierra-Morena, que le abrió en las Navas la senda del triunfo.

Y si reclamamos un puesto en el templo de las glorias germánicas para el jóven autor de *La Guardia del Rhin*, lo reclamamos tambien para un digno anciano, el Nestor de los historiadores alemanes, el *señor Federico de Raumer*, que evocó en el pueblo de Arminio el recuerdo de sus más gloriosos emperadores, escribiendo en Berlin, desde 1823 hasta 1825, la historia de los Hohenstaufen.

Cual huésped saciado dejó la tierra en Junio de 1873, á la edad de 92 años, para sentarse en la mesa de los inmortales. ¡Qué suerte tan envidiable tuvo el ilustre historiador, viendo en su cuna la aureola del gran Federico, y en su senectud la gloria de Guillermo el Vencedor, que desenvainó la espada centelleante de Federico II, cortando con ella el nudo gordiano de nuestra patria.

Gracias á *Guillermo* y al valor de toda Germania, el Rhin puede preciarse de ser aleman; pero hoy,

andando las riberas de nuestro rio de esmeralda, donde siempre todo era alegría y júbilo, le miro sumergido en duelo profundo, rompiendo el aire con suspiros, pues le hace falta el que le cantó en dulce són, el que le celebró lo más y lo mejor; acaba de perder á su bardo *Wolfgang Müller de Koenigswinter*, para quien el Rhin tuvo el mayor encanto y aquella sonrisa que Zorrilla en una de sus más entusiastas inspiraciones pidió á España, la señora de sus poesías. Adios, ¡oh querido vate, *Garcilaso del Rhin!* El rio favorito de los alemanes te llamará el hijo de su predileccion, y sus ondas repetirán tu nombre, pues en el Rhin estuvo tu corazon; adios, amigo mio, descansa despues de alcanzado el lauro grande; descansa en el cementerio de Colonia, que encierra mis mayores delicias, los restos de mi muy amado padre.

Uno por uno mueren los que consagraron su vida á nuestra augusta madre Germania; el exceso de amor patrio va haciéndose fatal á los ingenios alemanes; pero el que está todavía firme, á pesar de sus canas y de sus trabajos, es nuestro héroe el *Emperador*, en quien se concentra el pensamiento político del pueblo aleman, y á quien los berlineses saludan con entusiasmo cuando su figura lozana y majestuosa se presenta en aquella ventana de la esquina, enfrente del monumento del gran Federico. Es tanto

su amor al trabajo, que aprovecha hasta los intermedios de las funciones teatrales para expedir sus decretos.

Por cierto que estas pobres líneas no son dignas de él, y mucho temo que se me llame el *Luca fà presto, mà fà male* de la italiana literatura. Pero estas líneas queria concluirlas en un dia grande para Prusia, bajo los rayos del sol de *Koeniggraetz*, cuyo nombre providencial significa, segun el patriótico chiste de los soldados alemanes: *bien sale el Rey* («dem Koenig geraeth's») y en ningun otro dia cumple gritar con mayor entusiasmo: *¡Viva el Rey de Prusia! ¡Viva el Emperador de Alemania!*

XX.

Luisa, reina de Prusia.

El poeta é historiador Vicetto y Perez dice así, hablando de la Alhambra:

Para albergar una zambra
De huríes y trovadores,
Dios dijo: «Sean primores»,
Abrió la mano, y la Alhambra
Cayó entre sus gayas flores.
Desde entónces en el suelo
Es la Alhambra en alta sierra,
Lejana de todo duelo,
Morada del Rey del cielo
Cuando desciende á la tierra.

Pero más bella, más poética todavía que esa maravilla llamada Alhambra, llamariamos á la *Walhalla*, si ella contuviese el busto de *Luisa*, reina de Prusia. ¿Reina decimos? no, Luisa fué más: uno de esos seres que brillan con largos intervalos, una santa, un ángel, mártir gloriosa, joya de incalculable valor, talisman prodigioso, perla pura, luz del dia, paloma constante y fiel, flor de jazmin, perfumado lirio, tierna pasionaria. Llena de gracia apareció en el mundo, y todo lo que se refiere á ella tiene blandos perfumes, colores hermosísimos y sabor delicado. En su corazon se entronizaban los más elevados afectos, y nadie como *Luisa* estaba dispuesta al sacrificio y á la abnegacion. Cuando vivia, los prusianos la adoraban; y despues de su muerte creian ver los bellos ojos de la mártir real brillando en el cielo cual cándidas estrellas.

Léjos está de mi pensamiento comparar á la reina *Luisa*, á la madre del emperador *Guillermo*, con la Vírgen celestial, Reina del cielo, estrella matutina, aurora refulgente, sol sin mancilla, mística rosa, vaso espiritual y santa arca de paz; pero, como los españoles decian en la guerrade la Independencia:

La Vírgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa;

así tambien la reina *Luisa*, dotada de una sensibilidad tan exquisita, que en ella vivia el corazon dentro de su época, protegia desde el cielo estrellado, segun decian los vates alemanes Koerner y Fouqué, y segun creia Prusia toda, á los que lidiaron en pro de la independencia de Germania, y aunque muerta, ganó batallas, como el cadáver del Cid. El nombre de *Luisa* fué el sacrosanto lábaro á cuya sombra vencieron nuestros padres en 1813, 1814 y 1815; el nombre de *Luisa* estuvo escrito cual divisa santa tambien en nuestro estandarte en la guerra de 1870 y 1871, que hizo estremecer de júbilo, en su morada marmórea, los huesos de Federico Guillermo III y de su esposa. *Caballeros de Luisa* fueron los héroes inmortales de 1813, pues en el cumpleaños de la reina idolatrada, muerta en la flor de su edad por los furores de aquel tiempo de hierro y de amargura, creó el Rey su esposo en 1813 la sublime condecoracion de la Cruz de Hierro. Y ¿qué hizo el rey Guillermo I á la nueva de la declaracion de guerra por los franceses el 19 de Julio de 1870? Entró en el bosque de pinos del florido jardin de Charlottenburgo (cerca de Berlin), donde está el mausoleo de sus augustos padres, y ante el sarcófago donde, ornada de una corona de oro, cerrados los cansados ojos, duerme en dulce sueño la más alemana de las alemanas, gloria de la patria, adorno del trono, ídolo del mo-

narca, aurora de Prusia, genio de Alemania, pasó de hinojos orando un cuarto de hora, y el mismo dia renovó el glorioso premio de Luisa, creado por Federico Guillermo III, la *Cruz de Hierro*.

Antes de que *Luisa*, que nació coronada, cual flor de granado, viese la luz del mundo, su genio se presentó ante el Destino, diciendo: — «Tengo várias coronas para aquella niña, la corona florida de la belleza, una corona de mirtos, una corona real, una corona de encina y laureles, y una corona de espinas, ¿qué corona debo darle?» — «Dáselas todas, replicó el Destino; pero resta todavía una corona, cual premio de todas.» — Y cuando las augustas sienes de *Luisa* llevaron la corona de la muerte, apareció otra vez el genio, preguntando sólo con lágrimas. Entónces contestó una voz: — «Mira al cielo», — y el Omnipotente dió á la finada la corona de la inmortalidad.

Cual hijo de Alemania, celebro que la fortuna me haya permitido describir la vida de aquella santa, narrar glorias germánicas, glorias presentes, en este magnífico idioma que ya parece tener por propio oficio, segun dice D. Antonio Cánovas del Castillo, el describir pasadas grandezas y miserias presentes.

La reina *Luisa*, hija del príncipe Cárlos, que despues fué duque, y por último el primer gran duque de Mecklenburg-Strelitz, nació en Hannover el

10 de Marzo de 1776. Segun la costumbre de aquel tiempo, su primera instruccion era más francesa que alemana; y *Luisa*, que en su niñez vió abrirse la flor de la poesía alemana; *Luisa*, que se entusiasmó por los príncipes de la literatura patria, Goethe y Schiller, y cuyos más queridos compañeros de viaje eran los escritos de Herder, escribió á su padre á veces en el idioma frances. Cual jóven princesa, asistió en Francfort, en 1792, á la coronacion de Francisco, último emperador de Alemania, no adivinando sin duda que llevaria ella una corona real, y que un dia resplandeceria con mayor brillo que nunca la diadema de los emperadores germánicos en la frente de su segundo hijo Guillermo.

La madre de Goethe, de cuya casa se precia Francfort, fué la amiga de la Princesa, que llamariamos un ángel de belleza si su mérito principal no hubiese residido en su alma. En Francfort la vió Federico Guillermo, el príncipe real de Prusia, en Marzo de 1793, y en el primer momento, segun él mismo confesaba, se sintió herido por el rayo divino del amor, clamando con D. César, en el drama de Schiller, *La Desposada de Mesina*, *ó los Hermanos enemigos*:

¡Aquella ha de ser mia, ó ninguna!

El corazon de un enamorado, dice bien doña Ma-

ría de la Concepcion Jimeno, se convierte en pebetero, eligiendo por altar la naturaleza para quemar perfumes en obsequio de su ídolo. Ser amado es el gran éxito que más embriaga, el éxito que más conmueve, el triunfo más seductor. El amor es el sol que fecundiza nuestras almas, la savia que alimenta nuestra existencia y el ángel de sonrosadas alas que se cierne sobre nuestros pensamientos, inspirándonos las más bellas acciones. Dice Lacordaire: «Desde Dios al hombre, desde la tierra al cielo, sólo el amor lo une y lo llena todo. Está en el principio, en el medio y en el fin de todas las cosas. Quien ama, conoce; quien ama, vive; quien ama, se sacrifica; quien ama, es feliz, y una gota de amor, puesta en la balanza con todo el universo, se lo llevaria consigo, del mismo modo que arrastraria el huracan á una arista de paja.»

Como Heine, el cisne de Düsseldorf, habrá dicho el Príncipe á su querida:

Rosas, lirios, sol, palomas:
Todo eso amaba yo
Otras veces con delicia.
Ahora no lo amo, no;
No amo nada más que á tí,
Manantial de todo amor,
Y que al mismo tiempo eres
Todo lo que amaba yo:

Eres la rosa, y el lirio,
Y la paloma, y el sol (1).

Pero Belona, la rojiza cabellera flotando á merced del viento y ostentando en su sien férrea corona, parecia celosa de la tierna novia: el Príncipe real tuvo que dejar á su amada Luisa dos dias despues del desposorio para luchar contra los franceses. Ella le visitó en el cuartel general en Bodenheim. ¡Qué espectáculo tan lindo! Las miradas de la belleza y de la inocencia se tendian sobre el campo de batalla; la tímida doncella contempló á los vívidos rayos del sol las tersas y brillantes armaduras; una hurí del Eden vertió flores de amor por el campamento. Goethe la vió, y en medio de los acentos rudos y los alaridos de la guerra, le parecia ella cual aparicion celestial. Poco tiempo despues el rostro de Luisa se inundaba de lágrimas á la nueva de que la cabeza de la reina María Antonieta, hija de María Teresa, habia caido bajo la segur de la guillotina.

Coronado de victoria, el Príncipe real volvió á Berlin. El 22 de Diciembre de 1793 la novia entró en la córte. En la calle llamada Bajo los Tilos, en el mismo sitio donde hoy se eleva la estatua del

(1) Esta version se debe á D. Manuel María Fernandez, autor de *Las Joyas prusianas.*

gran Federico, la obra peregrina de Rauch, se levantó un magnífico arco de triunfo, ornado de coronas de mirtos. Una niña recitó versos en obsequio de la Princesa, con tanta gracia, que ella, olvidándose de la etiqueta, besó á la niña en los labios, en la frente y en los ojos.—« ¡ Dios mio! ¿qué ha hecho S. A. R.? »,—dijo suspirando la dama de honor que acompañaba á Luisa, observando aquel delito de lesa etiqueta.—« ¡ Cómo ! — contestó la cándida Princesa, — ¿no debia haber hecho eso ? »

El 24 de Diciembre se celebró la boda. ¡ Qué Noche-Buena para el leal pueblo prusiano!

Un dia, cuando, depuestos los magníficos trajes y las preciosas joyas, el matrimonio se halló en la soledad de su cuarto, la simpática Princesa parecia á su apasionado esposo una perla que habia logrado su pureza primitiva, y teniendo las manos blancas de Luisa en las suyas, el Príncipe exclamó con júbilo: — « Gracias á Dios que vuelves á ser esposa mia. » — « ¡ Cómo ! — preguntó Luisa sonriendo,— ¿no soy tuya siempre? » — « ¡ Ah ! no,—replicó Federico Guillermo suspirando,— debes ser las más veces princesa de la corona. »

Dice un poeta: « No sean VV. ¡ oh príncipes! dioses para nosotros, ni tampoco diosas, VV. ¡ oh mujeres de nuestros reyes ! sino sed para nosotros seres benéficos. » Así fué *Luisa*, aquel carácter ar-

diente, aquel corazon noble y generoso; el uno se identificaba con todas las desgracias, el otro palpitaba con todas las grandes acciones. Podria llamarse *hija del Rhin* por su naturalidad exquisita, por su gracejo y por su dialecto encantador.

El castillo de Paretz, situado en las inmediaciones de los huertos del Havel, era el teatro de sus idilios. Allí fué Luisa la hada de los niños, recordando á su esposo la divina palabra: «Es preciso que vos hagais como los niños.»

El 16 de Noviembre de 1797 murió el rey Federico Guillermo II, y le sucedió Federico Guillermo III, el esposo de Luisa. Ésta no perdió, por ser reina, sus costumbres sencillas, asemejándose á la santa Isabel de Turingia, que vendió sus joyas para comprar pan para los pobres. Cuando reina, visitó Luisa la feria de Noche-Buena en Berlin, y viendo que una mujer que iba á comprar en una tienda zambombas y panderos, castañas y roscas y algun nacimiento, queria retirarse ante los reyes, le dijo la Reina: — «Pase V., buena mujer. ¿Qué dirian los vendedores si nosotros les ahuyentásemos los compradores?» — Y despues de haber oido que aquélla tenía un niño de la misma edad que el Príncipe real, compró para él zambombas y tambores, diciendo: — «Dé V. eso á su príncipe de la corona de V. en nombre del mio.»

«Soy ahora reina, escribió á su abuela, y mucho lo celebro, pues desde hoy no tengo que contar mis beneficios con el cuidado de ántes.» Luisa derramó sus beneficios sin contarlos, como el sol sus rayos; producia buenas acciones como el rosal produce rosas.

El semblante de la musa de la historia, triste por los horrores de la revolucion francesa, se serenó al ver á la Reina de Prusia, cuyo reino parecia una roca firme, un templo eterno. El viaje de los reyes á Koenigsberg era más que un triunfo, era una serie contínua de fiestas de familia; los sitios donde una vez descansó Luisa se convirtieron en altares domésticos, y cada prusiano dió á su reina el tributo del homenaje, admirando en ella la alegría infantil, la verdadera piedad, la benevolencia para todos, la triple gracia del espíritu, del carácter y del cuerpo.

Pero ¡ay! ¡qué pronto huyó turbada la serenidad de Luisa! El cielo venturoso de aquellos dias de esperanzas se empañó en 1805 por Napoleon Bonaparte. A él, que daba el soplo de vida á un millon de soldados; á él, que con un ceño de su frente, con un volver de su rostro hacia desaparecer imperios, ¿qué le importaba que bajo su planta espirase una flor?

En presencia de Luisa, Alejandro, el emperador de Rusia, y Federico Guillermo III, el rey de Pru-

sia, hicieron juramento de amistad eterna en la solemne noche del 5 de Noviembre de 1805, ante el féretro de metal del gran Federico, en la iglesia militar de Potsdam; juramento que se cumplió sólo despues de la muerte de la desdichada Reina.

La guerra contra Napoleon se hizo inevitable; el Rey la resolvió, y como cosa de su esposo la aceptó la Reina, hasta aquel momento no versada en asuntos públicos, pero la aprobó cual ardiente patriota. El 21 de Setiembre de 1806 salió el Rey, acompañado de la Reina, al ejército, que estaba en Naumburgo sobre el Saale.

¿Quién extrañará que fuese á campaña una reina de Prusia? Napoleon censuró aquella conducta; nosotros la aplaudimos. Luisa no hizo otra cosa que imitar el ejemplo de la mujer del gran Elector, que siguió tambien á su esposo al campo de batalla; Luisa siguió al ejército porque vió peligrar á su esposo, á sus hijos, á todo lo que amaba, y ansió hacer frente á aquel peligro.

Ya sonó la hora fatal del Estado prusiano; los truenos de la batalla de Jena resonaron en rededor del coche que debia conducir á la Reina á Berlin. ¿Quién cuenta las várias impresiones de Luisa durante aquel viaje de cuatro dias por Turingia? Desde las cumbres de la esperanza pasó al abismo de la duda, hasta que el 17 de Octubre lo vió todo per-

dido, derribado en un solo dia aquel soberbio edificio, en cuya creacion habian trabajado grandes hombres durante dos siglos. Roto el velo á la ilusion, aquella alma, creada para la alegría y el amor, se vió abandonada para siempre por la fortuna. En Schwedt (pueblo situado en la provincia de Brandemburgo) encontró á sus dos hijos mayores, el Príncipe real y el príncipe Guillermo, que llevaban ya el traje militar. «Hijos mios, les decia derramando un torrente de lágrimas, no hay más Estado prusiano, no hay más ejército, no hay más gloria nacional. Todo se desvaneció cual la niebla que en los campos de Jena y Auerstaedt escondia los horrores de aquella batalla funesta. Hijos mios, cuando vuestra madre haya espirado recordad esta hora fatal. Dedicad lágrimas á mi memoria, como yo las consagro hoy á la ruina de la patria. Pero no os contenteis sólo con lágrimas. Obrad, desarrollad vuestras fuerzas. Quizá el genio de Prusia descenderá á vosotros, y de ese modo libertaréis á vuestro pueblo de la vergüenza y de la humillacion que sobre él pesa. Haceos hombres y aspirad á la gloria de héroes, como cumple á príncipes y nietos del gran Federico.»

¡El que prestó oido á aquellas palabras de oro es hoy emperador de Alemania y se coronó con lauros comparables á los de Salamina y de Platea!

En Küstrin encontró la Reina á su esposo el 20

de Octubre: ambos inclinaron la frente, sintiéndose poseidos de un dolor profundo. A cada instante parecia más profunda la sima en que los precipitaba la desgracia: todas las fortalezas prusianas entre el Weser y el Oder se rindieron en pocos dias al enemigo; todos perdieron la cabeza y la fe ménos la Reina, cuya grandeza celebró sus mayores triunfos en la oscuridad de su desdicha, pues las almas grandes se engrandecen áun en la desventura, miéntras las pequeñas se empequeñecen todavía más. La fe política es, como la fe religiosa, una seguridad de lo que se espera y no se ve. A veces la fe política, pero jamas, jamas la fe religiosa, aquel ojo del cristiano, abandonó á Luisa. Hombres se hicieron mujeres, miéntras ella se hizo varon, se hizo heroína, encontrando en la noche oscura la estrella del gran Federico y levantando como una hostia consagrada el ideal purísimo de la justicia. Luisa apuró el cáliz de la amargura y llevó en el corazon la herida de los agravios que le habia inferido la calumnia de los mercenarios de Bonaparte. ¡La lengua se pegue al paladar de los que calumniaron á la cándida Luisa, y maldito sea su nombre!

El 5 de Diciembre de 1806 escribió la desgraciada Reina en su diario las palabras siguientes de Goethe: «Quien nunca comió su pan con lágrimas, quien nunca estuvo sentado en su lecho noches las-

timosas, no os habrá conocido á vosotras, ¡oh potencias celestiales!» Un mito romántico cuenta que la Reina, durante su viaje de Ortelsburgo á Koenigsberg, habia escrito aquellas tan sentidas como gráficas palabras, con el diamante de su anillo, en la ventana de una casa de labrador.

En Enero de 1807 llegó á Memel, siendo honrada por el pueblo como una madre. Allí visitó á los reyes de Prusia su amigo y socio el emperador Alejandro, el 2 de Abril de 1807. «¿No es verdad, que ninguno de nosotros dos caerá solo? O ambos ó ninguno.» Decia el Emperador al Rey.

Desde mediados de Abril hasta los primeros dias de Junio la Reina, que hubiera sido reina áun si hubiese nacido en una pobre cabaña, residió en Koenigsberg, pero no en palacio real, sino en la modesta casa de su hermana Federica. Uno de sus huéspedes favoritos en Koenigsberg fué el general *Blücher*, el que despues debia ser el «mariscal Adelante», el libertador de Alemania, haciendo morder el polvo á nuestros constantes y encarnizados enemigos. En casa de la Reina, que fué la Samaritana de los heridos, todos los convidados solian recibir una porcion de tela para hacer hilas. Así tambien nuestro *Blücher*. Pero el hijo de Marte, creyendo que nadie lo viese, guardó su pedazo de tela en la faltriquera. No se ocultó eso, sin embargo, á los ojos

de árgos de Luisa. «¿Qué hace V.? le preguntó la Reina. Eso es un fraude.» «Dispense V. M., es un ardid. Pero permítame V. M. que haga hilas en mi casa.» Y Luisa accedió sonriendo á los deseos del general, más hábil para herir franceses que para hacer hilas.

Lo que despues de la muerte de la Reina hizo *Blücher*, dígalo la anécdota siguiente: miéntras los ejércitos alemanes paraban ante el Rhin, deliberando los jefes si debian marchar á Francia, el viejo *Blücher* exclamó: «Dadme un mapa.—Aquí está.—¿Dónde anda el enemigo?—Aquí.—Le batirémos. ¿Dónde está París?—Ahí.—Le tomarémos; y ahora echad puentes sobre el Rhin: á mí me parece que el vino de Champagne es mejor allí donde le producen sus viñas.»

Pero me desvío de mi asunto. Volvamos, pues, á la Reina. Otra vez se defraudaron sus esperanzas; otra batalla de Auerstaedt tuvo lugar en Friedland el 14 de Junio, y Luisa temia ya que llegaria el momento en que hubiese de abandonar á su reino. No obstante, escribió á su padre el 17 de Junio desde Memel: «Vuelvo mis ojos al cielo, de donde llega todo bien y todo mal. Morirémos con honra, honrados por las naciones, y siempre, siempre tendrémos amigos, porque los merecemos. Por eso no podemos ser de todo punto infelices, y muchos, cargados

de coronas y ventura, no podrian estar tan alegres como lo estamos nosotros. Que Dios dé al bueno la paz en su pecho, y así tendrá motivos bastantes para alegrarse.» El 24 de Junio añade: «La fe no ha de vacilar; pero no puedo esperar más. Seguiré la senda del derecho hasta la muerte, y cuando la necesidad lo mande, estaré á pan y agua; eso es lo que cumple.»

El emperador Alejandro, movido de su innata caballerosidad, pero no conociendo el carácter del César frances, creia que un diálogo de *Luisa* con *Napoleon* contribuiria á que Prusia alcanzase un tratado de paz más favorable. Y cuando se lo pidió tambien el Rey, *Luisa*, aunque padecia como nunca, hizo lo sobrehumano, partiendo para Tilsit, donde estaba Napoleon. «Aunque no ódio á aquel hombre, escribió en su diario, no puedo ménos de ver en él al autor de la desgracia del Rey y de su país. Ser cortés ante él me será difícil. Pero lo difícil es lo que me demandan, y estoy acostumbrada ya á sacrificarme.»

¡Luisa y *Napoleon!* ¡Qué contrastes tan inmensos! Ella, el tipo de las mujeres germánicas, en las cuales, segun la creencia de los antiguos germanos, habia algo de santo y de fatídico; ella, el modelo de las damas alemanas, que desde las Cruzadas inflamaron á los caballeros y desde Walther-

von der Vogelweide encendieron la fantasía de los vates; ella, el genio de la Alemania cristiana, una hada, un ángel, todo abnegacion, todo idealismo, todo religiosidad. Ella, ante aquel sér, todo egoismo, todo realismo, todo fatalismo; él, otro César romano, númen del bien y del mal; él, el déspota, de quien dice el Duque de Rivas:

De oro, de hierro, de barro,
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
De infierno, de cielo y tierra
Un incomparable aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio.

La primera entrevista entre *Napoleon* y *Luisa* se celebró en presencia de Talleyrand, que habia amonestado á su soberano cuidase de que no dijese la posteridad que hubiese dejado de llevar á cabo su mayor conquista á causa de los bellos ojos de una mujer.

—¿Cómo se atreven Vds. á hacer una guerra contra mí?—preguntó Napoleon, con un aire bastante despreciativo, á la Reina de Prusia.

—Señor,—contestó ésta con dignidad,—era lícito á la gloria de Federico el engañarse acerca de nuestras fuerzas.

El mismo Talleyrand hizo pública aquella res-

puesta de la Reina. En aquel siempre memorable coloquio, todo lo grande, todo lo noble, todo lo sublime estuvo de parte de *Luisa*. ¿Quién lo dice? El mismo Emperador. ¿Y cuándo? ¡En *Santa Elena!* «A pesar de toda mi habilidad,—decia allí el Emperador,—quedó ella dueña del coloquio, y con tal arte lo sostuvo, que no me podia enfadar. Tambien debe decirse que su situacion era gravísima y el tiempo breve y precioso.»

La manera en que la Reina se despidió del Emperador, la celebra en inspirados versos el reputado Rückert. Napoleon, encantado por la belleza peregrina de Luisa, le ofreció una flor, y ella, dominándose, la aceptó, aunque se sintió herida por las espinas de aquella rosa.

—«Quisiera la rosa, pero con la noble ciudad de *Magdeburgo*»,—replicó *Luisa*, obedeciendo á una repentina inspiracion patriótica. Pero el hombre de hierro replicó: «Cien bellas reinas como V. no pesan tanto como las almenas de aquella ciudad.» Y la Reina que no pudo lograr su querido *Magdeburgo* de las manos del Emperador, lo pidió de las manos del Omnipotente. Si se hubiera abierto el corazon de Luisa, se hallaria esculpido en él con letras de sangre el nombre de *Magdeburgo*.

Insertamos á continuacion lo que acerca de su calvario escribió á su hermana Federica. «Lo que

he hecho yo para suavizar el hado de Prusia, y lo poco que he alcanzado, ya lo sabe el mundo; pero lo que hice, lo debia al Rey cual apasionada esposa, á mis hijos como amantísima madre y á mi pueblo como reina. La conciencia de haber cumplido mi deber es mi única recompensa.» Y en otra carta añade: «Nuestras fronteras se extenderán sólo hasta el Elba; no obstante, el Rey es más grande que su adversario.» El 9 de Julio de 1808 escribió á su amiga la señora de Berg: «Sufro dolores inefables. ¡Qué de veces soy objeto de reprensiones y censuras, yo que, cual Atlante, llevo sobre mí un mundo, pero un mundo de penas! ¿Qué podria contestar? Suspiro y devoro mis lágrimas. Anteayer hace un año que celebré mi primera entrevista con Napoleon. ¡Ay, que recuerdo tan lúgubre! ¡Cuánto sufrí entónces, pero más á causa de los otros que á causa de mí misma! Lloraba, suplicaba en nombre del amor y de la humanidad, en nombre de la desgracia y de las leyes que rigen el mundo, y era sólo una mujer, un sér débil y flaco; sin embargo, estuve por encima de mis adversarios, tan pobres de corazon!»

El haber sido herida en su corazon por el mismo *Napoleon* con las armas emponzoñadas de la calumnia, será uno de los mayores títulos de gloria de la gran reina *Luisa*. ¡Pero ella perdonó á su terrible

adversario, el gigante del siglo! Un dia, cuando la Reina estaba en el castillo de Potsdam contemplando el retrato de Napoleon, una dama del palacio prorumpió en maldiciones contra él. La Reina se volvió hácia ella con una mirada llena de clemencia y de dulzura, diciendo: « Si yo le he perdonado el mal que me hizo, ¿ qué motivo tiene V. para no perdonarle?

Contemplando un desierto sin una sola flor si miraba á lo pasado, y divisando muy negros los horizontes del porvenir, la mártir de Prusia esperó que los amantes de la patria formasen una liga santa, y que *Stein*, aquel varon de gran corazon y de inteligencia privilegiada, tendria los remedios para conjurar los males que afligian al país. Hé aquí cómo escribió á *Stein:* « Conjuro á V., por el Rey, por la patria, por mis hijos y por mí misma. » Y despues escribió: « Gracias á Dios, *Stein* está aquí, y eso me prueba que Dios no nos ha abandonado del todo. Quizá perderémos hasta Berlin, quizá Napoleon lo hará capital de otro reino. Entónces abrigo un solo deseo, el de emigrar muy léjos, vivir sólo cual gente privada de todo, y olvidar, si es posible. ¡Ah, Dios mio! ¿adónde ha llegado Prusia? Abandonados por la debilidad, perseguidos por la arrogancia, debilitados por la desventura, tendrémos que perecer. ¡ El gobernador frances nos

ha aconsejado ya que vendamos nuestras joyas! ¡Hasta qué punto hemos llegado que hay quien se atreva á decirnos eso!»

Prusia debia estar próxima á mejorar de situacion política, porque la rueda de la fortuna la tenía colocada ya lo más bajo posible. Será el inmortal mérito de *Luisa* haber sido la primera en apreciar la valía de *Stein*, el gran regenerador, y el valor de *Blücher*, el libertador de Alemania. *Stein*, uno de los hidalgos caballeros germánicos que se inclinan ante la grandeza de la mujer; *Stein*, que un dia habia dicho de sí mismo: «Sin mi piadosa madre y sin mi pía hermana, quién sabe si no me hubiera hecho un malvado»; *Stein* se inspiró en la grandeza de *Luisa*. Y sabido es que tambien *Blücher* se sintió encantado por el genio de su bellísima soberana.

El 13 de Enero de 1808 la familia real mudó de domicilio saliendo para Koenigsberg, donde vivia durante el verano en la casa de campo que habia pertenecido al Sr. de Hippel, autor de várias obras humorísticas. Allí la Reina estudió la historia universal, segun las copias de lecciones académicas de un reputado catedrático, y en medio de sus estudios históricos escribió: «¡Ojalá que los hombres fijasen sus ojos en sí mismos! Quizá hallarian fuerzas para sacudir sus cadenas; pero si no lo hacen, no surgirán antiguos caballeros lidiando por el de-

recho, por la fe y por el amor. Sé que los tiempos no se hacen á sí mismos, sino que los hacen los hombres; por eso mis hijos han de hacerse buenos, para que influyan de un modo benéfico sobre su época.» Así la fuente pura de las ciencias y el estudio de la historia, la gran maestra de príncipes y pueblos, fué el consuelo de Luisa en la noche de su desgracia. «Soy una ignorante, escribió la cándida reina á un digno anciano, el Sr. Scheffner; perdóneme V. si le molesto con mis preguntas. Pero quien no pregunta queda ignorante, y no ódio más que la ignorancia.» ¡Qué acertada en su juicio fué la discípula real! Así escribe: «Cárlo-Magno está, ante mis ojos asombrados, en toda su majestad, su esplendor y su valor. Sin embargo, no me cautiva tanto como Federico. Ese era un genuino aleman, lo atestigua su amor á la justicia, la honradez de su carácter, la profundidad de su alma y la magnanimidad de su corazon. El carácter de Carlo-Magno lleva ya por buena parte el sello de los francos, que no es muy simpático.»

La divisa de *Luisa* fué: *Dios es mi seguridad*, y la de su esposo: *Mi tiempo con inquietud, mi esperanza en Dios.* Aquellas palabras las encontró Federico Guillermo en la capilla mayor de la catedral de Koenigsberg, en el túmulo del margrave prusiano Jorge Federico.

Entre tanto, bajo el cielo deslumbrador de la Península ibérica se levantó un pueblo que tenía una sola bandera; la tierra que entregó al planeta la América creada; el pueblo que, segun ya decia Plinio, tiene mucho corazon; la nacion que, como decia ayer el elocuente Castelar, fué un paraíso para los antiguos; que educó á los bárbaros; que llevó en su seno los gérmenes de las ciencias modernas por sus escuelas de Córdoba y Sevilla; que dominó en el Mediterráneo con sus catalanes y aragoneses; que contuvo el desierto para que no invadieran con sus armas toda Europa; que aceptó en el siglo pasado la filosofía humanitaria en su política; aquella nacion se levantó en el presente para enseñar á los pueblos cómo se muere por la independencia y por la patria. A las primeras nuevas de España, escribió *Luisa* á una amiga suya: «¿Qué dice V. de las nuevas de España? No son ellas una nueva señal de aquella mano de hierro que oprime la afligida frente de Europa, una señal tambien para nosotros? ¡Destronar en medio de la paz á su primer aliado; sembrar la semilla de la discordia entre padre é hijo; arrojar al infante del corazon de su padre, del hogar paterno y de la patria! ¿Qué tenemos, pues, que esperar nosotros? ¡Ah, Dios mio! ¿cuándo llegará el tiempo en que la mano del destino escriba su *Mane Thecel Phares?* Pero no deploro yo que

mis dias hayan caido en este período de desventura; mi existencia dará la vida á hijos que han de contribuir al bien de la humanidad.»

El alzamiento del pueblo español no se conquistó en ningun pueblo mayores simpatías que en el prusiano. Ya verémos de qué manera tan entusiasta lo saludó la reina *Luisa*.

Vamos á hablar con la brevedad posible de los últimos años de nuestra heroína. El 27 de Diciembre de 1808, los reyes, invitados por el Czar, viajaron á San Petersburgo, y cuanto los habia humillado Napoleon, tanto más los honró Alejandro, sin que hubiese podido ahuyentar la tristeza de la Reina. El 10 de Febrero de 1809 escribió á la señora de Berg despues de su regreso á Koenigsberg: «He llegado como he ido. Vuelvo á decir á V.: mi reino no es de este mundo.»

El triste estado de la Reina se agravó al saber los desastres de Austria. De su alma brotaron las palabras: «Tú sólo ¡oh Dios mio! puedes ayudarnos; yo creo todavía en un porvenir sobre la tierra. ¡Austria entona su canto de cisne, pues adios, Germania!» Y á su padre escribió desde el fondo de su alma angelical: «Me he resignado, y en esta resignacion estoy tranquila; y en la tranquilidad de mi alma gozo, si no de una dicha terrestre, al ménos de una bienaventuranza espiritual. Me persuado

cada dia más de que todo habia de suceder como sucedió. La Providencia inaugura un nuevo órden de cosas, pues el antiguo se ha agostado y cae marchito. *Hemos descansado sobre los laureles del gran Federico* que, cual señor de su siglo, creó una era nueva. Pero nosotros no hemos progresado con ella, y por eso nos ha adelantado. Nadie ve eso más claro que el Rey. Podrémos aprender mucho del emperador frances, y no será perdido lo que hizo. Sería blasfemia el decir que Dios sea con él, pero claro es que es un instrumento de la mano del Omnipotente para sepultar lo viejo que está sin vida. Por cierto que todo saldrá mejor; la fe en un Sér perfectísimo me lo dice. Por eso no creo que Napoleon está firme en su brillante trono. Firmes y tranquilas están sólo la verdad y la justicia; pero él no se ajusta á las leyes, sino á las circunstancias. En su inconmensurable ambicion piensa sólo en sí mismo y en su interes personal. La fortuna le ha ofuscado; cree poderlo todo. Ademas le falta la moderacion; y quien no se modera pierde el equilibrio y cae. Creo en Dios, y por consiguiente, en un régimen moral que rige el mundo. No viendo ése en la soberanía de la fuerza, abrigo la esperanza de que al mal presente habrá de seguir una época mejor. Todo lo que sucede no es lo definitivo, lo permanente, sino sólo la senda á un blanco mejor. Probablemente éste está

todavía léjos y nosotros no lo vemos. Sea todo como Dios quiera. Pero hallo un poderoso bálsamo en esta esperanza que llena el fondo de mi alma. Pues todo en el mundo es transicion y vivimos en él, cuidemos de que cada dia nos haga más prudentes y mejores. Hé aquí, padre queridísimo, mi credo político, como una mujer puede formularlo. Puede ser que tenga sus errores, pero yo me siento bien con él. Al ménos ve V. que tiene tambien en la desgracia una hija piadosa y resignada, y que los principios de religion cristiana que debo á sus lecciones y á su pío ejemplo han dado sus frutos, y no dejarán de darlos hasta mi último suspiro. Tendrá usted una satisfaccion en saber que la desgracia que nos aflige no haya entrado en nuestra vida conyugal y doméstica; al contrario, la ha hecho más íntima todavía. El Rey, el mejor de los hombres, es ahora más bondadoso y cariñoso para mí que nunca. A menudo creo ver en él el amante, el novio. Todavía ayer me decia contemplándome con sus expresivos ojos: *Tú, querida Luisa, me has sido más entrañable, más querida todavía en la desventura. Ahora sé por la experiencia qué tesoro tengo en tí. Que por fuera brame la tempestad, si sólo en nuestro matrimonio hace buen tiempo. Por amarte con todo mi corazon he llamado Luisa á nuestra hija menor. Que ella se haga una Luisa como tú; ese es todo el bien que la deseo.*

»Me hizo llorar aquella bondad. Mi satisfaccion, mi júbilo, mi dicha consiste en poseer el alma del mejor de los hombres, y correspondiendo á su amor con efusion y sintiéndome identificada con él, me es fácil conservar aquella dulce armonía que reina entre nosotros y que se hizo más cordial todavía con los años. En fin, él me complace en todo, y yo le correspondo lo mismo, y nunca es mejor que cuando estamos juntos. Perdone V., querido padre, que le cuente eso con cierto orgullo, pero hablando así ofrezco á V. sólo la expresion sencilla de mi dicha, de que nadie sobre la tierra participa más que usted, amantísimo padre. Á los otros no lo digo; he aprendido eso del Rey; basta que lo sepamos nosotros. Nuestros hijos son nuestro tesoro; y nuestros ojos se fijan en ellos llenos de contento y esperanza.»

Despues de presentada á su padre la galería de sus hijos, y despues de haber caracterizado al príncipe real y al príncipe Guillermo (hoy emperador), continúa Luisa escribiendo en aquella carta que parece escrita con el ala de un querubin, con el ala del buen genio de Prusia: «Quizá es un beneficio para nuestros hijos haber visto ya en su juventud las adversidades de la vida. Si hubiesen nacido en el seno de la abundancia, si hubiesen visto correr siempre por el país las aguas de la prosperidad, hubieran imaginado que eso tenía que ser siempre así.

Pero que puede suceder tambien lo contrario, lo ven en el severo semblante de su padre y en las lágrimas de su madre.»

Luisa, que tenía el alma atormentada y el corazon despedazado, acató la voluntad del Altísimo, y ofrecia sus penas por la pasion del Señor. Decia al venerable párroco de Koenigsberg, al Sr. Borowsky: «No conozco ninguna palabra más dulce y más correspondiente al estado de mi ánimo que el preciosísimo salmo 126, que es á la par una elegía y un himno, un Hossanna con lágrimas. La esperanza que triunfa sobre la angustia del alma, sale en aquel salmo como la aurora; y óyense de léjos áun en medio de las tempestades de las desdichas los salmos del vencedor. Aquel salmo me parece una bellísima flor en que brilla una gota de rocío á la luz del alba.» Despues de dicho eso, la Reina recitó de memoria ante el párroco su salmo favorito, que de sus inspirados labios brotó cuál mágico canto. Al oir á *Luisa* recitando los versos con su voz armoniosa, con su voz de ángel, parecia más pura que nunca, é iluminada de una claridad sobrehumana.

Las cartas de *Luisa*, á quien su suegro Federico Guillermo II no llamó en balde la princesa de las princesas, son todas perlas puras. En una de ellas dice: «La aparicion del azote del mundo (Napoleon) tiene sin duda alguna una gran trascendencia,

pero la desventura actual no ha despertado todavía la razon, la honradez, la moralidad, la religiosidad. Sólo escenas grandiosas pueden producir grandes efectos : por eso se necesitan todavía inmensos sacrificios é infinitas víctimas para que todo mejore en el mundo. Los ánimos están todavía demasiado endurecidos por el egoismo y por la cultura falsa, para que pueda esperarse que mejoren pronto : sólo grandes revoluciones podrán producir aquel saludable efecto.» En otra carta dice la piadosa reina : «He leido *Lienardo y Gertrúdis*, de Pestalozzi. ¡ Qué verdad tiene su palabra : Las miserias despues de pasadas son una bendicion de Dios ! Pero yo digo hasta en medio de mi amargura : ¡ Mi miseria es una bendicion de Dios ! ¡ Que más cerca estoy ya de él ! ¡ Que se han convertido ya mis sentimientos en claras nociones de la inmortalidad del alma ! »

Claros son tambien los principios del célebre suizo *Pestalozzi*, segun los cuales los reyes *Federico Guillermo* y *Luisa* pensaban regenerar el pueblo prusiano, encendiendo en él el espíritu moral, religioso y patriótico.

Los españoles saludarán sobre todo la carta que *Luisa* escribió en Setiembre de 1809 : «El Rey mandó colocasen en las iglesias tabularios conteniendo los nombres de los guerreros que merecieron bien de la patria. Aquellos tabularios han de colocarse en me-

moria de los finados, en obsequio de los que sobreviven y cual estímulo para los otros. Eso será una chispa más de que podria salir un dia la llama divina. ¿No ha salido aquella llama en Tirol *lo mismo que en España?* En los montes reina la libertad, dice el vate. ¿No parece eso una profecía cuando se tiende la vista al país de las montañas que se levantó entusiasmado por Andrés Hofer? ¡Qué hombre tan extraordinario es aquel Andrés! Un aldeano se hace caudillo, y ¡qué caudillo! ¡Sus armas son la oracion, su aliado es Dios! ¡Lidia rezando con las manos cruzadas; lidia apoyando la rodilla en tierra; lidia con la espada centelleante del querubin! Y ese pueblo, dotado de un ánimo de niño, lidia como los titanes, arrojando los peñascos de sus montañas. *¡Lo mismo que en España!* ¡Dios mio, si volviese el tiempo de la heroína de Orleans, y si nuestro enemigo fuese vencido por el mismo poder que hacia triunfar á los francos que, con Juana de Arco al frente, arrojaron del país á su encarnizado adversario! ¡Oh! ¡qué de veces he leido en mi *Schiller!* ¿Por qué no vino á Berlin? ¿Por qué debia morir? Él escribió: *Infame es la nacion que no lo sacrifica todo por su honra.* Y yo podria preguntar todavía: ¿por qué él debia morir? Él, á quien Dios ama en este tiempo, á ese llama á su mansion eterna.»

Sí *Luisa* tuvo la grandeza de *Isabel la Católica*, tuvo tambien el alma de *Santa Teresa*. El 15 de Diciembre de 1809 la Reina y su esposo regresaron á Berlin; los piés de Luisa pisaron otra vez el suelo de la capital, que echó de ménos desde tanto tiempo, pero su alma estuvo angustiada por presentimientos siniestros.

En la córte la vió el baron de la Motte Fouqué, que escribió así hablando de la Reina: «Antes creia yo que hubiéramos de tolerar nuestros desastres en la guerra para dedicarnos á las artes de la paz, así como lo proponia el gran Federico si hubiese perdido la batalla de Molwitz. ¡Pero no, mil veces no! Aquellos ojos de ángel se empañaron con lágrimas por Bonaparte; aquellos ojos lloraron por nuestro agradecimiento. Tenemos que lidiar para que vuelvan á brillar aquellos ojos á causa de nuestras victorias.»

El 18 de Enero de 1810, la fiesta prusiana de la coronacion y de las condecoraciones, la Reina obsequió á un digno anciano, el Sr. Erman, concejal del consistorio berlinés, llamándole su caballero, y brindando por su salud con las palabras: «Brindo por el caballero que se atrevió á romper una lanza por el honor de su Reina contra Napoleon, cuando los otros enmudecieron todos. Hace cinco años que el Rey y yo deseábamos á V. toda suerte de felici-

dades con motivo de su quincuagésimo aniversario. Dios nos ha complacido en nuestros deseos conservándonos á V., para que quede al ménos uno que se atreva á decir la verdad á Napoleon.»

Los dias de la gloriosa Reina eran contados; Luisa tenía ya la nostalgia del cielo. El 25 de Junio de 1810 visitó á su padre en Strelitz, y en el hogar paterno tuvo la satisfaccion de recibir como hija de la casa á su querido esposo. Las últimas palabras que escribió fueron las siguientes escritas en frances:—«*Mon cher père: Je suis bien heureuse aujourd'hui comme votre fille, et comme l'épouse du meilleur des époux.* Neu-Strelitz, ce 28 Junio 1810. —*Louise.*»

Poco despues cayó enferma de gravedad en Hohen-Zieritz, cerca de Strelitz, cuando al mismo tiempo el Rey enfermó en Charlottenburgo. La vida de la moribunda se prolongó, gracias á Dios clemente, hasta la llegada de su esposo, del príncipe real y del príncipe Guillermo.

—«¡Ah! si ella no fuese mia viviria; pero por ser esposa mia ha de morir, porque Dios ha dispuesto que yo apure el cáliz de la amargura»,—exclamó el malogrado Rey abrumado por el dolor. La Reina con angustiado acento y palabras entrecortadas, dijo:—«¡Jesus, Jesus, que mi trance sea breve!»—y espiró en los brazos de su esposo el 19 de

Julio de 1810. Cerráronse para siempre aquellos ojos que habian brillado para el Rey como una estrella pura en la noche de su vida.

El Rey podria exclamar entónces con el poeta cubano Saturnino Martinez:

Cerráronse para mí
Sus ojos de puro cielo
Y sus labios de rubí,
Trocóse en urna de hielo
El ara que yo encendí.

¡Jesus! ¡Jesus! que mi trance sea breve. ¡Sí, breve era el dolor, pero eterna será la gloria! Murió la que fué tocada de amor divino, la que en incesante anhelo siempre ansió por el bien, y el nombre de *Luisa* señala ya entre sus nombres el inmortal testigo, la alta posteridad.

«¡Hé aquí el golpe más atroz!» suspiró Federico Guillermo perdiendo la mitad de su sér, la mitad de su alma: él y Luisa eran dos flores de un mismo tallo, sus almas eran dos alas del mismo espíritu.

Los restos mortales de la que fué la mejor de las reinas, la mujer más patriota de Alemania, la bellísima flor de Prusia; los restos mortales de la que como incienso puro recibirá la bendicion de su pueblo y recibirá tambien la de las generaciones venideras, fueron trasladados á Berlin el 27 de Julio. Aquel dia era un dia de luto universal. En la puer-

ta de Brandemburgo los cantantes del teatro Nacional entonaron aquel canto de Luisa, esposa del gran elector: «¡Jesus! ¡oh, mi seguridad!» Y ante el palacio real otros cantantes cantaron: «¡Ah! ¡qué veloces corren los dias de los hombres á la eternidad!» Y bajo el portal del palacio se cantó la cancion de Simon Dach, el inspirado vate koenigsbergués: «¡Bienaventurados, oh piadosos, que llegais á Dios por la muerte!»

«¡El enemigo, el frances ha matado á la Reina, el genio de Prusia!» exclamó el pueblo, haciendo para sí el juramento de venganza ante el cadáver de *Luisa*, é inspirándose en el pensamiento de que sobre las atroces iniquidades hace siempre pesar la Providencia tremendos castigos. El alma de *Luisa*, que ya durante su vida terrestre ponia su vista en el cielo, se convirtió en águila divina que traspasa la célica region; Dios le quitó la corona real para colocarla al lado de su féretro. El Rey, su familia y su pueblo tenian por único consuelo el pensamiento de que *Luisa* alentaba ya en la azulada esfera, respiraba ya en el éter del paraíso, envuelta en mantos purpúreos y nacarados, rezando por nosotros. En 1813 decian los soldados alemanes: «Su muerte era una ilusion; vive, vive nuestra reina.» Pero *Blücher*, llevando los rayos de la guerra á Francia, decia: «¡Nuestra santa está en el cielo! ¡El

Bonaparte ha de ser derribado del trono! Yo ayudaré á eso, aunque Dios me castigue.»

Cual pasionaria de Alemania, *Luisa* no vió la Pascua de nuestra patria, pero la adivinó con su fe viva, cuando la resurreccion de Germania parecia sueño de sueños, sombra de sombras, utopia de utopias. Y ella hizo arder en el pecho de nuestros abuelos el volcan del entusiasmo, cuando no habia más pasion que la ira, ni más amor que la patria, ni más anhelo que guerra, ni más grito que venganza, y cuando se encarnó en las almas teutónicas la frase del vate romano:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Pero el Rey, sumergido en su dolor profundo, se retiró en el fondo de su corazon, y hasta las victorias de 1813, de 1814 y de 1815 no conseguian inundar su rostro de júbilo, pues Federico Guillermo era el caballero afligido que lloraba siempre por su dama encerrada en la tumba. Las victorias alemanas las celebró en la soledad del mausoleo de Charlottenburgo, poniendo laureles frescos sobre el ataud de Luisa.

Aquel mausoleo, erigido segun la planta del señor Gentz, forma un templo dórico, con un pórtico sostenido por cuatro columnas, llevando en el frontispicio la inscripcion apocalíptica A y O, que

significa: «Yo soy Alfa y Omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es, el que fué y el que será, el Omnipotente.»

El 23 de Diciembre de 1810 los restos mortales de la ilustre difunta fueron trasladados á su última mansion en Charlottenburgo. El célebre escultor *Rauch* modeló desde 1811 hasta 1815, en mármol de Carrara, la bellísima figura de la Reina, representándola, no muerta, sino descansando en su lecho, y cubierta, no de la púrpura real, sino de una sencilla túnica.

Envidio á *Rauch* tres cosas: los *genios de la Walhalla*, la estatua de *Federico el Grande* y la figura de la inolvidable reina *Luisa*.

¡Duerme en tu lecho de Charlottenburgo, oh gran mártir de Prusia, y aunque tu busto no se alce en la Walhalla del Rey de Baviera, vivirás en la tradicion eterna de las glorias germánicas! Y como tu apasionado esposo *Federico Guillermo III* fué tu caballero, así tambien tu caballero ha sido tu hijo, el emperador *Guillermo I*.

En vista de lo que se hicieron los dos Napoleones, en vista de lo que se hizo tu patria, cobijándose bajo los amorosos pliegues de tu bandera y saludando con júbilo la salida del sol de su unidad, clamarémos de hinojos ante el altar de tu mausoleo: *¡Hay una Providencia!*

XXI.

La fiesta del 2 de Setiembre de 1873 en Berlin. El poeta Ernesto Mauricio Arndt.

¡Seas bien venido, oh tercer aniversario del más glorioso dia de nuestra historia! ¡Seas bien venido, oh *Dos de Setiembre*, aurora de *Sedan*, sol de la libertad, dia de la más bella y más magnífica victoria, dia de luz y de salvacion, dia de la independencia alemana, pentecostés del mundo, inauguracion de una nueva época, Marathon de la cultura moderna! Los ecos alígeros de tu gloria animarán á los pueblos en la lucha fulminante contra los verdugos de las almas. ¡Tú eres nuestro fanal, tú eres la antorcha de la victoria, tú nos enviaste en raudales benéficos la alegría y la serenidad! En *Sedan* mostró su purpúrea frente la primavera salvadora; en los recuerdos grandes de *Sedan* cobrará nuevas fuerzas la Alemania entrando en la batalla contra *Roma*, en la batalla de los espíritus que tiene que llevar á cabo, no para sí sola, sino para la humanidad. Desde *Sedan* sonó por todas partes el valiente grito: *¡libre es el hombre!*

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándole, y palpita,
Y el númen que se agita,
De la sagrada inspiracion henchido,

Á la region olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.

En la noche del *Dos de Setiembre*, que compasiva derramó el bálsamo de su frescura sobre los millares de heridos y con su negro manto envolvió á los muertos, durmió la aurora de la libertad de la conciencia.

La victoria de Napoleon hubiera sido el triunfo de la infalibilidad, la victoria del jesuitismo. La victoria de Alemania era la victoria de la humanidad. Es justo, pues, que en la metrópoli del imperio germánico se levante una gran columna que recuerde la mayor de las victorias.

Desde los montes de Bohemia, desde el paraíso de Carlsbad saludo á la magnífica y bella columna que centellea ante los ojos atónitos de mi espíritu. La Alemania entera saluda al *Dos de Setiembre* de 1873, en que la capital de Prusia celebra la inauguracion del gran monumento de la Victoria erigido en la Plaza Real. ¡Quién pudiera ver á Berlin en el dia de su gloria, engalanada como una novia, recibiendo una corona incomparable! La historia de aquel monumento parece un mito, una maravilla, un prodigio. El 18 de Abril de 1865, el primer aniversario de la toma de Düppel, el rey Guillermo colocó la primera piedra; pero con mayor velocidad que el fuste gigantesco de la colum-

na, salió de su cimiento creciendo siempre más, uniéronse nuevas coronas á las viejas, y tantas eran, que apénas pudo llevarlas todas la mano de la victoria. Se dió principio á una columna en memoria de las hazañas de los soldados prusianos, en memoria de que, durante la próspera paz de medio siglo, nunca murió en Prusia el recuerdo de los gloriosos hechos de la guerra de la independencia, y se dió cima á un monumento infinitamente más sublime todavía, á un monumento mucho más imperecedero que pregona la unidad de Alemania, la resurreccion del imperio germánico. ¡Qué metamórfosis tan grande! Lo que principió como columna sólo en obsequio de Prusia, concluyó siendo un monumento de la gran patria alemana.

Aquella columna, recordando los triunfos que las banderas prusianas alcanzaron desde Düppel hasta Versalles, simboliza la conclusion de la historia específicamente prusiana, para ser una señal grandiosa de la gloria de la Germania, toda unida en los ardores de una gran época, y una guia en el porvenir de la historia alemana. Aquel monumento ha de ser un símbolo vivo, un símbolo inmortal de lo que Prusia con perseverancia y abnegacion alcanzó despacio en el trascurso de largos siglos, y despues con una rapidez inaudita en solos siete años, trastornando el mundo. Aquella columna,

que representa un conjunto sublime de fidelidad, de abnegacion y de heroismo, se levanta en memoria de los muertos, en obsequio de los vivos, y para excitar á la emulacion á las generaciones futuras. Como los atenienses se vanagloriaban de haber sido los únicos de todos los helenos que, ayudados sólo por 1.000 plateenses, detenian á los persas en Marathon, así tambien nosotros los prusianos estuvimos primeramente solos, pareciendo excitados por la ambicion, miéntras que en realidad lidiábamos en pro de Alemania. El destino decretó que tuviésemos que pasar por una trágica lucha fratricida ántes de que alcanzáramos las palmas de la más pura victoria sobre nuestro enemigo secular. Para nosotros no debia haber ningun *Sedan* sin *Koeniggraetz*. Despues de terminada la guerra de 1866, los artífices fueron encargados de labrar un monumento en memoria de dos guerras, en memoria de la campaña de 1864 contra Dinamarca, que libró á dos provincias alemanas sometidas á la tiranía del extranjero desde hace muchos siglos, y en honor de la guerra de 1866; pero, por tercera vez tuvieron que entrar en campaña aquellos artífices, y con los laureles de 1870 y de 1871 recibió la gran columna de la Victoria, descubierta hoy en la bella capital de Prusia, su coronamiento, su verdadera belleza, su ideal cumplido. La estatua colo-

sal con que termina tiene en la diestra mano una corona imperial, y en la izquierda el estandarte del imperio germánico adornado con la Cruz de Hierro, que ostenta, no sólo el prusiano, sino tambien el bávaro y los otros hijos de Germania. Demos las gracias á la Providencia por habernos librado del dolor de dejar un monumento que á las generaciones futuras no hubiera dicho otra cosa que el Norte de Germania venció al Sur de Germania.

Roma erigió una columna á Trajano, Francia á Napoleon, pero el monumento de la Plaza Real de Berlin está consagrado, no á un solo mortal favorecido por la fortuna, sino á un pueblo entero, á una nacion heróica. ¿ Qué importa que la inscripcion diga : *Al ejército victorioso?* El ejército aleman es la nacion en armas.

Una breve peregrinacion conduce al viajero en Berlin á cuatro monumentos, que son otras tantas estaciones de la historia alemana de los dos últimos siglos. El primer monumento que se le ofrece, levantándose en el Puente Largo, está dedicado al Gran Elector que, en el Norte contra los suecos y en el Occidente contra los franceses, defendió las fronteras de su país. Sigue la estatua erigida en honor de Federico el Grande, con que empieza la revolucion alemana. Siguen dos monumentos que la patria agradecida dedicó á los héroes de la guerra

de la independencia, que rompieron las doradas águilas de Napoleon; los monumentos eregidos en honor de Blücher, York, Bülow, Gneisenau y Scharnhorst. Y concluye la serie de monumentos tan grandiosos con el de la Plaza Real, como señal de un nuevo período, como señal de que pasó el tiempo en que la Prusia y el Austria, que debian ser los custodios de la Confederacion germánica, preparaban la invasion del extranjero. ¡Qué epopeya tan peregrina desde el Puente Largo hasta la Plaza Real! En aquella cadena de monumentos, el del Puente Largo, el monumento del Gran Elector, eslabona con el de la Plaza Real, con la gran columna de la Victoria, con el monumento que representa, no sólo una victoria, sino la fundacion de un imperio, la paz y la concordia de Alemania.

En Prusia echó las raíces más hondas la idea de la unidad germánica, que en las otras estirpes de nuestra confederacion estaba suspendida entre el cielo y la tierra, cual *Fata Morgana;* la unidad alemana parecia, como dicen los franceses, un *castillo en España*, cuya belleza fantástica encantaba á cada cual, pero que nadie queria habitar. Fué el pueblo prusiano quien erigió en la tierra real los primeros muros de aquel magnífico castillo, miéntras el rey, el rey Guillermo, forjaba la espada para defender aquel palacio soberbio.

La inauguracion del monumento de la Plaza Real, el aniversario de Sedan, nos inspira una alegría inmensa, nos infunde un pío respeto de la razon divina y aquel entusiasmo que sólo excitan las más insignes obras del arte. Lo que hemos visto en el espacio de siete años se presenta ante la vista atónita como obra clásica de la deidad: emperador é imperio, todo lo que estaba en el fondo de las almas alemanas cual sueño poético, se ha realizado: miramos una cadena de treinta y dos grandes victorias, entre las cuales las de Koeniggraetz, Gravelotte y Sedan son las mayores que presenció el siglo, aquel siglo que ya vió las batallas de Leipzick y Borodino; miramos un grupo brillante de grandes capitanes y de grandes políticos en torno de la heróica estirpe de Hohenzollern, y miramos un pueblo de héroes.

La columna de la Plaza Real es un testimonio más de la modestia, de la humildad, de la piedad de nuestro emperador, pues en el mosáico que adorna la base de la columna de triunfo representando la proclamacion de Guillermo I como emperador de Alemania, en el palacio de Versalles, el soberano hizo reemplazar su retrato por una figura alegórica de la Prusia con las facciones de la inolvidable reina *Luisa*. Así siente el gran monarca aleman que alcanzó más triunfos que los Césares sentados

en tronos usurpados; y siente así, porque no tiene ejército de mercenarios, sino porque le sigue un pueblo en armas, un pueblo tan pacífico como él.

En vista de aquella columna de la Victoria recordamos lo que contestó el Emperador al recibir un despacho telegráfico en que se le anunciaba que las campanas de la iglesia de no sé qué pueblo, que habian de fundirse con cañones franceses conquistados en 1870, estaban ya en su puesto aguardando la señal para esparcir sus armoniosos sonidos por las regiones del aire. El Emperador, pues, recordando aquellas palabras de Schiller en la inmortal cancion «La campana», que Hartzenbusch vertió al castellano, dijo: «¡Resuene su primer tañido con la gozosa nueva de la paz!»

Levántase el magnífico monumento de la Plaza Real sobre una terraza, á la cual se asciende por una escalinata de granito de Silesia. El pedestal, formado de piedras enormes de granito rojo de Noruega, ofrece la brillantez del mármol. Tres de sus cuatro inmensas fases presentan bajo-relieves en bronce, de los cuales el primero está consagrado á la campaña contra Dinamarca, en la cual se ven los ejércitos prusianos á quienes el feld-mariscal Wrangel muestra el camino de los ducados y la toma de Düppel.

En el bajo-relieve consagrado á la campaña de

Austria domina naturalmente la batalla de Sadowa, viéndose al rey Guillermo conferir á su hijo y al príncipe Federico Cárlos sobre el campo de batalla la órden del Mérito, las figuras de Moltke y de Bismarck, y moribundo al jóven príncipe de Hohenzollern, cuyo hermano sirvió de pretexto más tarde para la guerra franco-alemana.

El bajo-relieve consagrado á ésta se abre con la declaracion de guerra que el emperador Napoleon envia á Guillermo I, y se cierra con el cuadro que representa la entrada de los alemanes en París. Un medallon especial reproduce la entrada triunfal de los ejércitos alemanes en Berlin. El ya emperador Guillermo, á caballo, saluda á las tropas victoriosas, y detras de él se agrupan el príncipe real, el príncipe Federico Cárlos, el gran duque de Mecklemburgo, el príncipe de Bismarck, los generales Moltke, Roon, Manteuffel y Werder. El burgomaestre de Berlin, en traje de ceremonia, presenta una felicitacion al Emperador, y miéntras un pastor bendice las tropas, jóvenes vestidas de blanco ofrecen á los vencedores coronas de laurel.

El cuadro final representa el monumento de Federico el Grande, á cuyos piés los guerreros prusianos depositan sus laureles.

Este pedestal enorme sirve de base á una colum-

nata circular, tambien de granito encarnado, con 16 columnas de 16 piés de altura.

Todo el monumento mide 195 piés, ó sean 35 más que la columna de Vendome. Habiendo desaparecido ésta del número de grandiosos monumentos (1), podria compararse á la columna de la Victoria en Berlin sólo el Arco de Triunfo en París y la columna de Alejandro en San Petersburgo. Pero el monumento de la Plaza Real, cual señal de una nueva era, se distingue tambien por un estilo nuevo, trasformando la columna en una arquitectura por medio de una rotonda entre el zócalo y el fuste, miéntras en las obras romanas la columna, inventada al principio para sostener una gran masa, tiene que sostener figuras demasiado ligeras.

Cuéntase la siguiente anédocta. Concluida la significativa ceremonia que cerró la serie de testimonios de gratitud y honor, el Emperador habló al escultor Drake, diciéndole con su amabilidad de siempre: «¡Qué bella Victoria ha creado usted! Sólo me parece demasiado colosal.»—«Tan colosales son las victorias de V. M., contestó el célebre estatuario, que podria perdonarme haber creado una sola

(1) Escribí estas líneas cuando derribaron la columna de Vendome. Hoy está ya levantada.

demasiado grande.» El Emperador se sonrió oyendo aquella respuesta delicada é ingeniosa.

En el banquete que tuvo lugar despues de terminada la ceremonia, el Emperador, levantándose para brindar, excitó en primer término á sus oyentes que no olvidasen á los muertos, diciendo : «La primera copa debemos consagrarla silenciosos á los que han sucumbido peleando.» Y luégo añadió : «En union con nuestros fieles aliados en la última gloriosa guerra, caminamos de victoria en victoria, por la gracia y bondad de Dios, hasta llegar á la unidad de Alemania con el establecimiento de un nuevo imperio. Brindo, por lo tanto, en agradecimiento á mi heróico pueblo, á mis ilustres aliados y á nuestro glorioso ejército.»

¡La primera copa á los muertos! aquellos 55.000 muertos, aquellos caballeros inmortales que dejaron á los mortales gloria eterna, habrán celebrado el 2 de Setiembre, este dia que el Emperador llama uno de los más grandes de toda su vida, en el *palacio de Odin*, el Dios germánico, bebiendo el agua miel de los antiguos germanos en cuernos forrados de oro. En la *Walhalla de Odin* habrá sonado la hora de la fiesta lo mismo que en la sala de banquete en Berlin.

¡La primera copa á los muertos! ¡Ay! pocos dias ántes de la gran fiesta patriótica del 2 de Setiem-

bre, el 26 de Agosto, falleció, á los 58 años de su edad, en Esmalkalda, su pueblo natal (Turingia), rodeado de una gran popularidad, el célebre maestro Cárlos Wilhelm, que en 1854, en Crefeld, puso en música el canto patriótico *La Guardia del Rhin.* No sólo un hombre murió en Wilhelm, ese sencillo director de música, sino una division entera del ejército aleman. Jamas se ilustró de una manera más triunfadora el maravilloso poder del canto. Aquella melodía, que podria llamarse la ira de la nacion entera puesta en música, electrizó á las tropas germánicas, produciendo los efectos de toda una division, siendo un símbolo de unidad para todos los alemanes. Aquel himno inspirado que unió la belleza de la melodía que se admira en la célebre cancion de Haydn, compuesta en honor del emperador austriaco Francisco, al fuego y á la pasion de la cantata inmortal de la revolucion que se debe á Rouget de Lisle, era el relámpago que voló sobre Alemania hasta la más recóndita cabaña; aquel canto era la trompa heróica que convocó al excitado pueblo en armas contra Napoleon; aquel canto era el saludo con que en medio de la lluvia de balas enemigas se saludaron los bávaros, los sajones, los wurtemburgueses y los prusianos, confundiendo la cancion del Rhin aleman con el espantoso estruendo de la tronante pólvora; aquel canto inmortal de

los guerreros es sagrado por ser bautizado con sangre. El amor de la nacion agradecida doraba los últimos años de Wilhelm; el Emperador y la Emperatriz le agraciaron con condecoraciones y medallas; el imperio aleman, á impulso de Bismarck, le honró con una pension anual, y los habitantes de Turingia adornaron sus estancias con el querido retrato de su compatriota, con aquel retrato que ha de brillar tambien en la *Walhalla.*

¡Cosa singular! *La Guardia del Rhin*, que debia guiar á nuestras huestes hasta París, sonó por primera vez en obsequio de Guillermo I, siendo entonada por mil cantores en Crefeld el 11 de Junio de 1854 en memoria del aniversario vigésimoquinto de la boda de Guillermo, y éste la oyó cantar en Elberfeld el 6 de Julio de 1854.

La Guardia del Rhin está unida á la guerra de 1870, como el canto de *Arndt*, *La Patria del aleman*, puesto en música por *Reichardt*, está unido á la guerra de la independencia.

Acabo de pronunciar el glorioso nombre de *Arndt*, y estando léjos de mi patria, en que hoy en cada pueblo arden las hogueras, no podria celebrar mejor *El 2 de Setiembre* que hablando del varon insigne que la nacion alemana llamaba su *padre.* Hablaré, pues, del padre *Arndt*, el mejor de los hombres, el verdadero tribuno de su pueblo, el ilustre patriota

dotado de un carácter varonil, de un corazon grande, de un espíritu libre, de un alma de fuego, de un ánimo pío y sencillo; el rayo poderoso que hirió á los enemigos de la nacion alemana, el inspirado vate que escribió el gran libro titulado *El espíritu del tiempo*, y que electrizó á la nacion con las estrofas que empiezan: «¿Cuál es la patria del aleman?» y «El Dios que el hierro crea»; el historiador que decia: *Rio de Alemania, no su frontera, ha de ser el Rhin;* el varon que despues de terminada la guerra de la independencia luchó en su patria con todas las fuerzas de su alma ardiente en pro de los derechos del pueblo, continuando tambien en silencio durante veinte años, sombríos y lúgubres, *La Guardia del Rhin* y sufriendo que los maldicientes se atreviesen á hincar el diente en su limpio nombre, llamándole «demagogo»; él, que inspirado por el más puro patriotismo se sentó en Francfort cual la honrada *conciencia* de Alemania; él, profeta que vió en Prusia la guia de Germania, diciendo: *¡En Francfort, id al encuentro del emperador aleman!* Él, que viendo que no habia llegado todavía aquel ansiado tiempo, nos legó, cual testamento suyo, el libro *Mis peregrinaciones con el baron de Stein*, para que esa obra sirva de leccion á su querido pueblo; él, que murió, no vencido por la muerte, sino ahogado por los brazos estrechísimos de su amantísimo pueblo;

por fin él, á quien la Alemania de 1870 y de 1871, realizando lo que ansió el alma de su más leal tribuno, saluda con las palabras:

Toda la tierra que habla lengua alemana
y á Dios en ella santos himnos eleva,
esa será,
será la patria del aleman.

¿Quién sería digno de figurar en la *Walhalla* sino *Arndt*, el padre, el patriarca cuyo nombre está indisolublemente unido á la unidad de Alemania, el profeta que abarca todo el cielo del pensamiento, el Moises que nos guió á la tierra prometida, pero que no llegó á entrar en ella: el modelo de los patriotas, que amó con exaltacion á su ilustrada Alemania, y de cuyos labios brotaron palabras tan entusiastas como las de Castelar: «Yo quiero ser aleman, y sólo aleman; yo quiero hablar el idioma de Goethe, quiero recitar los versos de Schiller, quiero teñir mi fantasía en los matices que llevaban disueltos en sus paletas Durero y Holbein; quiero ser de toda esta tierra ungida, santificada por las lágrimas que la costára á mi madre mi existencia; de toda esta tierra redimida, rescatada del extranjero y de sus codicias por el heroismo y el martirio de nuestros inmortales héroes. Aquí sentimientos de la vida, hogar, familia, afectos, oracion en los labios, ideas en la mente, desde el alimento que

es grato al paladar hasta la obra de arte que nos abre las puertas del infinito, todo esto lleva en sí, como el árbol la savia, el jugo de la tierra germánica.»

Castelar, el heredero de la elocuencia clásica, el ciudadano de todos los pueblos, el ciudadano de todos los siglos, dice en su célebre discurso del 30 de Julio de 1873: «¿Quién ha sostenido la idea de la unidad de Alemania? *Los republicanos de Francfort.* ¿Quién la ha realizado? Un imperialista, un cesarista, Bismarck. Así sucede y ha sucedido siempre en la historia, que los enemigos de los partidos progresivos fundan las ideas progresivas, como el judío San Pablo fundó el cristianismo; como el monárquico Washington fundó la república del Norte de América; como Rivadavia, otro monárquico, fundó la confederacion de las repúblicas del Sur de América: que ni el Bautista en la Iglesia, ni Rousseau en la revolucion, ni ninguno de los profetas ha consolidado la reforma misma por ellos anunciada y traida, porque los que conciben y presienten las grandes ideas no las realizan ni consolidan en ninguna época de la historia.»

Tiene razon el gran orador español, el ruiseñor de la democracia que canta himnos á la libertad, y que con sus dulcísimos acentos ablanda los corazones de peña; pero en vez de atribuir á los *republi-*

canos de Francfort el mérito de haber despertado la idea de la unidad de Alemania, debe atribuirlo al *monárquico Stein*, y sobre todo al manárquico *Arndt*. Éste, que siempre tenía en su corazon un culto religioso á sus cuatro héroes: la libertad alemana, el dios aleman, la fe alemana y el hierro aleman; éste, que sin descanso estaba en la brecha, lo mismo contra los extravíos revolucionarios que contra la locura de los gobiernos dictatoriales; éste, que es sinónimo para nosotros de patria, de libertad, de honra y concordia; éste ha sido tambien la personificacion de la más alta concepcion política de los tiempos modernos, la personificacion de la unidad germánica. Por eso la Alemania le honró con el nombre de *padre*, que ántes que él nadie ha alcanzado.

¡Cuántos títulos tiene el *padre Arndt*, el maestro de los alemanes, á la gratitud de su pueblo! Él fué el mejor cantor sagrado de un tiempo de alto renombre, de un tiempo grande que no habia visto Alemania desde el siglo XVI; él fué el autor de las canciones más sonoras y más alegres que se oyeran en Alemania despues de los gloriosos dias de Pavía, de que con justo orgullo español dice el Duque de Rivas:

Los arcabuces de España
No hay fila que no destrocen,
No hay caballo que no ahuyenten,

No hay guerrero que no postren.
Y las picas españolas
No hay escuadra que no arrollen,
Embate que no resistan
Ni denuedo que no asombren.

La leyenda alemana, sobre todo la turingiana, nos habla de un sér misterioso que amonestaba á los hombres sentado ante el monte de Vénus. Aquel genio tutelar de los mortales se llamaba el leal *Eckart*, y por eso llamó en el siglo XI el emperador Enrique III al margrave Eckihart II de Meissen *el más leal de los leales Eckartes;* y en nuestros dias la poesía alemana llamaba *Eckart* al *padre Arndt*, el buen genio de Alemania, el que era recto como la conciencia, sencillo como la fe, puro como la verdad, fiel como el oro, bueno como el pan. El *padre Arndt*, en cuyo pecho hervia el canto de la ira, el canto del loor, no es sólo el bardo patriótico, sino tambien el vate religioso, el dechado del buen cristiano recordando al pío é inspirado Pablo Gerhard.

Jamas la torpe lisonja pudo contaminar sus labios, ni empañar la pureza de su pluma de oro; pero dió al César lo que es del César, tributando en himnos inmortales justos encomios á los héroes de Alemania. Y ésta decoró su memoria honrando á su padre, enalteciendo al anciano *Arndt;* Alemania le ha erigido en su seno el altar más magnífico, el al-

tar de su fama imperecedera, un monumento de inmortalidad. De todas partes del mundo, de todas partes donde se habla el idioma aleman, llegaron las ofrendas del amor, para que se levante en las márgenes del Rhin aleman la estatua de bronce representando al más aleman de los alemanes.

¡Pero en la *Walhalla* falta la perla más rica; en la *Walhalla* falta el laurel más inmortal, el busto de *Arndt!*

Comprendo que los vivos, el Emperador, el sabio rey Juan de Sajonia, el príncipe de la corona del imperio germánico, el príncipe Federico Cárlos, el príncipe Bismarck, los mariscales Moltke, Roon y Manteuffel, el general Werder y otros héroes no figuren todavía en la *Walhalla;* pero no comprendo que no hayan entrado todavía en aquel sagrado recinto los que han muerto ya, los grandes patriotas Arndt, Koerner, Schenkendorf, Rückert, Uhland, Fichte; los poetas Schlegel y Tieck, Heine y Plaen; los que brillaron en el arte de Salinas, el gran Beethoven, Mendelssohn, Weber y Schumann; las umbreras de las ciencias Humboldt y los hermanos Grimm, cuya fama se extendió por el mundo civilizado, como la del Tostado y otros, á los cuales tengo que tributar incienso, pagando así mi deuda cual buen aleman. Si ya en el funesto año de 1873, cuando la situacion de España fué tan desesperada

que muchos perdieron la esperanza de que verian la paloma de este diluvio, el faro de esta tempestad; si ya en el año actual, cuando tristes y afligidos preguntan los hijos de Iberia: «¿De dónde vendrá el Pelayo que reconquiste y rehaga la nacionalidad, un dia tan gloriosa?» los españoles residentes en Viena celebraron el 23 de Abril las honras de Cervántes en la iglesia de San Miguel Arcángel, acordándose en tierra extranjera de conservar el aniversario del Príncipe de los ingenios castellanos— ¡cuánto más la *Walhalla* ha de coronar, en estos dias de gloria y ventura para Alemania, al vate cuyo nombre figura siempre en las inmortales y severas páginas de la historia alemana!

Si me precio de una cosa, me precio por haber peregrinado mil veces á la modesta casa de la calle de Coblentza en la ciudad de Bonn en que vivia el anciano *Arndt*, ejemplo sin par de amor patriótico, columna firme del derecho, joya inestimable de Alemania; aquella casa, acariciada por las olas del Rhin, me parecia un santuario del patriotismo, un templo de la nacion de Arminio y de Guttenberg, una segunda *Walhalla.* Si me es lícito hablar de mi pobre persona, diré que he dado alabanzas al *padre Arndt* en tres lenguas: en aleman, en frances y en castellano, y que en la Noche-Buena de 1858, cuando cursé los estudios en París, recibí el aguinaldo más

precioso en las líneas siguientes del venerable anciano que contribuyó más á la regeneracion de la patria de Luisa: «¡Oh! ¡Un poemita de alabanzas en frances!—me escribió el enemigo de los franceses—¡qué cosa tan preciosa! Pero estoy seguro de que V. quedará fiel á la musa teutónica. Aproveche usted bien su estancia en París: *se pueden aprender muchas cosas buenas tambien de los franceses.*

»Adios, mi querido Juan. En fe alemana su afectísimo, Ernesto Mauricio Arndt.—*Bonn, mes de Natividad de* 1858.»

Ántes de presentar al lector la simpática personalidad de *Arndt*, el *mariscal-adelante* de la poesía patriótica, el Blücher del canto, el acérrimo enemigo de la tiranía napoleónica, el más leal amigo de la virtud y de la libertad, cuya alma se levanta batiendo sus alas de luz entre los más gloriosos héroes de Germania, le presentarémos sus cantos, que eran á la par timbales y trompetas y espadas cortantes. *Arndt* decia á los alemanes sometidos al yugo del extranjero: «Esclavos sois... ¿Quereis ser libres?... Pues queredlo de véras, y lo seréis.»

Hé aquí la version castellana de la cancion que hizo romper á los alemanes, con Dios en los corazones y con el hierro en las manos, el cetro abominable del Corso, y que podria llamarse La Marsellesa de los alemanes.

I.

El Dios que el hierro crea
No quiso que haya esclavos,
Por eso armó de alfanje
La diestra de los bravos,
Y dió la fe al espíritu
Y el temple al corazon,
Para morir lidiando
Con varonil teson.

II.

Cumplamos del Altísimo
Los próvidos decretos;
Muramos todos ántes
Que al yugo estar sujetos.
De la servil cadena
Romped el eslabon;
No es digno de ser hombre
Quien sufre tal baldon.

III.

¡Oh, tierra de los libres!
¡Oh, cara patria mia!
Escucha el juramento
Que nuestra voz te envia.
Será de los tiranos
Barrera el ancho Rhin,
Y harémos de los cuervos
Su ejército festin.

IV.

Estalla ¡oh! sacro fuego
Que nuestro pecho inflama:
¡Al campo de la gloria
La libertad nos llama!
Á nuestro brazo fia

La patria su salud;
¡No más, no más infamia!
¡No más esclavitud!

V.

Ya por los aires suenan
Clarines y atambores,
El limpio acero vibran
Los fuertes lidiadores.
En sangre de enemigos
Teñido al fin será,
Que luce el fausto dia
De la venganza ya.

VI.

Ya en apiñadas huestes
Se agitan las legiones,
Ya flotan á los vientos
Los bélicos pendones.
¡Ni siervos ni tiranos!
¡El ánimo aprestad!
¡Marchemos al combate!
¡Ó muerte ó libertad!

Esa version la debo á D. Mariano Carreras y Gonzalez, que con su talento de siempre interpretó fielmente el original. Hé aquí la traduccion que me remitió D. Ventura Ruiz Aguilera haciendo poética una produccion donde tanto abundan los nombres de países distintos.

I.

¿Cuál es la patria
Del aleman?
¿Es Suabia? ¿Prusia?
¿Cuál es? ¿Será

Dónde, en el Rhin, fecunda la vid florece?
¿En el Belt, donde vuela la gaviota?
¡Oh, no, no, no!
Ha de ser mucho, mucho mayor.

II.

¿Cuál es la patria
Del aleman?
¿Baviera? ¿Styria?
¿Cuál es? Será
Allí, donde de Mársen el buey reposa,
Ó el hijo de la Marcha trabaja el hierro?
¡Oh, no, no, no!
Ha de ser mucho, mucho mayor.

III.

¿Cuál es la patria
Del aleman?
¿Westfalia, acaso?
¿Cuál es! ¿Será
Dónde montes de arena forman las dunas?
¿Dónde, con voz de trueno, brama el Danubio?
¡Oh, no, no, no!
Ha de ser mucho, mucho mayor.

IV.

¿Cuál es la patria
Del aleman?
Su nombre dime;
¿Cuál es? ¿Será
Donde el Tirol y Suiza tienen asiento?
Plácenme los dos pueblos que aquí he nombrado;
¡Mas, no, no, no,
Ha de ser mucho, mucho mayor.

V.

¿Cuál es la patria
Del aleman?

Su nombre dime;
¿Cuál es? ¿Será
La region á quien dicta su ley el Austria,
En honores tan rica y en altas glorias?
¡Oh, no, no, no!
Ha de ser mucho, mucho mayor.

VI.

¿Cuál es la patria
Del aleman?
Su nombre dime,
Dímelo ya.
Toda la tierra que habla lengua alemana
Y á Dios, en ella, santos himnos eleva,
Esa será,
Será la patria del aleman.

VII.

La noble patria
Del aleman,
Es donde es firme
Toda amistad;
Donde en los ojos, viva, la fe fulgura,
Donde el amor su nido tiene en el pecho,
Esa será,
Será la patria del aleman.

VIII.

La noble patria
Del aleman
Es la que humilla
La vanidad
Del frances, al que nombre da de enemigo,
Como el de amigo á todos los alemanes;
Esa será
La patria entera del aleman.

IX.

La patria entera
Del aleman,
Grande y potente
Y una será.
¡ Oh, Dios ! no apartes de ella nunca tus ojos ;
Haz que por siempre amemos con toda el alma
La que será
La patria entera del aleman.

Debo pagar un tributo de agradecimiento á los dos poetas españoles que vertieron al castellano los cantos de Arndt.

Esos cantos daban la voz de guerra tocando alarma, como la célebre Tomasa, campana de la catedral de Barcelona, á que respondian en un momento todas las campanas de la ciudad, á éstas las de los pueblos vecinos, y ensanchándose cada vez el círculo, aquel terrible glang, glang, resonaba en todos los ecos de los montes, y llenaba el aire de las llanuras desde Barcelona á Nuria y Puigcerdá, desde el Cabo de Creus hasta Aragon.

Conociendo ya la *patria del aleman*, el lector, que sin duda se habrá enamorado de las dos poesías insertadas, ha de conocer tambien al gran patriota germánico, á nuestro *Ernesto Mauricio Arndt.*

Éste nació en el pueblo de Schoritz, en la isla de Rügen, el 26 de Diciembre de 1769. Sus primeros maestros de escuela eran sus padres, más cultos é

ilustrados que suelen ser los aldeanos; la primera fuente de su saber era la Biblia. Retrátase en el jóven *Arndt* la naturaleza ruda, salvaje y grandiosa de su país natal, que con sus tumbas de gigantes, sus rocas y sus selvas de hayas, que en seco són se quejan del furor del horrendo huracan, recuerda como por encanto la antigua Germania. Y como Demóstenes aprendió en las playas del mar la elocuencia, confundiendo la música de la palabra humana con el eco turbulento de las olas, así el jóven *Arndt*, hallándose junto al mar, que un escritor español llama «asilo de espíritus solitarios, centro de misteriosas esperanzas, ancho seno en que caben y se desahogan todas las confidencias, todos los pesares, todos los remordimientos, y del cual se recogen en cambio todas las esperanzas, todos los olvidos, todos los consuelos»; el jóven *Arndt*, hallándose junto «al mar soberano, que con igual severidad y augusta calma recibe y guarda el ancho caudal del opulento rio, las alborotadas aguas del torrente montañés y las cristalinas perlas de la fuente que brota silenciosa en la marina, que con igual compas mece sobre sus vastos lomos la nave soberbia que boga á descubrir continentes, ganar Estados y desbaratar imperios, y el átomo liviano del polvo arrancado por el viento á ignotos lugares, y que vaga y vuela sobre sus alas hasta cansarlas y

caer»; el jóven *Arndt*, tendiendo la vista pasmada por la inquieta llanura, por la inmensidad del mar inmortal, viendo este resonante movimiento, estas oleadas que llegan, huyen, vuelven, sin cansarse jamas, aprendió en la playa á moderar los afectos desordenados del ánimo, á conservar la virtud, hija del cielo, á conservar la castidad y la inocencia en medio de camaradas frívolos y lascivos, precipitándose en las ondas hasta en el frio Noviembre, é imponiéndose á sí mismo castigos y trabajos propios de un soldado. Cursó sus primeros estudios en Stralsund, y dedicóse á la teología protestante en las universidades literarias de Greifswald y de Jena. Despues viajó por el mundo, conociendo, cual otro Ulíses, las ciudades, los países y las costumbres de los hombres; y todo lo que vió lo describió en artículos que exhiben verdadera minuciosidad en los detalles y observaciones acertadísimas de accidentes y pormenores.

Diez años enteros encontramos á nuestro *Arndt* cual catedrático de la facultad de filosofía y letras en la universidad de Greifswald, aquel molino de las ciencias en que las más veces hacia falta el agua, es decir, los estudiantes. Ya el catedrático de Greifswald se dió á conocer cual político; así el jóven literato aleman escribió ya en 1803, á los treinta y tres años de edad, contra el coloso del siglo, el jó-

ven conquistador frances, que entónces contaba tambien treinta y tres años. *Arndt* fué el primero que conoció la parte de demonio en aquel hombre, por cuya gloria se hicieron votos y en cuyo altar se quemaron inciensos, pues la opinion pública de aquel tiempo le consideraba el salvador de Europa. Y cuando Napoleon se reveló al mundo cual númen del mal que era, *Arndt*, ese titan de la virtud, ese númen del bien, lanzó en 1806, en que la Prusia se vió humillada por las falanjes francesas, los ministros de ambicion ajena, la primera parte de su libro *El espíritu del tiempo*, que, hecha abstraccion de *Stein* y de *Fichte*, es la obra más poderosa que jamas salió de pluma alemana.

Mostrando el espejo á su tiempo, exponiendo el juicio independiente y leal que formado tenía sobre los hombres de su época, y dirigiéndose á la nacion medio muerta de inercia y de debilidad, exclama el gran patriota : «Arrojo el guante del combate. ¡Guerra á todos los facinerosos y mochuelos que envuelven la luz en tinieblas y arrojan cohetes contra los relámpagos para que la gente no los vea! Yo te estoy mirando, ¡oh pobre muchedumbre! con los cien mil ojos que no ven, con los cien mil oidos que no oyen, con los cien mil brazos que lo tocan todo, que cogen mucho, pero en que nada queda. Yo estoy mirando tu desgracia y la desgracia de

tus hijos, y debiera ser un malvado funesto si no lanzase un grito de censura y de reprobacion. Escuchad, pues, pero no me arrojeis despues piedras y palos, no me arrastreis luégo á los cadalsos y á las guillotinas. Larga es la vergüenza, larga ha de ser tambien la queja.»

Despues se lamenta de los filósofos, que, envueltos en su manto, no tienen las plantas pegadas á la realidad.

Decia Castelar el 30 de Julio de 1873: «Yo veo á España en el voluntario de Estella, que con su mujer al lado, sobre cien quintales de pólvora, con la mecha encendida, aguarda á que llegue el facineroso carlista para morir como bueno.» Si fuese posible rayar á mayor altura, lo hizo *Arndt* diciendo: «¡Ay! la inercia es la signatura de nuestra época. Veo sólo el valor en las batallas. Pero *la guerra es un morbo, la guerra es un furor de la naturaleza humana*, la guerra es fuego, la guerra es desolacion, la guerra es violencia (1), y no quisiera medir el género humano por la guerra. Valor, segun lo entiendo yo, es la tranquilidad, la discrecion en la vida, el menosprecio del malo, ser dispuesto á todo linaje de sacrificios personales, á todo linaje de

(1) Recuerdo que Castelar decia lo mismo en su célebre discurso-programa del 8 de Setiembre de 1873.

humillaciones personales, la verdad y la libertad en palabras y hazañas, sin pensar en oro ni en gloria. Esas son luchas más nobles que las que se hacen entre los tambores y ante los cañones. Nuestro tiempo, viendo morir á algunos, creyó que murieron por cosas nobles. Yo no pensé así. Los hombres han ido al cadalso cual facinerosos y cual locos, no cual hombres. En su embriaguez y en su demencia expresaron en los acentos sonantes de su hueca jactancia lo que no necesita decir la hazaña varonil.»

A la misma elocuencia se levanta Arndt al fotografiar á los franceses; pero á los alemanes de 1870 y 1871, á los germanos victoriosos é hidalgos, á los que vieron en Setiembre de 1873 que el pueblo vencido llevó á cabo lo que no tiene precedente en la historia de ningun tiempo y de ningun país, la operacion del pago de la más colosal contribucion de guerra, sin necesidad de implorar del vencedor un retardo de un dia ni de una hora; no cumple hablar mal de los franceses. Por eso no repito las palabras de Arndt contra ellos, aunque aquellas palabras hoy no son ménos ciertas, exactas y positivas que en 1806, limitándome á insertar el trozo siguiente acerca de Napoleon I: «No digo yo que todo en Bonaparte haya sido fraude, perfidia y dolo. Jamas hubiese vestido la púrpura si hubiese tenido sólo aquella parte mezquina de fango y lodo. No digo yo

que sea el facineroso que muchos obcecados por el ódio hacen de él. Imperó donde servian los otros; su fuerza potente, á menudo siguiendo una concepcion; un plan anterior, las más veces sin saberlo, le llevó, le arrastró donde no habia resistencia; raras veces habrá sabido más que sentido, y así llegó hasta donde no podia ver todavía cuando salió. Pero ¿deberíase llamar al que seguia el poder, ciego en sí mismo, un guia sabio y seguro? ¿Deberíase llamar grande á lo pequeño, atrevido á lo cruel, sabio á lo fraudulento? Jamas estaba en su mente lo sublime de la humanidad; se hace llevar por su pasion, y por el acaso puede volverse desatinado aún lo que ni siquiera fué concebido desatinadamente. No se debe juzgar á aquel sér de una manera tan ligera, como le juzgan la mayoría de los hombres estimulados por el ódio ó por el amor. La naturaleza que le creó y que le permite obrar de un modo tan terrible, debe haberle destinado á trabajos necesarios que ningun otro podria cumplir. Seguramente que tiene el sello de un hombre extraordinario, de un mónstruo sublime que parece todavía más grande, porque impera sobre hombres y entre hombres que no son sus iguales. Admiracion y miedo excita el volcan, la tempestad y cada fuerza peregrina de la naturaleza, y tampoco á Napoleon puede negarse admiracion ni miedo. No hay hombre

más terrible para los príncipes ni para los pueblos. Se parece al Océano, que engulle arroyos y torrentes y no vuelve gota ninguna. Os engañais, obcecados ú obcecadores, vosotros que nos mostrais en aquel hombre un héroe y quisierais mostrarnos en él un justo y clemente. El tiempo lo pondrá de manifiesto. Con incontrastable ímpetu se arrastra cual Dschingis y Atila, con el teson de un Fabricio y de un Mario, con la afabilidad y astucia de un Scipion y César. Esperais en una mudanza de la fortuna. Es posible. Pero creedme; cuando esté abandonado por la fortuna, por ser áun más terrible, nuevas é ignoradas fuerzas despertarán en él. ¿No conoceis á los romanos? Nunca eran más formidables que despues de batallas perdidas. Y formidable es la nacion que este hombre conduce á victorias y devastaciones. El movimiento despues de una gran revolucion vibra en cada pueblo el más largo tiempo en el guerrero; los recuerdos, no de utopias políticas, sino de hazañas reales, le inspiraron confianza y entusiasmo; el coloso de la fortuna es su guía, y éste ha concentrado toda la política en el soldado. El frances se hace más formidable todavía por la disolucion de la fe religiosa, por la disolucion de las virtudes más sublimes. Aquel mal lo aumentó la revolucion. La gloria y la apariencia deben reemplazar á la fe y á la justicia. Miéntras que las me-

jores virtudes de las naciones no se levanten en alas del entusiasmo, aquella apariencia será omnipotente; los franceses giran con la ligereza propia de su carácter, con su amabilidad natural, que pide indemnizacion por todas sus faltas, y así están girando lo más libre sin el incómodo equipaje de la justicia. Nada les sirve de obstáculo, nada les detiene: no conocen religion ni compasion; la gloria y el valor son sus únicos dioses, y así caminan á la victoria por encima del cadáver del mundo.»

«El demonio (Napoleon), continúa *Arndt*, podrá ser vencido sólo por sus propias armas. En la lucha contra Bonaparte no valen los remedios de la mediocridad. Éntre en la arena un grande hombre, tan grandioso é imperioso como él; haga uso de todas sus fuerzas, y el demonio será vencido por el infierno.» «Tiranos y reyes,—concluye el elocuente tribuno—se hacen polvo; pirámides y colosos se deshacen; terremotos y volcanes, incendios y espadas cumplen su terrible oficio; lo más grande desaparece; sólo una cosa vive eternamente, la verdad. Verdad y libertad, hé aquí el puro elemento de vida del hombre divino; sin ellas es nada. Si no todo lo que vemos y sentimos es vano, si los mejores no se arrastran engañados en ese tiempo de desengaño, si la leal voluntad no puede herir, la más atrevida palabra tiene su expiacion. Yo quiero á los

hombres.» ¿Quién que lea esas sublimes é imperecederas frases de *Arndt*, no verá en el gran tribuno aleman, en el sabio y humanitario prusiano, que á la par fué político y poeta, un predecesor de la elocuencia de Castelar?

No diré que el valiente *Arndt*, el hijo del Norte, el que consideró su idolatrada Germania cual centro de la entera historia moderna, era un verdadero español; pero sí diré que era un hispanófilo como el que más. El mismo *Arndt* decia cuando anciano: «Yo, pobre profesor de Greifswald, tuve ya con muchos *pensamientos españoles*, ideas de la guerra de la independencia *española* y tirolesa.» Temiendo la ira de Napoleon, que ya habia mandado fusilar al patriota librero aleman Palm, se refugió en 1806 á Stockolmo, donde vertió al aleman escritos *españoles*, entre otros los documentos del ministro D. Pedro Ceballos, y escritos suecos é ingleses. Despues de tres años regresó á Alemania, donde permaneció oculto, hasta que en la Pascua de 1810 pudo volver á Greifswald en su posicion anterior como catedrático. Allí brindó por los esforzados españoles, por los héroes de Bailén; sintiendo como el Duque de Rivas:

¡Bailén!... en tus olivares
Tranquilos y solitarios,
En tus calladas colinas,

En tu arroyo y en tus prados
Un tribunal inflexible
Puso el Dios tres veces santo,
Y de independencia eterna
Dió á favor de Epaña el fallo.

Como prueba del afecto que *Arndt* profesó siempre á *España*, diré que en 1842 escribió: «El español une de la manera más feliz la gravedad del Norte á la ligereza del Sur; el español es un caballero de la espada y de las flores. En su carácter se encuentra el orgullo, la bravura, el teson, el amor á la independencia, el menosprecio de la muerte, la lealtad, la veracidad. El más ínfimo aldeano, el último zagal no deja que le roben la noble dignidad de la libertad humana. Puede ser que en su gravedad caballeresca haya algo de orientalismo; al ménos aquella gravedad propia de caballeros que ostenta, cuando se presenta la ocasion, hasta el más pobre hijo de aquel país, tiene cierto aire oriental. Allí el hombre, á pesar de muchas humillaciones, no se abate jamas, como en otras partes. Reina siempre en su trato cierta franqueza, cierta caballerosidad, cierta igualdad exterior en las diversas clases de la sociedad. Si España con todo su orgullo y toda su gravedad sublime es el país de las ceremonias, jamas fué el país de la servil bajeza ni de la vil esclavitud.

»El orgulloso español puede hacerse soberbio

como el italiano, pero no vanidoso. Cada cual en España quiere sobrenadar sobre los demas, desarrollando y conservando su individualidad. El español es un sér solitario, cada uno tiene un sello particular. El español tiene la mayor tendencia á la individualidad, tendencia en la que tiene algo de parecido con el aleman, pero en que le supera todavía, siguiendo aquella aspiracion con mayor firmeza. Que se le quite todo al español, siempre quedará dueño de su voluntad. El español desprecia la esclavitud y la mentira. Nada rompe el corazon, el valor y la fuerza más pronto que la mentira; ese es el vicio más diabólico, porque es el vicio más cobarde. Hace mal en España quien se atreva á presentarse como embustero, áun ante la persona más humilde; hace peor todavía quien pronuncie la palabra mentira. Eso significa el hierro, eso significa la muerte. En ese rasgo se demuestra el antiguo germano, el visigodo. Mentiroso y cobarde eran para el antiguo germano las palabras más injuriosas, las invectivas más viles, que sólo podian lavarse con sangre.

»La veracidad y la honradez, la humanidad y la clemencia que el español muestra enfrente de otros y enfrente de sí mismo, dan el mayor realce á la verdadera dignidad, al proverbial orgullo español. Preguntad al que en orgullosa popa surca los anchos mares, preguntad al viajero, preguntad al

mercader, donde quiera haya tratado con españoles, y os dará de ellos un buen testimonio.»

Pero los alemanes que *Arndt* encontró en Greifswald no correspondian á las nobles ilusiones que forjaba en su mente patriótica, pues ellos eran en gran parte afrancesados, y ya en el estío de 1811 salió de Greifswald, pasando por las huestes enemigas, para llegar á Berlin, donde ya habia estado en 1809, un dia ántes de la entrada de la reina *Luisa*. ¡Ay! ésta habia muerto ya para la patria, pero morir para la patria es la inmortalidad, y, más excelsa todavía que ántes, brilló la gran reina sobre su tumba prematura.

En 1809 salió en Lóndres la segunda parte del *Espíritu del tiempo*. ¿Quién podria contar todos los tesoros que *Arndt* vertió en aquel patriótico libro? Dirémos de él lo que Harzenbusch dice de Lope:

Desperdicios de su pluma
Son gala de ciento ajenas.

«Dadme, exclama *Arndt*, dadme sólo un rinconcito en Alemania, donde sobre mí en el aire pueda la alondra entonar su canto sin que un frances la hiera disparando su fusil; dadme una casita con un jardin cerrado, donde mi gallo pueda cantar sin que un frances le coja y le haga pasar á su olla; yo quiero cantar alegre como la alondra y como el

gallo, aunque un jubon de lino cubra mi cuerpo.»

Nada iguala al ódio de nuestro *Arndt* contra los extranjeros que querian esclavizarnos. «Ya llegó el tiempo, exclama, ya llegó el tiempo para todos los alemanes de exterminar cual mónstruo horrendo á cada frances que se atreva á pisar nuestro sagrado suelo. ¡Oh! Si un Dios tomase todos los traidores y cobardes alemanes, todos los ayudas y encubridores, y los pusiese todos juntos en un saco, y los sumergiese en el mar donde está lo más profundo, y si nuestro pueblo, á manera de nuestros antepasados, cogiese el hacha y la albarda, esta sabandija francesa que está entre nosotros sería exterminada pronto, y jamas, jamas volveria.»

Desde Berlin *Arndt* tuvo que huir de los franceses á Breslau, á Praga, y despues á San Petersburgo, llamado á la ciudad del Newa por el ministro baron de *Stein* para ser su secretario, su mano derecha en la guerra contra Napoleon.

¡Stein! ¡Qué nombre tan mágico para todos los alemanes! Si entre los héroes de nuestra guerra de la independencia, segun decia *Arndt*, el pio *Scharnhorst* era el mayor, el anciano *Blücher* era el más esforzado, el diligente *Gneisenan* era el más hidalgo, el suave *Boyen* era el más manso, y Grollmann, el que más odió á los franceses, era el más claro, por cierto que el más vigoroso, el más firme, era

Stein, hombre de roca, hombre de ira, pero no de maldiciones; soberbio ante los reyes, humilde ante Dios. ¿Quién no daria al baron de Stein un homenaje de respeto y de veneracion? El heroismo y la abnegacion en amor á la patria tienen una misteriosa propiedad de atraccion, de poderosa simpatía y de profundo respeto, que emociona y que subyuga.

Ya ha dado nuestra *Walhalla* honor y alta prez al inmortal *Stein*, que representa para los alemanes el Sinaí y la tempestad; y el anciano *Arndt* le levantó en 1858 un monumento eterno con la misma Walhalla, en su libro titulado *Mis peregrinaciones con el baron de Stein.* Si absortos contemplais en la *Walhalla* los bustos de nuestros héroes exclamando:

¿Dónde va el que deja atras
La gloria y valor de Aquiles?
Los héroes aquí son miles;
Lo son todos á cual más...

os dirá el *alter ego* de *Stein*, el gran *Arndt*: «El mayor héroe era *Stein*, nuestro segundo Arminio, el Martin Lutero de la política, el más invencible, el más leal, el más esforzado caballero aleman.» «Cuando en Agosto de 1812—dice *Arndt* en la obra citada—ví por primera vez al célebre ministro *Stein*, estuve perplejo no sabiendo con quién debia compararle.

»Por fin, lo sabía: mi *Fichte*, mi anciano *Fichte* estuvo ante mis ojos en la gran personalidad de *Stein*. Era la misma estatura, la misma frente tan clara, la misma nariz aguileña, la misma austeridad profunda, la misma mirada terrible; pero á veces podia esa ser más terrible todavía en el hijo del caballero aleman que en el hijo del pobre tejedor natural de la Lasacia.

»Los ojos de *Stein*, morenos como los de *Goethe*, centelleaban más que brillaban, y á veces fulguraban. Pero, miéntras al rededor de sus labios y de su barba vibraba la ira del leon, brilló en su frente el sereno Olimpo de un espíritu poderoso. Dios le creó para ser un hombre de tempestad que debia barrerlo y derribarlo todo; pero puso tambien en él los lúcidos rayos del sol y la lluvia bienhechora y fecunda. ¿Y el espíritu de *Stein*? ¿Quién podria describir esa maravilla llamada espíritu, aparicion siempre distinta y nueva en cada hombre?

»*Stein* era, en todos los momentos, entera y perfectamente lo que era: tenía en cada instante prontas sus armas; tenía siempre en su poder los rewolvers, que abundaban en el arsenal de su espíritu, y en claras horas una lluvia de chistes brotaba de sus labios.

»Sí, *Stein* era otro *Lutero*; de él tenía las virtudes y los defectos. Y como Lutero no podia llevar á

cabo su grandiosa obra alemana, la reforma de la Iglesia, y por medio de ella la regeneracion de su pueblo, así tambien la *gran idea de Stein*, la idea sublime de la unidad, del poderío, de la majestad del mayor pueblo de la historia moderna, no se ha realizado completamente. Pero *Stein y su idea* han de vivir, han de vivir en los nietos y en los biznietos, y ellos realizarán lo que estaba, cual magnífico sueño político, ante el espíritu del más leal caballero aleman. ¡ Amén ! »

¡ Ojalá que el profeta hubiese visto en nuestros dias la realizacion de sus patrióticos presentimientos !

¡ Qué horas tan severas por el trabajo y tan alegres por la gracia de Dios pasó *Arndt* en San Petersburgo en la sociedad de *Stein* y de otros eminentes ingenios, consagrando, como siempre, todas sus fuerzas al servicio de la patria; cuando «*patria, patria* pedian á los alemanes, con labio trémulo, los padres inertes delante del hogar; cuando *patria, patria* los pedian, con voz balbuciente, los hijos, porque querian que sus padres fuesen viriles y enérgicos para asegurarles el porvenir.»

En San Petersburgo escribió *Arndt* en 1812 su *Catecismo militar*, un manual para el soldado, escrito en el austero estilo bíblico, un libro sagrado que encendió á los corazones y alivió dolores en los la-

zaretos. En aquel libro dice el más entusiasta amante de la patria: «Tú sólo, oh hombre, tienes una patria, una sagrada patria, una querida patria, una tierra por la cual ansías con anhelo eterno. Donde primero te lucia el sol de Dios, donde primero te brillaban las estrellas del cielo, donde primero sus relámpagos manifestaban su omnipotencia, y donde sus temporales bramaban por tu alma con santos terrores, allí es tu amor, allí es tu patria.

»Donde la primera mirada de hombre se inclinó amante sobre tu cuna, donde la tierna madre te llevó cariñosa en su regazo, y donde tu padre te grabó en el corazon las lecciones de la sabiduría y del cristianismo, allí es tu amor, allí es tu patria.

»Aunque fuesen rocas yermas é islas desiertas, y habitasen allí contigo la miseria y el trabajo, has de amar eternamente á aquel país, pues aquel país es tu patria.»

En el año de 1812, en que *Arndt* lanzó tantos artículos fulminantes contra el que en aquel mismo año se vió herido por la mano de Dios; en el año de 1812 salió tambien á luz la *Marsellesa* de los alemanes, aquel canto inmortal: «El Dios que el hierro crea.» Y si el ilustre poeta aleman Klopstock podia decir de Rouget de Lisle que habia muerto á 50.000 alemanes con su bélica cancion la Marsellesa, lo mismo dirémos de nuestro *Arndt*,

que ya en 1810 exclamó en estrofas enérgicas : « ¡ A las armas ! ¡ A las armas ! ¡ Al infierno con los monos franceses ! ¡ Llegad todos ; águilas , lobos , cornejas y cuervos , os invitamos al festin ! »

Llegó el año de 1813 , el gran año de la batalla de Leipzic , el año en que se vió la aurora de la libertad alemana , y con él llegó para nuestro *Arndt* la cosecha más rica de cantos , entre los cuales citarémos el que correspondia lo mejor al entusiasmo universal de aquel tiempo, el canto que se realizó con la gloriosa epopeya de nuestros dias , el canto *La Patria del aleman.*

A principios de 1813 *Arndt* llegó con *Stein* á Koenigsberg : así los dos hombres más alemanes volvieron á su patria ; y *Arndt* , alegre como nunca, fué llevado en triunfo y en hombros por los Estados. En Koenigsberg escribió, al impulso de *Stein*, su libro sobre la *Landwehr*, y sabido es que , despues del llamamiento del Rey de Prusia á su pueblo el 17 de Marzo, Prusia toda era un cuartel inmenso donde sólo crujian armas , sólo retumbaban tambores , sólo se alistaban escuadras. En fin , el pueblo entero era una *Landwehr*.

De Koenigsberg salió *Arndt* para Dresde , donde vivia en casa de Koerner, padre del poeta *Teodoro Koerner*, y camarada de Stein y amigo de Schiller. Así los lazos de la amistad unieron á dos patriotas,

á dos bardos, á dos Tirteos; *Ernesto Mauricio Arndt* y *Teodoro Koerner.*

En casa de Koerner nuestro *Arndt* vió tambien á *Goethe;* pero este grande hombre era un extranjero en aquel círculo de patriotas llenos de férvida esperanza. Así cuando el padre de Koerner le mostró con satisfacion el sable de su hijo, pendiente de la pared, dijo: «¡Oh, amigos mios, quebrantaréis vuestras cadenas, pero no las romperéis nunca! Aquel hombre (Napoleon) es demasiado grande para vosotros.» Pero el gigante no era demasiado gigantesco para *Arndt.*

En Dresde terminó la tercera parte de *El espíritu del tiempo.* Es sorprendente ver cómo *Arndt* pintó en aquellas páginas de oro, con el más brillante colorido, el cuadro del futuro imperio aleman. Si hoy el *leal Eckart del pueblo germánico*, el piadoso *Arndt*, pudiese abandonar la mansion de los justos y de los bienaventurados, creo que celebraria el 2 de Setiembre con las siguientes palabras: ¡Pueblo de mi alma, pueblo de héroes, has llevado á cabo obras titánicas! Traes un sello de grandeza en la frente y los testimonios del valor y de las virtudes cívicas. Pero el sol de las naciones no sube eternamente; cuando llega al mediodía, desciende hácia el ocaso: Tu sol, oh pueblo aleman, pueblo de mi corazon, ha subido ya mucho y subirá todavía más; parece

que se apresura á llegar á su apogeo, á los esplendores del mediodía. Pero despues de remontarse á su zenit, ¿se inclinará tambien como se inclinó el sol de los helenos, el sol de los romanos, y ¡ay! el sol de la gloria española?..... No olvides nunca lo que te hizo grande; ten presente siempre que cifrabas tu gloria en ser el pueblo de la reforma, el pueblo de los poetas, el pueblo de los filósofos. No des oidos á los que te dicen: Hazte un pueblo práctico cultivando los intereses materiales. Haciendo eso, bajarás de la cumbre que ocupas. ¿Y la idea *nacional?* Aquella idea es grande, es alta, es noble; aquella idea era digna de tus esfuerzos; pero no es la más alta, pues no tiene su fuente en las ideas eternas y divinas, sino en la contemplacion de tu desarrollo terrestre. Si pospones, pues, tu educacion moral y religiosa á la educacion nacional, quizá con mayor rapidez se apresuraria tu sol á remontarse á su zenit, pero no podria mantenerse en el mediodía y descenderia al ocaso. ¡Pueblo mio, recuerda el ejemplo de las grandes naciones que florecieron ántes que tú!.....

Así, si no me engaño, hablaria *Arndt.* Pero al querer encarrilar mi descosido artículo para continuar ocupándome en mi héroe, advierto que tiene ya proporciones mayúsculas, y pongo punto en él, prometiendo terminarlo en Colonia.

XXII.

El 29 de Setiembre.— Berlin comparada con las otras ciudades.—Conclusion del artículo sobre Arndt.

Ántes de continuar describiendo la vida de *Arndt*, dedicaré una palabra al dia de hoy, el 29 *de Setiembre*.

Memorable es el 2 de Setiembre, pero memorable tambien es la fecha del 29 del mismo mes; pues hoy hace 600 años que un *Hohenzollern*, el burgrave Federico de Nuremberg, anunció á un *Habsburgo*, el conde Rodolfo, su eleccion de Emperador de Alemania. ¡Qué triunfo ha celebrado despues de aquel dia la fuerza germánica, ostentando hoy, no sólo una corona imperial, sino dos! Miéntras *Viena*, la ciudad de los Habsburgos, se vanagloria de su púrpura antigua, brilla *Berlin* con la nueva diadema cual la más jóven y la más apreciada de las ciudades imperiales.

En mi artículo anterior he llamado *bella* á la coronada capital de Prusia. Tengo que explicar aquel calificativo, extraño para quien conozca la córte, situada en una llanura de arena.

La ciudad famosa, metrópoli del imperio germánico, que humilde el Sprea baña, no es bella como la gran *Sevilla*, la reina de la hermosa Andalucía,

con el espejo grato del claro Bétis, con la esmeralda de su valle encantado, con su atmósfera pura y hechicera, rosada y trasparente, con su torre altanera, con su soberbio alcázar. Berlin no es bella como la célica *Granada*, sultana divina, de los árabes querida, de los árabes llorada, con los bosques de la gentil y misteriosa Alhambra, la cuna de las gracias, el paraíso del amor, con su Albaicin hermoso, con el trino vivaz de sus sonoros ruiseñores, con sus cármenes amenos, con sus mirtos y azahares, con sus altas datileras, la hurí de las flores, y segun el P. Arolas:

«La que tiene en sus confines
Una vega deliciosa,
Por campiña, adelfa y rosa,
Por mujeres, serafines.»

Berlin no es bella como *Córdoba* la arabesca, la que deja cautiva el alma con la memoria de lo que fué, la de los embalsamados jardines de la Rusafa, donde plantó su palma Abd-el-rhaman I, la que fué la rival de Bagdad, la misma capital de los califas, cuya mezquita, la vasta, arrogante, grandiosa mezquita de los Abd-el-rhamanes, con su mihrab, con sus centenares de columnas de mármol sosteniendo los arcos de sus bóvedas, respira el arte y nos trasporta á la region de los sueños, y por cuya pérdida lloran aún bajo un cielo oriental los que creen en

Alá y en su Profeta; la que áun circundan huertas deleitosas, cuya feraz campiña cubren vastos olivares, la que en sus deliciosos lares meció la cuna de Lucano y Séneca, de Averroes y de Góngora y del famoso Gonzalo. Berlin no es bella como la imperial Toledo que siembra las frescas márgenes del Tajo de magníficas obras y de grandiosos recuerdos, teniendo su asiento sobre un trono natural, pronóstico de su orígen y recuerdo ahora de sus regios destinos, de su lustre en tiempes más felices, ya distantes. Berlin no es bella como *Aténas*, la ciudad del Parthenon, que sentada sobre las ruinas de fatal memoria, cuenta los montones de sus despojos, exclamando con profunda melancolía: *¡Vanitas vanitatum!* Berlin no es bella como *Roma la eterna*, sueño ideal del artista, emperadora del mundo, inmortalizada por la historia y el arte, con la ruina de sus monumentos seculares, que sólo el genio levantarles pudo, con sus cúpulas soberbias, sus bóvedas, sus claustros, que sólo el arte alcanzaba á crear y que sólo Dios inspiró en su grandeza. Berlin no es bella como *Venecia*, con su heráldico Leon, Vénus de Europa, Vénus del Olimpo con *veste* italiana. Berlin no es bella como *Nápoles*, en cuyo golfo las sirenas suspiran de amor, la ciudad que recuerda las historias que cantó Homero y la en que Virgilio pulsó las mágicas cuerdas de su lira. Berlin

no es bella como *París*, su rival, la ciudad del deleite y del placer, risueña áun en medio de las ruinas de 1870. Berlin no es bella como *Colonia*, la del Rhin, con la catedral, cuyas torres en breve se perderán en el celaje. Berlin no es bella como *Ratisbona*, la joya germánica de la Edad Media: no es bella como *Nuremberg*, la alhaja alemana del renacimiento; no es bella como *Viena*, la ciudad clásica de la jovialidad, la antigua Vindobona que nos habla de Marco Aurelio, á cuyo elogio la palabra es poco; la ciudad que vió á la vez la aurora de la historia germánica y la primavera de la poesía alemana; la radiante ciudad de los Nibelungen, la nítida perla del rey Etzel y de la terrible Chriemhilde, viuda del heróico Sigfried; la ciudad que nos atrae con un magnetismo poderoso hácia sus encantos de embriagadores y dulces vértigos, y que predispone el alma á saborear el fresco perfume de nuestra gran epopeya nacional; la patria de la poesía del amor; la córte donde brilló Walther von der Vogelweide; el nido dichoso de la música de donde Haydn y Gluck, Mozart y Beethoven y Schubert, difundian por los espacios torrentes de célica armonía, miéntras en Weimar florecian los héroes de la literatura alemana, Goethe, Schiller, Herder y Wieland, dando al mundo flores de fragancia deliciosa que el tiempo no marchita; la reina, del cau-

daloso Danubio, que siempre quedará formando la demarcacion entre la estirpe germánica y la eslava.

Berlin no es bella para el *tourista*, no encierra muchos objetos de inspiraciones para el artista; pero en cambio tiene el mayor atractivo, y por eso es bella, para el amante de la patria, para el serio prusiano, para el pensador aleman, para el amigo de la actividad, del movimiento, de animacion, de desarrollo, de vida. Para Berlin no hizo nada la naturaleza, poco el arte, y la historia principió enalteciéndola sólo durante las últimas cuatro ó cinco generaciones. Para ser una capital grande y envidiada, á que todo el mundo rinde su homenaje, debia alzarse sobre las gradas de *Koeniggraetz* y de *Sedan*. Berlin es un producto meramente moderno, el fruto de lo presente, el fruto de un trabajo constante, de un trabajo de hierro, de un trabajo que áun llena el aire con el ruido de los martillos. Berlin es la ciudad de *Bismarck*, el capitolio de Germania, el asilo de los que quieren conservar la paz y el sosiego tan necesarios para el progreso de las naciones. Berlin representa la lucha de todas las tradiciones liberales contra todos los propósitos de tiranía; Berlin representa la libertad de la conciencia contra las imposicioues del espíritu teocrático, contra los delirios ultramontanos que repugnan al buen sentido y que reprueba nuestro tiempo con

enérgica y severa condenacion. Sí, Berlin es bella, por ser la ciudad de *Bismarck*, aquel genio que despertó al mundo germánico para conducirle contra Roma y el Estado del clero intolerante, y á quien hasta su enemigo erige un monumento de bronce, pues hoy sabemos por el libro del general Lamármora, titulado *Un po' piu di luce*, que ya en 1866 la grandeza solitaria de *Bismarck* nos salvó del cetro del *Syllabus* (1).

---

(1) No ha llegado todavía el tiempo de hablar con detenimiento de la guerra titánica entre el moderno Estado nacional y el absolutismo clerical de la Edad Media. En la Edad Media salió airoso el papismo; los emperadores de los francos y de los Hohenstaufen se vieron vencidos. La misma guerra estalló en el siglo XVI, en que, despues de largas excitaciones, el imperio aleman se unió al Papa contra la mayoría de la nacion, de modo que la Reforma no podia dar todos los buenos frutos que habia prometido, y la Germania se hizo la víctima de los extranjeros en la guerra de los treinta años. Aquella misma lucha, la lucha entre la conciencia y la autoridad, la vemos ahora estallar por la tercera vez. Se trata de la honra, de la dignidad, del poderío del nuevo imperio aleman. Aquella nueva guerra entre el papismo y el imperio, emanó de nuestras victorias alcanzadas en 1866, emanó de la hegemonía de la Prusia. Buscando un remedio contra el predominio del poder protestante, la Iglesia se sirvió de un Concilio ecuménico para rendir al Papa el poder absoluto sobre el grandioso organismo de la Iglesia. Sin las excitaciones de los clérigos, Napoleon III no hubiera declarado la guerra en 1870, y Bismarck vió claro que el frances no era su único adversario, sino que ya se alzaba un enemigo más tremendo, un enemigo implacable.

Si magnífico fué el mármol, si excelente fué el cincel con que se labró la estatua de la Germania, mayor admiracion ha de excitar la mano maestra que la creó. Interrumpamos un momento nuestro himno á la gloria del pueblo germánico: ¡qué de veces ha resistido ese pueblo á sus grandes genios! ¿Quién no sabe que áun el gran Federico conquistó el favor de la nacion sólo por los triunfos más incontestables, y lo perdió todavía miéntras vivia? ¿Quién no sabe, con cuántas dificultades, con cuántos odios tuvieron que luchar Goethe y Beethoven? ¿Quién no sabe que la accion más poderosa, más atrevida, más genial de nuestro siglo, la guerra de 1866, se hizo contra la voluntad del pueblo aleman? Es verdad que ese pueblo es austero en sus costumbres, fiel hasta el sacrificio, sufrido hasta el martirio, con el heroismo por temperamento, con el olvido de la vida y el desprecio á la muerte. Es verdad que ese pueblo honró á su *Arndt* que sabía mejor que nadie hacer vibrar en él la cuerda de ese admirable y noble sentimiento, el sentimiento del honor nacional, el fanatismo de la patria. Pero no puede negarse que ese pueblo no se penetra bastante del espíritu de su *Goethe* ni de su *Schiller;* que ese pueblo ha cesado ya de beber en la fuente de *Klopstock,* que el ilustre vate hispalense, D. José Fernandez Espino, llama el inmortal poeta de Jesus á quien,

como á Murillo, se abrieron los cielos ¡Ay! ese pueblo deja vivir menesterosos á sus poetas, deja morir á sus génios en la miseria, como España dejó morir á Cervántes. Hoy mismo leo con asombro y dolor en la primera página de un periódico, que se apela reiteradamente á la generosidad del pueblo aleman por haber olvidado, en medio de la guerra de 1870, á su mejor autor dramático, *Rodrigo Benedix*, el Lope de la comedia, que escribió ciento, la mayor parte cuadros acabados de la vida íntima de los alemanes, dejando el ánimo gozoso y hollada la pedantería; y en la segunda página aquel poeta que consagraba su inteligencia, su genio, su misma vida á la escena, esa imágen de la vida, ya no necesita más del socorro de su nacion, habiendo entregado el alma á su Criador el 26 de Setiembre despues de largas dolencias, pocos meses ántes de celebrado su aniversario de cuarenta años de poeta aleman, y sin haber recibido el galardon merecido. Con sumo dolor escribo estas líneas, por la circunstancia de que el modesto autor, que murió con la pluma en la mano, vivió muchos años en Colonia, en una casa de mi abuelo, y yo mismo llamé compañero mio á un hijo de Rodrigo. *Era tarde ya*, la miseria del pobre poeta que no alivió la nacion, la terminó compasiva la muerte. *Era tarde ya*, esa frase tan lúgubre resuena desde los dias del admi-

rable Firdusi, el poeta divino, á quien el Schah regaló todos los tesoros, primores, vestimentas y alhajas que áun los reyes pudieran envidiar: salió la caravana persa con los preciosos dones del Schah y entró en Thus al són de chirimías, albogues y trompetas; pero

La puerta del Oriente daba en el mismo punto
Paso, en el otro extremo de la ciudad de Thus,
Á la fúnebre pompa que llevaba al difunto
Firdusi á la morada donde reposa aún (1).

Perdóneme el lector esa larga digresion, y volvamos á nuestro *Arndt*, el patriarca de la libertad, cuyo brioso corazon latia puro en el pecho por su ley y su patria, por su rey y por su Dios.

El mismo *Arndt* describió su vida en inspirados dísticos, cuando en Reichenbach (Silesia) en 1813 habitaba la guardilla de un sereno. Tambien nuestro *Arndt* podria llamarse el *loco de la guardilla*, pues desde aquella cabaña luchó con la locura sagrada del vate contra el que fué un azote del cielo, derribando tronos y conmoviendo los pensamientos de los hombres, hasta que del cáos, del delirante *pandemonium* brotó la hermosa flor de la libertad. Desde la estrecha guardilla se abrió al espíritu varonil de *Arndt* el horizonte más vasto, y desde aque-

(1) D. Juan Valera en su excelente traduccion de Firdusi, poesía de Enrique Heine.

lla guardilla vió la regeneracion de su patria y se consideró más afortunado que todos los reyes del mundo, preciándose de un trono más firme que los diamantes de Golconda y sintiéndose jóven por la juventud de Alemania.

En Reichenbach conoció tambien á un esclarecido poeta de la guerra de la Independencia, *Maximiliano de Schenkendorf*, que, como *Arndt*, saludó al naciente sol de Germania, y en su gozo levantó himnos al solio de Dios. En Reichenbach celebró el dia de Leipzic, el dia más glorioso de los alemanes, que se celebrará miéntras alumbre el sol, miéntras se mueva la rueda de los siglos, miéntras los rios vayan al mar. La nueva de la victoria de Leipzic era para Arndt el sonido de una arpa divina. ¡Qué de veces pulsó su lira en frenético entusiasmo, en honor del dia 18 del *mes de vendimia!* ¡Qué dias tan alegres pasó en 1813 en Leipzic, teatro de tan gloriosa batalla! Leipzic orló la bandera de Prusia de una guirnalda de laurel, y duplicó las fuerzas del poeta entusiasta. Inflamado por Leipzic, escribió sobre el ódio nacional; entusiasmado por Leipzic, lanzó su célebre libro titulado: *El Rhin rio de Alemania, no frontera de Alemania.* Aquella obra era la contestacion más enérgica á los franceses que desde Sully, Richelieu, Louvois, Colbert, Racine, Boileau hasta Napoleon I y Tniers, reclamaban el Rhin

como frontera natural de Francia. «Si los franceses guardan el Rhin, decia Arndt, se ha perdido para mí la patria, y yo tendré que imitar el ejemplo de las cigüeñas de Aquileja cuando Atila asaltó sus muros, tendré que volar á otra tierra germánica, porque mi Germania y mi amor se perdieron, pues mis hijos no deben hacerse medio franceses.»

Aquellas palabras, no las lanzó *Arndt* al vacío cual fútil y vana semilla. En 1840, cuando el genio infeliz de Francia se cernió otra vez sobre el Rhin gritando «¡por mí corre tu rio!» brotó en Alemania el rencor antiguo, reverdecian en Germania los ódios de que habló *Arndt* en 1813, y un cantor aleman, un hijo del Rhin, *Nicolás Becquer*, cuyas poesías salieron á luz en 1841 en Colonia, lanzó su bélica cancion, centella del fuego guerrero y santo de los alemanes. Héla aquí, vertida al castellano por D. Mariano Carreras y Gonzalez:

CANCION PATRIÓTICA.

No tendrán esos cuervos
El Rhin, el libre rio,
Aunque sobre él se ciernan
Con ronco griterío,
Miéntras su verde traje
Lleve tranquilo al mar
Y un solo remo pueda
Sus ondas agitar.
No le tendrán, lo juro,
Por fuerza ni por ruego,

Miéntras su vino encienda
El alma en sacro fuego,
  Y firmes los peñascos
Resistan su raudal,
Y las soberbias torres
Refleje en su cristal.
  Que vengan, si se atreven,
Y le hallarán seguro,
Miéntras de amor palpite
Un pecho noble y puro,
  Y entre sus linfas puedan
Los peces serpear,
Y se oiga de sus bardos
Los himnos resonar.
  Que vengan, sí, que vengan
Y luchen esforzados
Hasta que en él se vean
Los libres sepultados;
  Pues miéntras uno de éstos
En pié quede no más,
No será el Rhin de Francia
¡Jamas, jamas, jamas!

Nadie aplaudia más que *Arndt* la cancion de Becquer, cancion favorita de los alemanes, cancion que inundaba el pecho de los germanos á la par de dolor y de gozo inefables. Pero miéntras *Arndt* saludó aquel himno diciendo: «Murmura, oh Rhin, murmura alegre: jamas un extranjero debe ser guardia de mi tesoro, el tesoro de los Nibelungen», un frances, Alfredo de Musset, contestó en Febrero de 1841 á Nicolás Becquer, cuyo nombre voló por toda Alemania, con los versos:

Nous l'avons vu, votre Rhin allemand.

(Hemos visto á vuestro Rhin aleman; si vosotros olvidais vuestra historia, la recordarán vuestras niñas, que nos echaban vuestro vino blanco, etc.)

No podria expresarse de una manera más gráfica la diferencia que cabe entre la patriótica y sana poesía alemana y la insolente cancion francesa, sino recordando la mofa que le hizo *El Times* en 1870, diciendo: «*Becquer* mereció cual premio de su canto una botella de la mejor cerveza, y *Musset* una copa del Champagne más malo.»

Las palabras de *Becquer*, á cuyos sonidos el corazon se dilata, las palabras «No tendréis el Rhin aleman», me recuerdan aquellas otras que los franceses cantaron cuando los prusianos en Setiembre de 1873 evacuaron á Verdun. Apuesto que nadie adivinaria que cantaron

¡No tendrán la Alsacia ni la Lorena:

Nosotros podrémos limitarnos á contestar: «Ya las tenemos.»

Habent sua fata libelli. Tambien las canciones y los cantores tienen su suerte (1), y bien dice el refran español:

---

(1) ¿Quién hubiera imaginado que el himno prusiano *Salve ¡oh corona!* que hemos presentado al lector en el artículo XIX, sonaria en el año 1873 en todas las plazas de la ciudad Eterna á compas del público alborozo?

Hasta la leña del monte
Tiene su separacion;
Una sirve para santos
Y otra para hacer carbon.

En la guerra de 1870 no se cantó la tan celebrada cancion de *Becquer*, el modesto poeta de Geilenkirchen (provincia rhiniana), que murió jóven despues de haber alcanzado inesperados triunfos; tampoco se entonó en 1870 uno de los cantos inmortales de *Arndt*, sino cual rudo estampido se levantó de la tumba la cancion de un bardo desconocido, la *Guardia del Rhin.*

A fines de 1813 vió nuestro *Arndt* el rio de su alma, el rio sagrado de los germanos, el *Rhin*, donde en su copa de fruto coronada la vid se viste de verde majestad; donde alegres desde la aurora mozos y mozas invaden los viñedos; donde más pura, más azul, más trasparente brilla la bóveda del cielo. Donde en las ramas y en las flores gimen las auras, miéntras oculto entre las hojas, sobre las cuales sólo la cándida luna derrama su luz, canta el ruiseñor. *Arndt* vió mi *Colonia*, la ciudad de la incomparable catedral, joya del arte gótico, y tambien *Remscheid*, mi patria, la fragua de Alemania, la hermana de Solingen, la hermana de Toledo, tuvo la honra de albergarlo en su seno.

Como Caton usaba del refran: *Ceterum censeo*

Carthaginem esse delendam, así tambien nuestro *Arndt* decia en 1814 en Francfort: «Ha de ser derribada la Cartago entre nosotros, las costumbres francesas.»

En 1815 fundó *Arndt* en Colonia una revista titulada *La Guardia*, pues el mismo queria ser la *Guardia del Rhin*. Al *periodista Arndt*, á quien amamos como á la virtud, podria aplicarse lo que el mismo *Napoleon* dijo: «Un periodista es un consejero, un regente de soberanos y un tutor de naciones; cuatro periódicos hostiles son más temibles que 100.000 bayonetas.» Y dice bien *La Gaceta internacional:* «La prensa es la voz de la nacion. Así como el pólipo del mar trabaja industriosa é incesantemente en la formacion de los arrecifes y bancos de coral, así tambien trabaja el periodista, lentamente, con la seguridad del triunfo sobre el espíritu, produciendo héroes y estadistas, mecánicos y filósofos, fomentando á la vez la navegacion, el comercio y la industria.» En Colonia, en union del patriota poeta Maximiliano Schenkendorf, gozó tambien del *Carnaval*, que, segun Goethe, es bueno si es breve, y si no carece de gracia y movimiento. Tiene fama el Carnaval de Roma y el de Venecia, París se precia de su *buey gordo;* pero yo prefiero á todo eso el jolgorio universal, la alegría sin límites, las bromas sin interrupcion que se encuentran en mi querida

Colonia, donde en los tres dias de Carnaval todo es bullicio, algazara, entusiasmo, desbordamiento, locura; donde no suceden lances desagradables, sino escenas grotescas; donde no se oyen groserías ni insultos, sino gracias y frases picantes. El Carnaval con sus disfraces, sus máscaras sin cuento, sus arlequines, sus graciosos, sus diablos de largo rabo, sus estudiantinas, sus violines, sus flautas, sus guitarras, hace de la más antigua ciudad del Rhin la más alegre y la mejor de las ciudades. ¿Qué importa, pues, que aligere el bolsillo? *Arndt*, el autor de muchas canciones anacreónticas y estudiantiles que tienen el privilegio de una juventud eterna, debió á la naturaleza un ánimo alegre, y todavía en 1839 dedicó el anciano versos festivos á la junta del Carnaval de Colonia, exclamando: «Por bromas y chistes no perderémos el cielo, pues el Dios que de frágil barro creó el hombre, gastará tambien bromas con su criatura.»

Pero *Arndt* experimentó en *Colonia* no sólo las emociones del Carnaval, sino un júbilo inconmensurable, un júbilo patriótico, por la nueva de la gloriosa batalla de *Waterlóo*. En Waterlóo se derrumbó para siempre el genio de las batallas que habia convertido á Europa en juego de ajedrez, cuyos peones eran ejércitos de medio millon de hombres, el que el mundo no podia contener, y que ¡vanidad de

las humanas cosas! fué á morir, sin embargo, prisionero y en un diminuto y estéril islote perdido en medio de la inmensidad de los mares. Esta epopeya suprema, esta caida gigantesca, viene gozando en lo que llevamos de siglo, desde que acaeció, el privilegio de inspirar á la filosofía sus más nobles y morales pensamientos sobre la fragilidad de las cosas humanas, á la poesía sus asuntos más divinos, sus acordes más armoniosos, sus ritmos más ricos, sus conceptos más brillantes.

Para *Arndt*, el moderno Alejandro no tuvo nada ideal, sino lo ideal del perverso. Segun *Arndt*, Napoleon I vaciló siempre, no teniendo ninguna idea entera, y calculó sólo para el dia, no para los siglos. Segun *Arndt*, el emperador tan inquieto y fiero, trabajó siempre contra sí mismo. Segun *Arndt*, el rival de César no conocia á los hombres, sino sólo á los malvados y cobardes. Á los alemanes que quemaron incienso en honor de Napoleon, decia *Arndt* en 1837: «El que en Santa Elena tuvo la suerte de Prometeo, apagó la celeste llama, miéntras el otro Prometeo la llevó desde el cielo á los mortales. Vosotros que quitais los laureles á la frente majestuosa de César, de Annibal, de Alejandro, de Mitrídates, de los héroes de Troya y de los tres grandes Federicos alemanes, ¿para quién quereis formar una guirnalda sin igual con los despojos de tantas guir-

naldas? ¿Cuál es la frente que ha de eclipsar la lumbre de los astros? ¡Ah! ¿La de Napoleon? ¿Quereis coronar la frente del que odia la luz como los ladrones? ¡Muera, muera el que mató la libertad!»

¡Qué fausto dia para *Arndt*, cuyo nombre glorioso tenía ya en cada corazon un monumento, cuando en 1817 celebró sus bodas con la hermana del célebre teólogo Schleiermacher! Vense en el arte helénico cariátides formadas por bellísimas figuras de mujeres, sosteniendo los pórticos de los templos en lugar de columnas. Tal columna era la valiente consorte de nuestro gran patricio. Digamos de paso que uno de sus hijos, Rodrigo Arndt, fué redactor de la *Gaceta de Colonia*, que por directores tiene astros de la poesía alemana, como *Enrique Kruse*, el reputado autor dramático, el *García Gutierez* de Alemania, y *Herman Grieben*, el patriota bardo y florido poeta que cantó la gloria de nuestro *Arndt*, cuya inspirada frente de modestia y candidez blasona.

Arndt y su simpática consorte fijaron su residencia en 1817 en Bonn, edificándose una casita en las márgenes del mágico Rhin, con la vista á los siete montes, entre los cuales descuella el altivo Drachenfels.

En 1818 fundóse en Bonn una Universidad literaria, siendo *Arndt* su primer catedrático, luz bri-

llante entre los sabios, astro de la ciencia bienhechora y modelo de virtudes.

En el mismo año dió á luz la cuarta parte del *Espíritu del tiempo;* pero el aliento de libertad, el espíritu varonil, altivo é independiente que se sentia en aquel precioso libro, no gustó al gobierno de la reaccion, y ésta hizo al autor de la obra más alemana y más patriótica blanco de su torpe encono, objeto de su ruda intolerancia; sucedió lo increible; *Arndt* fué declarado cesante, y la más negra ingratitud le hizo el proceso. ¡Cubramos aquel tiempo tan triste con el velo del olvido! El consuelo de *Arndt* eran su Dios y su conciencia inmaculada; nada podia torcer la entereza del que sufrió con ánimo igual lo que más lastíma, sabiendo, como dice bien el cantar español:

Que la más áspera lima
Limpia mejor el metal.

¡El maestro que con su saber y sus doctrinas honró las aulas bonnenses; él, cuya frente inflamaba el cielo; él, cuyo labio brotó raudales de patriótica elocuencia, debia ocuparse en plantar árboles, en cultivar flores en el retiro de su jardincito! ¡Qué de veces peregrinó al valle del Lahn para visitar á su invariable amigo *Stein*, que le hizo olvidar su desventura!

De paciencia armado, triunfó de la negra mentira el *catedrático de Bonn*, como el inestimable *doctor de Salamanca*, el cantor del Eterno, el mártir de la idea, el tierno *Luis de Leon;* y como éste, despues de haber padecido cinco años en el calabozo de la Inquisicion, subió á la sábia tribuna, dando al labio por única venganza palabras de dulzura, de caridad y de perdon, aquella frase tan elocuente, tan grande, tan sublime por su nobleza, *Decíamos ayer;* así el sabio y justo aleman, al ocupar de nuevo la cátedra venerable, cuando el rey Federico Guillermo IV se honró á sí mismo, restituyendo en 1840 al anciano *Arndt* en todos sus honores, habló palabras de enternecimiento y amor en el dia de su triunfo, que era un dia de fiesta no ménos para el pueblo que para la Universidad literaria. ¡Honor al Rey de Prusia, el clemente, el justo y bondadoso Federico Guillermo IV, uno de los príncipes más ilustrados de su época, que inauguró su reinado arrancando del corazon de *Arndt* las espinas que amontonaron el ódio y la mentira! ¿Quién pinta los sentimientos de *Arndt*, cuando en 1841 fué elegido rector de la Universidad? Empezó su discurso, leido en la solemne apertura del curso académico, con una frase semejante á la que Aguilera escribió en la poesía *El Cántaro roto*, que tuvo la galantería de dedicarme:

¡Siempre fué así la vida! una cadena
Que el placer eslabona con la pena.

Despues continuó: «Pero yo, el anciano, ¿por qué debo abandonar mi casita? ¿Por qué no continúo purificando mi jardincito? Ante mis ojos asombrados aparece un dia brillante que me dice: ¡Ten la faz serena! ¡Ten confianza! ¡Rejuvenece! Aquel dia me dirige la palabra con dulce lisonja: ¿No me conoces? Yo soy el 18 de Octubre, *el dia de Leipzic*, el dia más claro del pueblo aleman, el dia que humilló la soberbia gálica, el dia que sirvió de cuna á esta Universidad.»

Diríamos que el fulgor de aquel fausto dia, el sol de reparacion, hiciese revivir jóven al anciano *Arndt*, si jamas le hubiese abandonado el brío de sus años serenos de juventud. Tambien en los años de sus lúgubres pesares habia trabajado sin descanso en sus vigilias tenaces, fiel á sus ideales políticos, fiel á Alemania, confiado en la mision de la Prusia, publicando siempre la enseñanza de la historia que la oligarquía es la más funesta, la democracia la más peligrosa, la aristocracia la más constante; pero que una constitucion mezclada de monarquía, aristocracia y democracia es la más afortunada de las constituciones.

Sería prolijo enumerar todos los escritos que publicó despues de 1840. Me ciño á mencionar lo que

decia á los alemanes respecto de una flota. «Tambien nosotros debemos tener nuestro mar, debemos participar de aquel precioso dón de Dios que se llama el agua; debemos hacernos fuertes en nuestras aguas. El dominio del hombre sobre la tierra se ha representado siempre por tierra y agua. Así el gran Rey de Persia reclamaba cual símbolo de la redencion de su país le remitiesen los griegos agua y tierra. Gracias á Dios, el aleman todavía tiene tierra bajo sus piés; pero el agua es lo que le hace falta. Y sin embargo, el aleman nació para ser navegante: todo cuanto es de estirpe germánica, al mirar el mar, tiende la vela, henchida de entusiasmo y de anhelo, á las aguas más lejanas del mundo. Hay pueblos cuyas plantas están pegadas á la tierra, pueblos que podrian llamarse medio hombres, que perecieron por el miedo que les inspiró el primero de los elementos. Así eran los polacos, los irlandeses. Ningun polaco, ningun irlandés se hace navegante voluntariamente. Nosotros hemos sido hombres poderosos y fuertes cuando teniamos todavía nuestras costas, cuando las escuadras de Brujas, Ambéres, Lübeck, Danzig dominaban sus mares. ¡Qué vida tan alegre sería, si con nuestros buques de guerra llevando el pabellon aleman pudiéramos surcar el Océano cual hijos de Neptuno! Creedme, tal brío produce sus ejemplos bienhechores hasta

en las poblaciones más distantes del mar. Aquella arrogancia que brotó de Brujas, Lübeck y Stralsund se trasportaba á Augsburgo, Nuremberg, Erfurt y Praga, y la fuerza del navegante se infundió en las almas alemanas por todas las venas del imperio, imprimiendo á los rostros de los hombres el sello del valor.»

Tambien esta aspiracion de nuestro *Arndt* se ha realizado ya; tenemos una armada de poderosas naves como nuestros hermanos y primos, los ingleses, los holandeses, los suecos, y como la nacion que hasta el funesto año actual se preciaba justamente de las naves más gloriosas del mundo, de las naves de D. Juan de Austria, del Márques de Santa Cruz, de Gravina y de Mendez Nuñez, de las naves de Lepanto, de Trafalgar y del Callao.

El anciano *Arndt*, decano de los tribunos alemanes, se encontró tambien entre los que el 30 de Marzo de 1849 presentaron en nombre de la nacion la corona imperial al rey de Prusia Federico Guillermo IV. Jamas desesperó de la patria, y todavía en 1853 escribió: «Dios no abandona al germano, si él mismo no se abandona.»

En 1854 terminó sus lecciones en la Universidad, pero no por eso cesó de escribir y de pulsar la lira. Su último libro *Mis peregrinaciones con el ba-*

ron de Stein, que salió en 1858, le ocasionó la última persecucion, una acusacion de parte de Baviera por haber ofendido la memoria del mariscal príncipe de Wrede. Pero en el dia en que el tribunal de Dos Puentes le condenó sin piedad á dos meses de prision, el pueblo de Bonn honró á su gran patricio con una solemne ovacion llevando antorchas encendidas.

Y pocos dias despues, celebró éste su nonagésimo aniversario. Aquel dia se hizo una verdadera fiesta nacional: la Alemania entera aclamó gozosa con aplausos y vítores la fama de este vate laureado, de su maestro insigne, de su sabio esclarecido; una lluvia placentera de muestras de veneracion y de cariño se derramó sobre las canas de nuestro héroe. El príncipe regente de Prusia (el que hoy es emperador) le agració con una de las más distinguidas condecoraciones, dándole su parabien. Colonia, mi querida Colonia, le declaró su *hijo adoptivo*, y ¡vítor! murmuraban los raudales del viejo Rhin al compas del aplauso resonante, y ante la casita del poeta se entonó la cancion *¿Cuál es la patria del aleman?*

En vista de tantas palmas que le ofreció la patria agradecida, en vista de tantos lauros que le preparó el admirador cariño, cerráronse cansados

los ojos del anciano: ¡le mató el amor de su pueblo, le mataron los aromas de tantas tiernas flores, le mató la alegría!

El *padre Arndt*, «á quien yo reverencio, adoro y sigo», murió el 29 de Enero de 1860. Ningun aleman fué más amado, más honrado que nuestro *Arndt*, en cuya ungida frente luce el laurel su verdor purísimo. Llevándole á la tumba, los bonnenses cantaron las estrofas de su cancion religiosa: «No lloreis, vive mi Redentor, por encima del poder terrenal vuela la esperanza, y la heroína divina, la fe y el amor eterno dicen: ¡Hijo del Padre, no tiembles!»

Los restos mortales de *Arndt* descansan al lado de los de su hechicero hijo Willibaldo en el campo santo de Bonn, y nuestras lágrimas caen sobre aquella tumba de que el mismo Arndt, que allí duerme el sueño eterno, habló en 1835 con acentos angelicales, sintiendo brotar en su corazon un misterioso encanto: «Pára, se decia á sí mismo el anciano; aquí crece el árbol con sus hojas verdes, que debe prestar sombra á tu último sueño. ¡Mira qué verde está, qué risueño, circundado de purpúreas rosas de subido aroma que mecen con cariño las blandas auras de Mayo! ¡Qué torrentes de luz¡ ¡Qué aroma tan manso! Oye, ya se entona un himno á la alborada: por abajo grita el cuclillo, por encima

canta la alondra. ¿Y esa alegría llena de dulcísimos cantares, y esa vida llena de lozanas rosas, sería tremenda, y la muerte tendria aquí su lúgubre reino? No, oh rosas fragantes y purpúreas; no, oh árbol que un dia me darás sombra; no, avecilla parlera, cuyo cántico sabroso, no aprendido, sonará por mi sueño; no, oh suaves auras de Mayo besando con cariño tierno á las perfumadas flores; aquí florece un paraíso que desprecia el embate de fieros aquilones. ¡Crece, pues, oh árbol verde; creced, rosas, formando una floresta, y derramad aromas con la risueña primavera sobre mi lecho mortuorio; amor, ampara esta tumba: esperanza, enlaza con ella tu verdor; y así dejadme vivir en breve en esa calma bienaventurada!»

Allí descansa lo que fué mortal en el *padre Arndt;* pero para su efigie inmortal, que á los siglos encanta, no hay descanso ni sueño; ¡su espíritu tan pío y valiente, y lo grande, lo sublime que creó, vive á traves de los siglos, á traves de las figuras pasajeras de los mortales!

Dos monumentos levantó Alemania á la memoria de su ilustre vate: el uno, cuando áun vivia, se erigió en Greifswald, formando parte del monumento levantado en honor del aniversario trescientos de la Universidad literaria; el otro en las márgenes del Rhin. Espero que no será obra de roma-

nos el tercer monumento, la torre de Arndt, cuya primera piedra se colocó en 26 de Diciembre de 1859, con motivo del centésimo aniversario del poeta, en el Rugard, en la isla de Rügen.

Pero ¿qué son esos monumentos comparados con el que tiene y tendrá siempre en el corazon del pueblo aleman, que le llama su genio, como el pueblo prusiano á la reina *Luisa?*

¡Salve á tí, Colonia mia, salve! Has acrecido tu fulgente gloria: ya tenias una catedral sin segunda, y llamas tuyo al que edificó la catedral de la unidad alemana.

¡Loor al maestro que cantó á mi orilla! murmura el Rhin, y ¡vítor! clamo yo saludando con la frente descubierta al venerando nombre del que fué mi maestro, mi amigo, mi segundo padre, y á quien tengo la honra de llamar paisano mio, por ser *Arndt hijo adoptivo de Colonia.*

XXIII.

Kissingen y el atentado contra Bismarck.

Tiempo es ya de terminar este primer volúmen, para que no se haga difuso á mis lectores. Me despido, pues, de ellos, reservando para el segundo las biografías de los príncipes Federico Cárlos y Federico Guillermo de Prusia, Koerner, Fichte, Gnei-

senau, Scharnhorst, Blücher, Stein, Rückert, Uhland, ect., etc., y concluyo aquí con la carta que escribí á mi buen amigo D. Manuel Juan Diana con motivo del atentado contra uno de los héroes de mi Walhalla, el príncipe de Bismarck.

Mi querido Manuel: Como biógrafo del príncipe de Bismarck, he de consignar las impresiones que producia en mi alma el gran acontecimiento de los últimos dias, que horrorizó al mundo civilizado, el conato de asesinato contra el canciller del imperio germánico, durante su estancia en los baños de Kissingen.

¿A quién, sino á tí, que, llevado por aquel entrañable cariño de que tengo mil pruebas, escribiste el excelente prólogo de mi libro *La Walhalla y las glorias de Alemania*, debo dirigir estas líneas sobre Kissingen, aquella ciudad situada en la Franconia inferior, provincia de la hermosa Baviera, del país de la Walhalla, en que, sin la intervencion de la Omnipotencia, un malvado nos habria robado la mayor gloria alemana, poniendo un término fatal á la vida del fundador y director de Germania?

Pero ántes de hablarte del atentado de que fué víctima «el más odiado de los alemanes», permíteme que te diga cuatro palabras acerca de los baños de Kissingen y de su historia.

Kissingen, dividida en dos partes por el Saale de Franconia, no asombra, como Interlaken, por la majestad; pero encanta por la sonrisa de la naturaleza.

¡Kissingen! Este nombre me recuerda un armonioso conjunto de selvas umbrías, de risueños bosquecillos, de deleitosas praderas, de viñas y montañas verdes, y de benéficas fuentes; este nombre me recuerda el murmullo de arroyos cristalinos, el aire fresco de las salinas, el aroma dulce de galanas rosas, la melodía de los ruiseñores, una vida tranquila, apacible, amena, un idilio encantador, cantos del amor más profundo y más ardiente en los tiempos caballerescos, y en la actualidad ramilletes de flores ofrecidos por los bañistas á bellísimas damas.

¡Qué delicadas, qué exquisitas son las estrofas que el piadoso caballero é inspirado trovador Othon, de la esclarecida gente de Henneberg, llamado Othon de Bodenlaube por el castillo del mismo nombre, cuyas pintorescas ruinas coronan la cima de un monte verde en el Sudeste de Kissingen, dedicó á principios del siglo XIII, cual apasionado amante, á su novia real, la virtuosa Beatriz, sobrina del rey Baldomero IV de Jerusalen, de la cual se enamoró en la cruzada de 1189, y que fué su dulce compañera en hacer beneficios, en llenar

píos votos, en construir el convento de Frauenroda en el lejano espinar en que fué hallado el precioso velo que habia perdido durante un paseo por el patio del castillo de Bodenlanbe! El amor de Othon y de Beatriz era una hermosa poesía que doraba con su luz su existencia; Beatriz era la alegría, el encanto, el empíreo de su tierno esposo, y ella se hizo tambien de él su Dios; y no obstante, preferian á este amor otro amor sin mancilla, el amor místico al Redentor Divino, que á todos sedientos de él dará de aquella bebida que ofreció á la Samaritana; bebida que no cansa, que satisface la sed y que produce vida eterna.

¡Kissingen! Este nombre me recuerda tambien la sagacidad de uno de sus hijos (Pedro Heil), que en 1643, cuando la ciudad fué sitiada por los suecos, aconsejó á sus conciudadanos que echáran de las murallas las numerosas colmenas que en ellas habia: así lo hicieron, y con un furor sin igual acometió el escuadron armado de abejas á las huestes suecas y las obligó á retirarse precipitadamente.

¡Kissingen! Este nombre heria deliciosamente mis oidos desde que el florido Mayo del año presente disfrutaba allí, en las márgenes del Saale, la sal de la conversacion de saladas hijas de España y de Méjico, y desde que experimentaba los beneficiosos

efectos de aquellas aguas, llamadas «el Rakoczy» y «el Pandur», exclamando con el sabio de la antigüedad, el venerable Tháles :

«El principio de todas las cosas es el agua ; del agua sale todo y todo vuelve al agua.» Hace maravillas sobre todo el Rakoczy, que fué descubierto en 1737, debiendo su nombre al príncipe húngaro Rakoczy, conocido por sus luchas contra la casa imperial de Austria en la primera mitad del siglo XVIII. A aquel Príncipe se refiere tambien el nombre de otra fuente llamada «el Pandur», pues los pándures, aquellos guerreros que se hicieron famosos en la guerra de sucesion de España, ayudaron al príncipe Rakoczy en sus campañas. De las fuentes de Kissingen, á que acuden los que verdaderamente las necesitan, no se dirán aquellos versos con que un bañista se despidió de los baños de Cárlos III :

«Adios, benéfico Trillo ;
Con tus aguas minerales
Me dejaste sin bolsillo
Y me vuelvo con mis males.»

Kissingen es una driade risueña; pero en vista de las balas que se encuentran todavía en sus casas, no pude borrar de mi mente el recuerdo de la tragedia de 1866, la guerra fratricida entre los hijos de Alemania, la reñida batalla del 10 de Julio en-

tre los prusianos y los bávaros, que de un valle bendito, de un manantial de salud, hacian una fuente de amargura. Pero jamas brilló con esplendor más puro la caridad de las mujeres de Kissingen, los ángeles de los heridos; y á los sentimientos de todos los amantes de la patria, y particularmente de los bañistas, que, llenos de horror y de angustia, habian visto los males de la guerra, dió una expresion artística un escultor de Kissingen (el Sr. Arnold), en la magnífica estatua de la Germania llorando por sus hijos, que se encuentra fuera del cementerio de la ciudad, teatro principal de la lucha sangrienta.

La Providencia ha velado para que el 13 *de Julio de* 1874 la Germania no volviese á vestir de luto por uno de sus hijos, por el que realizó con su genio prodigioso aquello por que suspiraban todos los patriotas; la unidad de Alemania.

¡Cosa singular! El octavo aniversario de la batalla de Kœnigsgrætz acudió el príncipe de Bismarck á las aguas de Kissingen, aceptando, por fin, la reiterada invitacion de su admirador el jóven rey Luis II de Baviera.

Y como mejor prueba de que la unidad de Germania es un hecho, y de que así la política conciliatoria del gran canciller respecto de los vencidos de 1866, como la guerra de 1870, llamando á todos los

alemanes bajo las mismas banderas, ha producido frutos de oro, sirva la entusiasta acogida que el príncipe halló en todas las ciudades y aldeas de Baviera, como si jamas hubiese ocurrido una batalla de Kissingen.

Ya mucho tiempo ántes de su llegada á los baños, el nombre del príncipe de Bismarck, junto con el de otro príncipe, el de Rakoczy y de su afamada fuente, dominó la conversacion de los bañistas de Kissingen. El gran canciller se hospedó en la márgen derecha del Saale, en la casa más modesta, cuyas paredes, nuevamente blanqueadas, conservan todavía algunas balas bávaras como recuerdo de un dia fatal, el dia 10 de Julio de 1866; y amante del sosiego, apartado de los centros de la vida política, tuvo Bismarck la mayor satisfaccion en buscar los paseos más solitarios, y se le vió algunas veces sentado en un banco, en dulce é inocente coloquio con alguna de las graciosas niñas de Kissingen. Las madrugadas reunieron á los bañistas alrededor de la fuente de Rakoczy; pero entre la muchedumbre en que el hidalgo se ve al lado del campesino, llevando el traje de su pueblo, siempre hacía falta nuestro príncipe, pues su quebrantada salud le obligó á beber las aguas en su jardincito, y hasta á suplicar á los bañistas no le saludasen en su paseo cotidiano á la salina. Cuéntase, sin embargo, el si-

guiente episodio, cuyo héroe fué el más célebre bañista de Kissingen, y cuyo teatro es la linda alameda que en un cuarto de hora conduce desde la ciudad por amenas praderas á la salina.

Lo mismo que el insigne general Concha, que honda pena dejó á la patria con su muerte, el príncipe Bismarck se interesa tambien por la agricultura, y reparando en un segador, le pidió por un momento su hoz y segó un instante, manejando el instrumento con la habilidad de un segador de oficio, de suerte que el campesino, lleno de admiracion, le dijo:

—Usted me parece un aldeano cumplido, pues maneja la hoz mejor que yo mismo.

—Sí, amigo mio, repuso Bismarck; lo que se hace debe hacerse bien, y lo que empiezo yo lo hago por completo, ó no lo empiezo.

Despues de dicho esto se despidió del aldeano con un cordial apreton de manos, y cuando á éste le dijeron que aquel admirable segador era el mismo príncipe de Bismarck, exclamó en su dialecto bávaro: «¡Dios mio! esta hoz que asió nuestro Bismarck la guardaré como la cosa más preciosa del mundo.» Pocas horas despues acudieron los bañistas de Kissingen para ver aquel campo y aquel segador, y para comprar la hoz histórica; pero ni la vendió ni la venderá jamas su afortunado poseedor, el admirador de Bismarck.

Apénas habia trascurrido una semana, la mano traidora de un criminal destruyó aquel risueño idilio. Alemania entera acogió con un grito de horror, con una explosion de ira la nueva de que un malvado, un paisano del mismo Bismarck, un jóven católico de Magdeburgo, de oficio tonelero, le habia disparado un tiro de rewolver en el momento en que el príncipe subia á un carruaje para ir á los baños de la salina, y ¡cosa memorable! cuando el venerable emperador de Alemania, circundado de lauros, iba á celebrar una entrevista amistosa con el caballeroso rey de Baviera. Verdaderamente que el destino se habia sentado en la mesa real, recordando á ambos soberanos el grave *Memento mori*. Pero ¿quén sabe si impresiones tan profundas como aquella terrible nueva no hayan tejido un lazo fuerte entre aquellas dos almas que sobreviva al curso fugaz de las horas?

¿Quién describe el júbilo de todos los buenos alemanes que aman en Bismarck al que con noble empeño hace de Germania el amparo y baluarte de los pueblos que van por el camino de la ley y de la libertad? ¿Quién, digo yo, describe la inmensa alegría de todos los patriotas alemanes al saber que la bala que debia herir al príncipe en el corazon, no le habia herido sino en el antebrazo derecho? Parece providencial que el príncipe hubiese podido alzar la

mano para contestar á los respetuosos saludos del pueblo, y que la tentativa de asesinato le costase sólo una ligera herida.

La muchedumbre quiso en el acto matar al criminal, á quien un cantante del teatro de Darmstadt (Hesse) habia detenido con vigorosa mano, pero el príncipe mandó que fuese entregado á la ley. Admirable en todos conceptos fué la actitud de Bismarck. Si hasta entónces habia buscado la soledad y evitado los homenajes de los bañistas, se presentó al pueblo desde el balcon de su casa pocos minutos despues del atentado, diciendo: «La herida es insignificante.» Despues montó á caballo y visitó al criminal en la prision, dirigiéndole estas palabras: «No es bello, no es decoroso que los paisanos se dirijan tiros alevosamente.»

La alada fama ha divulgado ya las palabras semi-humorísticas que Bismarck dirigió á su tierna esposa: «Un atentado no es cosa de bañista, pero en mi oficio de ministro debo acostumbrarme á todo; me cumple ahora permanecer aquí dos semanas más de lo que habia pensado.»

A un hábil prestidigitador berlinense que se encontraba cerca de la casa de Bismarck en el momento del atentado, dijo éste despues: «Pero estando tan cerca, ¿no pudo usted, querido profesor, coger la bala?» Y el prestidigitador con-

testó: « Perdóneme V. A., aquí se acaba mi arte. »

Un anciano bávaro expresó al gran canciller los sentimientos de su corazon con estas palabras: « Alteza, no fué un bávaro. »

¡Ay, fué un prusiano aquel criminal! exclamamos nosotros con abatida frente y con dolor en el alma. A los que en la tarde de aquel dia felicitaron al príncipe, dijo: « El criminal, paisano mio, perteneciente á una asociacion de católicos, declaró que habia querido matarme á causa de las leyes eclesiásticas. » Y al jefe de los que fueron diputados por la ciudad de Kissingen para felicitarle, que era precisamente el cantante de Darmstadt de quien hemos hablado, dijo: « Siento en el alma que no haya usted salido tan bien librado como yo, pues á mí me ha dirigido el criminal un tiro como hombre, pero á usted le ha mordido como fiera. »

Efectivamente, el cantante fué mordido en una mano por el asesino.

Hubo tambien quien recordó que el príncipe habia dicho dos años ántes en una de sus animadas tertulias parlamentarias:

« No sería mala providencia la que instituyese en favor de los ministros, ya que estamos tan expuestos, los mismos beneficios que á la caza, esto es, una temporada en que no fuera permitido dispararnos tiros. »

De todas las partes del mundo, de las Córtes, de las municipalidades y hasta de los pensionistas de un colegio, llovieron los plácemes sobre el afortunado príncipe, y el mismo presidente de la república francesa, Mac-Mahon, le dió su enhorabuena. El emperador de Alemania y el rey de Baviera le saludaron con el siguiente despacho telegráfico: «Estamos seguros de que experimentará V. una gran satisfaccion en volver los ojos á su glorioso pasado, por lo cual tiene V. malvados por enemigos y hombres honrados por amigos.»

Difuso sería contarte, mi querido Manuel, todas las ovaciones cuyo objeto fué el célebre bañista de Kissingen, el huésped del rey de Baviera: en la noche del dia del atentado habia en Kissingen una brillante iluminacion, una concurrida serenata y cantos patrióticos, entre los cuales figuraba *La Guardia del Rhin*, ante la casa de Bismarck. Y el gran canciller se presentó dos veces al público: la primera para darle las gracias; la segunda para brindar por el rey de Baviera. Hé aquí su primera alocucion, en que se hacen sentir aquellos vigorosos martillazos con que forjaba la espada y el imperio germánico: «Señores, demos gracias á Dios, cuya mano poderosa me ha protegido de una manera tan visible. A mí no me cumple hablar más sobre esta cosa que ha de ser reservada al juicio del

juez; pero yo debo declarar que el golpe dirigido contra mi vida no se dirigió contra mi persona, sino contra aquello á que he consagrado mi existencia entera, es decir, contra la *unidad*, la *independencia* y la *libertad de Alemania.* Y si yo hubiera debido morir por tan grande idea, ¿no hubiese conquistado el mismo lauro que millares de nuestros paisanos que hace tres años murieron muerte gloriosa en el campo de batalla? Pero la gran empresa á que he contribuido con mis humildes fuerzas no se perderá por tales medios como el de que me salvó la misericordia de Dios, porque se cumplirá por la fuerza del unido pueblo aleman. En esa esperanza, ruego á ustedes que brinden conmigo por la unidad alemana y por sus príncipes aliados.»

Como el trueno al relámpago, así una explosion de júbilo siguió á aquellas palabras entusiastas.

El primer dia del atentado se celebró en la iglesia protestante de Kissingen un solemne acto de gracias por la salvacion de Bismarck, y dos dias despues imitaron aquel noble ejemplo los que tributan homenaje al Santísimo Padre y los que creen en Jehovah, el Dios del Sinaí, demostrando así que no hay diferencia de partidos en vista de tan horrendo crímen.

No pretendemos nosotros achacar á los ultramontanos culpas que no tengan, pero dirémos que el atentado contra Bismarck ha de ser una gran

leccion para los que no llamaban al príncipe sino otro Neron, ú otro Diocleciano, y que así excitaban el ciego y estúpido fanatismo en los ánimos de individualidades apasionadas y dotadas de poca inteligencia.

Con satisfaccion recordarán los amigos del príncipe que la salvacion de Bismarck del primer atentado ocurrido en la primavera de 1866 coincidia con el glorioso cumplimiento de su vigorosa política y con la simpatía que merecieron sus hechos en el alma del pueblo aleman. Esperamos, pues, que tambien la segunda tentativa de asesinato se haga para el canciller y para el pueblo aleman una fuente de bendicion, y que la salvacion de Bismarck del último peligro sea una garantía firme de que verá la coronacion de su obra, es decir, la *restitucion de la paz entre la Iglesia y el Estado, segun los ardientes deseos del pueblo aleman.*

En fin, Bismarck, nuestro príncipe de hierro, ha empezado ya á beber el Rakoczy en el «Kurgarten» ante los ojos de todos los bañistas.

Los médicos dicen que el Rakoczy hace olvidadizo á quien le bebe, como las aguas del Leteo. Deseo, pues, que este influjo se extienda tambien á nuestro príncipe y olvide que un aleman se haya manchado con el horrible crímen de atentar contra la vida del bienhechor de Germania.

«¡ Otro atentado, pero de flores! » dijo Bismarck estando de buen humor, al otro dia del suceso, cuando las damas de Kissingen le obsequiaron con un diluvio de rosas.

Pero, pasando á otra materia, ¡ qué mal andan las cosas políticas en nuestra querida España! Eso es un terron de azúcar que le han echado en agua y se disuelve. Escríbeme mucho y dejemos esas miserias que desconsuelan.

Con mil afectos á tu familia y á mis buenos amigos madrileños, manda á tu invariable

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 24 de Julio de 1874.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

APÉNDICE AL CATÁLOGO.

Alaux (Gustavo d') frances.—Las costumbres políticas en España. Revista de dos mundos, 1847.

Belmas.—Diarios de los sitios emprendidos en la Península por los franceses desde 1807 á 1814; París, 1836.

Biglaud.—Historia de España desde los tiempos más remotos hasta 1800; París, 1823.

Cherbuliez (Víctor) suizo.—La España política; París, 1874.

Claretiè (Jules) frances.—Diario de viajes (por España); París, 1868.

Du Verdier (frances).—Historia de España; Lyon, 1774.

Elliot (inglés).—Historia de la revolucion de España; Pisa, 1817.

Jagor (aleman).—Viaje por las Filipinas; Berlin, 1873.

Marteau (A.) frances.—Ha traducido *El arte, la religion y la naturaleza en Italia*, de Castelar.

Martin (Adolfo) aleman.—Ha traducido á su idioma las comedias de Calderon; Leipzic, 1844.

Müller (Marco José) aleman.—Los últimos tiempos de Granada; Munich, 1863.

Nervó (Baron de) frances.—Isabel la Católica, reina de España; su época, su vida, su reinado, 1451-1504; París, 1874.

Refranes y proverbios españoles; París, 1874.

Historia de España; París, 1874.

Paquis (frances).—Historia de España y Portugal; París, 1836.

Pecchio.—Seis meses en España en 1821.

Saint-Cyr (frances).—Diario de las operaciones del ejército de Cataluña en 1808 y 1809; París, 1821.

Schubert (F. C.) aleman.—Ha arreglado á su idioma la comedia de Calderon, *Peor está que estaba.*

Semper (Cárlos) aleman.—Las Filipinas y sus habitantes; Würzburgo, 1866.

Viajes por el Archipiélago Filipino; Wiesbaden, 1868 á 1872.

ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO..	VII
CATÁLOGO de las obras escritas acerca de España por autores extranjeros..	XXX
AL QUE LEYERE.	LXV
Á LA MEMORIA DE MI MUY QUERIDO É INOLVIDABLE PADRE.	LXXIII
I..	1
II.—Los héroes alemanes de 1870 y 1871 y los vates. —El monte de Kiffhauser.—Federico Barbarroja. —El monte de Hohenstaufen.—El castillo de Hohenzollern.—La Walhalla	3
III.—La inauguracion de la Walhalla.	19
IV.—El templo de la Independencia en Kelheim. .	31
V.—Descripcion de la Walhalla.	40
VI.—Ojeada á la Alsacia.—Apuntes biográficos de Luis I de Baviera..	54
VII.—Cornelius, rey de los pintores alemanes. . .	83
VIII.—El príncipe de Bismarck.	115
IX.—Los antepasados del príncipe de Bismarck.— Su patria, sus padres y su infancia.	126
X.	143
XI.	159
XII.	178
XIII.	195

Págs.

XIV. 220
XV. 246
XVI. 276
XVII.—El conde de Moltke.. 307
XVIII.—El conde de Roon. 332
XIX.—El emperador Guillermo. 344
XX.—Luisa, reina de Prusia. 373
XXI.—La fiesta del 2 de Setiembre de 1873 en Berlin.—El poeta Ernesto Mauricio Arndt. 409
XXII.—El 29 de Setiembre.—Berlin comparada con las otras ciudades.—Conclusion del artículo sobre Arndt. 455
XXIII.—Kissingen y el atentado contra Bismarck. 481
APÉNDICE AL CATÁLOGO. 497

ERRATAS Y OMISIONES

QUE SE HAN COMETIDO POR HABER LLEGADO TARDE LAS CORRECCIONES DEL AUTOR, RESIDENTE EN COLONIA.

Página XXXVIII, línea 28, donde dice *Gauthier* léase *Gautier.*

Pág. XLVI, línea 9, donde dice *viaje*, léase *vida.*

Pág. LVIII, línea 11, donde dice *Yrving*, léase *Irving.*

Pág. 23, línea 9, donde dice *No, si cien veces yo*, léase *No, si cien voces yo.*

Pág. 31, línea 22, donde dice *Braunschweig*, léase *Brunswik.*

Pág. 32, línea 20, donde dice 1872, léase 1792.

Pág. 34, línea 14, donde dice *Hefs*, léase *Hess.*

Pág. 41, línea 4, donde dice *Donaustaf*, léase *Donaustauf.*

Pág. 42, línea 19, donde dice *Schwantahler*, léase *Schwanthaler.*

Pág. 44, línea 26, donde dice *Baireutk*, léase *Baireuth.*

Pág. 45, línea 19, donde dice *Sandavia*, léase *Landavia.*

Pág. 47, línea 13, donde dice *Iggdrasil*, léase *Iggdrasil.*

Pág. 47, línea 17, donde dice *Unterberg*, léase *Untersberg.*

Pág. 53, línea 12, donde dice *en las verdes hojas de las encinas sombrías que nos rodean, la Walhalla blanca de mármol murmura el viento*, léase *en las verdes hojas de las encinas sombrías que rodean la Walhalla blanca de mármol, murmura el viento.*

Pág. 54, línea 4. Este párrafo debe leerse así: *Si, bellísima*

es la Walhalla, que debe su fundacion al amor á la patria, á un pio voto, así como tambien una gratitud espontánea, una piedad ardiente y profundísima, la natural tendencia de todo lo grande, etc.

Pág. 56, línea 2, donde dice *Et resfinum*, léase *Et rufinum.*

Pág. 59, línea 19, donde dice *Specklim*, léase *Speckin.*

Pág. 65, línea 26, donde dice *Basel*, léase *Basilea.*

Pág. 74, línea 7, donde dice 162, léase 100.

Pág. 76, línea 23, donde dice *subitos*, léase *súbditos.*

Pág. 89, línea 1.ª, donde dice *Fracfort*, léase *Francfort.*

Pág. 94, línea 13, donde dice *gupos*, léase *grupos.*

Pág. 106, línea 3, donde dice *en el espíritu*, léase *era el espíritu.*

Pág. 106, línea 19, donde dice *las escuela*, léase *la escuela.*

Pág. 109, línea 10, donde dice *Schoreelo*, léase *Schoreels.*

Pág. 112, línea 5, donde dice *Radetzki*, léase *Radetzky.*

Pág 112, línea 13, donde dice *Beulés*, léase *Beulé.*

Pág. 117, línea 10, donde dice *Euripedes*, léase *Eurípides.*

Pág. 121, línea 2, donde dice *Sshleswig*, léase *Schleswig.*

Pág. 121, línea 10, donde dice *Francfrort*, léase *Francfort.*

Pág. 123, línea 15, donde dice *democrática*, léase *diabólica.*

Pág. 127, línea 10, donde dice *Hans Sanchs*, léase *Hans Sachs.*

Pág. 127, línea 19, donde dice *Doerfinger*, léase *Doerflinger.*

Pág. 130, línea 17, donde dice *merecen*, léase *merece.*

Pág. 137, línea 7, donde dice *Minken*, léase *Menken.*

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

POESIAS ESCRITAS EN ALEMAN.

Un ramillete de romances españoles.	Un tomo.
Ecos de Andalucía.	Id.
Las maravillas hispalenses. . . .	Id.
Flores de Hesperia.	Id.
Siemprevivas de Toledo.	Id.
El libro de mis amigos españoles. . .	Dos tomos.
Los héroes alemanes de 1870. . . .	Un tomo.

OBRAS ESCRITAS EN CASTELLANO.

Pasionarias de un aleman-español. — Artículos acerca de la representacion de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en Oberammergau.

Está en prensa el tomo segundo de La Walhalla y las glorias de Alemania, que contiene las biografías de los príncipes Federico Cárlos y Federico Guillermo de Prusia, del general Werder y las de Blücher, Scharnhorst, Gneisenau, Stein, Fichte, Humboldt, Koerner, Rückert, Uhland, etc., etc.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES
THE UNIVERSITY LIBRARY
This book is DUE on the last date stamped below

Form L-9-15m-7,'35

UNIVERSITY of CALIFORNIA
AT
LOS ANGELES
LIBRARY

CT
1054 Fastenrath -
F26w La Walhalla.
v.1

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 189 907 9

CT
1054
F26w
v.1